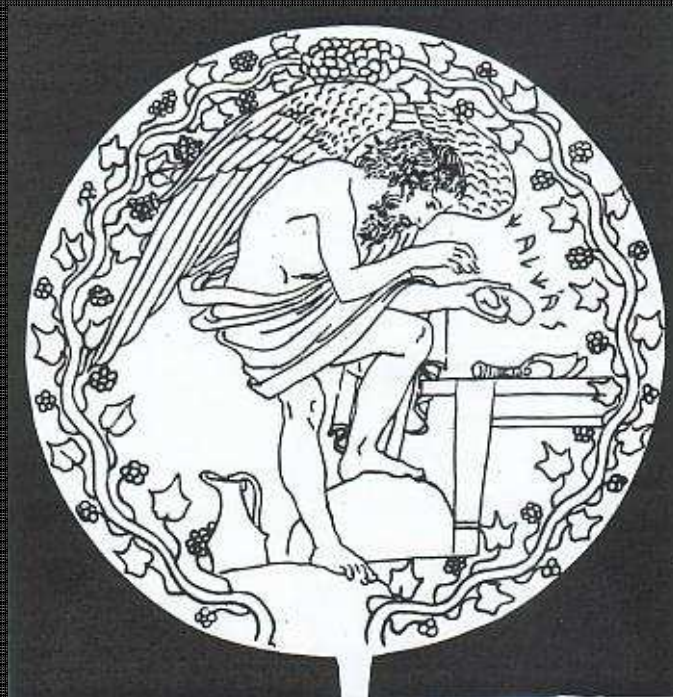


Philipp Vandenberg

EL SECRETO DE LOS ORÁCULOS



PHILIPP VANDENBERG

EL SECRETO DE LOS ORÁCULOS

Los arqueólogos descifran
el misterio mejor guardado
de la Antigüedad

EDICIONES DESTINO
BARCELONA

Título original: *Das Geheimnis der Orakel. Archäologen entschlüsseln das bestgehütete Mysterium der Antike*

Traducción: Oliver Strunk

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier mecho, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

© 1979 C. Bertelsmann Verlag GmbH München/5432

Ediciones Destino, S.A.

Consell de Cent, 425. 08009 Barcelona

© de la traducción, Oliver Strunk

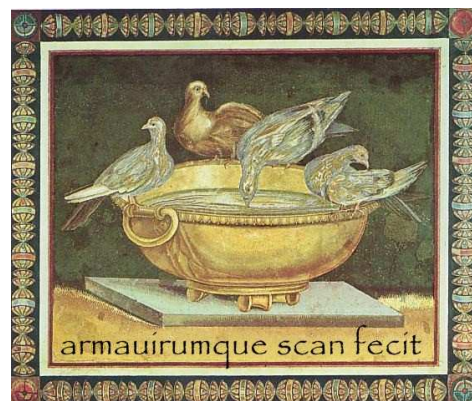
Primera edición: abril 1991

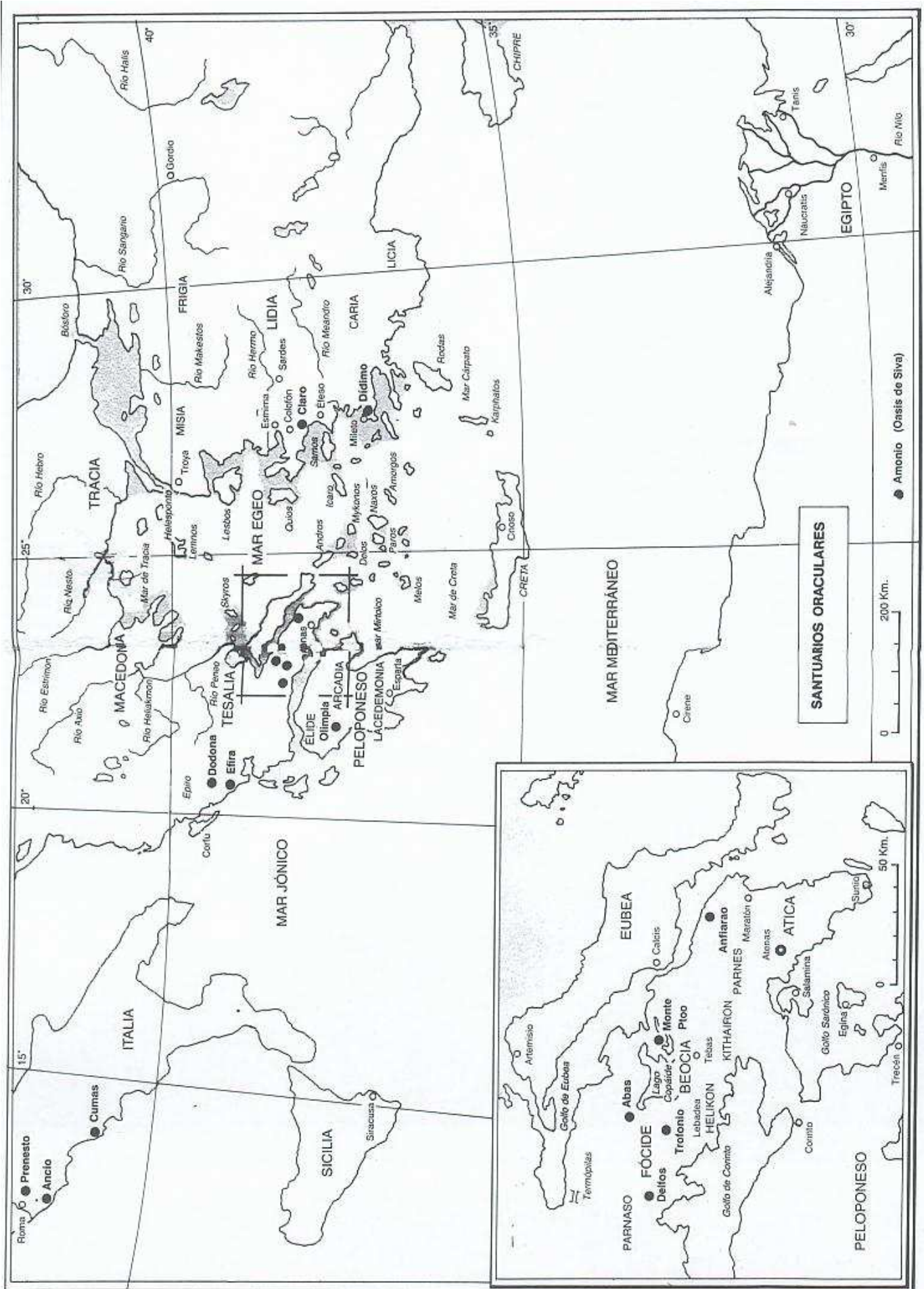
ISBN: 84-233-2013-8

Depósito legal: B. 11.393-1991

Impreso por Policrom, S.A. Tánger, 27. 08018 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain





Autor:	Vandenberg, Philipp
Título:	El secreto de los oráculos: los arqueólogos descifran el misterio mejor guardado de la Antigüedad
Editor:	Barcelona: Destino, D.L. 1991
Descripción física:	301. p., [24] p. de lám. : il. ; 25 cm
Serie:	Nuestro pasado
Materias:	Adivinación. Arqueología

*Dedicado a Esopo, el poeta frigio asesinado por
los omniscientes sacerdotes de los oráculos*

Índice

- I. El oráculo de la muerte, junto al Aqueronte
 - Despedida del siglo XX*
 - Un cementerio, ¿el acceso a la morada de Hades?*
 - Tras los pasos de Odiseo*
 - El siniestro camino de los consultantes del oráculo*
 - Hachís y baños calientes*
 - La sangre se estancaba en el Hades*
 - Reconstrucción de los procedimientos oraculares*
 - Un lugar de pasado turbio*
 - Desnudarse para un tirano*
 - Los sacerdotes y los secretos*

- II. Las voces artificiales de Dodona
 - Llegan los arqueólogos*
 - Cuando Zeus aún estaba en la encina*
 - Las pistas conducen al Norte y el Sur*
 - Preguntas sin respuesta*
 - Quejidos del calderón*
 - Dodona adquiere fama mundial*
 - Con los romanos llegó el fin*

- III. Los profetas del oasis de Sivah
 - Profecías sobre Alejandro Magno*
 - El oráculo del nudo gordiano*
 - El secreto que Alejandro Magno se llevó a la tumba*
 - En busca del oráculo legendario*
 - La dura suerte de los descubridores*
 - Dos alemanes devuelven la vida al oráculo*
 - Testigos mudos de una era de esplendor*
 - El oscuro origen del santuario*

*Sivah no fue el único oráculo
Heródoto sorprendido en su buena fe*

IV. El enigma de Dídimo

*Unos cuantos hombres y una ciudad enterrada
De no haber sido por Wiegand
El santuario oracular sale a la luz
La vida cotidiana de los arqueólogos en 1907
A cada paso se producían nuevos descubrimientos
Los orígenes del oráculo
Los persas imponen silencio a los profetas
Dídimo se convierte en el oráculo preferido de los Seléucidas
El proyecto que devoró millones y que duró siglos
Sigue habiendo más preguntas que respuestas*

V. Claro: el oráculo de los mil nombres

*Esmirna, una ciudad nacida de un sueño
La sentencia de muerte de Germánico
Un templo bajo las aguas
¿Dónde se encontraba la gruta del oráculo?
El apogeo se produjo en el siglo 11 d. de C.*

VI. Delfos: el misterioso ombligo del mundo

*Ni rastro del oráculo
Llegan los franceses
Dos pies sobresalían del suelo: el auriga
Sigamos los pasos de Pausanias
Tesoros hasta donde alcanza la mirada
Dioses, esfinges y sibilas
Escandaloso: una dama casi desnuda ante el templo
Se mire donde se mire, por doquier se verá vanidad dorada
Una victoria que bien valía veinte estatuas
El corazón de Delfos: el templo oracular
Los arqueólogos han desmitificado las leyendas
La cella de la Pitia a la luz de la ciencia*

VII. Cuando la Pitia se sentaba sobre el trípode

*El alud de consultantes
El enigma del trípode
El sorteo determinaba el destino de los humildes; el éxtasis, el de los ricos
Un secreto que sigue sin resolver: el ónfalo
Precognición y locura
A la búsqueda de la grieta
La solución la sirvió un diccionario
Una Pitia enloqueció...
...y otra pagó con su vida
Respuestas en verso y en prosa
Procedimiento que se seguía durante la consulta
La sentencia más misteriosa de la Pitia
La CIA de la antigüedad
El dinero no es pecado, y mucho menos si proviene de Dios
El oráculo estaba bien informado siempre, incluso sobre los enredos amorosos*

VIII. Dioses, sacerdotes y estafadores

Las cantoras de oro de Delfos
Las huellas de un dios
Delos, la Ginebra de la antigüedad
Apolo y la moral
La confederación délfica
Cantautores y pilotos de carreras

IX. Cresos: el hombre que se compró el futuro

Un rey también tenía sus problemas
La Pitia dijo: «Cuando cruces el Halis...»
Advertencia sobre los hombres con pantalones de cuero
Se cumple otro oráculo
Reyes entre reyes
En busca del palacio de Cresos
Túneles misteriosos: ¿una prueba del falseamiento de la historia?
La licenciosa vida de la ciudad de Sardes

X. Incluso los dioses se dejan sobornar

1 piedra + 1 profesor = 1 hallazgo sensacional
El decreto de Temístocles
Un genio radical y despiadado
¡Preguntad al oráculo!
La misteriosa sentencia de la Pitia
Con el valor que proporciona la desesperación contra los persas
El último ardid de Temístocles
Después de la batalla: la lucha de los historiadores
Testigos mudos de Temístocles
La caída de un héroe
El caso de Temístocles no fue el primero
Un día histórico: el primero de mayo de 1490 a. de C.
El oráculo y los ladrones
La prueba de paternidad de la Pitia
Sólo Lisandro fue despedido con cajas destempladas

XI. Los oráculos decidieron batallas

Las estrellas del gremio de los augurios
150 000 hombres a la espera de una señal
La fatal equivocación de Mardonio
A vencer también se aprende
Cuando la luna y el sol se eclipsan
El desastroso 27 de agosto de 413 a. de C.
Cuando algo pasa por alto a los adivinos
Un sacerdote oracular censura la superstición

XII. Las fábricas de sueños de Oropo, Epidauro y Lebadea

Un poco de Lourdes, un poco de Baden-Baden

Cómo se producían los sueños

Un filón para el psicoanálisis

Las curaciones milagrosas de Epidauro

El terrorífico horno de Trofonio

Cuidar la imagen se escribía con mayúsculas

La prueba oracular de Pausanias

Lavado de cerebro hasta el desvanecimiento

XIII. Los oráculos olvidados

Los adivinos de Olimpia

La maravilla del mundo en el templo de Zeus

Los rastros de los profetas del monte Ptoion

Abas, un monumento al odio

XIV. Las sentencias de las Sibilas

Cassandra sólo vaticinaba desventuras

La Sibila de Cumas, una mujer con pasado

Preneste, el oráculo de los pobres

La influencia de los libros de las Sibilas

XV. De haber hecho caso César a su intérprete oracular

Las advertencias del intérprete de vísceras

Los libros de rayos de los arúspices

El hígado, reflejo del cosmos

El último arúspice llegó con la aprobación del Papa

XVI. El fin de los profetas

Los misteriosos rituales de los escitas

Las cinco funciones de los oráculos

Los cristianos pusieron el punto final

Los últimos consultantes de Dodona y Delfos

Fuentes

Fuentes de las ilustraciones

Índice de nombres

I

El oráculo de la muerte, junto al Aqueronte

No ocultes nada, pues el tiempo que todo lo ve y todo lo oye lo desdobra todo.

Sófocles

La era helenística fue un período de culto a la razón en el que la ciencia era tan importante, que obligó a los sacerdotes del oráculo de la muerte, cerca del Aqueronte, a escenificar de la forma más ingeniosa las apariciones del más allá.

Prof. Sotiris Dakaris,
arqueólogo

Cuando Creso, el riquísimo rey de los lidios, quiso saber por fin cuál de los numerosos oráculos, que desde hacía años consultaba a cambio de mucho dinero, era el más certero, envió delegaciones a los siete oráculos más conocidos de su tiempo y planteó en cada uno la misma pregunta. Esto ocurrió hacia el año 550 a. de C. y pretendía ser una prueba.

Transcurridos 2.525 años me puse en camino para esclarecer este secreto, diríase que el mejor guardado de la antigüedad. No me había propuesto visitar siete oráculos, sino quince, y tampoco cumplí mi objetivo al cabo de cien días —como los enviados del Rey—, sino de mil, casi exactamente tres años. En estos lugares tan famosos no encontré a pitonisas jóvenes ni bránquidas viejos, sino a científicos modernos, arqueólogos e historiadores, excavadores resueltos y profesores de expresión grave. Pernocté en cuevas, tragué la seca arena del desierto y fui testigo de descubrimientos que por la noche me robaban el sueño. A pesar de no haber fumado jamás, estuve a punto de renunciar a todos mis principios con el único fin de ocupar en algo mis dedos, que llegaron a temblar de emoción una y otra vez.

«No estoy seguro de poder estar en Nekromanteion el día 1 de septiembre de 1975 (lunes); sería mejor que nos encontráramos allí el martes (2 de septiembre)», me había telegrafiado el profesor Sotiris Dakaris, de la Universidad de Janina. Dakaris, nacido en el año 1916 en la ciudad de Janina, en el norte de Grecia, casado, padre de una hija y de un hijo, estudió arqueología clásica en Atenas y Tubinga, de 1965 a 1968 fue profesor de arqueología en su ciudad natal, fue destituido por la dictadura de los coroneles y rehabilitado tras la caída de la misma, y desde 1970 llevó adelante en una región del norte de Grecia, dejada de la mano de Dios, las excavaciones del oráculo de Efira, un lugar siniestro en el que aparecían muertos de los que se cuenta que vaticinaban el futuro. Heródoto, Tucídides y Estrabón hablaron sobre Efira, y en su *Odisea* (X, 503 ss), Homero narra cómo el astuto Odiseo recibe de la maga Circe el consejo de bajar al Hades para consultar al ciego adivino Tiresias sobre el fin de sus años de odisea y el modo de regresar sano y salvo a Ítaca.

Los expertos, entre los que se encuentra Sotiris Dakaris, buscaban desde hacía años en aquel lugar el oráculo y el legendario acceso que da al Hades. El escritor griego Pausanias, quien redactó entre 160 y 180 d. de C. una descripción de Grecia estilísticamente sencilla pero que las más de las veces se basaba en lo que él mismo había visto, ya sustentaba la hipótesis de que Homero había conocido esta región, adoptando el nombre del río de la muerte, Aqueronte, y el de sus afluentes, y descubrió el país con toda fidelidad. Pero ¿existían pruebas para confirmar lo acertado de esta hipótesis?

Despedida del siglo XX

Cargado de cámaras, magnetófonos y algunos kilos de literatura clásica entre la que también se encontraba la *Odisea* de Homero, volé el 31 de agosto de 1975 a Corfú, la isla más septentrional entre las de mayor extensión que se hallan en el mar Jónico, y pasé la noche a cuerpo de rey en una antigua residencia imperial. Por mucho tiempo no volvería a ver un baño ni un lavabo ni nada que recordara que vivía en el siglo XX. Al día siguiente conseguí hacerme con un coche de alquiler, lo embarqué en el transbordador hacia Igoumenitsa y me dirigí de allí a Parga, un pintoresco pueblo de pescadores, donde, como me recomendó el profesor Dakaris, tomé mi por el momento última comida sustanciosa: pescado, claro está. En el bar del puerto, una chica, que, por su aspecto, debía de ser una estudiante griega, me preguntó si el coche que estaba aparcado fuera era el mío.

—Sí, al menos lo he alquilado.

¿La podía llevar un trecho, pues seguramente iba a Atenas?

—No —le contesté—, no voy a Atenas. Quiero ir a un pueblo que está a unos veinte kilómetros al sur de aquí. Se llama Mesopotamon y no figura en ningún mapa del mundo.

—Allí también voy yo —dijo la chica. Debí de poner una cara bastante incrédula—. ¿A quién va a ver?

—Me espera el profesor Dakaris.

—Perfecto. Yo soy su ayudante.

De esta forma conseguí llegar el mismo día a Mesopotamon. De haber ido solo, jamás habría encontrado el pueblo.

Me recibieron con un entusiasmo al que no estaba acostumbrado, y me recordó la época en que estudiaba en un instituto del sur de Baviera, donde todos los chicos tocarnos al nuevo profesor de religión, un fraile con hábito marrón, porque tenía aspecto de santo. Dakaris, un hombre sesentón, de pelo cano y voz ronca, me presentó a su equipo de excavadores, todos ellos estudiantes, hombres y mujeres, de las Universidades de Janina y Atenas; al encargado de las excavaciones, Demetrios Panousis, que llevaba el sonoro título de «Phylax Archaïotiton», lo cual, a pesar de no querer decir más que «guardián de las antigüedades», lo enorgullecía hasta el punto de que, según los habitantes del pueblo, el perímetro de su tórax había aumentado unos quince centímetros desde que desempeñaba el cargo; y a los trabajadores de las excavaciones, que estudiaban reverentes la calidad de mi traje de tela tejana: «¡Bueno!; ¡Bueno!» fue la palabra más utilizada de los días y las semanas siguientes. «*portmund* bueno!», decían los trabajadores cuando uno de ellos sacaba un viejo retrato de hombre del bolsillo, «¡*Mönchengladbak* bueno!»: lo cual quería decir algo así como «Mi hijo, mi hermano está en Dortmund o en Mönchengladbach y gana mucho dinero».

El profesor Dakaris me dejó elegir entre alojarme en Parga y recorrer dos veces al día los veinte kilómetros que nos separaban del pueblo, o contentarme con el dormitorio del matrimonio «Phylax Archaïotiton», oferta que prácticamente no podía rechazar, pues significaba despertar de por vida su odio mortal, y yo no quería que eso ocurriera.

Efira, que se encuentra al norte del pueblo de Mesopotamon y del que recibió su nombre el santuario oracular, es una ciudad de estilo micénico tardío de cuyas construcciones sólo se conservan algunos restos. En el pico de una montaña, a apenas 500 metros de distancia, se puede ver la pequeña iglesia de un monasterio de estilo bizantino tardío. En el siglo XVIII, los monjes del monasterio Santa Catalina de Janina habían fundado una filial en este lugar. Cuando el profesor Dakaris vino aquí por primera vez, en mayo de 1959, el pequeño monasterio ya había sido abandonado, pero algunos domingos aún se celebraba una misa en la iglesia, a pesar de que la capilla no gozara del favor de los fieles. «¡Allí arriba — contaba la gente— se encuentra la entrada al Hades!» Pero nadie sabía decir dónde estaban exactamente las puertas que daban a él.



Comida en NEKROMANTEION: segundo por la izquierda, Sotiris Dakaris, quinto por la izquierda, el «Phylax Archaioiton», y a su lado, el autor del libro.

Comida en NEKROMANTEION: segundo por la izquierda, Sotiris Dakaris, quinto por la izquierda, el «Phylax Archaioiton», y a su lado, el autor del libro.

Los rumores no eran desconocidos para Dakaris. Al principio del siglo XIX, un coronel inglés que viajó por la región informó de que la gente decía que allí se escondían las puertas del Hades. Según Homero, «la oscura morada del Hades» se situaría en «los bosques consagrados a Perséfone», donde crecen «elevados álamos y estériles sauces», y es allí donde «el Piriflegetón y el Cocito, que es un arroyo tributario de la laguna Estigia, llevan sus aguas al Aqueronte» (X,

166). ¿Ficción o realidad?

La descripción topográfica, de esto estaban convencidos los investigadores, se correspondía con la realidad. Aún hoy el Piriflegetón desemboca en el Cocito, y allí donde éste se vierte en el Aqueronte se encuentran los restos de Efira. Incluso los bosques, los álamos y los sauces crecen aquí, tal como Homero los describió hace más de dos milenios y medio. Pero ¿dónde estaba el acceso al Hades? ¿Realmente ha existido alguna vez?

Un cementerio, ¿el acceso a la morada de Hades?

El profesor de Janina cuenta que por aquel entonces había estado pensando en la *Ilíada*, en Troya y en los numerosos estratos que daban cuenta de su larga y densa historia. Por ello inspeccionó los alrededores de la pequeña iglesia bizantina, en torno a la cual había ido creciendo el cementerio del pueblo, para estudiar cada piedra que encontraba y examinar todas las hondonadas del terreno.

Junto a una tumba descubrió un agujero en el suelo, no más grande que un puño, y cuando colocaba la mano encima podía sentir una corriente de aire frío. Para Dakaris, esto lo desencadenó todo. Bajo las miradas recelosas de los habitantes del pueblo excavó durante una semana en el cementerio. Cuando acabó, estaba convencido de encontrarse en el buen camino: debajo de las tumbas del cementerio y de la iglesia se encontraba una misteriosa construcción de gigantescos sillares. Dakaris había sacado a la luz la parte superior de un arco y ahora se le planteaba una serie de problemas.

En primer lugar, no sabía exactamente qué había encontrado, por lo que no estaba seguro de si valía la pena seguir excavando. En segundo lugar, necesitaba el apoyo de una institución que se responsabilizara de las excavaciones y le permitiera obtener una licencia para excavar. Y en tercer lugar, debía convencer a los habitantes de Mesopotamon de que hacía falta desmontar todo el cementerio del pueblo. Cuando se le pregunta cómo consiguió todo eso, se encoge de hombros mientras una sonrisa socarrona le ilumina la cara.



Con un techo de cemento armado, el profesor Sotiris Dakaris salvó la iglesia bizantina que se encontraba encima del oráculo.

Con un techo de cemento armado, el profesor Sotiris Dakaris salvó la iglesia bizantina que se encontraba encima del oráculo.

Aunque seguía sin saber exactamente qué había descubierto, el ministerio competente le concedió permiso para excavar, la Sociedad Arqueológica de Grecia aceptó correr con los gastos, y el profesor convenció a los hombres de Mesopotamon de que se necesitaban obreros para desmontar el cementerio; obreros bien pagados, se entiende.

Entre 1958 y 1964, Sotiris Dakaris exhumó todo un cementerio, colocó una losa de hormigón armado debajo de la pequeña iglesia y socavó —sin dañar la capilla— la joya bizantina. En 1970 prosiguió las excavaciones y dejó al descubierto un rectángulo de 62 por 46 metros. El profesor ya estaba seguro: se encontraba ante el oráculo de Efira.

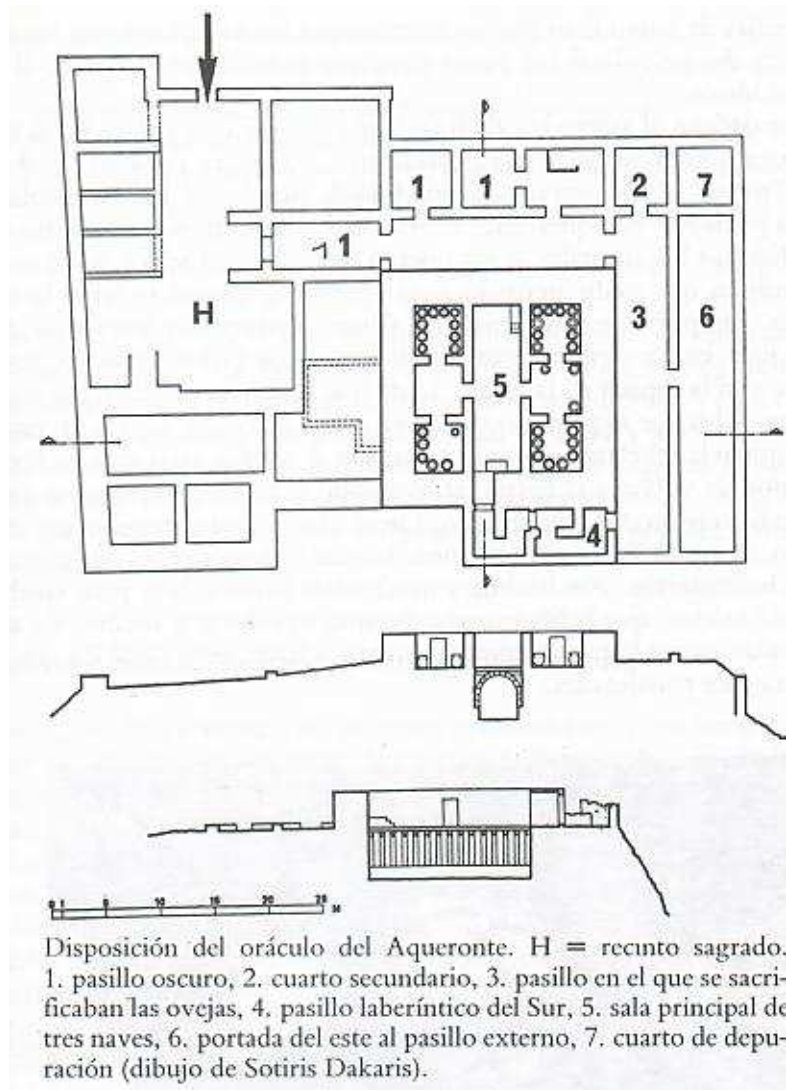
«¿Cómo podía estar tan seguro?», le pregunto mientras subimos por el escarpado sendero que conduce del pueblo a las excavaciones. Era una calurosa mañana de septiembre, y el sol se ocultaba detrás del campanario del monasterio en ruinas. Los obreros se habían retirado a la sombra que proyectaba uno de los muros de la compleja construcción, para seguir excavando detrás de los gruesos sillares que los protegían del calor, y buscar todos los testimonios que de esta construcción única habían sobrevivido al paso de los siglos.

«¿Sabe? —dice Sotiris Dakaris mientras salvamos una estrecha abertura del muro—. Simplemente creí a Homero. » En ese instante me encontré atrapado en un mundo de misterioso misticismo, de religión reverente y de impostura a gran escala, un mundo de muertos para los vivos, un pobre respaldo para este mundo y una coartada vergonzosa para los dioses, los todopoderosos.

Tras los pasos de Odisea

El oráculo de Efira ofrecía un aspecto confuso: largos pasillos en cuyas paredes se abrían puertas estrechas que daban a habitaciones minúsculas, corredores que cambiaban de dirección de improviso, pasadizos laberínticos que conducían a las habitaciones de un santuario central sobre el que ahora estaba suspendida la iglesia; pronto quedé desorientado. La sangre se agolpaba en mis sienes al pensar que en este misterioso lugar el mítico Odiseo había pedido consejo a las almas muertas, preguntando si, fatigado por los largos años de su odisea, volvería a ver jamás la patria.

Disposición del oráculo del Aqueronte. H = recinto sagrado. 1. pasillo oscuro, 2. cuarto secundario, 3. pasillo en el que se sacrificaban las ovejas, 4. pasillo laberíntico del Sur, 5. sala principal de tres naves, 6. portada del este al pasillo externo, 7. cuarto de depuración (dibujo de Sotiris Dakaris).



«Acercándote, pues, a este paraje, como te lo mando, ¡oh héroe! —había dicho la bella Circe a Odiseo—, abre un hoyo que tenga un codo por cada lado (54 cm); haz en torno suyo una libación a todos los muertos, primeramente con aguamiel, luego con dulce vino y la tercera vez con agua, y espolvoréalo de blanca harina.»

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, Sotiris Dakaris me señaló un foso de unos dos metros de profundidad, en el que los obreros estaban excavando con pequeños picos, espátulas y escobas los restos de cuatro ventrudas vasijas de barro, de al menos un metro de diámetro cada una. Estas cuatro vasijas de barro iban destinadas a acoger los sacrificios con los que el consultante del oráculo debía pagar para que se realizase su deseo, al igual que hizo Odiseo.

Circe ordenó al astuto rey de Ítaca que implorara las almas de los muertos y jurara que en su país sacrificaría una vaca negra y estéril, y al ciego adivino Tiresias, el carnero más espléndido de su

rebaño. En el oráculo, con la mirada puesta en el Aqueronte, habría de degollar un macho cabrío y una oveja. Mientras los animales se estuvieran quemando, Odiseo y sus compañeros tendrían que pedir permiso para acceder al Hades y ver a la severa Perséfone. Después de esto, anunció Circe, aparecerían las almas de los muertos para beber de la sangre sacrificada, pero Odiseo tendría que impedirselo, con la espada en la mano, hasta que apareciera el espectro de Tiresias, quien debía ser el primero en beber. Sólo entonces podría preguntar a Tiresias, quien le revelaría «el camino que has de seguir, cuál será su duración y cómo podrás volver a la patria, atravesando el mar de abundantes peces».

Odiseo hizo como le fue mandado. Llegó a la tierra de los cimerios, acudió al oráculo, cumplió los sacrificios que le habían sido exigidos y encontró a las almas de los muertos, muchachos y muchachas sin nombre, pero también a su madre Anticlea, que había muerto durante su odisea, y finalmente al adivino Tiresias, quien le profetizó que volvería a Ítaca, pero también que antes pasaría grandes penalidades.



Un grupo de arqueólogos griegos excavando vasijas de sacrificios, en las que los visitantes del oráculo de Efira dejaban su «billete» de entrada.

Un grupo de arqueólogos griegos excavando vasijas de sacrificios, en las que los visitantes del oráculo de Efira dejaban su «billete» de entrada.

Dice Homero literalmente:

«Diciendo así, el alma del soberano Tiresias se fue a la morada / de Hades apenas hubo proferido los oráculos. Mas yo me estuve quedado / hasta que vino mi madre y bebió la negruzca sangre. Reconocióme de súbito / y díjome entre sollozos estas aladas palabras:

"¡Hijo mío! ¿Cómo has bajado en vida a esta oscuridad tenebrosa?"»

(XI, 150-156)

Es una historia legendaria y sangrienta. Incluso los más crédulos de los filólogos estudiosos de la antigüedad habrán tenido dificultades para descubrir siquiera una sombra de realidad en estos versos homéricos. Y, sin embargo, Homero debió de haber conocido el oráculo de Efira y los siniestros cultos que allí se practicaban. De otra forma no se puede explicar lo que Sotiris Dakaris ha descubierto cerca del pueblo de Mesopotamon.

Acompañando al profesor durante el recorrido por «su» oráculo, se comprenderá en seguida el porqué.

El siniestro camino de los consultantes del oráculo

«Venga», me dijo Dakaris con un gesto prometedor. Y me hacía falta, pues aunque el oráculo se encuentre ahora al aire libre, en la antigüedad estaba bajo tierra, y aunque el sol abraza los ciclópeos muros, sigue siendo un lugar siniestro.

En la entrada, el que quería consultar el oráculo dejaba los sacrificios que ofrecía, pero también había de pronunciar la pregunta que quería plantear a un difunto. Hasta ahora, Dakaris no ha podido descubrir si esta pregunta se apuntaba en algún sitio, como en el cercano oráculo de Dodona, o si sólo se planteaba oralmente, pues al contrario de lo ocurrido en Dodona, los excavadores de Efira no han encontrado ni una tabla con una pregunta al oráculo. Pero ello no prueba que tales tablas no existieran. Si hubieran sido de plomo, como las que se han encontrado en Dodona en gran número, forzosamente se hubieran tenido que fundir y destruir cuando el oráculo se incendió en el año 167 d. de C., al igual que las ventradas vasijas para los sacrificios, las llamadas *Pithoi*, cuyo hirviente contenido hacía reventar los cántaros de barro. Las aberturas, al menos, aún estaban cerradas cuando las encontró Dakaris.

Posiblemente, el que quería consultar el oráculo debía formular su pregunta en el mismo momento de entrar en él. Delante de la entrada se encontraban las viviendas de los sacerdotes y de las personas que acudían allí. No siempre se podía atender en seguida a la persona que llegaba en busca de consejo, pero una vez la habían dejado pasar, no volvería a ver la luz del sol durante veintinueve días, confiándose ciegamente a un sacerdote, sin saber qué le esperaba. «Revelar una sola palabra sobre lo que aquí ocurría —explicó Dakaris— significaba pronunciar la propia sentencia de muerte.»

Conduciendo y empujando a su víctima, el sacerdote recorría con ella un oscuro pasillo sin dejar

de murmurar ininteligibles oraciones. En una estancia de apenas veinte metros cuadrados, que se encontraba a la izquierda del pasillo, pasaba los primeros días como si fueran una única e inacabable noche. El profesor Dakaris encontró restos de fogones, centenares de kilos de conchas y unas judías desconocidas en Grecia, pero que se han hallado también en algunas tumbas de faraones de la segunda dinastía. Gran cantidad de las vasijas descubiertas en este lugar datan de finales del siglo VI y principios del VII, lo que concuerda con la perfección de la técnica poligonal empleada para construir los muros, lo cual apunta también al siglo III.

Las judías, los moluscos y la carne de cerdo habían sido considerados, desde siempre, manjares propios de los muertos. Los sacerdotes egipcios creían que las enormes habas harinosas eran impuras porque producían flatulencias y resultaban afrodisíacas, mientras que los sacerdotes griegos las apreciaban por ver en ellas el germen de la vida. Los moluscos, tan indigeribles como las judías pero menos nutritivos, laxantes y diuréticos, se consideraban «lo vivo muerto», pues no podían ver ni oír. Desde tiempo inmemorial, en la cultura griega el cerdo forma parte de muchos ritos de purificación y sacrificios expiatorios.

Los negruzcos pedazos de hachís de los que Dakaris encontró montones no dejan lugar a dudas de que los consultantes del oráculo recibían lo necesario para entrar en un estado que favoreciera una especie de sueño oratorio. Aquí, bajo tierra y cerca de los muertos, el contacto directo con las fuerzas divinas les había de permitir tener sueños y revelaciones.

Los babilonios, los egipcios y los griegos conocían el sueño oratorio, y Heródoto cuenta que los zasamones tenían el don de la profecía: se instalaban junto a la tumba de sus antepasados para dormir allí y recibir en sueños la revelación del futuro (IV, 172). También el sueño formaba parte del culto a Isis y Serapis, y según Diodoro, tenía efectos curativos. Más adelante volveremos a ocuparnos de los oráculos griegos del sueño: el de Anfiarao en Argos, el de Asclepio en Epidauro y el de Trofonio en Lebadea.

Hachís y baños calientes

En Efira, las abluciones rituales, los baños calientes y los lavados con agua helada formaban parte del siguiente procedimiento. Los actos mágicos, las oraciones ininteligibles y los relatos sugestivos sobre las almas de los difuntos convertían al consultante del oráculo, despojado de su voluntad, en un instrumento de los sacerdotes, de modo que estaba dispuesto a interpretar sueños y a ver apariciones inexistentes. Desde hacía días estaba a oscuras, y sólo cuando aparecían los sacerdotes podía ver el débil centelleo de una lámpara de aceite o el brillo de una antorcha envuelta en negro humo; después de esto, el consultante volvía a quedar sumido días enteros en una tormentosa oscuridad, aguardando temeroso la próxima aparición del sacerdote. Nadie sabía cuándo iba a llegar de nuevo esta aparición fantasmagórica.

Entonces, tras largos días de duermevela, se presentaba el sacerdote, antorcha en mano, semejante a una aparición, blanco como el alma de los muertos, murmurando en voz muy baja; mandaba al consultante que le siguiera, le daba una piedra y le ordenaba que, una vez llegado al largo corredor, la arrojara hacia atrás, pues este gesto alejaría de él todo mal. Los excavadores han encontrado muchas de estas piedras. En un extremo del corredor se encontraba una habitación, más pequeña aún que la primera, y allí el consultante proseguía su letargo. ¿Cuándo aparecerían por fin, el alma de la madre, del padre, de la esposa, cuándo le liberarían de su tormento?

«No sabemos cuánto tiempo debía esperar en esta habitación —dijo el profesor Dakaris—, pero a partir de ahora su alimentación se hacía más estricta y las apariciones de los sacerdotes, más siniestras; en medio de este silencio de muerte no dejaba de crecer la excitación. Algunos quedaban sin sentido o tenían alucinaciones y vértigos: se estaban acercando al momento crítico. »

¿Cómo era ese momento crítico?

El profesor no se dejaba inmutar por mi impaciencia. Con voz entrecortada y tono doctoral siguió llevándome con la seguridad sonámbula de los sacerdotes del oráculo hasta llegar a un saliente del muro, detrás del cual se veía un corredor más largo aún. Señaló el suelo. «Aquí se

ofrecían ovejas como sacrificio. Hemos encontrado huesos y carbón.»

Al final del corredor giramos hacia la derecha y, de repente, nos encontramos en medio de un laberinto. Los diminutos cuartos, que comunicaban el uno con el otro, estaban cerrados con puertas guarnecidas de hierro, como prueban los hallazgos hechos aquí. Cada puerta se abría sólo cuando la anterior ya había sido cerrada. Recordé la conocida frase de Dante: «¡Vosotros, que entráis aquí, perded toda esperanza!».

Llegado a este punto, el consultante que aún no había perdido del todo el sentido de la orientación, del tiempo y del espacio, consumaría más tarde su extravío en este laberinto: aquí olvidaría todo cuanto dejaba atrás, y sólo esperaría febrilmente el momento crítico.

Los sacerdotes lo habían preparado, y cuando traspasaba el umbral de la última puerta, sabía lo que le esperaba, mas no se lo podía imaginar. Los sacerdotes le habían dicho que, una vez hubiera atravesado el último portal, encontraría bajo sus pies la hirviente morada del dios de los muertos, Hades, y Perséfone, su esposa: entonces se encontraría en el reino de las sombras.

En el suelo se abría un agujero del tamaño de un sillar. El sacerdote mandaba al consultante verter en él la sangre de los animales sacrificados, que llevaba consigo en un jarro. Las almas de los muertos debían beber esa sangre para recobrar su conciencia, y así podían revelar el futuro a quien les hacía las preguntas.

«Apártate del hoyo y retira la aguda espada, para que, bebiendo sangre, te revele la verdad de lo que quieras...», le ordenó Tiresias a Odiseo. Un agujero en el suelo, un sillar que no estaba en su sitio: el significado de estas peculiaridades es de gran alcance.

La sangre se estancaba en el Hades

«Podemos bajar al Hades —propuso Dakaris en tono casi irónico, y añadió—: ¡Obviamente, el que interrogaba el oráculo no lo podía hacer!»

Me invadió cierto temor y acabé sintiéndome oprimido por el miedo. De abajo nos llegaban voces, y vi el primer peldaño de una escalera. Antes de que pudiera responder, el profesor desapareció en el agujero, y no me quedó más remedio que seguirle.

Uno, dos, tres, cuatro: instintivamente conté los escalones, hasta llegar a doce. Los trabajadores dejaron las palas y miraron interesados al desconocido visitante. Hacía calor y el aire estaba cargado de un olor dulzón. No me había imaginado que el Hades fuera así: una bóveda en cañón de piedras labradas limitada en ambos extremos por la roca natural, quince arcos que sostenían todo el peso y ninguna abertura aparte el agujero en el techo.

El Hades apenas medía quince metros de largo, pero se presentaba con una angustiosa intensidad. Desde la antigüedad, desde que se edificó la bóveda hace más de 2 000 años, ningún ser humano había vuelto a pisar este suelo. En todas las épocas han existido hombres que se han creado sus dioses; pero lo que allí nos impone silencio es el conocimiento de los hechos históricos.

El profesor Dakaris dio unas instrucciones incomprensibles a los dos trabajadores y ellos siguieron con su tarea, llenando espuertas de goma con tierra negra procedente de una capa de casi un metro de espesor. Esa tierra era blanda y esponjosa y cedía ligeramente a cada paso. «Sangre —dijo Dakaris al ver mi mirada interrogativa—. Metros de sangre de animales sacrificados se acumulaban aquí, y con el tiempo se han convertido en humus.»

Ahora ya estaba tan cerca del vértigo y del desvanecimiento como el consultante del oráculo, que aún aguardaba ante las puertas del Hades. ¿Qué sintió el arqueólogo Sotiris Dakaris al penetrar por primera vez en este recinto sagrado? Dakaris no quiso responder. Repetí mi pregunta.

«Ahora ya lo puedo decir —confesó después de unos momentos de silencio—. Durante el descubrimiento sólo estaba excitado, pero al cabo de unos meses, mi hijo Joannis, que tenía unos dos años y medio, cayó gravemente enfermo. Los médicos no pudieron emitir un diagnóstico, y finalmente no me quedó más remedio que permitirles que le operaran. Entonces pensé que me había hecho culpable de violar el Hades.»

El profesor bajó la mirada y con el pie escarbó, avergonzado, en la sangre convertida en

mantillo. Subimos los doce escalones y cuando salimos por la estrecha abertura de la bóveda tuvimos la sensación de haber escapado del reino de las sombras; era como una liberación, aunque ésta sólo duraría unos segundos.



Metros de sangre se acumulaban en el santuario de Perséfone. Un grupo de excavadores sacan la sangre convertida en mantillo.

Metros de sangre se acumulaban en el santuario de Perséfone. Un grupo de excavadores sacan la sangre convertida en mantillo.

Dakaris dijo: «Olvídese de lo que le he enseñado; ninguna de las personas que quisieron consultar el oráculo ha visto jamás esta sala de Hades y de Perséfone. Esperaban arriba la llegada del momento crítico».

Delirante, atemorizado, apenas capaz de distinguir entre sueño y realidad, después de verter la sangre del sacrificio en el Hades, el consultante esperaba casi desvanecido el momento de la aparición del muerto que anhelaba ver. Habían pasado veintinueve días. Con el humo y las antorchas los sacerdotes proyectaban fantasmagóricas apariciones en las paredes de la larga sala, al son de su canto monótono y adormecedor.

De repente, se podía oír un rechinar, un gemido y un crujido, y sonidos inhumanos llenaban la sala. En el extremo opuesto, colgaba del techo un objeto indefinible e informe, un enorme y ventrudo calderón en cuyo borde sobresalía una mano, después se podía divisar otra, y por

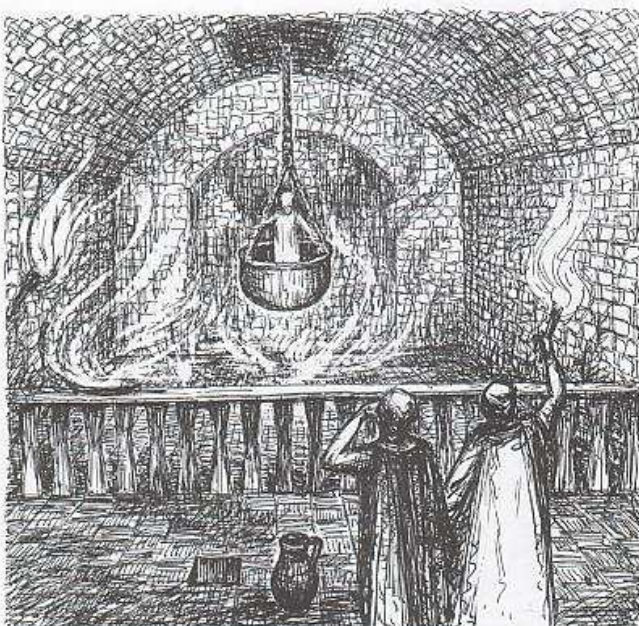
último una cabeza, una cara pálida, una figura extrañamente inhumana que se mantenía de pie dentro del calderón: era el muerto.

Un ruido seco hacía que el calderón se inmovilizara. La aparición se empezaba a mover y hablaba con palabras medidas, como el ciego adivino Tiresias a Odiseo:

Al cabo de 29 días, el «muerto» bajaba del techo en un calderón de bronce.

«...Y aunque tú te libres, llegarás tarde y mal, habiendo perdido a todos los compañeros, en nave ajena, y hallarás en tu palacio otra plaga: / unos hombres soberbios, que se comen tus bienes y pretenden / a tu divinal consorte, a la cual ofrecen regalos de boda...»

(XI, 113-117)



Al cabo de 29 días, el «muerto» bajaba del techo en un calderón de bronce.

Incapaz de descubrir si todo aquello era sueño o realidad, el aturdido consultante intentaba acercarse más a lo que veía, pero una balastrada se interponía entre él y la aparición.

Apenas se había perdido el eco de la respuesta, se oía un gran estruendo y el calderón volvía a ponerse en marcha para elevarse hacia el techo y desaparecer en medio de una densa nube de humo. el canto monótono de los sacerdotes se extinguía, las antorchas se apagaban y todo quedaba en silencio.

Un sacerdote cogía al consultante del brazo, lo llevaba a través del laberinto hacia el largo corredor y, pasando por una estrecha puerta, entraban en otro corredor inacabable que aún no conocía y en cuyo extremo se encontraba un pequeño cuarto destinado al último tratamiento al que se debía someter el consultante. Los restos de azufre que se han encontrado hacen pensar que el consultante debía soportar aquí los procesos de purificación obligatorios después de haber tenido contacto con los muertos. También Odiseo hubo de purificarse con azufre después de la matanza de los pretendientes.

De esta última habitación, una puerta daba directamente al exterior. Después de veintinueve días de oscuridad, el consultante del oráculo se encontraba cegado por la brillante luz del sol. Inseguro y a tientas avanzaba por un pequeño sendero que bajaba hacia el Cocito, donde se podía lavar y pensar sobre si todo aquello había sido sólo un sueño.

Reconstrucción de los procedimientos oraculares

«Era sueño o realidad?», le pregunté al profesor Dakaris mientras estábamos sentados ante una taza de café, negro como el hollín, en medio de las ruinas de la bodega del monasterio, que servía de alojamiento a los excavadores.

«No, no —contestó Dakaris—; era todo real, incluso la aparición del muerto: una ingeniosa escenificación de los sacerdotes del oráculo.»

¿En qué fuentes se basaba el profesor griego para reconstruir los increíbles hechos que se producían en el laberinto del oráculo?

En primer lugar, están los autores antiguos. En su obra *Menipo*, el célebre sofista Luciano, orador ambulante y satírico, reflejó las costumbres y creencias de sus conciudadanos del siglo II d. de C. Con sorna, narra cómo consultó a un oráculo. Los hechos se produjeron en Mesopotamia pero, según Dakaris, eran representativos de todos los oráculos de aquella época.

Llegado allá, me fui a convivir con un caldeo, varón sabio y admirable en su arte, de cabellera cana y con una barba solemnemente venerable. Su nombre era Mitrobarzanes. Le rogué y le supliqué y me postré, y finalmente, aunque con dificultad, alcancé de él que, por el precio que quisiera, me sirviera de guía en el camino. Se encargó de mí. Y en primer lugar, durante veintinueve días a partir de la luna nueva, me bañaba hacia la aurora haciéndome descender al Éufrates. Al salir el sol, recitaba unos versos largos que yo apenas si oía ni entendía porque, a la manera de los malos pregoneros en los juegos públicos, los murmuraba a toda prisa y confusamente. Sí me pareció que invocaba a ciertos genios. Tras de los versos cantados, me escupía tres veces en el rostro y me hacía regresar inmediatamente sin volver siquiera la vista a ninguno de los que topábamos. El alimento consistía en bayas o nueces; la bebida, en leche y miel mezcladas y agua del Coaspes; y el lecho era la hierba y el aire libre.»

Cuenta Luciano que durante esos veintinueve días que duraba todo, Menipo sólo se había podido alimentar de frutos secos, leche, hidromiel y agua, y que le obligaban a dormir al aire libre. La noche antes de consultar el oráculo le habían vuelto a lavar y, murmurando oraciones, los sacerdotes le habían provisto de la piel de un león y de una lira, y otro sacerdote se ponía «un vestido mágico». Finalmente, en un terreno pantanoso tuvo que cavar un agujero para rociarlo con la sangre de las ovejas que le habían ordenado degollar...

Aunque casi mil años separen a Luciano de Homero, parece que el procedimiento del oráculo no había variado sustancialmente. Pero ¿cómo nos podemos explicar la fantasmagórica aparición del muerto?



Los engranajes de la máquina elevadora con la que las apariciones bajaban del techo.

Los engranajes de la máquina elevadora con la que las apariciones bajaban del techo.

En la sala central del oráculo de Efira, debajo de la iglesia del monasterio, Sotiris Dakaris encontró un gigantesco calderón de bronce. Bajo enormes masas de piedra, sobre las que habían descansado los cimientos de una iglesia, estaba chafado como una lata, pero se podían reconocer perfectamente el diámetro y la forma que había tenido. Sin embargo, el hallazgo más interesante lo constituyó una serie de ruedas dentadas en forma de sol

que se encontraron esparcidas alrededor del calderón. Su presencia, según el profesor Dakaris, sólo se explica porque formaban parte de una maquinaria técnicamente perfecta con la que se podía bajar y subir la aparición que se encontraba en el calderón de bronce.

Al parecer, esta maquinaria era más pesada e importante que el alma del muerto. Es probable que los mismos sacerdotes interpretaran el papel de estas almas, pues contratar a actores implicaba el peligro de que les delataran. Bastante tiempo tenían los sacerdotes para prepararse para la macabra interpretación. Para descubrir qué aspecto había tenido en vida la aparición deseada, no encontrarían dificultades en sonsacar con disimulo a los consultantes mientras éstos esperaban en los alojamientos dispuestos para ellos. Posiblemente, la respuesta a la pregunta planteada no tenía ninguna importancia ni trascendencia. Sin embargo, si se trataba de una persona importante, los veintinueve días de espera en el interior del oráculo también podían servir para hacer las indagaciones precisas.

Un lugar de pasado turbio

El oráculo de Efira descubierto por Sotiris Dakaris parece no ser el primero que existió en este lugar. Data de la era helenística y se supone que fue construido hacia finales del siglo III a. de C., en el mismo lugar donde se erigía un oráculo más antiguo. Los hallazgos de vasijas y herramientas de hierro indican que fue así. Una estatua de Perséfone con el *polos*, el tocado propio de ella, además de diversos símbolos de fertilidad, también son característicos de aquella época.

Sin embargo, a unos cien metros, los arqueólogos han encontrado una escombrera con figuras de terracota de una diosa ctónica, tal como se modelaron entre el tercer cuarto del siglo VI y finales del V. Los escombros se iban amontonando durante la construcción del oráculo nuevo, para el que se había desmontado el pico que se alzaba en la rocosa llanura.

Que por aquel entonces ya funcionaba el oráculo lo confirma el historiador Tucídides, que nació hacia el 460 a. de C. en Atenas y que en su obra también resumió los comienzos de la historia griega. A diferencia de Heródoto, a él sí se le puede llamar un auténtico historiador, pues narra los acontecimientos con brevedad y precisión y según su orden cronológico; también proporciona datos y nombres, cita documentos e informes de testigos oculares, e incluso habla sobre hallazgos arqueológicos. Es posible que se *eche* de menos la dimensión global de su noción de la historia, tal como se reflejaba en Heródoto, pero en el caso concreto de sus descripciones del paisaje de Efira, eso carece de importancia. Tucídides localiza con precisión tanto la antigua ciudad como el río

«Periandro, ¡fuiste tú quien introdujiste panes en el horno frío!».

El tirano de Corinto se dio cuenta en seguida del significado de esta frase, pero sólo faltaba una cosa por saber: ¿Cómo se habían enterado los sacerdotes de Efira de que Periandro había abusado de Melisa cuando ella ya estaba muerta?

A pesar de haber cometido semejante pecado, Periandro creía que aún podía arrancarle el secreto a la difunta Melisa. Al fin al cabo, había estado casado con ella muchos años, y conocía sus debilidades: un vestido ablanda la voluntad de cualquier mujer, y si se le regala todo un vestuario, pierde la razón. Así también ocurrió con la bella Melisa, a la que Periandro sacrificó montones de vestidos, quemándolos, y cuando los enviados del tirano aparecieron por segunda vez en el oráculo, ella les reveló su secreto.

Desnudarse para un tirano

Queda por descubrir la forma en que el tirano se hizo con la colección de vestidos: Periandro anunció que todas las mujeres de Corinto debían acudir un día determinado al Hereo, el templo de la diosa Hera, situado en una elevación del terreno cercana a Acrocorinto. Las damas se vistieron de fiesta para acudir a la recepción. Pero cuando estuvieron todas reunidas, el tirano las obligó a desnudarse, depositar los vestidos en un foso y orar a Melisa, la piadosa.

Al menos así lo narra Heródoto. Por desgracia, omite explicarnos cómo las mujeres desnudas volvieron a Corinto, y qué opinaron de todo ello sus maridos. Heródoto sólo dice lo siguiente: «En esto —enteraos bien— consiste la tiranía».

Puede dudarse de la veracidad de esta historia, pero lo que nos interesa de ella es que en tiempos de Periandro, es decir, hacia el siglo vi a. de C., el oráculo de Efira estaba en funcionamiento. Y la historia de Odiseo, que consultó al oráculo unos doscientos años antes, hace pensar que este lugar tenía una reputación excelente desde hacía tiempo. Pero ¿desde cuándo existía?

Sotiris Dakaris admite la posibilidad de que el culto al Hades sea más antiguo que la misma *Odisea*. Es probable que inmigrantes micénicos, procedentes del este del Peloponeso, lo introdujeran en el Epiro, pues allí estaba muy extendido el culto al reino de las sombras. Las excavaciones y los hallazgos arqueológicos parecen demostrar que Efira fue fundada en el siglo XIV a. de C. y que por aquella época llevaba el nombre de Xylokastron. Sin embargo, sobre si el oráculo ya existía entonces, sólo se pueden hacer conjeturas.

Resulta imposible esclarecer el principio de la historia de la existencia de este oráculo, pero conocemos con precisión las circunstancias que le pusieron fin. Éste comenzó más de cien años antes de la destrucción propiamente dicha, cuando Pirro, rey del Epiro, entabló guerra con los romanos en el año 280 a. de C. Tras la demanda de auxilio de la ciudad de Tarento, pidió consejo al oráculo de Zeus, en Dodona, y el susurrar de la encina sagrada le dio la respuesta: no había motivo para temer nada; podía acudir en auxilio de los habitantes de Tarento. Pirro se puso en marcha con 25 000 hombres y 20 elefantes, y gracias a estos «tanques» logró vencer al cónsul romano Publio Valerio. En eso consistió la legendaria victoria pírrica. El rey del Epiro había ganado la batalla, pero su ejército quedó tan diezmado que cuentan que observó: «Otra victoria como ésta, y nos habrán vencido».

Las tropas de Pirro se acercaron a unos 60 kilómetros de Roma, y los romanos necesitaron siglos para recuperarse del terror que esta proximidad les causó. La impertinencia de los epirotas no fue vengada de forma devastadora hasta el consulado de Lucio Emilio Paulo. En la tercera guerra macedonia, el día 22 de junio de 168 a. de C., venció al rey Perseo, y un año después castigó duramente el país, destruyendo 70 ciudades, entre ellas Efira y su oráculo. Montones de legumbres y azufre alimentaron el fuego, y documentos y aparatos irremplazables se fundieron bajo la fuerza devastadora del fuego. Del oráculo y del acceso al reino de las sombras sólo quedaron escombros que fueron olvidados hasta que, en 1958, las palas de los arqueólogos devolvieron la vida a su glorioso pasado.

Los sacerdotes y los secretos

Llegados a este punto, el observador atento se preguntará cómo fue posible que pueblos enteros y sus gobernantes más inteligentes pudieran llegar a creer en la autenticidad de semejantes representaciones. ¿No resulta al menos dudoso que algunos sacerdotes astutos consiguieran engañar al resto de la humanidad, entre la que se encontraban políticos como Creso, Temístocles y Alejandro Magno, y poetas, pensadores e historiadores como Heródoto, Sófocles, Píndaro y Esquilo? Jamás conoceremos los motivos que les indujeron a actuar como lo hicieron.

Es posible que la manipulación descubierta en el oráculo de Efira desenmascare los procedimientos que se seguían para pronunciar un oráculo, pero ello no aclara cómo consiguieron los sacerdotes encontrar las respuestas. Algunos historiadores afirman que los sacerdotes de los oráculos eran más filósofos que adivinos. Ello es cierto hasta determinado punto, pero no explica en absoluto cómo conseguían anunciar de manera precisa que se iban a producir determinados acontecimientos históricos.

La observación del trágico Eurípides (485-406 a. de C.), quien afirma que sólo se recuerdan las predicciones acertadas, mientras que las erróneas caen en el olvido, también encierra parte de verdad. Sin embargo, incluso Heródoto, que en algunos casos llega a hablar del oráculo de Delfos como si tuviera el deber de cantar sus excelencias, no se muerde la lengua al hablar de algunos pocos casos en los que las profecías no acertaron. Por ello mismo, las restantes historias sobre los oráculos adquieren mayor credibilidad aún.

No hay duda de que en la era arcaica y helenística la creencia en los milagros estaba muy arraigada. Sin embargo, una y otra vez se levantaban voces críticas para advertir a la gente que fuera más escéptica y que no se resignara incondicionalmente con el destino profetizado. Los cantos laudatorios que el poeta griego Píndaro (518-446 a. de C.) compuso para las competiciones olímpicas también contienen semejantes advertencias. Son relevantes porque Píndaro era un gran admirador del oráculo de Apolo en Delfos.

Se conservan innumerables respuestas de los oráculos de la antigüedad. A menudo, sus profecías han llegado a hacer historia, y por ello adquieren una importancia que no podemos tachar de simple embuste y charlatanismo. Pero entre las respuestas de los oráculos no se cuenta ninguna que explique su funcionamiento. ¿En qué se basaban? ¿Exclusivamente en la manipulación, en la superstición o eran acaso manifestaciones paranormales?

La idea de que los hombres más famosos de la historia fueron dirigidos imperceptiblemente por las sentencias de los oráculos resulta inquietante.

Pero más grave aún sería que esos mismos hombres hubieran manipulado los oráculos, que se hubieran aprovechado de sus sentencias para justificar sus decisiones tomadas en solitario.

—Hay algo que no debe olvidar —me dijo el profesor Dakaris mientras nos despedíamos, y la frase parecía pronunciada por un sacerdote de los oráculos—: el porqué del destino jamás lo comprenderemos.

—No —le respondí—, pero en una época como la nuestra, el cómo tiene que dejar de ser un secreto.

Y me puse en camino para descifrar este secreto.

II

Las voces artificiales de Dodona

Odiseo se hallaba en Dodona para saber por la alta encina la voluntad de Zeus sobre si convendría que volviese manifiesta o encubiertamente al rico país de Ítaca, del cual se había ausentado hacía mucho tiempo.

Homero, *Odisea*, XIV, 149

Los griegos son un pueblo que creía profundamente en el don de la profecía, y que se preocupaba a diario y en todo momento por el futuro en general y en particular, y por el destino de las personas y de los Estados.

Jacob Burckhardt

Durante unos instantes me sentí como la encargada del consultorio sentimental de una revista.

«¿Debo poner el niño bajo mi tutela?»

«¿Es mejor que Onasimos se case ahora, o vale más que lo deje?» «¿Por qué no me da hijos mi mujer Meniska?»

«¿Puede decirme algo más sobre la señora N.?»

Pero todas las cartas y quejas tenían más de dos mil quinientos años de antigüedad y estaban grabadas en finas láminas de plomo; la simpática señora que me las mostró era la directora del museo de Janina.

El museo es un edificio moderno que contrasta fuertemente con la pequeña ciudad del norte de Grecia, cuya Calle Mayor ofrece el mismo aspecto que la de una ciudad de buscadores de oro de Norteamérica, con cables telefónicos y eléctricos colgando de las casas, anuncios luminosos y terrazas de madera. El motivo puede ser que la tierra tiembla aquí más que en otros sitios, y que «Jánina» —como dicen sus habitantes— fue turca hasta el año 1912.

Pero con sus 40 000 habitantes, la pequeña ciudad al menos tiene una Universidad y un museo en el que también se guardan los hallazgos de Dodona. La colección de centenares de láminas de oráculos es, seguramente, la más extensa del mundo. No cabe sorprenderse, pues Dodona, que se esconde a unos veintidós kilómetros al sur de Janina, en un valle al que sólo se puede acceder por un único puerto de montaña, es el oráculo más antiguo del mundo griego.

Se podría pensar que sólo acudían a los oráculos hombres importantes para solucionar problemas de trascendencia mundial. No es cierto. Esta creencia puede deberse a que los historiadores importantes, como Heródoto, Tucídides, Diodoro y Pausanias, sólo apuntaron las sentencias y profecías relevantes. Pero la mayoría de los oráculos pronunciados no se mencionan en ningún libro de historia. Trataban de los mismos problemas que seguimos teniendo hoy en día, pues hablaban de los problemas cotidianos, el trabajo y la familia. Las tablas de los oráculos de Dodona indican que nuestro inundo ha envejecido, pero que apenas ha cambiado.

Ariston, un comerciante de finales del siglo V, preguntaba sobre la conveniencia de acudir en una fecha determinada a Siracusa. Cierta Lisias quería saber si prosperaría en el comercio marítimo y si debía comprar una participación en un barco. En tono de reproche, los habitantes de Dodona preguntan por qué Zeus había enviado un invierno tan crudo, siendo tantos los pobres que sufrían por las inclemencias del tiempo. Los habitantes de una ciudad portuaria cretense querían saber si

sería mejor cambiar el emplazamiento del templo de la Atenea Polias. Y una persona cuyo nombre no se menciona sospecha que Vostricha, hija de Dorcón, había robado el dinero que Dion prestó a la señora Actia. «¿Acaso no fue así?»



Tablilla oracular de Dodona.

Tablilla oracular de Dodona.

El oráculo de Dodona sabía responder a todas estas preguntas. Algunas respuestas fueron enigmáticas y misteriosas, y los que las solicitaron no salieron más doctos de lo que habían entrado. ¿De qué le servía al comerciante una respuesta como «¡No le confíes nada a la tierra!»? Pero también hubo sentencias inequívocas que sirvieron a los clientes para perseverar en sus preensiones. Así le ocurrió al dueño de una mina de plata, Timodamo, que preguntó si debía invertir su dinero en la marina mercante o en un negocio. «Quédate en la ciudad y abre un negocio» fue la respuesta de los sacerdotes, que la anotaron bajo la

pregunta grabada en la lámina de plomo.

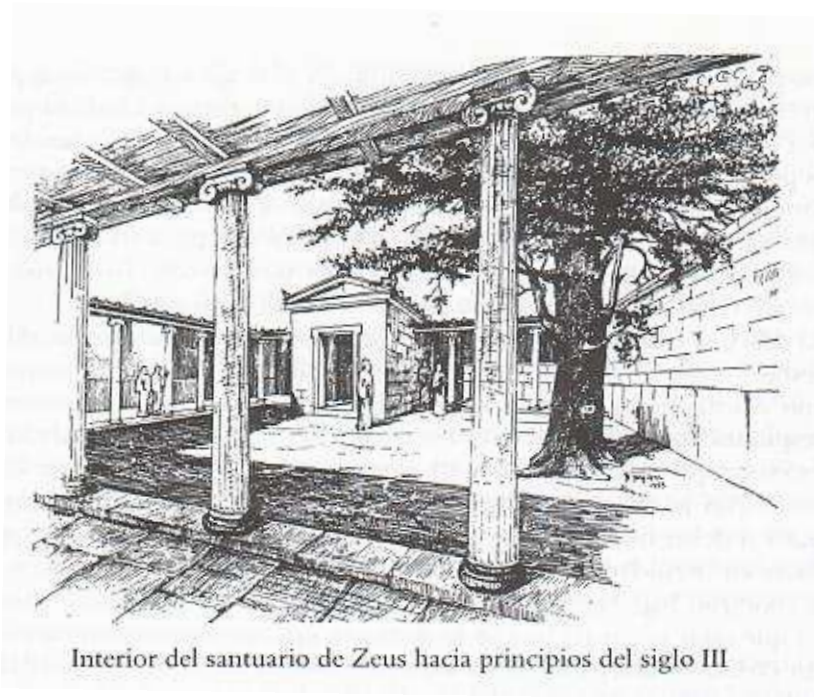
El que estas tablas de plomo se guarden aquí, en Janina, tiene un motivo sencillo: en Dodona, al pie de los montes Tomaros, de casi 2000 metros de altura, no existe una sala para exponerlas. La región es tan solitaria y desierta que los ladrones de antigüedades no tendrían problemas para vaciar todo un museo.

Llegan los arqueólogos

Hasta principios del siglo pasado ni siquiera se sabía dónde se encontraba exactamente el antiguo oráculo de Dodona. En general eran investigadores británicos los que, en sus viajes de exploración, buscaban restos de antiguas construcciones en los valles del Epiro. La literatura, desde Homero a Pausanias, ofrecía bastantes indicios sobre el oráculo: topónimos, menciones sobre las distancias y descripciones del paisaje. Sin embargo, Dodona parecía haber desaparecido como por arte de magia.

Al principio, los investigadores se desorientaron a causa de la montaña llamada Tomaros. Un inglés apellidado Leake creyó ver el oráculo en las ruinas del pueblo de Kastritsa, al este de Janina. La montaña en cuyas pendientes debía encontrarse Dodona lleva actualmente el nombre de Mitsikeli, pero por casualidad el valle se llama Tomarochoria. En todas las ruinas de castillos y ciudadelas en y alrededor de Janina se ha querido ver el santuario de Dodona, hasta que en 1832, el inglés Christopher Wordsworth encontró el auténtico emplazamiento.

Cuando el cristianismo determinó la pérdida de importancia de los dioses «paganos» de Grecia, los primeros cristianos aprovecharon el material de las construcciones de Dodona para erigir frente al antiguo templo dedicado a Dione, y en parte sobre el templo de Heracles, una basílica de tres naves.



Interior del santuario de Zeus hacia principios del siglo III

Interior del santuario de Zeus hacia principios del siglo III

Estos muros cristianos eran los mejor conservados de toda Dodona, y no es de sorprender que el político griego Konstantin Karapanos empezara en 1875 a excavar justamente aquí. No tardó mucho en efectuar los primeros hallazgos: en el extremo noroeste de los cimientos de la basílica encontró un yacimiento de antiguos objetos preciosos. En este lugar, los sacerdotes cristianos habían enterrado las ofrendas de los consultantes de los oráculos y los «objetos paganos». El lugar del descubrimiento y los sillares aparentemente antiguos que formaban

los cimientos de la iglesia indujeron a Karapanos a creer que la basílica se había levantado exactamente encima del oráculo. Sin embargo, no se dio cuenta de que los muros que había descubierto a tan sólo unos metros pertenecían al templo de Zeus. Quizá porque Karapanos no excavó hasta una profundidad suficiente, y hoy en día, viendo lo superficial y poco experto de las excavaciones, los arqueólogos dan gracias a Dios de que no ahondara más. Sólo había dejado al descubierto una parte del interior del templo, y no llegó a descubrir ni el contorno ni las salas de columnas.

Sin embargo, al político Konstantin Karapanos le corresponde el honor de haber sido el primero en iniciar la excavación en este lugar. Sólo una persona tan importante como él habría podido conseguir que las autoridades locales turcas y posteriormente el Ministerio turco de Asuntos Exteriores le concedieran la licencia para excavar. El oro que Heinrich Schliemann encontró en Troya había convertido esos trabajos en algo popular, pero también despertó el recelo de las autoridades. Según la opinión general, las excavaciones no eran cosa de arqueólogos, sino de buscadores de tesoros. Y nadie sabía qué se podrían encontrar en Dodona.

Konstantin Karapanos, quien descubrió entre los años 1875 y 1876 el mayor número de tablillas con preguntas al oráculo, excavaba menos por interés histórico que por descubrir antigüedades. En la primavera de 1908 llegó a Dodona uno de los arqueólogos más reputados de Alemania, Theodor Wiegand. En aquella época, Wiegand estaba trabajando en las excavaciones del oráculo de Dídimo, en la costa de Asia Menor, y al parecer se había aficionado a buscar en esos lugares de culto que encerraban tantos misterios. Llegó en barco a Preveza con su esposa Marie von Siemens, para recorrer, en un traqueteante coche de caballos, las catorce horas que lo separaban de Janina. Siguiendo las costumbres de la época, al día siguiente los Wiegand hicieron una visita de cortesía a todos los cónsules destacados en la ciudad: austríaco, francés, británico, italiano y ruso. En casa de este último, escribe Marie Wiegand a su madre, «todo fue muy agradable», porque la señora de la casa era muy divertida. En la casa reinaba el desorden: en cada mesa se podían encontrar martillo y clavos, y por todas partes había pinturas y fotografías enmarcadas apoyadas en el suelo. Sus excelencias acababan de mudarse.

«A la mañana siguiente, cuando salía el sol, partimos a caballo hacia Dodona. Nos esperaban cuatro horas de camino; al principio, atravesábamos rápidos los prados llanos, pero después tuvimos que ascender la fuerte pendiente que llevaba hasta el puerto de montaña. Allí, bajo algunas encinas



El teatro de Dodona tenía un aforo de 15.000 personas.

El teatro de Dodona tenía un aforo de 15.000 personas.

viejas, el árbol de la sagrada Dodona, se levantaba la pequeña capilla desde la que se podían contemplar, sin ningún obstáculo que se interpusiera, el valle, los pequeños y sencillos pueblos y, enfrente, el nevado Tomaros. Bajamos por la pendiente a pie, con los caballos cogidos de las riendas, y de repente nos encontramos en la última grada del enorme y antiguo teatro. Mirando hacia abajo vimos la escena, donde un campesino labraba su campo de maíz.»

Wiegand tomó muchas fotografías, hizo mediciones, y estaba tan fascinado por el paisaje como su mujer. Opinaba que «los antiguos sabían elegir lugares

impresionantes para edificar los oráculos». En aquella época tomó la decisión de excavar Dodona y solicitó al gobierno turco la correspondiente licencia. Las negociaciones se alargaron, y cuando en 1912 el Epiro fue devuelto a los griegos, habían perdido toda validez. Un año más tarde, las autoridades griegas otorgaron la concesión al Instituto Arqueológico Alemán en Atenas, pero poco después estalló la primera Guerra Mundial. Las trincheras eran más importantes que las excavaciones en el oráculo sagrado de Dodona, y al acabar la guerra faltaban recursos para proseguir la labor. En 1923, el gobierno griego retiró la concesión a los alemanes, pues querían investigar ellos mismos su pasado.

En 1929, el arqueólogo Demetrios Evangelides empezó a aplicar criterios científicos a las excavaciones en curso. Por encargo de la Sociedad Griega de Arqueología, Evangelides excavó hasta 1958 en el oráculo de Dodona, y después fue Sotiris Dakaris quien tomó el relevo. Como Dodona está al margen de toda ruta turística, los trabajos de excavación progresaron sin que el público se enterara demasiado de ello. El viajero que vea por primera vez un oráculo quedará impresionado por la arquitectura monumental que se levanta entre las escarpadas pendientes de la montaña.

El aislamiento del oráculo, muy alejado de cualquier gran ciudad, también ayudó a que progresivamente cayera en el olvido en la era clásica. Homero ya dijo que Dodona estaba «muy lejos», y Hesíodo opinaba que se encontraba «en los confines del mundo griego». «El que este oráculo haya perdido importancia —escribe Thassilo von Scheffer (1873-1951), famoso por su interpretación del pensamiento del mundo antiguo—, aunque sin quedar relegado al olvido total se debe únicamente a que el centro de la política y la cultura griegas se ha trasladado cada vez más hacia el Sur. Lo que en tiempos de la migración dórica aún podía ser considerado como la patria griega dejó de serlo para convertirse en una región de tierras desoladas, duras y casi bárbaras, sin cultura ni evolución propias, una zona montañosa de difícil acceso donde no contaba el tiempo, que casi sólo se conocía por su nombre y a la que uno se acercaba, como mucho, para fines religiosos.»

A medida que aumentaba la fama de Delfos, Dodona se iba olvidando. Dakaris y sus antecesores han encontrado vasijas neolíticas de barro al pie del Tomaros. Sospechan que datan de la época de la guerra de Troya, cuando los pueblos civilizados del centro de Grecia dominaban la metalurgia desde hacía mucho. Por aquella época, Dodona aún estaba habitada por pueblos bastante primitivos. En cien años de excavaciones no se ha hallado un solo fragmento de vasija que tenga características heládicas o micénicas. Herbert W. Parke, profesor de Historia Antigua en el Trinity College de Dublín, opina lo siguiente: «Los hallazgos pertenecientes al último heládico reciente III y un túmulo

en la costa del Epiro inducen a pensar que los micenios llegaron a las regiones costeras del Adriático hacia el final de su civilización, pero que no penetraron en el interior del país. En Dodona sólo se han encontrado dos espadas, una daga de bronce y una espada ancha de hierro. De ello se puede deducir que algunos viajantes de comercio llevaban ocasionalmente armas hacia el lejano noroeste del país, o que uno o dos guerreros micénicos se dirigieron a Dodona para hacerle una ofrenda al dios de la guerra».

Cuando Zeus aún estaba en la encina

Ese dios de la guerra no era otro que el gran Zeus, al que en estas montañas se rendía un culto único en todo el país y que, por este preciso motivo, resultaba impresionante: según contaban los habitantes de Dodona, Zeus estaba sentado en una enorme encina sagrada que crecía en medio de su santuario. El origen de este culto reside probablemente en los rayos que atraía sobre todo aquella encina (la sabiduría popular recomienda evitar las encinas en caso de tormenta).

El culto al árbol desempeña un papel muy importante en la cultura minoica, pero a pesar de ello, no se pueden establecer relaciones entre Creta y Dodona. El profesor Parke ha descubierto una relación mucho más interesante. Dice que «la encina de Dodona no está tan asociada con otros cultos de Grecia como con algunos de Italia y, más aún, con los de países tan lejanos como los del norte de Europa —los de la Germania pagana, por ejemplo— donde el dios indoeuropeo del cielo fue venerado en algunos lugares en una encina santa».

De hecho, existen paralelismos sorprendentes, sobre todo en el caso de los legendarios selos, aquellos sacerdotes excesivamente ascéticos que vivían en las montañas. Les estaba prohibido lavarse los pies y debían dormir en el suelo, y sus costumbres eran similares a las de los sacerdotes germánicos, que dormían tres días en el suelo hasta que podían presentarse ante su dios. En tiempos de la guerra de Troya, estos setos aún debían existir, pues en la *Iliada* se encuentra el siguiente pasaje:

«Júpiter soberano, dodoneo, pelásgico, que vives lejos y reinas en Dodona, de frío invierno, donde moran los setos, tus intérpretes, que no se lavan los pies y duermen en el suelo! Escuchaste mis palabras cuando te invoqué, y para honrarme oprimiste duramente al pueblo aqueo. Pues ahora, cúmpleme este voto...»

(XVI, 233-238)

Aún ahora, los selos homéricos siguen planteando problemas a los historiadores. Sus costumbres son tan desconocidas e indescifrables como su origen. el que sólo fueran descalzos no resulta tan sorprendente, pues por aquella época Dodona estaba habitada únicamente en verano. En cambio, se saben algunas cosas sobre sus predicciones: los selos escuchaban el susurro de la encina sagrada y creían poder distinguir voces. Una pregunta planteada con voz fuerte en dirección contraria a la del viento encontraba respuesta en los susurros, el roce y el crepitar de las hojas de la encina. Incluso el visitante actual de Dodona lo sigue oyendo, pues casi siempre sopla un viento frío que irrumpe en el silencio del valle.

Pero además de los selos, en la antigua Dodona también operaban profetisas. Heródoto, Píndaro y otros escritores de la antigüedad afirman que, en todo momento, habían sido tres. Sin embargo, las relaciones que se pueden establecer entre estos cultos y los germánicos e indios parecen puramente casuales. «Los paralelismos de Dodona con los cultos itálicos, noreuropeos e indios —afirma Herbert W. Parke— se deben menos al oráculo que a lo universal del culto que los humanos rinden a los dioses. Las similitudes pueden explicarse por su gran antigüedad, que se remonta a los indoeuropeos, quienes extendieron esas prácticas por las regiones en las que se instalaron.»

Las pistas conducen al Norte y al Sur

Heródoto ofrece otra versión del origen del oráculo, que considera el más antiguo de Grecia. Muchos indicios sustentan esta afirmación. En tiempos de Homero, las sacerdotisas de Dodona, Promenia, Timárete y Nicandra gustaban de contar la historia siguiente: en la Tebas egipcia, dos palomas negras habían alzado el vuelo para llegar tras varios días a Libia y a Grecia. Ambas hablaban con voz humana. La de Libia ordenó fundar el oráculo de Amón, y así se hizo. La paloma que había llegado a Grecia se posó sobre una encina de Dodona, diciendo que «en aquel lugar tenía que haber un oráculo de Zeus» (II, 55).

Éste es un ejemplo interesante de cómo se convertía en mítico un hecho histórico del cual ya se había borrado casi todo recuerdo. Heródoto (II, 57) asevera que el oráculo y el arte de la predicción llegaron de Egipto a Grecia, y en el templo de Amón, en Tebas, el escritor consiguió por fin escuchar la «auténtica» historia:

Dos sacerdotisas tebanas habían sido secuestradas por unos fenicios que las vendieron como esclavas, la una en Grecia y la otra en Libia. Las adivinas llamaron la atención de sus nuevos señores sobre sus dotes, y ambas fundaron un oráculo. Heródoto dice, literalmente:

«Si, en realidad, los fenicios raptaron a las mujeres consagradas y vendieron a la una en Libia y a la otra en Grecia, a mi juicio esta última mujer debió de ser vendida en el territorio de los tesprotos, región de lo que hoy en día es Grecia (el mismo país que antaño se denominaba Pelasgia). Posteriormente, mientras vivía allí en esclavitud, debió de fundar, bajo una encina silvestre, un santuario en honor de Zeus, pues era lógico que ella, que en Tebas había servido en un santuario de Zeus, se acordara del dios en su nueva residencia. Por ello, cuando aprendió la lengua griega, fundó un oráculo. Y debió de contar que una hermana suya había sido vendida en Libia por los mismos fenicios que la habían vendido también a ella.

»Y, a mi juicio, las mujeres fueron llamadas palomas por los de Dodona, en razón de que eran bárbaras y les daba la sensación de que emitían sonidos semejantes a los de las aves. [...] Y al decir que la paloma era negra, dan a entender que la mujer era egipcia» (II, 56, 57).

Es dudoso que Heródoto, con su preferencia por la cultura y la religión egipcias, realmente haya descrito con acierto el origen del oráculo de Dodona. La tesis defendida por Sotiris Dakaris es menos fantástica, pero concuerda mejor con los descubrimientos a que ha conducido el estudio comparado de las religiones en el caso de culturas similares.

Sotiris Dakaris se basa en hallazgos de fragmentos de cerámicas prehistóricas para afirmar que el inicio del culto data del heládico antiguo tardío o del heládico medio temprano, es decir, del año 2000 a. de C. aproximadamente. Subraya la importancia que tenía la paloma para la religión cretense y micénica; en efecto, era adorada como símbolo divino y animal sagrado. Zeus sólo llegó a asentarse en Dodona hacia el siglo XIII. Lingüísticamente, la encina, que en griego se denomina *drys*, tiene una raíz indoeuropea, y se supone que el culto a la encina fue introducido por los tesprotos procedentes del Norte.

Dakaris ha descubierto que en Dodona existían tres cultos diferentes: al principio, se veneraba la encina sagrada, después siguió el culto a la diosa de la tierra Gea, y finalmente, en el siglo XIII, el culto a la encina se fundió con el culto de Zeus. Pero Herbert W. Parke, dublinés historiador de la antigüedad, rechaza esta teoría cuando dice que «no hay motivos para creer, como algunos investigadores, que en Dodona se rindió culto a la Madre Tierra, pues nada prueba la existencia anterior de una divinidad femenina, como probablemente fue el caso de Olimpia. En la era clásica, Zeus tenía una compañera en el Epiro, Dione, pero todo indica que ésta existía independientemente de él».

El origen y los nombres de los dioses de Dodona ya eran motivo de disputa en tiempos de Heródoto. el viajero del siglo IV a. de C. cuenta, por ejemplo, que al principio las divinidades a las que se rendía culto en Dodona no habían tenido nombre, e incluso que había hecho falta pedir al oráculo el nombre de las divinidades presentes, y que éstas habían sido dioses de Egipto. Heródoto escribe lo siguiente: «Pues bien, cuando los pelasgos preguntaron en Dodona si debían adoptar los nombres que procedían de los bárbaros, el oráculo respondió afirmativamente» (II, 52). Heródoto

también dice que las sacerdotisas de Dodona le informaron de que fueron Homero y Hesíodo quienes dieron nombres griegos a los dioses.

El que se discuta tanto sobre el culto prueba, en última instancia, su origen prehistórico y la ausencia de fuentes filológicas que den cuenta de él. Sotiris Dakaris dice: «El estudio del oráculo de Dodona resulta tan interesante precisamente porque uno debe enfrentarse a la raíz de lo originariamente griego, antes que la cultura del Sur desarrollara su influencia». Es posible que no se pueda demostrar la teoría del profesor Dakaris, según la cual habría existido en Dodona un culto a Gea, la diosa de la Tierra, y que el árbol sagrado habría sido ocupado posteriormente por un dios, pero es un proceso similar a muchos otros que se han dado en la historia de las religiones. Sin embargo, hay otro motivo por el que resulta único el oráculo de Dodona: en ningún otro lugar adquirió tanta importancia el oído en relación con las predicciones. ¿Cómo se desarrollaba el proceso de consulta?

Preguntas sin respuesta

La persona que pedía consejo al oráculo de Dodona normalmente recibía un sí o un no como respuesta. Por tanto, debía formular su pregunta de la manera correspondiente: «¿Debo casarme con esta mujer?» «¿Será mejor emprender este viaje?». Sólo en contadas ocasiones, cuando era una persona famosa la que preguntaba, y una vez ésta había acreditado su importancia mediante valiosas ofrendas o el pago en especies, podía formular una pregunta cuya respuesta no podía limitarse a una afirmación o una negación. Pero aunque sólo fuera por el tiempo disponible, esta posibilidad se daba excepcionalmente.

Cuando el devoto entraba en el recinto del oráculo, un sacerdote le entregaba una lámina de plomo en blanco donde debía apuntar él mismo la pregunta que pensaba plantear. La «hoja» de plomo fino se doblaba por la mitad una vez grabada la pregunta con un clavo, y en el reverso se apuntaba un número o las iniciales del nombre. el sacerdote depositaba esta hoja con las demás preguntas en una vasija que después colocaba delante de la profetisa, la Sibila.

No sabemos exactamente qué pasaba después. Ninguno de los escritores antiguos sabía bastante como para describir el proceso de la profecía en sí. Pero no hace falta mucha imaginación para suponer que la profetisa sacaba una pregunta tras otra mientras escuchaba atentamente el susurro de la sagrada encina de Dodona, pronunciando el sí o el no que había logrado percibir, pasando la lámina de plomo al sacerdote, que apuntaba la respuesta sobre ésta.

«Este sistema —escribe Herbert W. Parke— ya se aplicaba antes de que Heródoto visitara Dodona, y lo prueba la gran cantidad de láminas de plomo que aparecieron hacia finales del siglo vi o principios del V. Si se tiene en cuenta el elevado número de ofrendas, estas láminas indican que el oráculo era un negocio floreciente. Al parecer, los sacerdotes las retenían después de la consulta, y a menudo ni se doblaban para poder eliminar con facilidad los trazos y entregarlas a los siguientes consultantes. Por ello, gran número de estas tablillas son palimpsestos (esto es, reutilizables) con trazos que indican la existencia de preguntas anteriores.»

Se sabe todavía muy poco sobre la relación entre los sacerdotes y las sacerdotisas; al menos ni los historiadores ni los arqueólogos han podido aportar pruebas para determinar quién aparecía como el auténtico profeta. En un pasaje de la Suda, el diccionario enciclopédico bizantino más voluminoso, se afirma que las sacerdotisas eran las que profetizaban. En la obra, que data del siglo X d. de C., se dice literalmente: «Una ciudad en la Pelasgia tesprota, donde crecía una encina, era el oráculo de las profetisas. Cuando se entraba en el oráculo para plantear una pregunta, la encina realmente empezaba a moverse y a emitir un sonido, y las mujeres levantaban la voz: “Así habla Zeus”...».

Es probable que no descubramos nunca si las ramas se movían, al igual que en el vecino oráculo de Efira, debido a alguna manipulación, o si la única causa era el viento que atravesaba el valle. Tampoco tenemos referencia acerca de la naturaleza de los sonidos, por lo que no se sabe si era simplemente el susurro de las hojas o si éste se intensificaba con algunos instrumentos colgados de

las ramas. Y tampoco se sabe si las sacerdotisas entraban en trance para pronunciar sus profecías, como ocurría en Delfos, si fueron devotas víctimas de sus propias alucinaciones o si sólo fingían encontrarse en ese estado.

Ovidio (43 a. de C.-17 d. de C.), el más importante narrador romano, habla en su *Metamorfosis* sobre el hijo de dioses y rey de Egina, el justo Eaco, quien había perdido a todos sus súbditos durante una epidemia de peste. Ovidio introduce una escena que, sin lugar a dudas, alude 'al oráculo de Dodona. En el libro séptimo (622-635), Eaco cuenta lo siguiente:

«Cerca del lugar donde estaba, se elevaba una gran encina consagrada a Júpiter, la cual había sido trasplantada del monte Dodonco. Vi que alrededor de este árbol una infinidad de hormigas dejaban allí el grano que habían recogido. "¡Ay! Qué feliz sería —me dije a mí mismo— si Júpiter dotase a mi ciudad del número de ciudadanos que veo aquí de hormigas." En aquel momento la encina tembló y, sin sentirse viento alguno, las hojas del árbol se agitaron con violencia. Ante este prodigio, me invadió un secreto terror y mis cabellos se erizaron. Infundido de no sé qué esperanza, besé la tierra y el tronco del árbol sagrado. Llegó la noche y con ella el sueño, librándome con él de todas mis inquietudes.»

Al parecer, el susurro de la encina hizo que Eaco cayera en trance, de modo que se quedó dormido, al igual que les pasó, posiblemente, a las sacerdotisas de Dodona. En este estado de trance tuvo un sueño que, al despertar, se convirtió en realidad: el rey Eaco encontró nuevos súbditos, los mirmidones. Todo esto es poesía, ficción, pero algunos detalles están extraídos de la realidad. Y el que aparezca la encina «del monte dodoneo» no creo que sea ninguna casualidad.

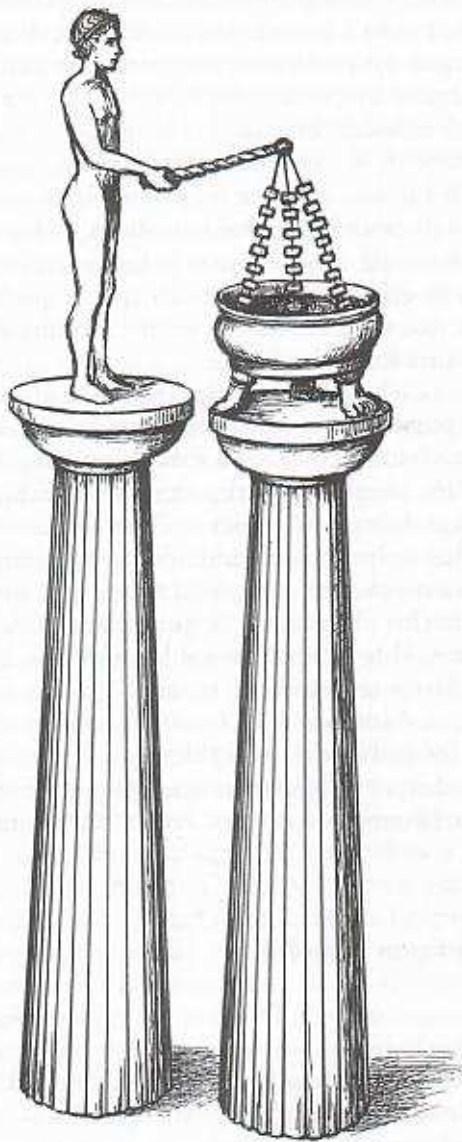
Esta encina ha preocupado a los investigadores de los campos más diversos. Después de que los arqueólogos hubieran podido determinar claramente que la encina de Dodona desapareció hacia el año 392 d. de C., preguntaron a los botánicos qué edad podía alcanzar este árbol de fronda. Les respondieron que 500 años, y esta respuesta planteó una serie de nuevos problemas: en la literatura de la antigüedad sólo se habla de una encina. Las excavaciones en el templo de Zeus confirman este dato, pues allí sólo se han encontrado huellas de las raíces de un árbol. Aunque la encina de Dodona hubiera sido vieja cuando se la taló, debió de haberse plantado en el siglo I o II a. de C.; pero es imposible que la encina talada cuando llegó el fin de Dodona pudiera haber servido de oráculo en tiempos de la guerra de Troya. Ese árbol debería haber tenido más de mil quinientos años. Por tanto, en Dodona crecieron al menos de dos a tres encinas sagradas, pero cada una de ellas necesitaría algunos decenios para alcanzar un tamaño considerable, y como la encina siempre se encontraba en el mismo lugar, se plantea otra pregunta: ¿de qué medios se servían los sacerdotes mientras el arbolito se convertía en árbol? ¿Fue el tañido de los batintines lo que sustituyó el susurro silenciado de la sagrada encina?

Quejidos del calderón

Causa una extraña sensación pensar que las sacerdotisas y los sacerdotes creían poder distinguir voces entre el susurrar de la encina sagrada; sin embargo, los dispositivos más extraños del santuario eran los batintines de Dodona. Aunque algunos escritores antiguos se refirieron a ellos, los historiadores dudaron mucho tiempo de su existencia, pues su descripción resultaba sumamente extraña y exótica. Pero entonces, los excavadores a las órdenes de Dernetrios Evangelides y Sotiris Dakaris sacaron a la luz varios fragmentos de estos batintines. Actualmente ya no hay duda de que los datos históricos corresponden a la realidad: ¡en Dodona se producían voces artificiales medio milenio antes de Cristo!

Hasta finales del siglo V a. de C., el santuario de la encina de Zeus no estaba rodeado siquiera de un muro de piedra. Una serie de trípodes, que sostenían cada uno un calderón de bronce, estaba dispuesta de manera que formaran una valla en la que sólo se había dejado una estrecha abertura. Al atravesarla para entrar en el recinto de la encina sagrada, el visitante había de tocar por fuerza uno de los calderones a su derecha o su izquierda. La vibración producía un sonido semejante al de un batintín, por lo que todos los demás calderones también empezaban a sonar. Y como no había dos

calderones iguales, cada uno de ellos emitía un sonido diferente; pero si, además de esto, se había levantado un poco de viento, entrando en los calderones huecos, los silbidos y aullidos parecían no querer cesar. El idioma griego, rico en vocales y diptongos y series de sílabas como *ououou*, *oioioi* y *auauau*, ofrecía un amplio abanico de posibilidades interpretativas a los sacerdotes. Una vez habían empezado a resonar los calderones, el sonido persistía largo tiempo. De ahí surgió un proverbio comparable a nuestro «hablar por los codos», pues de persona que no dejaba de hablar decían que era «tan parlanchina como los calderones de bronce de Dodona».



Reconstrucción del látigo corcireo de Dodona.

Reconstrucción del látigo corcireo de Dodona.

El papel profético de los batintines de Dodona, que procede del sonido de los calderones de bronce, se debe seguramente al azar. Originariamente, estos sonidos —y la disposición de los batintines en forma de valla confirma esta hipótesis— debían de alejar el mal y formar un muro protector para Zeus. Sólo cuando la gente empezó a creer que se podían distinguir voces, más fuertes y claras que el susurro de la encina, se consideró que los calderones tenían también una función profética.

Probablemente más tarde, pero acaso también al mismo tiempo, existía en Dodona otro dispositivo accionado por el viento: un calderón de bronce y la estatua de un muchacho colocados sobre dos columnas. En la mano, el muchacho llevaba un látigo, cuya tira de piel se había sustituido por tres cadenas que colgaban dentro del calderón. Bastaba un ligero soplo de viento para que las cadenas golpearan el calderón y éste empezara a sonar. Esta maravilla técnica era un presente que los corcirenses, los habitantes de la isla de Corfú, habían hecho al oráculo. Seguramente, este aparato también se utilizaba, puesto que, al igual que los calderones, dio lugar a un proverbio: «Hablas como un látigo corcirense» tenía el mismo sentido que «eres tan parlanchín como los calderones de bronce de Dodona».

Los silbidos y los aullidos de los calderones de bronce dieron fama mundial a Dodona. El número de personas que peregrinaban hacia el lejano valle para plantear sus preguntas a los selos crecía constantemente: «Declárame, Zeus...».

Dodona adquiere fama mundial

El primer edificio construido en Dodona era un templo dedicado a Zeus, de un modesto tamaño de cuatro por seis metros y desprovisto de ventanas: es probable que en su interior se encontrara una estatua del dios y se almacenaran las ofrendas de los consultantes. Se erigió hacia el 400 a. de C. Este pequeño templo se levantaba a la sombra de la encina sagrada, y a su alrededor los sacerdotes y las sacerdotisas vivían en cabañas primitivas. Medio siglo más tarde se construyó un pequeño

muro alrededor del recinto sagrado. Al parecer, al mismo tiempo se desmontó la valla de batintines, que cedió su puesto al mucho más representativo látigo corcireense.

Se pretendía ampliar Dodona de tal forma que llegara a figurar entre los seis santuarios más importantes de Grecia. Alejandro Magno ya tenía dispuestos los planos, y el presupuesto aprobado rondaba los 1500 talentos o nueve millones de dracmas áticas. Alejandro Magno estaba interesado en el proyecto por ser su madre de aquella región, del Epiro, pero el gran conquistador murió inesperadamente y el proyecto de ampliación cayó en el olvido. Bastante más tarde, Pirro, rey del Epiro, se acordó de las pretensiones de Alejandro y construyó una sala de columnas alrededor del pequeño templo de Zeus y, no muy lejos de allí, un *buleuterion* o sala de reunión de 32 por 40 metros; también renovó el pritaneo, la casa destinada a los sacerdotes y huéspedes nobles. Pirro introdujo nuevos dioses en Dodona, o al menos les dedicó los correspondientes templos: a Dione, la bella esposa de Zeus; a Heracles, el hijo rebelde de Zeus; a Temis, la anterior esposa de Zeus; y a Afrodita, la atractiva hija de Zeus y Dione.

El teatro, construido junto a la entrada del recinto sagrado, demuestra que el número de visitantes del oráculo había llegado a ser muy elevado. En él se podían acomodar 15 000 espectadores, y actualmente es la prueba visible de lo que los arqueólogos son capaces de hacer, pues los cambios experimentados por el lugar los refleja la entrada correspondiente al 21 de septiembre de 1899 del diario del viajero Alfred Schiff: «Campos de trigo mecidos al viento cubrían el teatro, y apenas se podían reconocer los contornos de las ruinas». Schiff partió del famoso lugar con las siguientes palabras: «Dejemos Dodona sumida en su sueño. Algún día llegará su hora».

La hora llegó, y actualmente los resultados de las investigaciones nos permiten reconstruir toda la época en que Dodona fue el santuario nacional del Epiro. Entre los hallazgos, Sotiris Dakaris descubrió pruebas que confirman los datos proporcionados por el historiador Polibio, de época helenística. Polibio, que ha ejercido una profunda influencia en toda la historiografía posterior, nació hacia el 200 a. de C. y murió a los 82 años tras sufrir una caída de un caballo. Describe el ataque de los etolios a Dodona en el año 219 a. de C. Los etolios, vecinos de Dodona, eran un pueblo de pastores sin civilizar que vivían en el oeste de la Grecia central. Empujados por la carencia, salían cada cierto tiempo de correría sin respetar siquiera Delfos (279 a. de C.), aunque bien es cierto que con ello la salvaron de los celtas, que estaban a punto de invadirla.

Dodona no tuvo tanta suerte, pues la incendiaron y saquearon o destruyeron las ofrendas. Entre éstas se encontraban dos estatuas de bronce de generales epirotas, colocadas en el lado este del *buleuterion*. El profesor Dakaris halló fragmentos en este lugar, y también vio confirmada su hipótesis de que los etolios no se habían atrevido a incendiar el santuario oracular de Zeus, pues es el único edificio en el que no se han encontrado indicios de haber quedado afectado por el fuego. La sagrada encina también se salvó de las llamas, como confirman algunos escritores antiguos tardíos.

Pero tal como suele suceder en la historia, si tú quemas mi santuario, yo te quemo el tuyo. Al año siguiente, Filipo V de Macedonia, aliado de los epirotas, vengó cruelmente el ataque etolio. Allaná Termo, el santuario nacional de los etolios y sede de la confederación etolia. Quemó los templos y los edificios públicos, destruyó más de 2 000 estatuas consagradas y sólo respetó las de los dioses. El botín en dinero y oro era tan grande que Filipo pudo reconstruir con él su sagrada ciudad Dion, junto al río Olimpo, y los epirotas pudieron ampliar y embellecer el recinto sagrado de Dodona.

«El nuevo templo —dice el profesor Dakaris— era bastante más grande, y tenía unos propíleos con columnas jónicas en la fachada y un *aditon* detrás de la *cella*. Alrededor de la encina sagrada se volvió a construir una entrada con columnas, que tenía la forma de un rectángulo abierto. El viejo templo de Dione fue abandonado, al igual que el pritaneo, pero los otros templos se restauraron, y para la esposa de Zeus se construyó otro templo mayor. Las dos diosas más importantes de Dodona, Dione y Temis, tienen algo menos de importancia que Zeus, y ello se manifiesta en la disposición de los templos dedicados a ellas.»

Así se inició la época dorada de Dodona. En un estadio nuevo, construido delante del teatro, se empezaron a celebrar cada año las náyadas, los juegos de competición disputados en honor a Zeus. Los escultores más famosos de la época crearon obras con las que se adornaron las fachadas del *buleuterion* y del santuario de Zeus. Entre ellos se encontraba Atenógenes de Argos, cuyas obras

también encontramos en Epidauro. Dodona, el oráculo improvisado de las montañas, se había convertido en un lugar sumamente atractivo.



A la izquierda: anverso de un estáter de plata que reproduce las imágenes de Zeus y Dione; a la derecha, moneda de bronce epirota con las tres palomas.

A la izquierda: anverso de un estáter de plata que reproduce las imágenes de Zeus y Dione; a la derecha, moneda de bronce epirota con las tres palomas.

Con los romanos llegó el fin

Pero el esplendor duraría poco. En el año 167 a. de C., los romanos destruyeron este santuario y 69 recintos sagrados más. Era la misma campaña vengadora de la que también fuera

víctima Efira. Durante veinte años, los habitantes de Dodona intentaron reconstruir lo que los romanos habían destruido en un día, cuatro horas después de la salida del sol.

El oráculo volvió a ofrecer sus profecías. Más tarde, los romanos concedieron a Dodona el derecho de acuñar moneda, pero el viejo esplendor se había ido para siempre. Cuando, en el año 86 a. de C., Mitrídates saqueó Dodona durante una de sus campañas, parecía haber quedado definitivamente sellado el destino del oráculo. Pero como la demanda no cesaba, el oráculo tampoco dejó de funcionar. Sólo sabemos que los consultantes peregrinaban de nuevo a Dodona, pero ignoramos cómo funcionó todo a partir de entonces.

Sólo con el apogeo del cristianismo descendió el número de consultantes. Dodona se convirtió en sede episcopal, y a partir de entonces, las preguntas sobre el futuro obtuvieron otra clase de respuestas.

Aún hoy el oráculo de Dodona encierra muchos secretos que no se podrán descifrar en este lugar. Sentí que me había acercado al fenómeno del oráculo, pero la solución de todos los problemas seguía estando lejana. ¿Dónde la encontraría? ¿Qué oráculo revelaba su secreto, el auténtico secreto del oráculo?

Heródoto dejó una pista. Su observación de que Dodona y, en definitiva, todos los lugares en los que se emitían pronósticos, tenían su origen en Egipto, obligaba a tratar de aclarar esta afirmación.

III

Los profetas del oasis de Sivah

No le construyeron allí las gentes de Libia un templo suntuoso; ni su tesoro refulge con pedrería oriental: aunque para los pueblos [...], es un dios todavía pobre, que habita santuarios no profanados con el paso del tiempo por riqueza alguna...

Lucano, poeta romano (*Farsalia*, 9, 515)

En ningún caso se puede afirmar que la fundación del oráculo data de la XVIII dinastía. Es cierto que algunos aspectos de los antiguos oráculos egipcios aún se manifiestan hasta principios del Imperio Nuevo, pero sólo en la decadencia egipcia, a partir de la XX dinastía, los sacerdotes de Amón, en Tebas, se apropiaron de estos poderes para convertir a su dios en un dios oracular de primer orden.

Georg Steindorff, arqueólogo

Gracias a una sola sentencia, el oráculo de Sivah se hizo mundialmente famoso en el año 450 a. de C. Mientras Cimón, hijo de Milcíades, uno de los políticos y militares más importantes de Atenas, asediaba con su flota la isla de Chipre, envió una delegación al oráculo de Amón, en el oasis de Sivah. Plutarco cuenta (*Cimón*, 18) que Cimón había querido «informarse de ciertos asuntos secretos».

Cimón tenía motivos para no querer consultar el oráculo de Delfos: durante el asedio de Chipre, los griegos habían establecido una base en Egipto, y la conquista de la isla mediterránea era sólo cuestión de tiempo. Tampoco se ha llegado a saber nunca qué quería saber Cimón del oráculo de Amón, pues, según cuenta Plutarco, el oráculo no respondió a la pregunta de los enviados griegos. Más bien les invitó a regresar por donde habían llegado.

Sólo cuando los griegos volvieron al campamento entendieron el sentido de la sentencia. Aterrados, recibieron la noticia de que Cimón había muerto, sin luchar, durante el asedio a la ciudad chipriota de Citio. Después de haberse enterado de la fecha de su muerte, se les cayó la venda de los ojos: Cimón había muerto el mismo día que ellos escucharon la misteriosa sentencia en el oasis de Amón.

La noticia de esa terrible respuesta del oráculo, en la que no podía mediar ningún engaño, se extendió con extraordinaria rapidez por toda Grecia, y uno puede imaginar que los sacerdotes de Dodona y de Delfos no quedaron precisamente encantados cuando se enteraron de ello: a partir de ahora, eran tres los oráculos que habían de repartirse el lucrativo negocio de los griegos deseosos de conocer su futuro: Dodona, Delfos y Sivah.

De hecho, Sivah se había ganado su reputación. Aristófanes, el mordaz comediógrafo, menciona el oráculo de Amón de Sivah 36 años después de la profecía de Cimón, colocándolo en pie de igualdad con el santuario oracular de Zeus de Dodona y el de Apolo de Delfos. Sin lugar a dudas, el santuario oracular de Amón había reparado sus fracasos (que los tuvo, al igual que todos los demás oráculos a excepción de Delfos).

El renombre de Sivah creció a medida que los demás oráculos de Grecia iban perdiendo importancia. Enviados de todos los países emprendieron el duro camino a través del desierto libio y ofrecieron valiosos presentes para que Amón les predijera el futuro. Sivah se había convertido en el oráculo de moda del siglo IV a. de C., y ni los atenienses, espartanos, macedonios ni las ciudades comerciales de Asia Menor se libraron de seguir esta corriente.

El dios Amón encontró nuevos devotos en la Tebas griega, donde el poeta Píndaro le dedicó una estatua; en la Megalópolis arcadia también se levantó una estatua dedicada a Amón, y en Esparta se encontraba otra cerca del templo de Atenea. Ello sorprende más teniendo en cuenta que, a partir del siglo VII a. de C., los griegos empezaron a equiparar los dioses extranjeros a los propios, y Amón era el dios que se correspondía con Zeus. Por tanto, si Amón siguió siendo adorado en Grecia como dios independiente, a pesar de esa conciencia tan extendida, se debía a que era muy popular e importante.

Sólo así se entiende la espectacular visita que Alejandro Magno hizo al oasis de Sivah y la sentencia oracular que sigue siendo desconocida; una sentencia que hizo historia aun cuando sólo la conocía una persona que se llevó su secreto a la tumba.

Profecías sobre Alejandro Magno

«El tema de este libro es la vida del rey Alejandro [...], pero como, a causa de la gran cantidad de acciones notables susceptibles de ser incluidas en el relato, no voy a poder narrarlas todas ni exhaustivamente cada una, tendré que exponer la mayoría de ellas sumariamente, por lo que quisiera yo en el prólogo rogar a mis lectores no otra cosa, sino que no me censuren por ello.»

Así comienza la descripción de la vida de Alejandro Magno según la narra Plutarco, y el autor del presente Miro se muestra plenamente de acuerdo con él. Pero el nombre de Alejandro Magno está relacionado con el oráculo de Amón como ningún otro, y viceversa: no hay oráculo que se haya identificado tanto con un solo nombre como el de Amón con Alejandro. Y eso que actualmente parece demostrado que la visita al desierto libio, no exenta de cierto peligro —al fin y al cabo, le costó unas seis semanas al general—, no era una acción premeditada, sino una ocurrencia repentina.

Alejandro, educado desde los trece años de edad en la cultura griega por el gran filósofo Aristóteles, era muy creyente. Los vaticinios de los oráculos desempeñaron un papel importante durante toda su vida, y antes de ser concebido. Cuando el padre de Alejandro, Filipo de Macedonia, se desposó con la bella Olimpia, ella tuvo un sueño «la noche anterior a su unión»: un rayo cayó en su cuerpo y prendió un fuego vigoroso, que se extinguió tan rápidamente como se había producido. Algunos días después de la boda, Filipo tuvo un sueño igual de extraño: sobre el cuerpo desnudo de su joven esposa estampó un sello, y cuando miró la imagen, vio que representaba un león.

Los adivinos e intérpretes de los sueños de la corte de Filipo idearon las explicaciones más fantásticas que imaginar se pueda, pero estaban de acuerdo en que aquello no podía significar nada bueno. Sólo uno, el adivino licio Aristandro de Telmeso, opinaba simplemente que la reina estaba embarazada, pues al fin y al cabo no se solían sellar los recipientes vacíos, y que daría luz a un muchacho fogoso como un león.

Por cierto que el amor de Filipo hacia Olimpia se enfrió con bastante rapidez después de estos acontecimientos, y Plutarco se vio obligado a hacer la memorable observación de que «desde entonces, no era frecuente verle ir a dormir con ella». Para salvar el honor de Filipo, hay que decir que la bella Olimpia tenía unos deseos más bien extraños que posiblemente habrían espantado a cualquier varón. Cuentan que dormía con serpientes, y aunque su esposa le jurara que no se trataba de una enorme culebra sino de un dios, la ira de Filipo no se aplacó. Por descabellada que parezca la excusa de Olimpia, tenía un fondo realista: estaba entregada a los misterios órficos y el culto secreto a Dioniso, en el que las serpientes tenían un papel importante.

Así pues, los sentimientos de Filipo hacia su mujer no volvieron a ser los mismos. A Delfos envió a Querón, quien gozaba de su confianza, para preguntar sobre el significado de los sueños. La respuesta que recibió Querón fue insólita. Contó que la Pitia había ignorado su pregunta y le había

ordenado que ofrecieran sacrificios a Amón y que veneraran más a este dios que a ningún otro.

Es posible que por esta causa Alejandro se decidiera a hacerle una breve visita a Sivah, a pesar de que su objetivo, el Imperio persa, se encontraba en la dirección opuesta.

Después del asesinato de su padre, en el año 336 a. de C., Alejandro ocupó el trono con apenas veinte años de edad. Sus objetivos declarados eran la hegemonía sobre Grecia, a punto de descomponerse políticamente, y la conquista del gran Imperio persa. Hijo predilecto de Fortuna, estos objetivos se cumplían casi por sí solos.

Antes de emprender la campaña contra los persas, acudió personalmente a Delfos. Quería que Apolo confirmase lo acertado de sus planes bélicos. Pero Alejandro llegó un día en el que el oráculo no pronunciaba sus sentencias. Entonces envió delegados a la Pitia para saber si podría hacer una excepción, aduciendo su mucha prisa. La Pitia rechazó las pretensiones del macedonio, pues las fechas en que se abría el oráculo se respetaban como algo sagrado. Al oír esto, Alejandro irrumpió en la casa de la profetisa y arrastró la Pitia hacia el templo del oráculo. «Pero ¡si eres invencible!», gritó aterrada. Eso era lo que quería saber Alejandro. le dio las gracias y renunció a la profecía teatral que ella habría pronunciado.

Ésa era una reacción típica del joven de sangre caliente. Recuerda otro acontecimiento, también relacionado con un oráculo, que se produjo poco más tarde. Y una vez más, y de un solo golpe, Alejandro hizo famoso un lugar que antes había sido casi desconocido.

El oráculo del nudo gordiano

Sucedió en el invierno de 334-333 a. de C. De camino a Egipto, Alejandro iba conquistando una ciudad tras otra de Asia Menor, hasta llegar a Gordio, la antigua metrópoli de Frigia, residencia del legendario rey Midas, cuyas manos, según cuenta la leyenda, lo convertían todo en oro. el padre de Midas se llamaba Gordias, y de él recibió su nombre la ciudad. Era un lugareño honrado y se cuenta que se convirtió en rey gracias a la sentencia de un oráculo. Es posible que la profecía viniera de Dídimo, pero quizá procediera de Claro: en cualquier caso, respondió a la pregunta de a quién debían coronar rey los habitantes de Frigia. Decía así: «Al primero a quien los que han planteado la pregunta vean ir en carro hacia el templo de Zeus».

Al primero que vieron pasar fue a Gordias, y lo coronaron rey de Frigia. En acción de gracias, mandó que el carro al que debía su reinado fuera colocado en el templo de Zeus. Allí lo vio Alejandro Magno. Pero no estaba interesado en el carro propiamente, sino en una profecía oracular que pro-metía el dominio de Asia a quien fuera capaz de deshacer el enorme nudo que sujetaba el timón del carro. Este nudo era un caos irritante de fibras y mantenía juntos el yugo y el timón. Lo que hasta la fecha había impedido deshacer el nudo era que no se podía ver ni el principio ni el final de la cuerda.

Alejandro vio el nudo y, sin pensárselo dos veces, sacó su espada y lo cortó de un solo tajo. E interpretó la fuerte tormenta con rayos y truenos que azotó Gordio la noche siguiente como la aprobación de Zeus, y por ello se proclamó «rey de Asia».

Por cierto, después de estos acontecimientos, un anciano sabio, llamado Aristóbulo, contratado por Alejandro como experto para que le asesorara en su campaña asiática, manifestó que había una solución más sencilla para deshacer el nudo: bastaba con retirar del timón el pasador que sujetaba la correa del yugo y sacar de esta manera el yugo del carro. Pero para ello habría tenido que pensar un momento, ¡y quién podía exigirle eso al general de todos los ejércitos!

Egipto cayó en sus manos sin ofrecer resistencia, y el pueblo del Nilo le dio la bienvenida, pues le había liberado de la dominación persa. Los sacerdotes de la capital, Menfis, le coronaron faraón. A principios del año 331 a. de C., marchó Nilo abajo, atravesando el Delta, y cerca de la antigua ciudad de Racotis puso la primera piedra de Alejandría, que el arquitecto Demócrates de Rodas había proyectado siguiendo las instrucciones precisas de Alejandro.

Por estas fechas Alejandro debió de tomar la decisión de acudir al santuario oracular de Amón, en el desierto libio. La empresa era peligrosa, no sólo por los riesgos que implicaba el viaje en sí,

sino principalmente a causa de Darío. el rey persa había reorganizado su ejército y estaba deseoso de reparar el daño sufrido en Iso. Nadie sabía aún dónde se entablaría la batalla decisiva. Ya fuera por curiosidad, por confianza en su propio poder o porque disponía de una excelente información sobre las actividades del enemigo, lo cierto es que Alejandro emprendió con toda la tranquilidad del mundo el viaje de seis semanas entre la ida y la vuelta hacia el oráculo de Amón.

El ejército que acompañaba al general tomó la antigua ruta de las caravanas que pasa por Marsa Matruh, y que aún hoy se puede seguir con un vehículo todo terreno. Al igual que en todo cuanto se proponía, la suerte también le sonrió en esta ocasión. Según cuentan, cuando las reservas de agua de las tropas estaban a punto de agotarse, empezó a caer una fuerte lluvia. Los soldados recogieron el agua con lonas y llenaron sus reservas. Después de que una tormenta de arena hubiera borrado la pista aparecieron cuervos en el cielo. Alejandro ordenó seguirles, pues suponía que esas aves sólo podían volar hacia un oasis. La suposición era cierta, y él y sus hombres llegaron salvos a Sivah.

El secreto que Alejandro Magno se llevó a la tumba

Alejandro llegó sin previo aviso, pero los exploradores debían de haber anunciado su llegada. En efecto, cuando apareció ante el templo, «el sacerdote de Amón se dirigió a él saludándole de parte del dios, como de parte de su padre» (Plutarco, *Alejandro*, 27). Mujeres y muchachas con vestidos blancos cantaban y bailaban. En medio de una festiva procesión, Alejandro fue conducido a través de los jardines del templo.

Sus hombres fueron testigos de la pregunta que Alejandro planteó al sumo sacerdote del oráculo: «¿Ha escapado de su castigo alguno de los asesinos de mi padre?».

El sacerdote le advirtió: «Exprésate con mayor delicadeza, pues no tienes un padre mortal».

Alejandro formuló la pregunta de otra manera: «¿Les ha dado el dios su justo castigo a todos los asesinos de Filipo?».

Ahora, el sacerdote le contestó: «Filipo ha quedado totalmente desagraviado».

Alejandro quiso saber si el dios le concedería la merced de convertirse en el rey de todos los pueblos.

El sumo sacerdote le contestó que ello le sería otorgado.

Habiendo escuchado esto, cuenta Plutarco, Alejandro ofreció valiosas ofrendas al dios Amón, y colmó de dinero a los habitantes del lugar.

Finalmente, algunos de los hombres que acompañaban al general también tuvieron la ocasión de consultar el oráculo. Y cuando uno de ellos quiso saber si podían honrar a su rey como si fuera un dios, Amón le contestó que ello le complacería.

No sabemos cuánto tiempo se quedó Alejandro en el santuario oracular, pero sí se sabe que volvió solo al templo. Tanto la pregunta que hizo como la respuesta que recibió en esta ocasión constituyen un enigma histórico.

Al salir de la celda oracular, sus acompañantes le preguntaron qué sentencia le había sido comunicada. Pero Alejandro sólo les dijo que había oído lo que quiso oír.

En una misteriosa carta a su madre Olimpia, le escribió que le habían hecho «ciertas profecías secretas» (Plutarco, *Alejandro*, 27), y que se las revelaría únicamente a ella cuando se volvieran a encontrar. Sea cual fuere el pronóstico, se llevó el secreto a la tumba. Alejandro murió en el año 323 en Babilonia, y sin haber vuelto a ver a su madre.

Si tras el oráculo de Gordio se había reafirmado en su creencia de que era el rey de Asia, después de consultar el de Amón estaba cada vez más seguro de su ascendencia divina, y en su breve vida el culto a Amón adquirió gran importancia. Antes de su muerte, Alejandro comunicó a un amigo que su deseo era ser enterrado cerca del templo de Anión, en Sivah, pero la posteridad no lo cumplió.

Por temor a los saqueos en el desierto, que era imposible de proteger, Ptolomeo I, general de los ejércitos de Alejandro y posterior sátrapa de Egipto, hizo erigir un mausoleo monumental en Alejandría. Sin embargo, no cesó la corriente de fieles que acudían al desierto.

En busca del oráculo legendario

Buscando el legendario santuario oracular en el desierto libio, tomarnos en Alejandría el Expreso del Desierto, que lleva a Marsa Matruh. El ferrocarril egipcio recorre los 290 kilómetros que separan Alejandría de la ciudad portuaria más occidental del país en unas cinco horas, y el viajero se sorprende al encontrar en un lugar tan perdido una localidad turística en expansión. Aunque los hoteles con nombres tan atractivos como «Lido», «Riviera» o «Miami» no pueden rivalizar con los correspondientes establecimientos europeos, el paisaje rocoso, lleno de dunas amarillas, es impresionante y no tiene punto de comparación.

En la cancillería del gobernador, un sello certifica el deseo que tiene el extranjero de visitar el oasis de Sivah, lo cual le será permitido tras el pago de una reducida tasa: es el Road Pass Permission. «*Inshallah, misa faglak. ¡Si a Alá le place, por favor!*»



El oráculo de Amón se encontraba sobre el lomo de una montaña en el desierto libio.

El oráculo de Amón se encontraba sobre el lomo de una montaña en el desierto libio.

Aun estando asfaltados los primeros 125 kilómetros de camino, necesitaremos de ocho a diez horas para recorrer los 300 kilómetros, nos dice el conductor *del* Land Rover. Dos bidones de gasolina y otro de agua deben servir para reducir el riesgo de la travesía. Después partimos hacia el Oeste, pasando junto al aeropuerto, hacia Sidi el-Barani. De aquí hay que tomar la carretera hacia el Sur, yendo de un pozo a otro. Los pozos se llaman aquí Bir: Bir el-Kanaycs, Bir el-Glaz, Bir

el-Helou, Bir el-Istabl, Bir Fouad, Bir elNoss. Después de haber recorrido 149 kilómetros hacemos una pausa para que nosotros y el motor podamos descansar. La carretera asfaltada se convierte en una polvorienta pista en el desierto cuyo trazado lo marca una hilera de zumbantes postes telegráficos. Seguimos. Después de Bir el-Bacour parece haber acabado el camino, pues ante nosotros se extiende el desierto. Pero no nos quejamos; al fin y al cabo, Alejandro Magno hizo el trayecto a caballo, y sus soldados, a pie. De repente, habiendo recorrido unos 280 kilómetros, en medio del desierto nos encontramos con una pista de aterrizaje. Otra vez rodamos sobre asfalto y después aparece Sivah: lo hemos conseguido.

Sivah, el Seketham del antiguo Egipto, la tierra de las palmeras, apenas debe de haber cambiado desde tiempos de Alejandro Magno. El oasis, de 50 kilómetros de largo y de 4 a 6 kilómetros de ancho, situado a 24 metros bajo el nivel de mar, es un «regalo de las fuentes». Cuentan que, en la antigüedad, había miles de éstas, pero actualmente sólo quedan doscientas. Con ellas se riegan 200 000 palmeras datileras y 40 000 olivos, y sin ellas no podrían subsistir los 6 000 habitantes de los pueblos de Sivah: Aghurmi, Khamisa, El-Maragi, Zeitun, Abu Shuruf y Karet Umm-el-Soghayyar.

No es Sivah el lugar que visitó Alejandro, sino el que se encuentra a unos tres kilómetros, llamado actualmente Aghurmi. Estudiando las descripciones del historiador Diodoro, comprobaremos que éstas siguen vigentes; al menos, las ruinas hablan de ellas.

«Los indígenas amonios habitan en aldeas y en el centro de su emplazamiento hay una ciudadela fortificada por una triple muralla. El primer recinto encierra los palacios de los antiguos gobernantes; el segundo rodea el gineceo, las habitaciones de los niños, mujeres y parientes, así como el cuerpo de guardia de los vigilantes del gineceo, además del espacio sagrado del dios y la

fuentes sagradas, en la que se purifican las ofrendas hechas al dios; el tercer recinto contiene las residencias de los doríforos y los cuerpos de guardia de los escoltas del soberano. Fuera de la ciudadela, a no mucha distancia, se ha construido otro templo de Amón a la sombra de abundantes y frondosos árboles. Junto a él se halla una fuente llamada del Sol, dado su comportamiento» (Diodoro, *Biblioteca histórica*, XVII 50, 3, 4).

Éste es uno de los pocos textos que sirvieron de ayuda a los investigadores que intentaron localizar el oráculo de Amón, pues durante mil años el santuario había desaparecido de los mapas; el lugar sólo existía en la literatura, y nadie sabía ya dónde se escondía.

La dura suerte de los descubridores

Día 24 de febrero de 1792: en Alejandría, un mameluco de piel blanca se suma a una caravana. Quiere acompañar a los comerciantes, que se dirigen hacia Libia, durante su peligrosa travesía del desierto. Lo que no saben los árabes es que el extranjero no es de ascendencia turca y de creencia mahometana, sino inglés y cristiano. Los componentes de la caravana jamás se llegaron a enterar de su secreto.

Sin embargo, ésa era la única posibilidad que tenía un europeo de redescubrir los míticos oasis del desierto de Libia. Se llamaba W. G. Browne y era lo que se ha dado en llamar un trotamundos. Browne llegó al oasis de Sivah, donde la gente le tiraba piedras y donde cuatro o cinco jeques reinaban sobre otros tantos pueblos rivales. Aunque descubriera ruinas con relieves de Isis y Anubis en una aldea cuyo nombre, según le dijeron, era Umm-Ebeida, no estuvo del todo seguro de haber encontrado el oráculo de Anión. Tres días después emprendió el regreso y, por inereñible que pueda parecer, estuvo a punto de ahogarse. En efecto, tras dos días de viaje, Browne llegó al lago salado de Arashia e intentó alcanzar a caballo la isla que se encontraba en el centro. A medio camino, caballo y jinete tropezaron, y apenas bastaron sus fuerzas para salvarse.

Las noticias que Browne trajo del desierto, y que posteriormente publicó en un libro, llamaron la atención de la London African Association, un club muy distinguido que se había propuesto el objetivo de explorar y estudiar el continente negro. En aquella época, aventureros de toda Europa se pusieron a disposición de la honorable sociedad, y por un salario mensual exploraban las regiones desconocidas del inundo.

Uno de ellos era el alemán Friedrich Konrad Hornemann, de Hildesheim, un hombre audaz que, a la edad de veintiséis años, gustaba de recorrer África para el club londinense. Cuando llegó a Egipto, Napoleón estaba a punto de emprender su campaña en ese país. Fascinado por los planes del joven alemán, el Gran Corso le entregó una carta de recomendación. Es probable que Napoleón no pensara que en el norte de África su firma podía carecer de todo valor, pero sabido es que los grandes hombres suelen pensar en último lugar en las cosas insignificantes.

Siguiendo el ejemplo de su predecesor, Hornemann se vistió de musulmán y partió de el Cairo con una caravana de peregrinos. Al cabo de dieciséis días de viaje, el 21 de septiembre de 1798, llegó a Sivah. Mientras los peregrinos descansaban, el alemán tomaba notas y hacía esbozos, principalmente de las ruinas del templo de Aghurmi. Ocho días tenía para ello, pues transcurridos éstos, la caravana se dirigiría hacia el Oeste.

Apenas hubieron dejado el oasis Hornemann y los peregrinos, les alcanzó un grupo de guerreros a caballo. Los jinetes exigieron que les fuera entregado el hombre que había estado estudiando las antiguas ruinas. No creían que fuera musulmán, y por ello había de morir.

Desesperadamente, Hornemann intentó convencerles de que creía en Alá, y cuando ya no supo qué hacer, sacó el escrito de Napoleón, se lo enseñó a uno de los jeques y dijo: «Mira, lee: aquí pone que soy musulmán». El jeque al que se había dirigido se encogió de hombros, pero uno de sus acompañantes cogió la hoja, la miró y empezó a recitar de memoria algunos versos del Corán. Finalmente, Hornemann recordó el ejemplar del Corán que tenía en su equipaje, lo sacó y lo agitó delante de los jinetes. De esta manera salvó la vida.

Más tarde, Hornemann envió sus anotaciones por correo marítimo a Inglaterra, donde

aparecieron publicadas en el año 1802, uno después de que el joven explorador hubiera perdido la vida en Nigeria. Estas anotaciones fueron sumamente importantes para la ciencia, pues en lo sucesivo los estudiosos que creían que un viaje a Sivah resultaba demasiado aventurado, se sirvieron de esos escritos para identificar el oráculo de Amón. Pero Las descripciones de Hornemann también supusieron unas pruebas únicas, pues en 1811 un terremoto destruyó lo poco que el paso de los milenios había dejado intacto.

Dos alemanes devuelven la vida al oráculo

En 1820, el oasis Sivah pasó a manos egipcias, pero desde entonces las constantes luchas impidieron el avance de las investigaciones. Los descubridores y los aventureros se dieron cita en el santuario, y sólo en 1853 el escocés James Hamilton volvió a estudiar con criterio científico el lugar. A él le sucedió el alemán Gerhard Rohlfs.

Éste procedía de Vegesack, cerca de Bremen, y era un auténtico aventurero: siguiendo los pasos de su padre, estudió medicina, mas interrumpió su carrera antes de finalizarla; se alistó en el ejército austríaco, pero como éste no estaba en guerra, se cambió a la Legión Extranjera francesa. En Marruecos aprendió árabe, y adoptó la vestimenta del país. Quien tenía ocasión de verlo no sospechaba que tras este temerario personaje, en cuya cara destacaba un espeso mostacho, se escondía un estudiante fracasado. A partir de entonces, sus viajes de exploración le llevarían por toda África. Así llegó también a Sivah, donde, al verle llegar, los nativos exclamaron: «¡Cerrad las puertas y esconded a las mujeres!».

Con sus maneras joviales, Rohlfs lograba granjearse amigos por doquier. De esta forma, sus viajes de exploración resultaban mucho más fáciles: Cuando se adentró en el desierto libio, acompañado de tres investigadores alemanes, un geólogo, un agrimensor y un fotógrafo, no se contentó con unos cuantos sirvientes negros, sino que también alquiló para su uso personal a cinco sirvientes blancos, y el jedive envió en el último momento una de sus cocinas de viaje, en la que no faltaban cubiertos de plata, conservas, champán, vino, cerveza, cigarros ni jaulas para gallinas y pavos, así como un corral de ovejas. ¡Alabada seas, vieja gloria de los exploradores!

Resulta casi imposible creer que un personaje tan estrafalario haya sido capaz de realizar una labor científica rigurosa; sin embargo, fue el primero en dibujar cuidadosamente la celda oracular del santuario de Amón, copiando todas las inscripciones y todos los relieves de las paredes, sin dejarse siquiera los jeroglíficos, que él mismo no sabía leer.

El primer *arqueólogo* que entró en el antiguo oráculo de Amón fue el alemán Georg Steindorff. En el invierno de 1899-1900 emprendió junto con el barón Curt von Grünau una expedición arqueológica, y llegó a la conclusión de que «sólo Aghurmi puede ser la acrópolis del Amonio, los monumentales restos que allí se encuentran deben corresponder al templo oracular, y los cascotes que están algo más alejados del templo, a las ruinas del castillo del príncipe».

Pero ¿qué aspecto ofrecía hacia el cambio de siglo el oráculo que llegó a ser mundialmente famoso?

En sus memorias, Steindorff escribe que «por aquel entonces, la celda aún debía de encontrarse en el mismo estado en el que la encontró Rohlfs en 1869: quedaba casi oculta por las nuevas edificaciones y servía de vivienda y establo; una pared de barro la dividía en dos y con unas vigas de troncos de palmeras se había añadido un piso superior, al que conducía una escalera ruinosa. Copié tan bien como pude los relieves de las paredes y las inscripciones, apenas reconocibles por la oscura capa de hollín y suciedad que los cubría, y he hecho descripciones de ellos. Grünau también ha tomado una fotografía de los restos de las construcciones. No se podía hacer nada más, ya que, como he dicho anteriormente, los muros antiguos habían quedado irreconocibles por las casas modernas que se les habían adosado».

Testigos mudos de una era de esplendor

Hace casi ochenta años de aquello, y la mayoría de las casas modernas bajo las que se escondía el templo oracular han sido derribadas, de modo que nos podemos hacer una idea aproximada del misterioso santuario. Las rocas calcáreas de Aghurmi se elevan de veinte a veinticinco metros por encima del nivel del oasis, que mide 120 metros de Este a Oeste y 80 metros de Norte a Sur. En este lugar, por encima de la tierra, se erigía majestuoso el oráculo. El tamaño del santuario no se correspondía con su fama, pues era el más pequeño de los oráculos más famosos: apenas medía veinte metros de largo por diez de ancho.

Lo sorprendente de la forma y la arquitectura del oráculo es la falta de rasgos egipcios. Los arqueólogos sospechan que el primer patio, cuyos restos apenas son reconocibles, ha sido añadido en una época posterior. En tiempos de Alejandro, el oráculo se componía sólo de una antesala que comunicaba con una estancia principal, en la que se encontraba la celda oracular, separada de esta estancia, y de una habitación cuadrada, que se levantaba a un lado de la celda oracular. Resulta muy interesante un estrecho pasadizo que discurría a un lado de la celda oracular y que, sin lugar a dudas, tiene que ver con los procedimientos oraculares. Rohlfis lo describió como la entrada a una galería que llevaba a un pozo, pero no manifiesta cómo llegó a esta conclusión, pues los escombros,

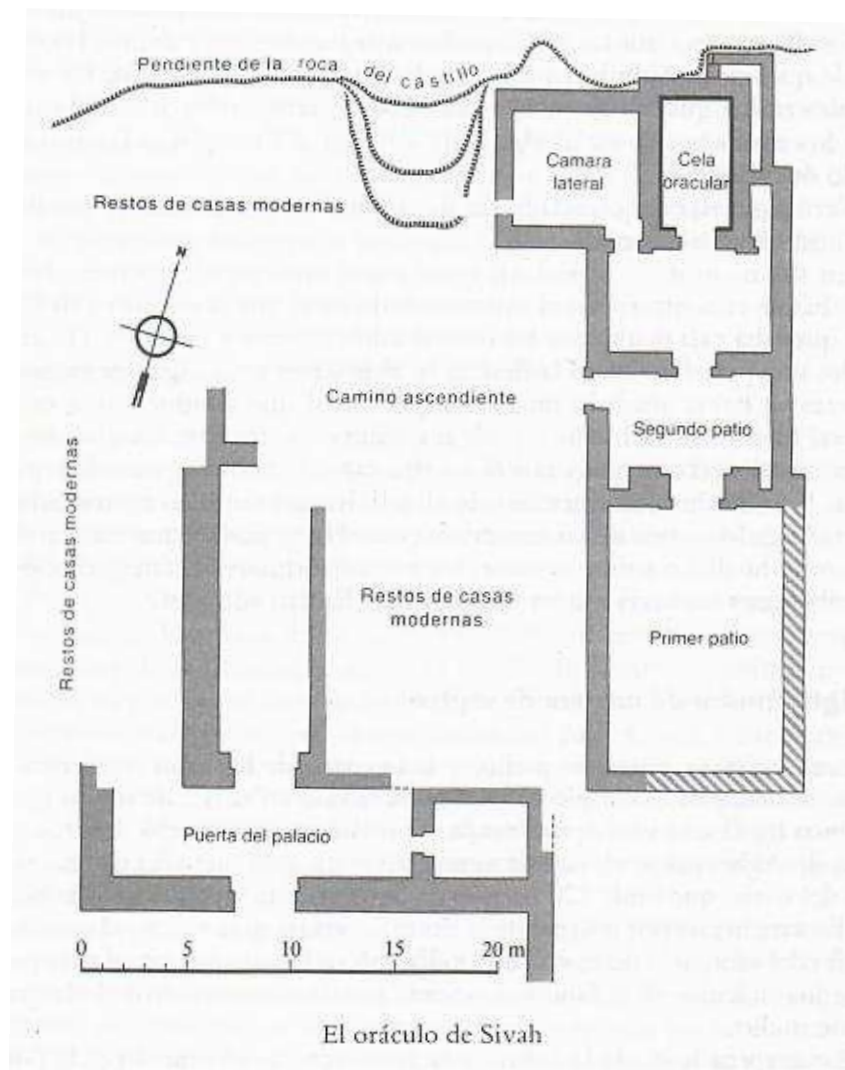
que lo llenaban casi por completo, impedían penetrar en él.

El oráculo de Sivah

El profesor Herbert Ricke, investigador de la construcción, ofrece una posible explicación de esta idea de Rohlfis: «Esta interpretación se debe al pasaje en la obra de Diodoro en el que se menciona la existencia en el castillo de "la capilla de la divinidad y la sagrada fuente en la que se purificaban los sacrificios que se iban a ofrecer al dios". Sin embargo, el pozo está demasiado alejado del templo como para que parezca probable la existencia de una comunicación subterránea». En cambio, es muy probable que este pasadizo secreto haya servido para las escenificaciones místicas de los sacerdotes.

La fachada de las estancias del oráculo —y éste es un rasgo nada típico de la cultura egipcia— no lleva relieves ni inscripciones y no ofrece el menor indicio del significado de lo que se escondía tras ella. Y casi parece increíble

que detrás de esta sencilla fachada, en apenas veinte metros cuadrados, ocurrieran cosas que han hecho cambiar la historia del mundo. Nada, absolutamente nada indica que en esta celda existía un oráculo; ni siquiera los relieves y las inscripciones que se conservan en la sala proporcionan la



menor prueba. Las procesiones de dioses, encabezadas por Amón y su esposa Mut, no pueden ocultar que fueron creados por un escultor que no era egipcio, que no tenía ni idea de la jerarquía de los dioses del Egipto antiguo.

El santuario, separado por quince días de viaje de los centros de la civilización egipcia, no ha vivido inmerso en ella; simplemente ha intentado copiarla. Libia no sólo estaba más cerca, sino que su sencilla cultura también resultaba más familiar. Llegados a este punto, hay que considerar la posibilidad de que el oráculo de Amón no fuera originariamente egipcio, sino que, con el paso del tiempo, se convirtiera en tal. Después de haber estudiado los relieves y las inscripciones de la celda oracular, el profesor Georg Steindorff cree que son obra de un «artista» poco conocedor de la decoración de los templos egipcios y de la escritura jeroglífica. Están plagados de errores y de malentendidos. Steindorff apunta lo siguiente: «Parece como si el príncipe hubiera encargado a un egipcio no muy versado en la decoración de santuarios la labor de adornar las celdas, dando simplemente la orden de que además de él mismo, aparecieran representados su señor y los dioses más importantes, Amón y Mut. Aunque también es cierto que la torpeza de las representaciones y los textos permiten pensar que tanto el constructor como el escultor no fueron egipcios, y que este último sólo tenía conocimientos rudimentarios de los relieves egipcios y de la escritura jeroglífica».

El oscuro origen del santuario

Probablemente, el templo del oráculo, tal como lo conocemos hoy, es la obra devota de un príncipe del oasis cuyo nombre no conocemos. De este modo, el intento de descubrir de qué época data el templo se convierte en un problema casi irresoluble. El único anillo real, el símbolo infalible que inditaba en todos los templos egipcios quién había sido el rey que encargó la construcción y en qué época, está destruido. Basándose en los restos conservados, Steindorff intentó reconstruirlo, y llegó a la conclusión de que pertenecía a Acoris, un faraón de la XXIX dinastía, que reinó del año 392 al 380 a. de C. Basándose en que el templo oracular fue construido durante su reinado, parece indudable que Alejandro Magno escuchó entre estos muros las profecías sobre su destino.

Sin embargo, cuenta la tradición que Creso ya fue un adepto del oráculo, y ello hace pensar en la existencia de un antecesor de este templo. ¿Cuándo se fundó, pues, el oráculo de Anión?

Nos faltan puntos de referencia históricos, y por ello no se puede aventurar ninguna sospecha sobre la fecha en que fue fundado. Por ello a esta pregunta sólo se puede responder si se estudia la historia de los oráculos en Egipto.

Los oráculos egipcios más antiguos de los que tenemos noticia datan de principios del Imperio Nuevo (siglo XV a. de C.). Por aquel entonces también fue Anión, el dios del Imperio, quien tomó las decisiones importantes. En esta época aún no se menciona el oráculo del desierto de Sivah. Una observación al parecer poco importante hecha por Heródoto (II, 42) proporcionó las pruebas decisivas. En su descripción del culto egipcio a Amón dice que los habitantes del Amonio (el nombre griego del oráculo de Amón) fueron colonos egipcios y etíopes. La colonización empezó a desarrollarse hacia la XXV dinastía (712-664 a. de C.), cuando el Imperio egipcio fue dirigido por reyes que se llamaban a sí mismos «etíopes». El rey Jaharaku partió de la capital, Napata, cerca de la cuarta catarata del Nilo, la que fuera la antigua frontera del sur del Imperio, para dirigirse al Norte y, finalmente, hacia el Oeste, llegando incluso, como cuenta la historia, hasta Europa. Es probable que el santuario oracular de Amón del oasis de Sivah se construyera durante una de estas campañas de colonización.

Sin embargo, poco después, hacia el año 630 a. de C., los habitantes de la isla de Santorín, la antigua Tera, una de las Cícladas, fundaron la colonia de Cirene cerca del oasis de Amón. Indudablemente, esta manifestación de cultura griega en el Norte africano también debió de influir en el santuario de Sivah. De hecho, están relacionados, mas los estudios actuales no han sabido revelar cuáles de las influencias fueron las originarias, es decir, quién influyó en quién.

Tanto Curcio Rufo (IV, 7, 23) como Diodoro (XVIII, 50, 6) afirman que en el templo oracular de Sivah no existía ninguna imagen de culto a Amón, sino un fetiche extraño, un huevo partido

cubierto de esmeraldas y otras piedras preciosas. En la celda oracular de Delfos también había un huevo partido como ése, que se llama ónfalo (del griego ombligo). En el templo de Amón en Napata, la capital etíope, se veneraba otro misterioso ónfalo. Arqueólogos alemanes han encontrado una copia de este ídolo, que pretendíase una ofrenda. Al tratar de Delfos volveremos sobre el significado de estos ónfalos. Sin embargo, los problemas que plantean siguen sin resolverse. Algunos historiadores describen el camino que recorrió este culto oracular, desde Etiopía, pasando por Egipto hasta llegar a Grecia. Otros, sin embargo, creen que el ónfalo délfico ha llegado a Egipto, pasando por Cirene y Sivah.

Sivah no fue el único oráculo

«Entre ellos, por otra parte —escribe Heródoto (II, 83)—, la adivinación presenta las siguientes características: el arte adivinatorio no es competencia de ningún hombre, sino de ciertos dioses. En efecto, en Egipto hay oráculos de Heracles, Apolo, Atenea, Artemis, Ares, Zeus y, especialmente, el de Leto en la ciudad de Buto, que, de todos' ellos, es al que tienen en mayor estima. No obstante, sus procedimientos oraculares no están reglamentados de modo uniforme, sino que son diversos.»

El oráculo de Heracles debía de ser para Heródoto el oráculo de Harsaphis. El oráculo de Apolo (Apolo se identificaba en Egipto a Horus) podría haberse encontrado en Edfu o en algún lugar del delta del Nilo. Como en Egipto se identificaba Atenea a la diosa Neit, su oráculo sólo se puede haber encontrado en Sais. También estamos informados sobre el santuario de Artemis, que se identificaba con la diosa Bastet: se encontraba en Bubastis. Ares, que se identifica con Set, se encontraba en el delta del Nilo, en Tanis, y Zeus, identificado con Amón, tenía un santuario oracular en Tebas, la actual Luxor, además del que se encontraba en el oasis de Sivah.

Aunque no exista ningún pueblo que haya dejado tantas señales y tantos testimonios, el problema de los oráculos egipcios está rodeado por un espeso velo de secretos. No existen restos arquitectónicos que nos permitan reconstruir los hechos, y las noticias que nos han llegado se limitan a unas pocas informaciones sobre las preguntas planteadas a los oráculos.

El proceso mismo sólo lo describe Diodoro (*Biblioteca histórica*, XVII, 50, 6/7), pero él tampoco llega a hacer afirmaciones concretas: «La estatua de la divinidad está recubierta de esmeraldas y otras muchas piedras preciosas, y dicta su oráculo de un modo muy particular. En efecto, ochenta sacerdotes la transportan en torno del recinto sobre una nave de oro, y ellos, llevando al dios sobre sus hombros, lo conducen al azar por el camino que les va indicando el dios con un movimiento de su cabeza. Una inmensa muchedumbre de muchachas y mujeres les acompañan cantando peanes durante el trayecto, entonando cánticos tradicionales en honor del dios».

Incluso los oráculos egipcios más antiguos de los que se tiene noticia funcionaban de esta manera: para asentir, el dios afirmaba con la cabeza, mientras que retrocedía para expresar su negativa. La sentencia oracular más antigua, aunque legendaria, data de la IV dinastía (hacia el año 2500 a. de C.). Esto es, al menos, lo que afirma Heródoto.

En Buto, el faraón Sencaure, más conocido por el nombre griego de Micerino, escuchó una sentencia oracular advirtiéndole que sólo le quedaban seis años de vida. Micerino, joven todavía, se quejó. Despachó un enviado a Buto para que manifestara su disconformidad con esta profecía. Su padre y su tío habían cerrado santuarios, descuidado divinidades y matado a hombres para, después de todo, morir muy viejos, de modo que no lograba entender cómo él, un hombre devoto, tenía que morir a una edad tan temprana.

Micerino se refería al rey Keops, quien —según cuenta Heródoto— impedía que el pueblo acudiera a los oficios religiosos porque necesitaba un número casi infinito de personas para construir la Gran Pirámide. Se precisaron diez años para abrir las vías de acceso y veinte para edificar la pirámide en sí; forzosamente, los ciudadanos habían de prestar sus servicios durante tres meses al año, y apenas se les proporcionaba vestimenta. Los alimentos —rábanos, cebollas y ajos— servían, principalmente, para prevenir las epidemias.

Y entonces, Heródoto cuenta una historia extraña: dice que «Keops llegó a tal grado de maldad, que, viéndose falto de dinero, colocó a su propia hija en un burdel y le ordenó que se hiciese con una determinada cantidad [...]. Ella obtuvo la suma que le había fijado su padre y, además, resolvió dejar por su propia cuenta un monumento conmemorativo suyo; así, a todo el que la visitaba le pedía que le regalara un bloque de piedra. Y los sacerdotes aseguraban que con esos bloques se construyó, delante de la gran pirámide, la que se alza en medio de las otras tres...» (II, 126).

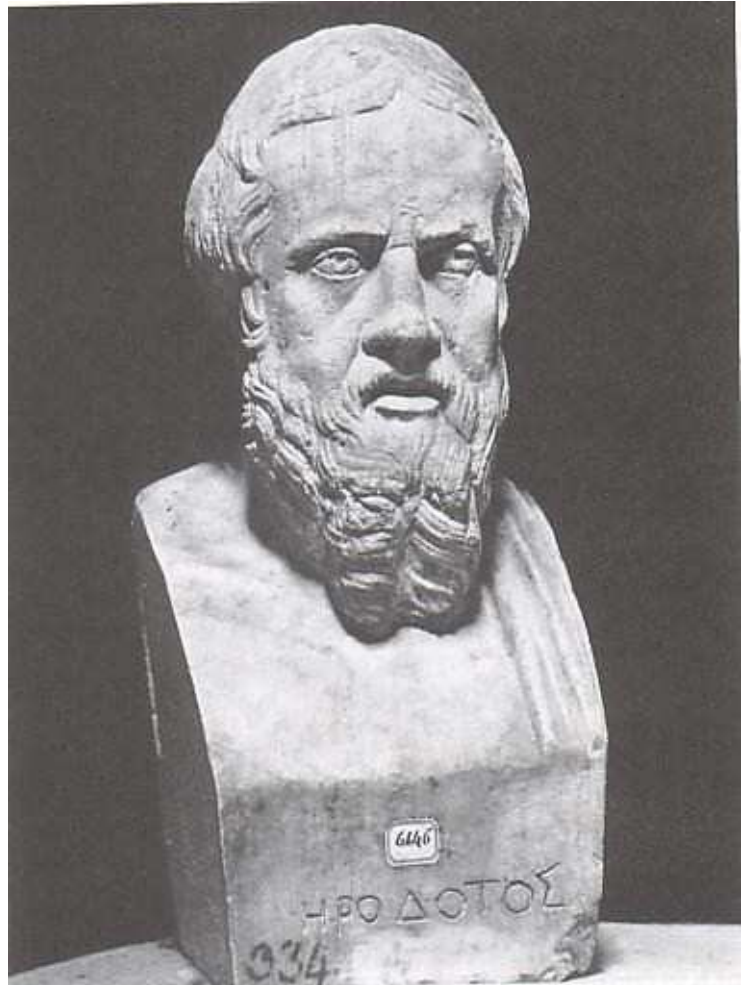
Heródoto sorprendido en su buena fe

Heródoto dio crédito a una leyenda, lo cual obliga a revisar los hechos históricos reflejados por la historiografía. Chufu, o Keops en su forma griega, hijo de Snefru, no sólo construyó la pirámide que en un futuro iba a ser su monumento funerario, sino también algunos templos, es decir, no descuidó en absoluto a los dioses. Tampoco reinó cincuenta años —como se afirma en otro lugar—, sino que apenas le fue concedida la mitad de ese período. La afirmación de Heródoto, que cuenta que el hermano de Keops, Kefrén (en egipcio: Cha'efre), «había actuado igual que el otro», tampoco es cierta. Según las investigaciones históricas más recientes, Kefrén no fue hermano, sino hijo de Keops, y también él hizo erigir en un valle cercano a su pirámide un gran templo para los dioses y la gran esfinge de Gizeh. Se cree que reinó unos veintiséis años, y Micerino, sólo unos dieciocho.

Actualmente parece claro cómo se ha producido esa polarización de los faraones de la cuarta dinastía. En tiempos de Heródoto ya no se sabía prácticamente nada de los faraones de las primeras dinastías del Antiguo Imperio. Los mitos y las leyendas que circulaban procedían de los sacerdotes, la casta encargada por aquel entonces de la «historia», si es que entonces ya se podía hablar de historia. Y estos sacerdotes embellecían los hechos históricos según la ideología que defendían, y crearon leyendas que servían a su propia imagen y a la de los dioses que ellos administraban. Obviamente, todos los mitos encerraban una parte de verdad, sin lugar a dudas. La valoración histórica de los reyes de la IV dinastía está influida por el hecho de que éstos construyeron pirámides más grandes que Micerino, es decir, que explotaron al pueblo y exigían de éste unos sacrificios ingentes. Micerino, en cambio, se contentó con un monumento funerario mucho más modesto y, por tanto, fue también un soberano bastante más preocupado por los aspectos sociales.

Heródoto, padre de la historiografía.

Sin embargo, la profecía del oráculo de Buto se puede interpretar desde otro punto de vista. Y es que Micerino se rebeló contra la sentencia de los sacerdotes según la cual sólo le quedaban seis años de vida. «Al oír esta respuesta —cuenta Heródoto (II, 133)—, Micerino, como si estas palabras le hubiesen ya sentenciado, se hizo fabricar gran cantidad de lámparas y, cuando



Heródoto, padre de la historiografía.

llegaba la noche, las mandaba encender y se dedicaba a la bebida y a la buena vida, sin cesar ni de día ni de noche, vagando por las marismas, por los bosques y por donde oía decir que había lugares de muy refinado placer. Y puso en práctica esta idea —en su deseo de demostrar que el oráculo estaba equivocado— para disponer de doce años en lugar de seis al convertir la noche en día.»

Es cierto que ha habido muchos hombres famosos preocupados por convertir las noches en días, y las razones que tuvo el rey Micerino para hacerlo parecen bastante obvias. La imagen de miles de lámparas ardiendo de noche por doquier recuerdan las de la fiesta de las lámparas de Sais, celebradas cada año en honor a Osiris. Heródoto afirma que allí, en el noroeste del delta del Nilo, se encontraba el palacio real de Micerino. «Cuando se reúnen en la ciudad de Sais para las celebraciones —escribe—, en una noche determinada todos encienden al raso muchas lámparas dispuestas en círculo alrededor de sus casas. Estas lámparas son unas páteras llenas de sal y aceite, de cuya superficie sale la mecha propiamente dicha, que arde durante toda la noche. Esta festividad recibe el nombre de "Fiesta de las Luminarias". Por su parte, los egipcios que no acuden a esta celebración religiosa también observan la noche del sacrificio encendiendo sus lámparas; así que no sólo se encienden en Sais, sino en todo Egipto» (II, 62).

Por tanto, tras el informe de Heródoto no se esconde más que una explicación de esta fiesta de las lámparas basada en las leyendas populares. Para salvar el honor de Heródoto, hay que decir que, obviamente, sólo transcribió lo que le contaron los sacerdotes.

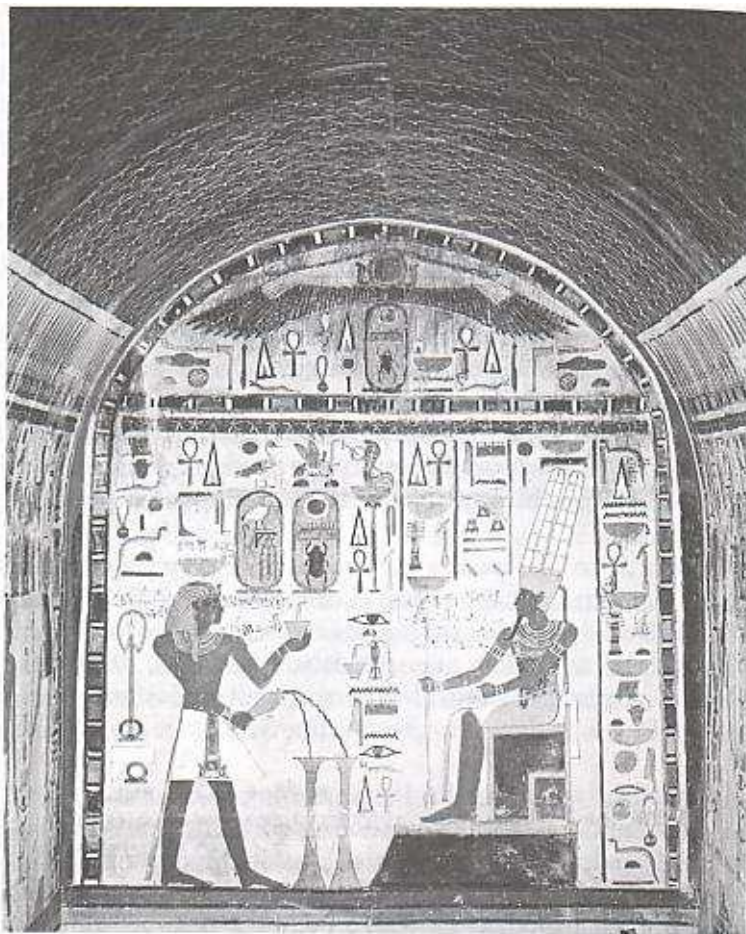
Un día histórico: el primero de mayo de 1490 a. de C.

El primer oráculo del que se tiene noticia cierta y del que se conoce la fecha exacta fue el que pronunció Amón el día 1 de mayo de 1490 a. de C. Esta fecha se puede determinar con tanta exactitud porque las inscripciones hacen referencia simultánea a dos fechas de luna nueva, gracias a las cuales los astrónomos han conseguido calcular el día exacto. Este día, los sacerdotes de Amón en Tebas, ciudad que se encontraba a pocos kilómetros de la actual

Luxor, dieron un golpe de Estado. Y para ello se aprovecharon de una institución al parecer ya reputada por aquel entonces: el oráculo.

El primer oráculo del que se conoce la fecha exacta fue el del dios egipcio Amón (arriba), destinado al faraón Tutmosis III.

Actualmente, la situación nos parece algo complicada, pero para el Egipto de aquella era resultaba perfectamente normal: a la edad de quince años, Hatsepsut, la hija de Tutmosis I, se había casado con su hermanastro Tutmosis II, de doce años de edad; aparte de tener un hijo ilegítimo, este faraón no consiguió hacer nada digno de mención. El hijo en cuestión, que era «servidor de



El primer oráculo del que se conoce la fecha exacta fue el del dios egipcio Amón (arriba), destinado al faraón Tutmosis III.

dios», es decir, sacerdote en el templo de Amón de Karnak, y que apenas tenía posibilidades de heredar el trono, consiguió este propósito gracias a un truco muy sencillo de los sacerdotes: en el transcurso de una procesión, mientras los sacerdotes transportaban la barca del Nilo con la imagen divina a través del templo de Karnak, el cortejo se detuvo ante el príncipe, que contemplaba el espectáculo algo apartado de los demás. Como habían acordado, los portadores del extremo posterior de la barca encogieron los hombros de modo que la imagen del dios parecía estar afirmando con la cabeza. El faraón y los honorables del imperio interpretaron este gesto como manifestación de la voluntad de Amón, y creyeron que éste deseaba que la persona distinguida de esta forma se convirtiera en rey.

Las razones de los sacerdotes para obrar así son obvias: un faraón procedente de sus propias filas defendería mejor sus intereses de lo que cabía esperar de un gobernante con el que sólo mantenían relaciones oficiales. El nuevo soberano se llamaba Tutmosis III y llegaría a ser uno de los faraones más poderosos; durante todo su reinado haría numerosas donaciones a los sacerdotes de Anión, agradeciendo así su entronización.

También Hatsepsut se serviría pocos años después de un oráculo similar para legitimar sus pretensiones al trono. Tal como se narra en una inscripción, ello ocurrió durante una procesión en el templo, mientras Amón anunciaba sus oráculos. De ahí se deduce que el culto oracular ya era toda una institución.

Doscientos años después de Tutmosis III, Ramsés II utilizó con inteligencia el oráculo de Amón en Tebas. En el primer año de su reinado, Ramsés debía acometer la ingrata tarea de nombrar un nuevo sumo sacerdote. La casta de los sacerdotes de Amón no gozaba precisamente de su favor, pero, por otro lado, sabía perfectamente que el nombramiento de un candidato que no fuera del agrado de aquéllos podía acarrearle ya en el primer año de su reinado un buen número de enemigos poderosos. Por tanto, dejó la decisión en manos de Arria, es decir, de los sacerdotes mismos. Durante una procesión de la imagen del dios por el templo iba pronunciando los nombres de todos los candidatos posibles, y cuando le llegó el turno a Nebunef, Amón asintió con la cabeza.

A diferencia de lo que pasaba en Grecia, en Egipto la influencia de los sacerdotes se manifestaba claramente. Los hombres dedicados al culto de Amón eran dueños de las posesiones más extensas y formaban un estado dentro del Estado. Y a medida que aumentaba su poder, se incrementaba el número de consultantes del oráculo, personas de todas las clases sociales, ansiosas por conocer la decisión que habían de tomar para solucionar sus problemas.

Hacia finales del siglo pasado, los arqueólogos encontraron en una casa de la antigua ciudad de Tebas una colección de fragmentos de barro que, tras un examen más exhaustivo, resultaron contener preguntas planteadas al oráculo. Al parecer, un sacerdote oracular de la XX dinastía se había llevado a casa las tablillas, que medían de tres y medio a siete centímetros. Se nos escapa el motivo por el que no las devolvió al templo, pues resulta sorprendente que en seis de las treinta y siete piezas ya estaba anotada una respuesta.

Acaso se trate de copias para el archivo. Las preguntas que movieron a los antiguos egipcios no eran diferentes de las que formulaban los consultantes de Dodona 700 años después. En efecto, también reflejaban los problemas cotidianos:

«Mi buen señor, ¿nos concederán la asignación de trigo?»

«¿Es buena la vaca que me han dado?»

«¿Es él quien ha robado la alfombra?»

«¿Realmente se lo pagará a ella?»

«¿Son ciertas las afirmaciones?»

«¿Son mis palabras una mentira?»

Se han hallado muchos papiros pequeños de los siglos I a VI d. de C. en los que las preguntas a los oráculos están apuntadas en griego. Una tal señora Nice de Oxirrinco quiere saber de Zeus Helios, Serapis y los dioses que viven con él, si debe comprar el esclavo Sarapion, también llamado Gaion. Y un hombre de Dime, de la frontera oeste del Fayum, quiere saber en el siglo VI d. de C. si debe vivir con la señora Tapeteo o si ella será la esposa de otro hombre. Al igual que en los otros oráculos, el número de problemas matrimoniales era muy elevado.

El oráculo y los ladrones

La institución del oráculo se convirtió finalmente en un medio para hacer justicia. Un empleado administrativo, al que se le había extraviado un paquete con telas de lino, planteó en Tebas, probablemente en el siglo XII a. de C., una pregunta tan infantil que casi resulta conmovedora. Con un papiro de 23,5 por 22 centímetros se dirigió a un dios al que deja sin mencionar. El escribano Hori se encargó de transmitir la carta: se habían perdido once telas, y si no volvían a aparecer perdería su puesto, y además temía ser condenado en el más allá.

El papiro 10335, conservado en el Museo Británico de Londres, refleja un problema similar. Al hacer el inventario, el encargado de almacén Amunemzia descubrió la falta de cinco batas. Pidió una respuesta oracular a Anión, nombrando a todos los hombres de su vecindario. Cuando se pronunció el nombre de Pazawemdi-Amón, la imagen del dios asintió con la cabeza.

Pazawemdi-Amón no quiso dejar las cosas así y acudió a otro oráculo para que demostrara su inocencia. Pero sus pretensiones no obtuvieron el resultado deseado, y también este oráculo, al igual que un tercero, le declaró culpable, de modo que no le quedó más remedio que confesar su delito. Fue castigado con cien azotes, y al mismo tiempo tenía que pronunciar el siguiente juramento: «Si vuelvo a hacer lo que he confesado, me arrojarán a los cocodrilos».

El sistema que seguían los oráculos egipcios era una mezcla de religiosidad y engaño. Los sacerdotes, cree el profesor Otto Kaiser, estudioso de los oráculos, estaban convencidos de la procedencia divina de sus decisiones. Esto es, los profetas daban sus respuestas de forma intuitiva, guiados por los dioses. Como prueba, Kaiser aduce el papiro Turín 1887. Data de los tiempos de Ramsés V (1146-1142 a. de C.) y en él se enumera una serie de procedimientos judiciales iniciados a causa de diversos delitos, entre los que destacan el desfalco y los crímenes sexuales cometidos por sacerdotes. Entre otras cosas, se dice lo siguiente:

«Acusación levantada por el visir Nefer Rempet contra el sacerdote Bakchon y contra los profetas del dios Chnum. Este sacerdote dijo al sacerdote Nebunef: "Saquemos otros tres sacerdotes y hagamos que el dios eche de este lugar al hijo de Ra-Schuty". Se le ha investigado y se ha descubierto que realmente lo dijo. Se le hizo jurar que no entraría en la casa del dios. Pero él hizo regalos y se le dejó entrar en nombre de este dios.»

De hecho, esto quería decir que el sacerdote Bakchon se ganó a su colega Nebunef para que éste le acompañara como portador durante una procesión de la imagen del dios y para que provocara una decisión oracular desfavorable para el sacerdote que le molestaba. Bakchon fue descubierto y finalmente incluso relegado de su cargo. De estos hechos se podría deducir que las respuestas de los oráculos no obedecían a un acuerdo entre los sacerdotes, sino que se daban de forma espontánea. Los sacerdotes creían ser los intermediarios del dios.

Y sin embargo, opina el profesor Otto Kaiser, cuando se analiza esta institución debe diferenciarse entre manifestaciones estatales y casos propios del derecho civil. Las respuestas concernientes a los casos civiles se producían por azar, o al menos no nos han llegado noticias de que para ello fueran necesarias determinadas dotes adivinatorias, mientras que las decisiones políticas se tomaban, con toda seguridad, con plena conciencia de las consecuencias que podían acarrear. El oráculo del que se sirvió Ramsés II para designar al sucesor del sumo sacerdote sólo es un ejemplo de ello. Otto Kaiser escribe lo siguiente: «De acuerdo con la teoría del estado divino, en el que nadie más que el mismo dios reina, el oráculo se convirtió en órgano legislativo».

El hecho de conocer de antemano y gracias a los dioses y sus profetas determinados acontecimientos históricos también formaba parte de la religión egipcia. La base de ello era la idea del *mat*, el orden del mundo, al que se subordina el destino. El egiptólogo profesor Siegfried Morenz, muerto en 1970, que ha dedicado gran parte de sus investigaciones a las manifestaciones de la religión egipcia, dice al respecto: «Podemos afirmar de forma casi rotunda que los dioses eran considerados los señores del destino y que, si hacemos caso de las oraciones, el pueblo creía en ellos».

Generalmente, los egipcios consideraban un sacrilegio sublevarse contra el destino o, incluso, intentar influir en él. Ello diferencia al pueblo del Nilo de los griegos, quienes no dudaban en reñir con los dioses a causa de su destino.

Así, no resulta sorprendente que en ningún lugar se hable del culto oracular y los procedimientos que en él se seguían. Cuando se intenta encontrar una respuesta al problema de los oráculos, las fuentes egipcias resultan insuficientes. Pero ahí sigue la afirmación de Heródoto, según la cual el oráculo tenía su origen en Egipto, pasando de allí a Grecia, aunque tras experimentar varios cambios.

Sin embargo, los cultos oraculares no sólo se desarrollaron en suelo griego. En Asia Menor, cerca de la ciudad comercial de Mileto, se creó un santuario oracular de dimensiones superiores, incluso, a Delfos.

IV

El enigma de Dídimo

Entonces los cimeos, para asesorarse, decidieron referir el caso al dios de los Bránquidas, pues había allí un oráculo establecido desde antiguo, que solían consultar todos los jonios y eolios. Este lugar está en territorio de Mileto, al norte del puerto de Panormo.

Heródoto, Historia, I, 157

Gracias a su arquitectura, el santuario oracular de Dídimo ha llevado el principio de lo enigmático a su expresión más compleja. Las murallas del templo, que protegían el aditón, llegaban a una altura de casi treinta metros, y constituían un enorme obstáculo que se convertía en una barrera insalvable, de modo que el acceso quedaba reservado a unos pocos.

Klaus Tuchelt, arqueólogo

El hombre que apareció como un derviche de entre la enorme nube de polvo proveniente de las montañas de Anatolia, que arrasaba las tierras al igual que el caluroso viento de septiembre, iluminó con una amplia sonrisa su ancha cara. «¡Sí! —gritó, dando la espalda a las ráfagas de arena y polvo—. Hoy es un día especial, es un poco como si fuera Navidad.» Diciendo esto, señalaba unos sillares que sobresalían de las excavaciones hechas en el suelo: «Ésta es la Vía Sagrada, que comunicaba este lugar con el puerto de Panormo». Los trabajadores, unos diez o quince hombres con las cabezas envueltas en toallas para protegerse del aire cargado de arena, asentían con la cabeza, a pesar de no entender ni una sola palabra del excavador alemán. Dio unas instrucciones en turco al capataz, se caló su raída gorra hasta las cejas y señaló una casa de construcción reciente, rodeada de escombros que revelaban su condición de domicilio del excavador: «Venga, allí podremos hablar mejor».

Sólo cuando hubimos entrado en la casa del arqueólogo alemán, limpia y embaldosada, tuvimos ocasión de presentarnos. «¿Le apetece tomar un té?», me preguntó y, sin esperar mi respuesta, dio unas breves instrucciones al ama de llaves turca envuelta en negros vestidos. El hombre era el doctor Klaus Tuchelt, de 48 años de edad, casado, residente en la actualidad en Estambul-Taksim, y en verano excavador en Eski Hissar, un pueblo que se encuentra a unos 46 kilómetros al sur de Sokia y a unos 160 kilómetros al sur de Izmir, en la costa mediterránea de Turquía.

El que viaja hasta aquí sabe perfectamente cuáles son sus objetivos: en cuanto puede, abandona la ruidosa y polvorienta capital de provincia, Sokia, recorre la carretera asfaltada que, sobre un talud, atraviesa la llanura de meandros, tan recta que se tiene una visibilidad cercana a los doce kilómetros, cruza el río, toma el desvío de la derecha y llega, tras un breve camino a través de olivares, viñedos y pardos campos de cultivo, al pueblo de Akkoy. De allí sólo quedan unos pocos kilómetros hasta llegar a Eski Hissar, más conocido por su nombre antiguo, Dídimo, mundialmente famoso por las ruinas de su templo monumental en el que funcionaba el oráculo más importante de

Asia Menor. Tanto Creso como Alejandro Magno escucharon aquí sentencias que han hecho historia, vaticinios de un oráculo con una historia que se remonta al segundo milenio a. de C.

La Vía Sagrada, que Klaus Tuchelt y sus trabajadores (que tienen un salario de unas setecientas pesetas al día, un salario magnífico para un trabajo de seis días a la semana y un domingo pagado) habían encontrado este mismo día, era la vía de comunicación entre el santuario de Apolo y la ciudad de Mileto; tenía un ancho de cinco a siete metros y estaba bordeada de estatuas de sacerdotes, leones y esfinges, y de mausoleos. En 1858, algunos arqueólogos británicos se llevaron toda una colección de estas estatuas colosales y fragmentos pintorescos al Museo Británico de Londres. En una piedra miliar, que aún se puede contemplar en el lugar en que fue colocada, consta la longitud de esta vía: dieciséis kilómetros y medio, junto al nombre del emperador que acabó su construcción, Trajano.

Unos cuantos hombres y una ciudad enterrada

A diferencia de otros santuarios oraculares de este mundo, Dídimo, la ciudad enterrada, dista mucho de haber sido estudiada del todo, por lo que puede producirse en cualquier momento un sensacional descubrimiento arqueológico. Los excavadores alemanes, predominantes aquí desde el año 1905, ya se prepararon en aquellas fechas para unos trabajos muy largos. En 1964, una donación de la fundación Volkswagen permitió construir una casa moderna donde se podían hospedar los excavadores y, cerca de ella, un museo en el que depositar los hallazgos: todo ello constituye una empresa moderna de excavaciones en la que no hay cabida para las ideas románticas sobre la tarea del excavador.

«En ningún momento —dice el doctor Tuchelt— hemos tenido la sensación de que nuestra labor sea romántica. Es demasiado seria para ello y, además, exige una dedicación completa.»

Sin embargo, ¿qué mueve a un hombre a dejar su familia en Alemania y renunciar a una cómoda semana laboral de cuarenta horas para pasarse media vida en un lugar perdido de Turquía y excavar un antiguo santuario?

La respuesta fue breve y concisa: «Siendo arqueólogo, uno dispone de pocas alternativas: la carrera universitaria, la carrera museística o el Instituto Arqueológico Alemán».

El que Tuchelt emprendiera justamente la última de las vías mencionadas se debió al azar o, como lo expresa él mismo, «a mis deseos y aspiraciones, aunque no esperara que llegaran a realizarse». «Después de finalizar mis estudios en Munich en 1956, no sabía qué hacer. Trabajé ocasionalmente, con unos contratos siempre temporales; también estuve en el Depósito Central de Bienes Artísticos de Wiesbaden, donde se encontraban las antigüedades de la Baja Sajonia, que habían sido trasladadas allí durante la segunda Guerra Mundial. Mi trabajo consistía en empaquetar los objetos de manera que llegaran a Berlín con el menor daño posible. Estuve medio año haciendo paquetes. »

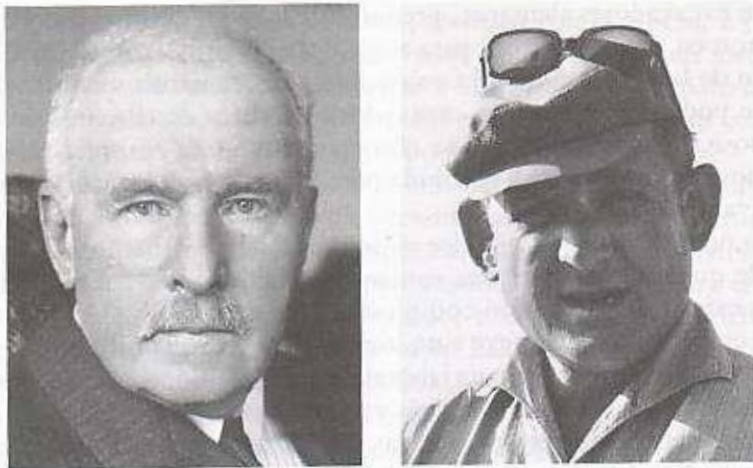
Tuchelt tenía veintiséis años cuando empezó a trabajar con Erich Bühringer en Pérgamo. En 1958 consiguió dar el gran salto, pues le nombraron asistente de la sección de Estambul del Instituto Arqueológico Alemán; al cabo de cinco años, volvió a Alemania, donde obtuvo en 1968 la *venia legendi* para ascender, un año más tarde, a director segundo del Instituto Arqueológico Alemán en Estambul.

A Dídimo llegó por primera vez en 1962: «Entonces aún no existía esta casa, y vivíamos allí, al otro lado, en una vieja casa de campo. El supervisor de las excavaciones, el profesor Naumann, y el profesor Drerup, todavía estaban trabajando en las excavaciones del templo. No había electricidad ni agua y, sobre todo, aún no se había construido la carretera. Sólo existía un camino de tierra que utilizábamos para traer en un viejo Volkswagen todas las cosas que necesitábamos».

¿De qué vivían?

«En aquellos tiempos, en el pueblo no podíamos comprar nada para comer que no fuera pan, ni siquiera había verdura, y mucho menos aún carne. Tampoco podíamos hacer acopio de carne, pues resultaba imposible conservarla: como no había electricidad, tampoco había nevera. A menudo

comíamos espaguetis semanas enteras.»



Los descubridores de Dídimo: Theodor Wiegand (izquierda) y Klaus Tuchelt (derecha).

Los descubridores de Dídimo: Theodor Wiegand (izquierda) y Klaus Tuchelt (derecha).

Desde que los arqueólogos se han instalado en la casa nueva, en 1965, las cosas han cambiado mucho. Hay agua corriente y ya no hace falta transportarla con asnos desde fuentes lejanas. La estrecha pero asfaltada carretera atrae a ocasionales turistas, que combinan la visita al otrora famoso santuario oracular con unas breves vacaciones en las playas del recientemente fundado pueblo de

Yeni Hissar y su «Didim Moteli».

En el momento en que los arqueólogos descubrieron que las casas de Eski Hissar se asentaba sobre el antiguo Dídimo, la vieja aldea quedó condenada a desaparecer. Aunque las apariencias hagan creer que el monumental templo de Apolo y su santuario oracular formen desde tiempos inmemoriales la plaza de mercado de Eski Hissar, los estudios arrojan unos resultados bien diferentes: hace apenas cien años que las casas e incluso un molino de viento se adosaron a los muros del templo. Al igual que en Delfos, había que construir otro pueblo antes de que se pudiera empezar a derribar los edificios viejos, y este proceso todavía no ha acabado. Las casas abandonadas indican la dirección en que quieren seguir trabajando los arqueólogos.

La aventura de las excavaciones en Dídimo comenzó en el año 1872. A la búsqueda de una imagen de culto, dos jóvenes franceses cavaron un foso a lo largo del eje longitudinal del templo de Apolo. No encontraron grandes tesoros, pero sí llegaron a la conclusión de que allí se encontraba enterrado uno de los mayores templos de la cultura griega. el legendario oráculo de Dídimo volvió a ser el centro de atención de los científicos.

Estimulados por los planos que habían dibujado sus conciudadanos, los ranceses Bernard Haussoullier y E. Pontremoli hicieron en 1895 un segundo intento de excavación: compraron las casas que les molestaban y descubrieron una misteriosa construcción escalonada allí donde se suponía se encontraba la fachada frontal del templo. Al final, se desesperaron ante un proyecto que superaba con creces sus fuerzas y posibilidades, y desistieron.

Pasaron casi diez años en los que quedaron abandonados el templo y las ruinas, hasta que llegaron los alemanes. Y si actualmente podemos contemplar al menos parte del oráculo de Dídimo, se lo debemos a los méritos de los hombres que han trabajado en él, durante decenios, en ocasiones con peligro de perder la vida, poseídos por su pasión de investigadores. Únicamente por este desmesurado afán se pueden explicar los resultados conseguidos y la perseverancia con que se han llevado a cabo los trabajos.

De no haber sido por Wiegand

El comienzo de la historia está relacionado con un nombre: el de Theodor Wiegand. Nacido en Bendorf, junto al Rin, frecuentó la escuela en Wiesbaden, donde su padre, médico y morfinómano, se dedicaba a los placeres mundanos. El joven Theodor fue mal estudiante y, por si fuera poco, era un «ejemplo nefasto para los demás», según cuenta el director del centro. Con dificultades superó los estudios de historia del arte; posteriormente cursó los de arqueología, y después de esto, en un

principio no supo qué hacer, al igual que Klaus Tuchtelt.

Provisto de una beca, viajó por Grecia hasta que Karl Humann, el que por entonces era el extrañamente popular excavador de Pérgamo, le contrató como asistente para las excavaciones de la antigua ciudad de Priene, al sur de Éfeso. Pero Humann murió algunos meses después, y de la noche al día Wiegand se convirtió en coordinador del proyecto, cuando apenas contaba 31 años de edad. Eso fue en 1895.

Durante los cuatro años siguientes, Wiegand excavó gran parte de Priene. Una vez, yendo en caballo a Akkoy, tuvo la idea de «insuflar nueva vida a la ciudad millonaria que dormitaba allí». Wiegand se refería a Mileto. Dicho y hecho. Siendo un hombre de decisiones rápidas, hizo que arreglaran una casa de techo rojo y terraza verde que se encontraba en lo alto de una colina, e instaló allí el cuartel general. El día 3 de octubre de 1899 llegó el embajador alemán en Turquía, el barón y mariscal Von Bieberstein, para dar la primera palada solemne tras los vivas al emperador.

Desde el primer momento, la famosa Vía Sagrada de Dídimo había despertado el interés de Wiegand. Para él, Dídimo era una palabra mágica que le hacía pensar en el antiquísimo oráculo, con su fuente en la que, según la tradición, pasaron unas horas en abrazo amoroso la bella Leto y Zeus, quien engendró a los gemelos (en griego, *didimoi*) Artemis y Apolo: todo esto estimulaba y excitaba al arqueólogo alemán. Pero como en Dídimo estaban trabajando los franceses, no tuvo más remedio que dedicarse con ahínco a la labor iniciada en Mileto. Sin embargo, en cuanto se enteró de que los franceses habían abandonado el proyecto, se trasladó rápidamente a Dídimo para estudiar la situación.

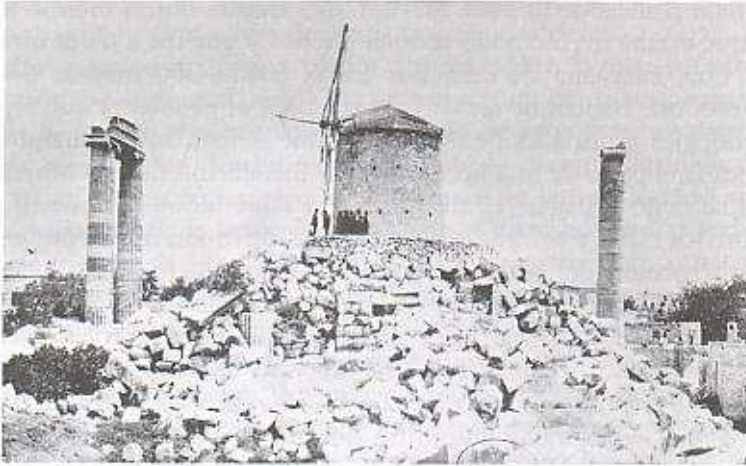
En una carta a Alemania fechada el 8 de marzo de 1897, escribió lo siguiente: «Nos quedarnos impresionados por la importancia que prometía tener Dídimo. Pero también sabíamos que los gastos serían elevados y que los hallazgos no resultarían lo bastante importantes como para justificar el coste de su descubrimiento. Para empezar, hay que desmantelar medio pueblo. La excavación hecha hasta ahora tiene una profundidad de unos ocho metros, y las piedras son tan grandes que los franceses, al no disponer de las máquinas elevadoras necesarias, utilizaron pólvora (!) para quitarlas de en medio».

Al principio, aunque los franceses no siguieran excavando, las conversaciones con ellos fracasaron. Finalmente, Wiegand llegó a un acuerdo con el director de la École Française de Atenas, Théophile Homolle, de modo que se encargó de las excavaciones. En la primavera de 1904 empezó a comprar los terrenos de Dídimo que creía necesarios para seguir adelante. Gastó miles de libras turcas, pero adquirió el metro cuadrado a un precio inferior al que habían pagado los franceses años atrás. Las negociaciones sobre la compra del terreno duraron tres días, y cuando acabaron había quedado sellado el futuro de las excavaciones de Dídimo. Orgullosa, Wiegand escribió a su mujer en Alemania: «Ahora poseo doce casas en Dídimo, unos diez establos, tres cafés, una zapatería, varios hornos y dos tiendas de comestibles que funcionan bastante bien, además de una mezquita medio derruida; pero, sobre todo, me siento orgullosa de tener en mi haber un molino de viento».

A principios del siglo XX, trabajar en Dídimo, lejos de cualquier carretera, aún constituía una auténtica aventura. Del Norte, de la estación ferroviaria más cercana o del puerto más próximo, sólo se llegaba calado hasta los huesos si uno quería evitarse los rodeos que significaban invertir varios días más en el viaje. La causa de ello era la llanura pantanosa de meandros que el obstinado río había ido creando desde la antigüedad. En tiempos de Wiegand, allí donde actualmente la carretera construida sobre un talud atraviesa la llanura desecada para llegar hasta Dídimo, sólo existía una enorme zona pantanosa. A menudo, los coches tirados por caballos se quedaban atascados, y los pasajeros quedaban obligados a seguir a pie. Wiegand recuerda con horror que en 1904, hundido hasta las caderas en el terreno pantanoso, levantando a cada paso incierto centenares de mosquitos y apartando con los brazos la vegetación de marisma, cálida e hinchada, tuvo que recorrer los dos kilómetros que le separaban de Dídimo.

Al principio de las excavaciones, el 11 de mayo de 1905, había unas veinte casas destruidas en toda el área ocupada por el antiguo santuario oracular. Sólo restaba una construcción que molestaba: la casa del acaudalado campesino Leónidas, el cual pedía más dinero por ella del que Wiegand estaba dispuesto a pagar. Así pues, éste decidió empezar a trabajar alrededor de la casa.

Lo hacía pensando que Leónidas se cansaría de vivir en una isla rodeada de ruinas. Al igual que en Mileto, la primera palada fue todo un símbolo patriótico y se hizo con las herramientas que habían dejado allí los franceses. Las casas estaban adornadas con ramas verdes. El maestro del pueblo dio los vivas al emperador de Alemania, y el embajador de este país los dio al sultán; después, siguió una merienda festiva a bordo del *Loreley*, el barco en el que había llegado el embajador mariscal Von Bieberstein.



Hacia principios de siglo, sobre las ruinas del templo de Apolo en Dídimo todavía se levantaba un molino de viento.

Hacia principios de siglo, sobre las ruinas del templo de Apolo en Dídimo todavía se levantaba un molino de viento.

Los excavadores alemanes no estaban mal vistos en Dídimo. Para los campesinos, pobres en su mayoría, el traslado del pueblo sólo podía reportar ventajas. No pasó ni medio año hasta que también Leónidas vendió su casa, por la que le dieron 675 libras, una cantidad considerable para la época. Wiegand se ocupaba en persona de que el traslado del pueblo se realizara correctamente. Un campesino que hacia principios del invierno tenía una casa nueva pero no un establo se ganó

la simpatía del jefe de las excavaciones a la hora de conseguir un lugar para resguardar su caballo de las inclemencias del tiempo. Pero el campesino tranquilizó al estudioso: «Por la noche nos lo llevamos a la habitación. No pasa nada; al contrario, en invierno el caballo ayuda a caldear el ambiente».

Sin embargo, con el paso del tiempo, los habitantes empezaron a darse cuenta de que podrían sacar provecho económico de la situación. Al cabo de poco, los campesinos empezaron a exigir dinero contante y sonante por cualquier trabajo realizado. El poco escrupuloso alcalde tramó incluso una intriga en la que estaba involucrado todo el pueblo y que iba a tener un niño por víctima. Una caravana de camellos había traído 300 metros de raíles y 13 volquetes que habían de servir para eliminar el problema que representaban las enormes cantidades de escombros que se iban amontonando. Pero el alcalde exigía el pago de una licencia por la instalación del ferrocarril. Como Wiegand se negó a pagar, el alcalde envió a los niños al frente: habían de jugar sobre los raíles y provocar un accidente, de modo que se pudiera prohibir la construcción del pequeño ferrocarril. Finalmente, el obispo, amigo personal de Wiegand, consiguió que el alcalde entrara en razón. El 14 de septiembre de 1906, el supervisor de las excavaciones escribió a su mujer: «Hace ya dos días que estoy en la fuente y en el templo de la profecía, y agradecería al oráculo que me revelara si conseguiré o no arreglármelas con los campesinos de Jeronda [el nombre antiguo de la aldea]».

El santuario oracular sale a la luz

En Dídimo, los trabajos avanzaban muy lentamente. Eran unos cincuenta hombres los que el arquitecto Hubert Knackfuss tenía a sus órdenes. Wiegand estaba moviéndose constantemente entre Dídimo y Mileto, donde trabajaban unos setenta hombres más. «Sin embargo —manifestó Wiegand—, me harían falta unos 400.» A la vista de la extensión del área que ocupaban las excavaciones, varios kilómetros cuadrados, los alemanes, al igual que sus predecesores, estuvieron reiteradas veces a punto de desistir. Sin embargo, el gran número de inscripciones que se referían a la construcción del templo de Apolo, y que los trabajadores iban descubriendo, les insuflaron nuevos ánimos. Y falta que les hacían, pues cuantas más partes del enorme templo conseguían dejar

al descubierto, tanto más se inquietaban los arqueólogos.

No eran las dimensiones gigantescas las que les desorientaron por completo, sino la forma en que estaba dispuesta la construcción, que, como iban entendiendo conforme avanzaban las excavaciones, no tenía punto de comparación. A todo ello se suma el que también en este santuario oracular existieran varios estratos de culturas diferentes. El templo más antiguo data del siglo VIII a. de C. Entre los años 540 y 520 se levantó otra construcción arcaica, que los persas destruyeron en 494. En aquella ocasión, los bárbaros incluso se llevaron la valiosa imagen de Apolo. Y hacia finales del siglo VI y principios del III, los jonios iniciaron la construcción de un templo oracular helenístico.

En algunos documentos se menciona el nombre del arquitecto Feonio, responsable también de la construcción de una de las siete maravillas del mundo, el ahora desaparecido templo de Artemis en Éfeso. Es probable que las dimensiones monumentales de Dídimo se debieran a la intervención de ese arquitecto. Pero el tamaño del templo exigía la participación de otro: Feonio trabajó con el maestro de obras Dafne de Mileto.

Ambos partieron de una planta arcaica sobre la que levantaron una construcción monumental, con 122 columnas jónicas, cada una de veinticinco metros de altura, conformando un templo de proporciones egipcias. Éste encerraría a su vez un diminuto templo con la imagen del dios, donde se pronunciarían las profecías, y que contendría un laurel sagrado y la igualmente sagrada fuente de la inspiración. Este edificio no tendría techo, por lo que su interior estaría expuesto al sol, a la lluvia y al invierno anatolio.

A diferencia de lo que ocurría en Delfos, los consultantes del oráculo de Dídimo no podían entrar en el templo. Habían de quedarse en el pronaos, una sala de acceso con doce columnas, donde aguardaban a que se les llamara de uno en uno para escuchar la sentencia del oráculo. Al dejar al descubierto la estancia inmediatamente posterior, la sala de dos columnas, los arqueólogos descubrieron la parte arquitectónicamente más interesante de toda la construcción. Pasaron semanas antes de que Knackfuss y Wiegand desistieran de proseguir la búsqueda de la escalera que debía subir hacia la portada que se encontraba a metro y medio del nivel del suelo. Y es que esta escalera no existió jamás; en la portada, cuya altura superaba los cinco metros y que el consultante sólo podía ver al levantar la mirada, aparecía el sacerdote para revelar el anhelado vaticinio.

Hoy en día, al igual que hace 2 400 años, la descubierta arquitectura del templo es un lugar ideal para que pájaros de las más diversas procedencias construyan su nido. Los muros del templo devuelven el eco de su canto, y ello me recordó espontáneamente un pasaje de Heródoto, en el que éste habla de un cierto Aristódico, de la ciudad de Cime, en Asia Menor, al que en este lugar dieron una respuesta oracular negativa: «Ante ello —escribe Heródoto (I, 159)—, Aristódico, según tenía pensado, hizo lo siguiente: se puso a pasear alrededor del templo y a espantar a todos los gorriones y demás especies de pájaros que habían anidado en el templo». Aquello no les gustó a los sacerdotes y a través de la alta portada llegó una voz procedente del interior: «¡Grandísimo sacrilegio! ¿Cómo te atreves a hacer eso? ¿A mis suplicantes arrojas del templo?».

El santuario oracular no disponía de otra entrada aparte de la sala de dos columnas, en la que sendas aberturas practicadas en los muros laterales desembocaban en unas rampas que, tras girar 180 grados, conducían al *aditon*. En 1907, Wiegand y Knackfuss descubrieron estas escaleras secretas en un estado de conservación extraordinariamente bueno.

En una carta a su esposa, Theodor Wiegand escribe el 6 de junio de 1907: «Acabo de hacer un bello descubrimiento en el templo. Al entrar en la escalera interior Sur hemos encontrado todo el techo de mármol intacto. Mide unos nueve metros de largo por uno de ancho, y toda su superficie está decorada con enormes y sumamente plásticas grecas de serpientes que aún conservan restos e los colores con que fueron pintadas antiguamente: azul y rojo en los bordes, en los artesones y en los rosetones centrales. Puedes imaginar la alegría que ello me produce, pues es el primer gran descubrimiento, más importante que los de la misión francesa, y constituye un final agradablemente esperanzador de la campaña de primavera de 1907, que había sido tan accidentada».

La vida cotidiana de los arqueólogos en 1907

Wiegand no quiso alarmar a su mujer cuando hablaba de una «campana accidentada». Pero, de hecho, las excavaciones en Turquía se habían convertido en una empresa que fácilmente podía tener un desenlace fatal. Hacia principios de siglo reinaba el caos en la región del Bósforo. Después de la bancarrota oficial del Estado, el Comité de la Joven Turquía, un partido reformista y nacionalista, intentó provocar la caída del sultán. Había una gran miseria social, y la vida de los ricos y de los extranjeros estaba constantemente amenazada; bastaba tener aspecto de rico o de extranjero para correr peligro.

Durante algún tiempo, un conocido salteador de caminos perseguía al arqueólogo alemán, esperando, al parecer, la oportunidad de encontrar indefensa a su víctima. Las terribles noticias que Wiegand y los excavadores alemanes recibían día tras día les recordaban que no habían de dar un paso sin ir armados. El robo y los asesinatos estaban a la orden del día, pero si el pueblo conseguía aprehender a un bandolero, lo linchaba en el acto.

En la capital de provincia, Sokia, Wiegand vio una vez la cabeza de un joven de dieciocho años clavada en un palo: se había ganado la vida como salteador de caminos, y cuando cambió esta actividad por otra, sus antiguos compañeros lo habían decapitado. Georgios Kjolafis, un excavador turco cuya principal actividad había consistido en ayudar a los arqueólogos a realizar los esbozos cartográficos, fue encontrado muerto una mañana, víctima de una banda de salteadores.

Sin embargo, el salteador más temido e importante de aquella región era Mohamed Tschakidji, que vagabundeaba por la zona acompañado de una treintena de personajes siniestros, infundiendo el terror en la provincia de Aidin. Tschakidji había nacido en Aidin, hijo de otro salteador, que murió a los dieciocho años de edad en una batalla contra los gendarmes. Mohamed juró venganza. Durante los 47 años que duró su emocionante vida de bandolero, despojó a los ricos de sus riquezas, desvalijó con preferencia los tesoros del gobierno y secuestró a políticos y militares. Por la época en la que los arqueólogos alemanes descubrieron los pasadizos secretos del santuario oracular, mató al hermano de un ayudante de campo del sultán. Tschakidji lo había secuestrado en una mezquita, a plena luz del día.

A los ojos del pueblo, estas hazañas lo convirtieron en un héroe. Mohamed gustaba de interpretar ese papel, y cada vez se parecía más a un Robin

Hood turco. A los constructores ricos les obligó a tender un puente para los pobres habitantes de las montañas, y cuando uno de los suyos se excedía en sus funciones, robando a un pobre, le cortaba personalmente la cabeza. Por último, el gobernador de la provincia de Esmirna ofreció la astronómica suma de 1 000 libras por la cabeza de Tschakidji. Cuando éste se enteró, ofreció a su vez 1 500 libras de recompensa por la cabeza del gobernador. El gobierno, cuando ya no supo qué hacer, reclutó a 700 salteadores, les pagó sumas principescas y les encargó matar a Mohamed Tschakidji. Trescientos de ellos pagaron su empeño con la vida, y el resto desistió. En 1911, Tschakidji cayó en una emboscada, y sus hombres entablaron una encarnizada lucha de tres días de duración, hasta que finalmente lograron escapar. Tras ellos sólo dejaron abandonado un cadáver mutilado e irreconocible; desde entonces, no se ha vuelto oír hablar de Mohamed Tschakidji.

Tan peligrosa fue la vida de los arqueólogos alemanes hacia principios de este siglo. Su cometido exigía más que meros conocimientos académicos. Los hombres que trabajaron en Dídimo para sacar a la luz su santuario oracular debían estar realmente poseídos por la idea de devolver al presente este lugar rodeado de misterios. ¿De qué otra manera habría sido posible —a todos ellos les aguardaba un trabajo de oficina con derecho a pensión— que aceptaran voluntariamente todas las privaciones, persiguiendo lejos de toda forma de vida civilizada, la realización de una idea que en esa época tan turbulenta debía de parecer poco menos que anacrónica?

A partir de septiembre de 1907, Wiegand estaba preparando el traslado del que posiblemente era el más importante hallazgo de las excavaciones de Mileto. No medía menos de veintinueve metros de ancho y constaba de dos pisos: se trataba de la puerta del mercado de Mileto. Wiegand se había propuesto desmontar piedra a piedra las columnas construidas hacia el año 165 a. de C., para embalarlas en cajas de madera y embarcarlas a Alemania. Seis carpinteros estuvieron trabajando

durante medio año para construir las cajas necesarias, y el equipo de excavadores acondicionó el camino que conducía al embarcadero. Wiegand fletó el *Athena*, un barco de vapor de 5 000 toneladas de desplazamiento de la naviera Atlas. Las 750 toneladas de fragmentos llegaron en perfectas condiciones a Berlín y fueron reconstruidos en el nuevo museo de Pérgamo (actualmente en Berlín Oeste). Lo que en dos mil años no consiguieron los estragos del tiempo, lo lograron en unos pocos minutos las bombas de la segunda Guerra Mundial: la puerta del mercado de Mileto quedó gravemente dañada, aunque ya ha sido restaurada.

A cada paso se producían nuevos descubrimientos

Día 18 de abril de 1909: Wiegand fue requerido con urgencia en el santuario oracular de Dídimo. Los trabajadores todavía estaban sacando los escombros del pronaos. Wiegand mismo lo narra de la forma siguiente: «De pronto, la tierra había cedido bajo sus pies, y se podía ver una puerta muy sencilla, sin ningún adorno, de cuya existencia no habíamos sospechado. Bajamos una escalera, llegando a un pasadizo casi libre de escombros, que medía un metro de ancho por quince de largo. Bajaba ligeramente en dirección Oeste, y las piedras de sus paredes y de su bóveda encajaban con tanta precisión y belleza que no encuentro palabras para describirlo. En el extremo oeste del pasadizo descubrimos una portada finamente labrada con capiteles bellos y sencillos. Este pasadizo, construido bajo la escalera norte de la sala intermedia, desemboca en el gran *aditon*. Nadie habría sospechado la existencia de semejante construcción. Sobre sus funciones sólo puede decirse que no son místicas —al contrario de lo que ocurría, sin lugar a dudas, en la parte Sur—, pues el trazado de los pasadizos es demasiado recto y decidido. Más bien podría tratarse de pasadizos para el uso diario de los sacerdotes, mientras que la gigantesca portada del centro permanecía cerrada, para ser abierta únicamente con ocasión de las festividades especiales».

Wiegand escribió estas líneas al profesor Hermann Winnefeld, subdirector de la sección de antigüedades de los museos prusianos, en Berlín.

Con una lentitud exasperante, el templo oracular de Dídimo empezó a adquirir forma, revelando un secreto tras otro. Pero la empresa no sufría únicamente bajo la caótica situación política, sino también por la falta de personal y de material adecuado, por lo que se planteaban otros obstáculos para las labores de excavación. Las cargas demasiado pesadas para los trabajadores las debían mover búfalos de agua y camellos, y lo que más se echaba en falta era un aparejo grande. Pero Wiegand y los suyos eran maestros en el arte de la improvisación. Cuando se desguazó el vapor inglés encallado en abril de 1910 delante de las costas de Patmos, Wiegand compró los tres palos que habían servido de grúa, cada uno de diez metros de largo, y de madera de pino tea. Con ellos, los excavadores fabricaron un enorme trípode, en cuyo extremo colocaron un aparejo; de esta manera se les ofrecía por primera vez la posibilidad de enderezar las columnas o lo que quedaba de ellas. Hasta entonces, los alemanes habían utilizado el método de los antiguos egipcios: trabajaban con rampas hechas de escombros. En algunos lugares, los montones de escombros llegaban a los seis metros de altura, y aun así no estaba a la vista la celda oracular propiamente dicha.

Ello se debía principalmente a que, hacia finales del imperio romano, el templo de Apolo había sido convertido en un castillo para la defensa contra los godos y los sarracenos, y posteriormente, en una iglesia bizantina. En abril de 1911, el ábside de esta iglesia todavía se levantaba sobre la enorme escalinata que, en el interior del templo descubierto, bajaba hacia el santuario oracular. Cada metro que las excavaciones avanzaban hacia las profundidades proporcionaba nuevos datos a los investigadores.

Pero los trabajos no avanzaban sólo hacia abajo. Cada vez más, Knackfuss se dedicaba a reconstruir las ruinas del edificio transformado reiteradas veces para las funciones que debía cumplir, y a partir de entonces el templo también empezó a crecer hacia arriba. «Ha salido a la luz un complejo gigantesco que impresiona por su nobleza —escribió Wiegand—, y el viejo y laborioso señor Niemann se postra ante él para decir que aquello es lo más bello y maravilloso que ha experimentado en su vida tan rica en hondas impresiones, y que el cometido casi le resulta

abrumador.»

En mayo de 1911 empezaron a derribar la iglesia bizantina, y las sospechas de los arqueólogos quedaron confirmadas. Debajo de los cimientos de la iglesia descubrieron una construcción mucho más antigua aún, la celda del oráculo, pero eso no fue todo: el 7 de mayo de 1911, los trabajadores descubrieron medio metro por debajo de los cimientos una muralla gigantesca, el primer indicio de la existencia del templo. Theodor Wiegand emitió espontáneamente un comentario: «Vaya, vaya, ¡las cosas que vamos a descubrir aún!».

A medida que se iban excavando nuevos muros, una sospecha que Wiegand abrigaba desde hacía tiempo se iba confirmando: la antigua ciudad comercial de Mileto había sobreestimado sus recursos al decidir construir el templo monumental. A pesar de que se invirtieron varios siglos en su construcción, el templo nunca llegó a acabarse. Impresionados, al parecer, por el templo griego más grande jamás construido, el de Artemis en Éfeso, los milesios no quisieron ser menos que sus vecinos. Los arquitectos elegidos confirman esta hipótesis. Pero éstos empezaron a asustarse ante su propio arrojío cuando llegó el momento de cubrir aguas: debían techarse no menos de 1164 metros cuadrados, sin utilizar ningún soporte aparte los muros laterales. Estrabón, el geógrafo e historiador griego, al comprobar que después de trescientos años de construcción seguía faltando el techo, no pudo dejar de comentar que el tamaño del templo impedía cubrirlo, y realmente tenía razón.



El 13 de febrero de 1913, el arqueólogo alemán Gerhan echa en falta la columna norte del santuario de Apolo, en Dídimo.

El 13 de febrero de 1913, el arqueólogo alemán Gerhan echa en falta la columna norte del santuario de Apolo, en Dídimo.

Si se compara el templo de Apolo en Dídimo con el Partenón de la Acrópolis de Atenas, éste habría tenido fácil cabida en aquél. Las columnas del Partenón y las vigas podrían haber entrado perfectamente por aquella portada en la que aparecían los sacerdotes oraculares de Dídimo para pronunciar sus sentencias. Las columnas de la Acrópolis tenían una altura de diez metros, pero las de Dídimo llegaban a los 19,70 metros. Si se incluyen las bases y los arquivoltas, el templo alcanzaba una altura total de 29,40 metros. En los planos arquitectónicos

figuraban 122 columnas, pero muchas de ellas no fueron colocadas jamás, y otras quedaron inacabadas.

El coste de cada una de las enormes piezas de mármol era astronómico, y las columnas se traían por mar desde Tasos y se arrastraban desde el puerto de Panormo hasta Dídimo. Según las cuentas de gastos halladas, el coste de una sola de las columnas se elevaba a unas 40000 dracmas. En aquella época, un albañil ganaba dos dracmas al día. Si nos basamos en una ganancia diaria actual de 9 000 pesetas, levantar una sola de las columnas costaría, traducido al precio de hoy en día, 180 millones de pesetas.

Estas cifras ilustran el derroche que supuso Dídimo. Y en este derroche se refleja también la importancia de este santuario oracular de Asia Menor. Cometeríamos un error al considerar Dídimo como una simple sucursal de Delfos, pues como demuestra Pausanias (V, 13, 11), Dídimo es anterior, incluso, a la cultura griega.

Los orígenes del oráculo

Al igual que en Delfos, la tradición mitológica afirma que un pastor fundó el santuario: se llamaba Branco. A éste le inspiró Apolo, que le concedió el don adivinatorio, y este don lo heredaron sus descendientes, los Bránquidas. Desarrollaron su actividad adivinatoria hasta la destrucción del oráculo, durante la sublevación jonia. En la época arcaica, el santuario recibió su nombre del legendario adivino, por lo que era llamado Branchidai. Heródoto sólo menciona el Branchidai cuando habla del oráculo de Dídimo, y él mismo menciona al primer consultante del oráculo de Dídimo del que tenemos constancia histórica, un monarca egipcio de la XXVI dinastía, Neco (610-595 a. de C.), hijo de Psamético I. Seguramente no se trata de un hecho casual, pues abemos con casi total certeza que el oráculo de Dídimo estaba pensado más para Oriente que para Grecia.

Heródoto (II, 158/159) narra que Neco aumentó el número de barcos de la flota egipcia y que intentó infructuosamente construir un canal entre el Nilo y el mar Rojo, que un barco podría recorrer en cuatro días. Se cuenta que en esta empresa murieron más de 120 000 hombres. Finalmente, Neco paró las obras; según la tradición, porque una sentencia oracular le había revelado que el canal significaba abrir el camino a los bárbaros. Ya sea inventada o no esta sentencia, Ramsés II también desistió de construir un canal, persuadido por el mismo argumento, pues la monumental obra habría abierto Egipto hacia el Este, y hasta el momento, todos los enemigos del país habían venido de esa dirección. Después de esto, Neco hizo que se construyeran barcos junto al mar Rojo, y Heródoto afirma que ciento cincuenta años después aún encontró restos de estos astilleros.

Neco entró en la historia bíblica al dirigirse hacia el Norte, hacia Asiria. Cerca de Megido se encontró con Josías de Judá. En el Antiguo Testamento (Reyes II, 23, 29-30) se dice lo siguiente: «En su reinado, el faraón Neco, rey de Egipto, se puso en marcha hacia el río Éufrates al encuentro del rey de los asirios, y salió contra él el rey Josías, que pereció en Megido, tan pronto como entró en batalla. Y sus criados lleváronle muerto desde Megido, y le transportaron a Jerusalén, y sepultáronle en su sepulcro. Entonces el pueblo de esta tierra tomó a Joacaz, hijo de Josías, al cual ungieron y proclamaron rey en lugar de su padre».

Heródoto (II, 159) prosigue: «Después de la batalla, tomó Caditis, que es una gran ciudad de Siria (por cierto que consagró a Apolo el vestido que llevaba al lograr esas victorias, enviándolo al santuario de los bránquidas de Mileto)».

Todo ello ocurría en el año 609 a. de C. Por tanto, en el siglo VII a. de C. el oráculo de Dídimo ya debía de haber cobrado cierta importancia a escala internacional, y al menos parecía ser mejor y más fiable que cualquiera de los oráculos egipcios. Fueron principalmente mercenarios jonios y carios los que difundieron por el mundo la fama de Dídimo. El faraón Apries (589-570 a. de C.) había formado un ejército de 30 000 hombres procedentes de aquella región. Los arqueólogos creen haber descubierto que la influencia fue mutua, pero la comparación entre la Vía Sagrada de Dídimo, bordeada de estatuas de personas sentadas y de leones, y las avenidas egipcias de esfinges, no es del todo apropiada, puesto que la Vía Sagrada no estaba desde un principio pensada como avenida bordeada de figuras. Las esculturas sólo se colocaban allí cuando ya no cabían en el recinto sagrado o cuando habían sido dañadas por los saqueos enemigos.

La primera edad de oro de Dídimo y de su oráculo llegó con el rey lidio Creso, quien, hacia la segunda mitad del siglo VI, colmó el santuario de riquezas. «Por su parte, las ofrendas de Creso al templo de los Bránquidas de Mileto tenía, según tengo entendido, el mismo peso que las de Delfos y eran semejantes a ellas.» Este pasaje de Heródoto (I, 92) confirma que en aquella época Dídimo y Delfos gozaban de un prestigio similar. Aquí no se acumulaban menos riquezas que a los pies del Parnaso. «En un oráculo tan famoso como Dídimo —dice Klaus Tuelst—, no sólo se concentraba la información, sino también se acumulaba el capital. Los santuarios fueron los bancos de la antigüedad, y Dídimo no constituyó una excepción. Era aquí donde se encontraba el dinero.»

Los persas imponen silencio a los profetas

Y a fin de cuentas, el dinero significaba poder político en manos de los sacerdotes oraculares. En el año 499 a. de C., la ciudad de Mileto intentó utilizar el poder económico de Dídimo para fines bélicos. Durante los preparativos de la sublevación jonia, el historiógrafo Hecateo advirtió que no había que menospreciar la superioridad numérica de los persas. Enumeró todos los pueblos sojuzgados por Darío, y previno contra el enorme ejército persa. La única posibilidad de ganar consistía en construir una potente flota para dominar el mar. Cuando le preguntaron si tenía alguna idea de cómo financiar ese proyecto, contestó que la donación de Creso en Dídimo debería bastar para ese fin. Sin embargo, Hecateo había hecho las cuentas sin los sacerdotes. El tesoro del oráculo quedó intacto y la sublevación jonia fue una catástrofe; en el año 494 a. de C., Mileto y el oráculo fueron saqueados y quemados, y los sacerdotes, desterrados a Susa, en Bactria.

La ira destructiva de los persas lo arrasó todo, como ponen de manifiesto las excavaciones. De la arcaica celda oracular sólo se han encontrado los cimientos. Como los persas derribaron todos los muros que después del incendio aún se mantenían en pie, y como estos fragmentos no fueron utilizados para las construcciones posteriores, constituyeron una fuente de incalculable valor para la reconstrucción del templo arcaico.

Actualmente sabemos que el impresionante templo helenístico de Dídimo es una copia casi exacta de un precursor de tamaño menor. Y antes de eso —lo han sacado a la luz las palas de los excavadores—, en el período geométrico tardío (siglos VIII-VII a. de C.), se levantaba allí una construcción de diez metros de ancho por veinticuatro de largo, que encerraba la fuente sagrada y el laurel. Sin embargo, este tipo de arquitectura es muy diferente de la de los edificios posteriores, pues aún le faltaban las dimensiones monumentales que más tarde serían características de Dídimo.

Los antiguos historiadores no se pusieron de acuerdo sobre la época en que fue destruido el oráculo de los Bránquidas. Estrabón y Plutarco ofrecían versiones diferentes a la de Heródoto, considerando que la destrucción de Dídimo no se debía a Darío, sino a Jerjes. Cuentan que éste quiso castigar a Mileto por haberse puesto del lado de los helenos, y como consecuencia, tras la batalla de Micala, es decir, unos quince años después, incendió el santuario.

Heródoto, viajero incansable, se ha equivocado más de una vez, pero en este caso es probable que tenga razón: las noticias que nos ha legado Heródoto son mucho más precisas que las de sus contrarios. Un minúsculo hallazgo hecho en la lejana Susa confirma su hipótesis: un dado de bronce de apariencia insignificante con una inscripción que lo identifica como ofrenda a Apolo, fechado por los arqueólogos hacia el año 550 a. de C. ¿De dónde puede provenir esta pequeña ofrenda, sino de Dídimo? el hallazgo demuestra que la deportación de los habitantes de Mileto a Susa, mencionada por Heródoto, se produjo realmente.

Tras la catástrofe persa, la voz de los profetas permaneció callada durante 163 años, mientras la fuente sagrada yacía bajo los escombros para sólo volver a brotar, según narra Estrabón (XVII, I, 43), en el año 331 a. de C. Al parecer, no se pronunciaban oráculos aunque, a juzgar por las noticias que nos han llegado, sí prosiguió el culto en el santuario todavía medio derruido. Las estatuas dañadas se colocaron a ambos lados de la Vía Sagrada, y los antiguos habitantes de Mileto y los que se habían instalado allí poco antes organizaban procesiones para acudir festivamente a Dídimo y ofrecer allí sacrificios a Apolo, tal como habían hecho en otro tiempo. Mas el dios no ofreció respuesta alguna.

Era como si el oráculo de Dídimo hubiese estado esperando la llegada de una persona relevante para vaticinarle el futuro: después del largo silencio que había guardado, Alejandro Magno fue la primera persona a quien el oráculo oriental profetizó que su destino iba a ser importante. Apolo de Dídimo aseguró que el macedonio era de descendencia divina y que cosecharía muchos éxitos en su campaña asiática.

La hábil jugada de los sacerdotes oraculares de Dídimo sirvió para que tanto ellos como el oráculo volvieran a estar en boca de todo el mundo. ¿Y qué otra manera mejor para lograrlo que pronosticar el triunfo del fogoso veinteañero que, partiendo de Macedonia, se disponía a adueñarse

del mundo?

Alejandro no había pedido ninguna respuesta al oráculo de Dídimo, pues sentía preferencia por el oráculo de Amón del oasis de Sivah; sin embargo, los milesios no querían quedarse para ellos la profecía que el dios había pronunciado espontáneamente, por lo que enviaron una delegación al Menfis egipcio, donde el general y sus tropas se encontraban en este momento. Frente al público, este gesto casi impertinente pretendía ayudar a Alejandro, pero, en realidad, los Bránquidas de Dídimo estaban pensando sólo en su propia imagen. El éxito de sus bien pensadas relaciones públicas les dio la razón: se volvió a hablar del oráculo oriental, y para Dídimo comenzó una nueva época dorada.

Dídimo se convierte en el oráculo preferido de los Seléucidas

La animada vida que se desarrollaba entre los muros del recinto sagrado volvió a reflejarse en escritos y documentos, de los que los arqueólogos han encontrado, aunque sólo en fragmentos, algunos ejemplares sumamente reveladores. En todos esos documentos pétreos aparece un nombre: el del rey Seleuco, personaje central para entender la imparables ascensión del oráculo oriental.

Seleuco no tenía la seguridad de convertirse un día en soberano de un imperio de tres millones y medio de kilómetros cuadrados, que comprendía Mesopotamia, Persia, Siria del Norte y Asia Menor, simplemente por ser de noble cuna. Ni siquiera se sabe exactamente dónde y cuándo nació. Seleuco procedía de Macedonia. Destacó en la campaña india de Alejandro Magno, y a la muerte de éste, cuando en 321 a. de C. los Diádocos procedieron a repartirse el Imperio en el Norte de Siria, se le concedió la parte Este, el Imperio Seléucida.

No menos orgulloso que el gran Alejandro, también se creyó descendiente de los dioses. Aunque su padre se llamaba Antíoco, dio el nombre de Apolo a uno de sus hijos, y de ello resultó obligatoriamente el contacto con el santuario de Apolo más importante de Asia, el de Dídimo. No sabemos cuántas veces acudió Seleuco al santuario, que se encontraba a más de mil kilómetros de distancia de su capital, Seleucia, pues las fuentes sólo revelan que invirtió cantidades ingentes en la reconstrucción del santuario oracular y que colmó de regalos a los Bránquidas.

Aunque Seleuco consultara el oráculo con frecuencia, sólo se conserva una de las sentencias, en la que se le aconsejaba no volver jamás a su patria, Macedonia. Es posible que Seleuco hubiera olvidado la profecía oída años atrás, o que desoyera el consejo, cegado por la ambición y el afán de poder, pero de hecho, poco después de haber atravesado el Helesponto para conquistar Tracia y Macedonia, fue asesinado.

Por lo que se refiere a las mujeres, Seleuco también intentó imitar a su ídolo, Alejandro. No se contentó con Apamea, su primera esposa, por lo que desposó a otra mujer llamada Estratónice, una muchacha de belleza extraordinaria que posteriormente incluso llegó a ser adorada a semejanza de la diosa del amor, Afrodita. Pero, al parecer, Seleuco, que ya había alcanzado la edad de sesenta años, se había sobreestimado, por lo que no vio con malos ojos que Antíoco, el enfermizo hijo de su primer matrimonio, se enamorara de la bella madrastra. Seleuco le cedió a Estratónice, de modo que todos quedaron felices y contentos. Seleuco y Apamea, que se casaron en la masiva ceremonia nupcial de Susa, organizada en el año 324 a. de C. por Alejandro Magno, tuvieron dos hijos y dos hijas, de las que una se llamó Apamea, como su madre.

De la época anterior a la boda con Estratónice data un documento grabado en piedra que el consejo de Mileto encargó a propuesta de un tal Lico. En este documento, los mandatarios de Mileto toman la decisión de erigir una estatua en honor a la reina Apamea, para así reconocer públicamente todo cuanto ésta había hecho por la ciudad de Mileto y el santuario oracular de Dídimo. El dinero habría de proceder de los presupuestos corrientes, probablemente los del año 299 a. de C., y la estatua y el documento debían colocarse en el recinto sagrado de Dídimo. El decreto honorífico reza así:

«En el pasado, la reina Apamea demostró su buena disposición e intercedió con gran entusiasmo en favor de aquellos hombres, procedentes de Mileto, que servían en el ejército del rey Seleuco.

Todavía ahora, después de la llegada de la delegación convocada por Seleuco para tratar sobre la construcción del templo de Dídimos, ella intervino con una gran energía. Su hijo Antíoco, compitiendo con el programa que tiene el padre Seleuco para el santuario, está dispuesto a sufragar [como donación] la construcción de una sala para el dios, que tendrá las dimensiones de un estadio, para que con los ingresos que genere pueda financiarse la decoración del santuario. A fin de poner en conocimiento público que los milesios siempre dedican la debida atención a sus benefactores, los habitantes de la ciudad deciden... Los encargados del presupuesto que estén en sus funciones después del Consejo de Notables de Apolo, que se desarrollará después de Athenaios, deben extraer del total de los ingresos... el dinero necesario para realizar la estatua, reproducir esta resolución en una estela de piedra y colocarla en el santuario de Artemis de Dídimos. Los comisarios de la construcción deben encargarse de esta estela y la inscripción sin más demora. Los tesoreros han de pagar estas obras de los fondos que se destinan al cumplimiento de estas resoluciones. La presente resolución también debe reproducirse en una tabla blanca. Consejo de administración de las obras: Demodamas, hijo de Arístides; Licón, hijo de Apolodoto; y Arístides, hijo de Minio.»



Sobre los peldaños del templo de Dídimos, los consultantes dejaron grabados en la piedra sus juegos de mesa mientras esperaban.

Sobre los peldaños del templo de Dídimos, los consultantes dejaron grabados en la piedra sus juegos de mesa mientras esperaban.

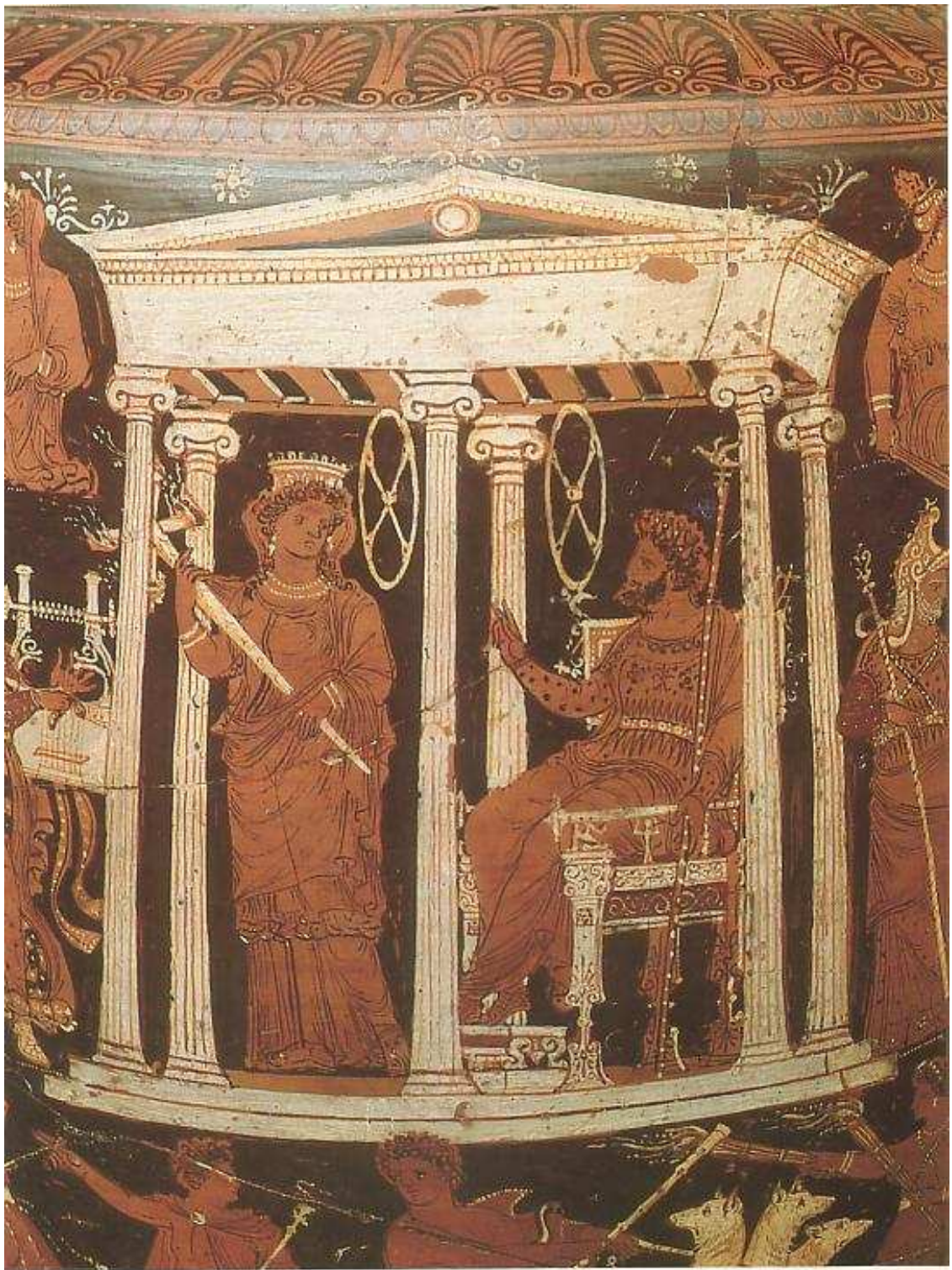
En otro documento se precisa el significado de «sala para el dios, que tendrá las dimensiones de un estadio». Se trata de un mercado cubierto de 190 metros de longitud, en el que se encontraban 78 almacenes y tiendas. Esta «sala» se descubrió durante las excavaciones de Mileto. La donación del hijo de Seleuco, Antíoco, estaba bien pensada: las ganancias que generaba el alquiler de las 78 tiendas eran una constante fuente de ingresos para las obras de Dídimos. Los

habitantes de Mileto no se mostraron tacaños, y en Dídimos colocaron una estatua ecuestre de bronce del hijo del rey y también le otorgaron otras prerrogativas. El texto de este decreto se conserva, a excepción de un breve fragmento al final:

«Resolución del pueblo. Solicitud de la asamblea de miembros de la comisión. Esta solicitud fue planteada por Demodamas, hijo de Arístides. Antíoco, el hijo mayor del rey Seleuco, demostró reiteradamente en el pasado su apoyo al pueblo de Mileto y el aprecio que siente por él. Es así como, sabiendo que su padre intercedía fervorosamente por el santuario de Dídimos, y pensando que sería bueno participar en el programa elaborado por éste, decidió hacer una donación al dios: la construcción de una sala con las dimensiones de un estadio; una sala cuyos ingresos anuales habían de emplearse, como él pensaba, en las obras que se desarrollan en el santuario de Dídimos: los trabajos realizados con la ayuda de estos fondos serán su donación. Por tanto, los habitantes de Mileto deciden que se elogie a Antíoco por su devoción hacia el dios y por el afecto que siente hacia el pueblo griego, y que se le conceda para la construcción de esta sala el espacio que indique el arquitecto elegido, asistido por los hombres a los que Antíoco ha encargado esta tarea. Los tesoreros... y los pritanos que en este momento estén en su cargo han de administrar los ingresos de la sala, crear un fondo especial y encargarse de las obras según la resolución del pueblo. Después del cumplimiento de esta resolución han de encargarse de una inscripción en la que conste que el donante es Antíoco, primogénito del rey Seleuco. Para que otros notables —dándose cuenta que los benefactores del santuario gozan del favor del pueblo— también adopten la resolución de intervenir a favor del santuario de Dídimos y del pueblo de Mileto, los habitantes de esta última ciudad deciden

erigir una estatua ecuestre de Antíoco, realizada en bronce, en el lugar que determine el consejo. La suma de dinero necesaria para la colocación de la estatua la han de ingresar los encargados de los

presupuestos que estén en sus funciones después del consejo de notables de Apolo, que se desarrollará después de Ateneos, una vez cumplimentados los restantes puntos del presupuesto. Antíoco ha de ser invitado a ocupar el lugar de honor durante las dionisiacas de Mileto y los juegos cíclicos de las didimeas en Dídimos. Además, en el prítaneo se celebrará un banquete público en su honor. También se le exige



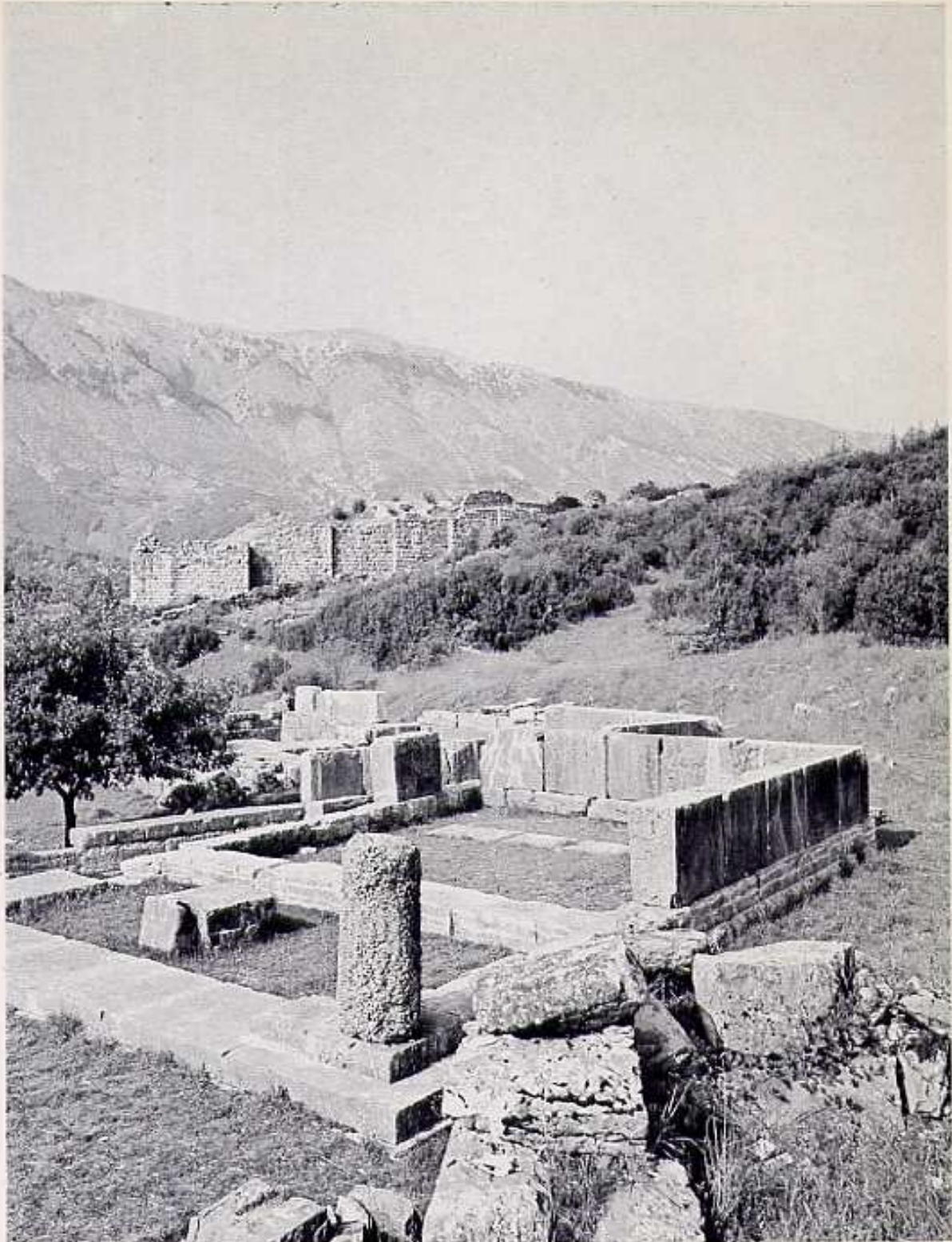
Hades y Perséfone en el mundo de las sombras (vasija griega de Canosa, 33 a. de C., Colección Estatal Munique de Antigüedades)

del pago de impuestos y se le concede la inmunidad durante la guerra y la paz y la inviolabilidad de sus propiedades, sin necesidad de un tratado formal. Además se le otorga la prerrogativa de consultar el oráculo del santuario de Dídimos sin tener que someterse a los trámites habituales. Estos privilegios también se extienden a los descendientes de Antíoco. Para que la estatua sea acabada en

el plazo más breve posible, el pueblo ha de elegir a tres hombres, que supervisarán su realización...»



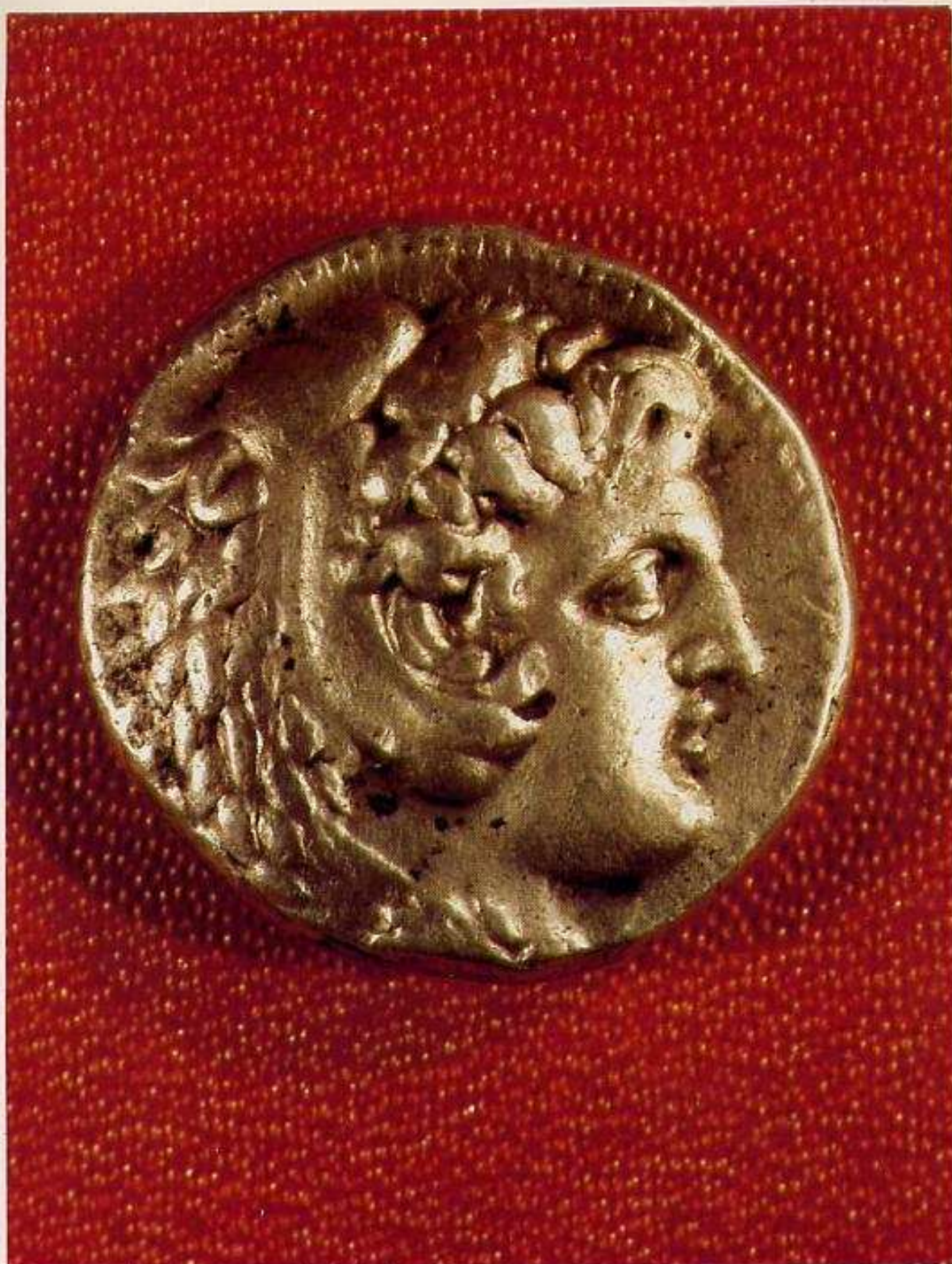
El oráculo de la muerte de Efira: a la derecha, la iglesia bizantina en ruinas con el cementerio, que estaba situado encima del oráculo.



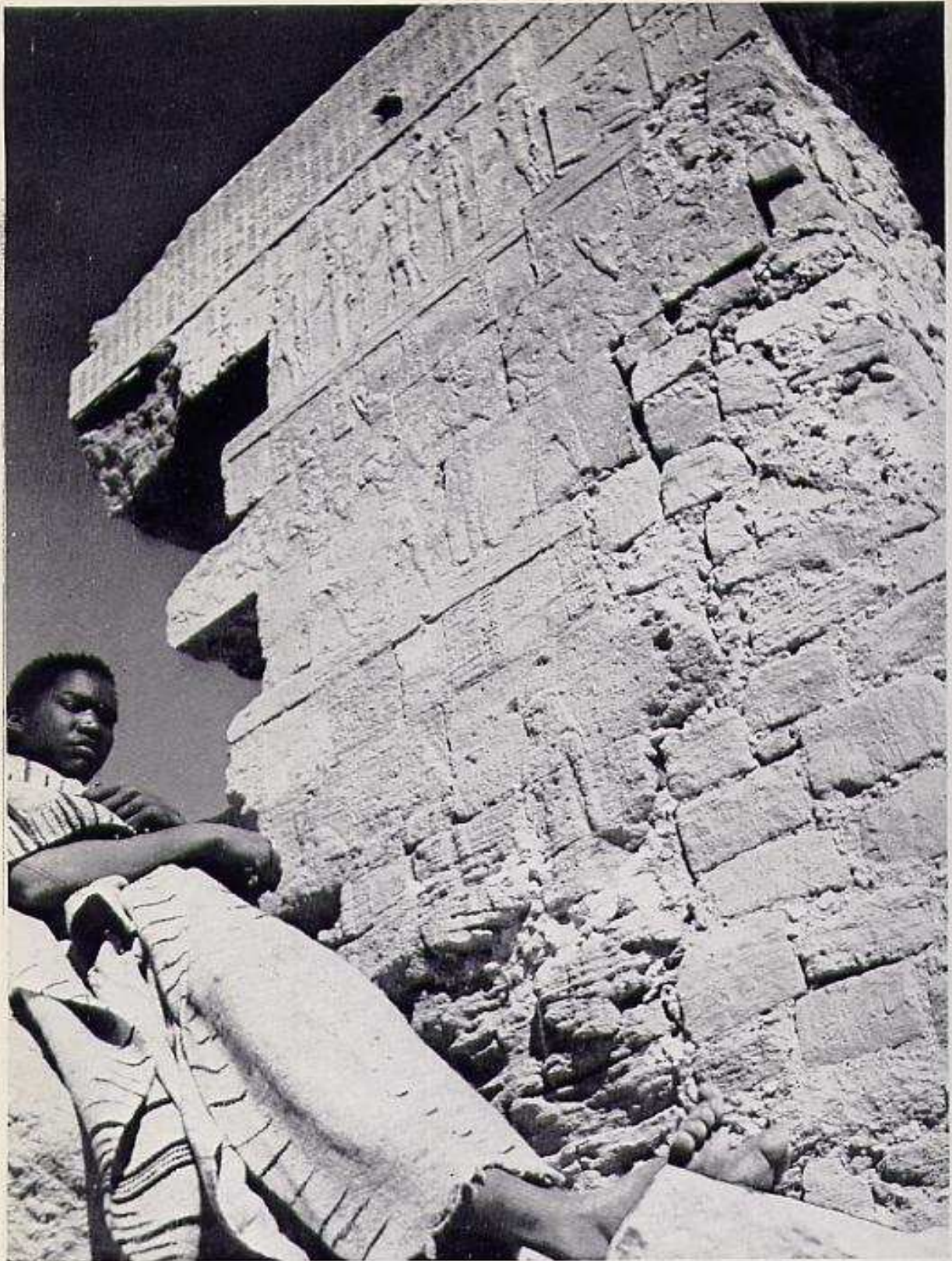
El oráculo de Zeus en Dodona: en primer plano, el templo de Dione, y detrás, el santuario oracular. Los arqueólogos han plantado otro árbol en el lugar en que se encontraba la encina sagrada.



En Dodona, los restos de las construcciones monumentales son testigos de la era dorada del oráculo. En primer plano, los cimientos del buleuterion, y en segundo, la tribuna del teatro.



El hombre quien dio fama al oráculo de Amón en el oasis de Sivah:
Alejandro Magno



Pocos restos quedan del templo oracular de Aghurmi, en el oasis de Sivah.



La GORGO de Dídimo se erigía 20 metros por encima del suelo, colgada del arquitrabe del templo.



Abajo: En el interior del templo, que no tenía techumbre, los arqueólogos descubrieron los cimientos del pequeño templo oracular.

Arriba: El templo de Dídimo, el mayor santuario griego en Asia Menor. Sus columnas se elevaban a treinta metros por encima del suelo, y la Acrópolis de Atenas habría tenido fácil cabida en él.

En estos años también se recobró la estatua de Apolo que los persas robaron del templo doscientos años atrás para llevarla a Susa. La devolvió Seleuco, como cuenta Pausanias (I, 16, 3). De ello se deduce que hacia finales de siglo y principios del siguiente estaba terminado al menos el pequeño templo oracular interior, pues la estatua de bronce de Apolo no era una estatua normal que se pudiera colocar al aire libre. La obra de Cánaco de Sición, realizada a tamaño natural, estaba provista de un mecanismo muy sensible. En la mano izquierda, Apolo sostenía un arco, y con el brazo derecho, extendido, agarraba un ciervo que podía ponerse en movimiento como por arte de magia.

El proyecto que devoró millones y que duró siglos

En aquella época, aún se estaba reconstruyendo el edificio del templo, que encerraba el pequeño santuario oracular. De los informes de obras se desprende que ochenta años después apenas se habían terminado dos terceras partes de la construcción. Pero al fin y al cabo, Mileto no había de erigir solamente un nuevo edificio para el templo, sino también una casa para el profeta, el sumo sacerdote; y también resultaba imprescindible almacenar las ofrendas y custodiar en un edificio el tesoro.

La importancia de la donación de Seleuco se refleja en un escrito en el que el soberano anuncia que cede mil ovejas y doce toros; una vajilla de oro con un peso total de 3 284 dracmas, entre la que se encontraban preciosos cuernos para beber, garrafas de vino y recipientes para mantener el frío; una vajilla de plata con un peso total de 9380 dracmas; diez talentos de resina de incienso, un talento de mirra, dos minas de laurel, dos minas de canela y otras dos minas de pimienta. La mayor parte de la valiosa vajilla cayó en manos de los gálatas cuando, a principios de los años setenta, saquearon Asia Menor. Pero los Seléucidas no dejaron que Dídimo quedara desposeído. Seleuco II (265-226), en honor a las sentencias oraculares que se habían emitido a lo largo del tiempo, otorgó nuevos privilegios a Mileto y un lugar aún más excelso entre los pueblos.

La tercera guerra siria acabó con la presencia seléucida y, consecuentemente, con la generosa ayuda que recibía Dídimo. La dinastía de los Ptolomeos, que les sucedió, estaba poco interesada en el oráculo oriental, y una vez más Mileto tuvo que procurarse el dinero por sus propios medios. Los documentos que se conservan de las obras y que datan del siglo II a. de C. indican que la ciudad de Mileto destinó cada año un presupuesto fijo a esas obras, que incluía el material, su transporte, las herramientas y la remuneración de los trabajadores, además de su vestido y manutención.

La contabilidad de las obras también nos permite seguir su avance. Por ejemplo, entre los años 219 y 217, los muros interiores del templo sólo habían alcanzado la mitad de la altura definitiva que habían de tener. En el último de los años mencionados también se construyó el escalón oracular de metro y medio de altura. Para erigir la gigantesca portada se necesitaron diez años, hasta que, en el año 183 a. de C., se pudo proceder finalmente a colocar el dintel de la puerta. Y aunque para su construcción se necesitaran enormes palancas, las obras avanzaron lentamente, y uno se pregunta si la popularidad de que gozaba Delfos no hizo que los habitantes de Mileto se distanciaran de su proyecto.

De la decoración interior del templo oracular de Dídimo no se sabe casi nada. No existen indicios de que se encontraran altares en el gran *aditon*, al menos las excavaciones no han sacado a la luz sus cimientos. Es probable que aquí no existiera ningún altar, pues cualquier animal de sacrificio debería haberse conducido a través de los estrechos y angulosos pasadizos subterráneos. El único altar de sacrificios del que tenemos constancia se encontraba a once metros de la entrada principal del templo: era un pedestal redondo de ocho metros de diámetro.

El estudio del culto oracular tampoco ha arrojado resultados más esclarecedores. Con certeza sólo se sabe que un profeta, el sumo sacerdote, elegido para un período de un año, dirigía las actividades del santuario oracular. Se encargaba de la administración y de la representación, y mientras ocupaba su cargo, vivía en la suntuosa casa del profeta, cuya longitud los arqueólogos aún no han podido determinar. El profeta establecía el contacto entre el oráculo y su consultante. Era él

quien, después de haberse fallado la sentencia divina, se presentaba como una aparición de otro mundo en el elevado escalón del templo para transmitir el dictamen del oráculo a los consultantes, que le recibían con cantos rituales. Sin embargo, el profeta no era el médium al que se manifestaba Apolo. Ello habría sido imposible a causa del complicado ceremonial, que prescribía tres días de ayuno, baños rituales y preparación meditativa en el *aditon*.

Sigue habiendo más preguntas que respuestas

La tradición no dice si ese médium era una mujer, como en Delfos —hipótesis harto probable—, o un hombre, a semejanza del pastor y adivino Branco.

De todos modos, el adivino, ya fuera hombre o mujer, podía leer las preguntas que se habían recogido el día anterior, para pronunciar la respuesta que el sumo sacerdote transmitía al consultante. La fuente sagrada del *aditon*, instalada ante la celda oracular, desempeñaba un papel importante en el ritual profético. Se cuenta que el agua que manaba de ella inspiraba las profecías. Sin embargo, nada cierto sabemos de todo ello.

Wolfgang Günther, del Instituto Arqueológico Alemán de Estambul, un estudioso de Dídimo y su oráculo, cree que el santuario oriental siempre ha sufrido bajo la hegemonía de Delfos: «Aunque durante la época imperial el oráculo de Dídimo se contara entre los tres grandes de la adivinación, junto a Delfos y Claro, sólo ocupaba el segundo lugar después de Delfos, que era con mucho el más importante de los tres. Las obras, que ya duraban siglos y que finalmente se pararon del todo, reflejan las discrepancias entre el ambicioso proyecto de una reconstrucción deslumbrante, superior en dimensiones y gastos a todo cuanto era conocido hasta entonces, y el comparativamente reducido *eco* que el oráculo tenía en el mundo griego, muy inferior al esperado».

Hasta ahora, las excavaciones de Dídimo sólo han sacado a la luz una parte ínfima del antiguo santuario oracular. «Todavía tardaremos bastante —reconoce Klaus Tuchelt— en hacernos una idea del santuario. Hacia el final de sus investigaciones, Rehm, el estudioso que trabajó aquí durante más de treinta años y que publicó las inscripciones de Dídimo, tuvo que reconocer que la excavación del templo de Apolo tampoco había ayudado a solucionar el problema.»

¿Significa esto que el oráculo de Dídimo sigue ocultando su secreto?

«Hasta ahora — prosigue Tuchelt— hemos estudiado el gran templo de Dídimo como construcción y objeto histórico, pero sin relacionarlo demasiado con lo que lo rodeaba. Nos faltaba algo que denotara vitalidad, algo que fuera claro y comprensible. el templo es un monumento arquitectónico tan singular que, desde principios de siglo, la investigación arqueológica ha quedado cegada por la brillantez de este gigante. Es tan monumental y opresivo que toda la investigación se centró en él.»

¿Qué piensan hacer los arqueólogos en el futuro?

«A partir de ahora, los trabajos se centrarán en la Vía Sagrada. Por las inscripciones conocemos una serie de edificios y cerca de media docena de santuarios que se levantaban al lado del templo de Apolo, pero hasta ahora no sabemos dónde se encuentran.»

Cuando le pregunto si con ello esperaba poder ofrecer una explicación de los procedimientos oraculares, se encoge de hombros: no lo sabe. Si existe un oráculo suficientemente estudiado, éste es el de Delfos. «Pero —concluyó— ¡no se olvide de Claro!»

V
Claro:
el oráculo de los mil nombres

No reside allí mujer, como en Delfos, sino sacerdote de ciertos linajes particulares, lo más ordinario de Mileto, el cual, tomado el número y nombre de los consultantes, entrado en la cueva y bebida el agua de cierta fuente secreta, si bien de ordinario es hombre sin letras o ciencia de poesía, da las respuestas en versos, formados sobre el concepto que otros tienen en la imaginación.

Tácito, *Anales*, II, 54

En los primeros siglos de nuestra era se incrementó, por motivos comprensibles, la antigua necesidad de los mortales de conocer los designios de la divinidad y la vida de ultratumba, hasta adquirir rasgos casi enfermizos. Los antiguos oráculos paganos, para mantenerse a la altura de los tiempos, tuvieron que adoptar una postura frente al gran número de intrincadas teologías más o menos cristianas. Es decir, había que pronunciar oráculos de acuerdo con el espíritu de la época.

Karl Buresch,
historiador de la antigüedad

En el camino de Dídimos a Izmir, un letrero en un cruce indica hacia el Oeste: Claro. Este lugar, sede del santuario oracular de Colofón, sólo adquirió fama cuando los otros oráculos del viejo mundo ya estaban amenazados con desaparecer. Sin embargo, las fuentes antiguas que hablan del oráculo de Claro son tan significativas que actualmente se lo considera tan relevante como Delfos y Dídimos. En Dalmacia e incluso en la lejana Britania se han encontrado inscripciones sobre la inauguración del oráculo de Claro. En el siglo II d. de C., los sacerdotes del santuario podían permitirse incluso rechazar delegaciones de ciudades importantes.

Claro, cuyo templo se ha descubierto y excavado recientemente, era un santuario de Apolo, al igual que Delfos y Dídimos. el profesor Karl Buresch, de Leipzig, llegó por pura casualidad a esta

región. Los escombros que cubrían el suelo ligeramente ondulado despertaron su curiosidad, pues los restos de columnas y construcciones antiguas, la mayoría de ellas de mármol blanco, hacían pensar en una ciudad desaparecida. «Había muchas piedras —informa Buresch—, pero no conseguí descubrir ninguna inscripción hasta que, tras una larga búsqueda, vi un bloque de mármol, al borde del camino, que surgía de la tierra y en el que distinguí unos caracteres de escritura griega bastante tardía y casi borrada; después de mucho trabajo creí poder identificar las letras A I S A R E I pero no lo podría jurar.»

Las letras formaban parte del nombre de la localidad de Kaisareia, pero eso no le servía demasiado al científico. Existían muchas ciudades que habían adoptado el nombre de Caesarea (en griego Kaisareia) durante la época imperial romana. Por ello, el estudioso preguntó a un anciano que vivía cerca de allí si sabía de la existencia de algunas inscripciones. Por supuesto que sí, fue la respuesta, y el anciano pidió al forastero que le siguiera. Media hora tardaron en atravesar a caballo los campos y encontrar una casa solitaria a la que se subía por una gran escalinata. El viejo señaló las escalinatas, Buresch lo interrogó con la mirada y él le indicó que las inscripciones se encontraban debajo de la piedra. Al investigador no le quedó más remedio que derruir la escalera, lo que, aparte la ira que provocó en el dueño de la casa, no le reportó ningún beneficio. Preguntó al viejo si conocía más inscripciones.

El hombre reflexionó si le quedaba otro enemigo contra el que soltar al alemán loco, pero a la vista del dinero que éste le ofrecía, lo pensó mejor y lo llevó a un pueblo pequeño donde, tras una larga discusión con los habitantes, le mostraron un bloque de piedra de 52 por 41 centímetros. el bloque, que los nativos habían desenterrado poco antes en el lugar donde se encontraban las ruinas, llevaba inscripciones diferentes en tres de sus lados. Desde entonces corría el insistente rumor de que en su interior la piedra encerraba oro. Buresch copió las inscripciones, que resultaron ser el texto que acompañaba a una estatua, y un largo texto oracular. Las palabras más importantes se encontraban en la tercera línea del anverso: Apolo de Claro. Esto era la prueba de que se trataba de una sentencia oracular de Apolo de Claro, grabada en piedra, y de que se había descubierto el oráculo.

Θ Ε Ο Ι Σ Σ Ε Β Α Σ Ι
 Κ Α Τ Α Χ Ρ Η Σ Μ Ο Ν Κ Λ Α Ρ Ι Ο
 Α Π Ο Λ Λ Ω Ν Η Ο Σ Κ Α Ι Σ Α Ρ Ε Ι Ο
 Τ Ρ Ο Κ Ε Τ Τ Η Ν Ο Ι Κ Α Θ Ι Ε Ρ Ω Σ Δ Ε
 Α Π Ο Λ Λ Ω Ν Α Σ Ω Τ Η Ρ Α Χ Α Ρ Τ
 Σ Α Μ Ε Ν Ο Υ Τ Ο Α Ρ Γ Υ Ρ Ι Ο
 Ε Ι Σ Τ Ο Ν Θ Ε Ο Ν Κ Α Ι Τ Η Ν Β Α
 Σ Ι Ν Μ Ε Ι Λ Η Τ Ο Υ Τ Ο Υ Γ Λ Υ
 Κ Ω Ν Η Ο Σ Π Α Φ Λ Α Γ Ο Ν Ο Σ
 Τ Ο Υ Ι Ε Ρ Ε Ω Σ Α Υ Τ Ο Υ Υ Π Ο
 Ε Χ Ο Μ Ε Ν Ο Υ Τ Η Ν Ε Ρ Γ Ε Π
 Ε Τ Α Σ Ι Α Ν Ε Ρ Ν Γ Ε Ν Ο Υ Σ Τ Ο Υ

Esta inscripción fue decisiva para que el arqueólogo Karl Buresch pudiera identificar el oráculo de Claro. La penúltima línea reproduce las letras K L A R I O.

Esta inscripción fue decisiva para que el arqueólogo Karl Buresch pudiera identificar el oráculo de Claro. La penúltima línea reproduce las letras K L A R I O.

Esmirna, una ciudad nacida de un sueño

«Los habitantes de Colofón —escribe Pausanias— opinan que el santuario y el oráculo de Claro existen desde tiempos remotos.» Esta afirmación sólo es cierta en parte, pues el santuario debía de ser anterior al oráculo. La sentencia oracular de Apolo de Claro más antigua de la que tenemos noticia data del

siglo IV a. de C., y está relacionada con Alejandro Magno. Éste se hallaba de caza en las montañas de Pago y llegó a un santuario dedicado a Némesis. el gran macedonio se tumbó a la sombra de una palmera para dormir y allí tuvo un sueño: se le apareció la diosa en sus múltiples formas y le invitó

a fundar en aquel lugar una ciudad que deberían ocupar los habitantes de Esmirna. Después de que Alejandro se decidiera a cumplir el deseo de la diosa Nemesis, los habitantes de Esmirna, algo desconcertados, enviaron una delegación a Claro para que el oráculo les revelara qué debían hacer. El oráculo dio la siguiente respuesta:

*«Tres y cuatro veces felices serán los hombres
que habiten el Pago más allá del sagrado Meles.»*

(Pausanias, VII, 5, 3)

La nueva Esmirna se llegó a fundar realmente, entre otros motivos porque la antigua Esmirna, habitada desde el tercer milenio por los griegos eolios, sólo estaba débilmente poblada desde que fuera destruida hacia el año 600 a. de C. por el rey lidio Aliates, por lo que había perdido gran parte de su carácter urbano. La refundación en tiempos helenísticos se debió a dos generales del ejército de Alejandro, Lisímaco y Antígono, que escogieron los alrededores de las colinas de Pago, al sur de la antigua ciudad. Pausanias observa que los habitantes de la ciudad aceptaron voluntariamente el cambio de residencia.

Todas las demás noticias referentes al oráculo de Claro corresponden a fechas bastante posteriores. Por ello, cuando Cresos, consultante generoso de todos los santuarios oraculares del mundo, realizó su legendaria prueba, tampoco pudo enviar ninguna delegación a Claro, puesto que, hacia mediados del siglo VI a. de C., el oráculo aún no existía. Su origen es totalmente desconocido, y por ello no sorprende que la mitología tratara de explicarlo atribuyendo la fundación del oráculo de Apolo al sacerdote Mopso, hijo del cretense Racio, y de Manto, hija del adivino tebano Tiresias.

Las monedas halladas indican que allí existía un santuario en el siglo V a. de C., pero sólo se puede demostrar cien años después, y aún faltarían varios siglos para que el lugar adquiriese una gran popularidad. No nos ha llegado una sola sentencia importante, y Nicandro, un sacerdote oracular del siglo III o II a. de C., pasó su tiempo redactando escritos populares, entre otros sobre jardinería, porque le faltaban los consultantes. El hombre santo de Colofón, hijo de un tal Damaios, también apuntaba todas las sentencias que se iban pronunciando, con lo que consiguió llenar tres libros sobre las habladurías de Colofón. Claro sólo tenía un humilde significado local.

Si lo que afirma Tácito es cierto, Claro habría sido únicamente una sucursal del oráculo de Dídimo, pues los sacerdotes oraculares eran nombrados por Mileto. Pero Tácito es el único que afirma semejante cosa, si bien es cierto que ello tampoco se pone en duda en ninguna ocasión.

La ascensión de Claro se inició con una catástrofe: aquella destrucción del siglo I a. de C. de la que también fuera víctima Dídimo. El pequeño oráculo de Claro se reconstruyó con más rapidez que el monumental santuario de Dídimo, que nunca logró recuperarse del todo de aquel golpe. A principios de la nueva era, Claro conquistó una importancia hegemónica en Asia Menor.

La sentencia de muerte de Germánico

El cónsul romano Germánico, hijo de Nerón Claudio Druso, nieto de Livia Augusta y de Marco Antonio, sobrino segundo de Augusto, hermano de Claudio y padre del que posteriormente sería el emperador Calígula, acudió a Claro el año 18 d. de C. para consultar al oráculo sobre su futuro. Germánico, quien había pasado mucho tiempo en Germania enterrando los huesos de sus soldados caídos y entablado una gran batalla entre las ciudades de Minden y Rinteln, se trasladó a Colofón, pasando por Accio, Atenas y Lesbos. En su camino se encontraban al menos tres famosos santuarios oraculares, y Dídimo tampoco quedaba muy lejos. El que Germánico acudiera al oráculo de Claro sólo se puede deber a la fama que por aquella época tenía el santuario.

La sentencia fue un duro golpe para él y la noticia se esparció rápidamente a los cuatro vientos. El adivino de Claro había profetizado que a Germánico sólo le quedaba un año de vida. Por aquel entonces, tenía treinta y tres años. No sabemos hasta qué punto Germánico se tomó en serio la profecía, pero sí nos consta que a partir de la primavera del año 19 d. de C. ya sólo hacía viajes de

placer, entre otros a Egipto, donde subió por el Nilo hasta llegar a la isla de Elefantina. En Alejandría, y sin motivos aparentes, hizo que se repartieran los cereales almacenados en los graneros imperiales, lo que le valió una reprobación de Tiberio; al parecer, Germánico quiso pasar el último año de su vida dedicado a la buena vida y a los placeres mundanos.

La muerte le llegó en Antioquía y no en el campo de batalla, que había evitado, sino en la cama. Murió el 10 de octubre del año 19 d. de C. Las últimas palabras que murmuró Germánico antes de morir fueron para acusar a su enemigo de muerte, Pisón, y la mujer de éste, pues afirmaba que le habían envenenado. «Antes que se quemase el cuerpo —nos dice Tácito (II, 73)—, puesto desnudo en la plaza de Antioquía, donde se había de enterrar, no se acabó de declarar que mostrase señal de veneno, juzgando cada uno conforme le movía la compasión de Germánico, la presente sospecha y el favor de Pisón.»

Esta sentencia oracular sirvió para consolidar la fama de Claro. Karl Buresch, el investigador del oráculo, escribe lo siguiente: «Si ya había sido famoso anteriormente, ahora se erigiría en el oráculo más importante del mundo». Al santuario no le faltaron consultantes famosos. Sobre todo en Roma, donde el oráculo de Germánico estaba en boca de todos, Claro se convirtió en el lugar de moda. Sin embargo, habían pasado los tiempos en que los oráculos servían para tomar importantes decisiones políticas, y ahora se trataban casi exclusivamente cuestiones personales.

Lolia Paulina partió de Roma para preguntar al oráculo cuál sería la próxima esposa del emperador Claudio. Mesalina, su tercera mujer, tenía treinta años menos que Claudio y había sido ajusticiada después de hacerse pública su vida licenciosa. Como al emperador, según afirma Tácito, se le veía «resuelto a no estar sin ella [una esposa], como nacido para serles sujeto» (XII, 1), la corte estaba reflexionando quién sería capaz de aplacar esta sed. Entre las candidatas había dos favoritas, Julia Agripina, hija de Germánico, y Lolia Paulina, hija del cónsul Marco Lolio.

Mientras Claudio seguía sin decidirse, Lolia viajó a Claro para conocer el resultado de antemano. La sentencia fue una desilusión para ella, pues Claudio se decidió por Agripina. Quizá Claudio también debería haber consultado el oráculo, pues posiblemente Apolo de Claro le habría profetizado que Agripina, divorciada en dos ocasiones anteriores, le envenenaría un año más tarde. Agripina se vengó cruelmente de la atrevida jugada de su rival, empujándola al suicidio.

Un templo bajo las aguas

Hubo que recorrer un largo camino antes de que el oráculo empezara a revelar tímidamente sus secretos. Mientras los arqueólogos alemanes estaban trabajando en Dídimo, a pocos kilómetros de allí, se encontraba Theodore Macridi-Bey, conservador del Museo Otomano de Estambul, ciudad que por aquella época aún se llamaba Constantinopla. En 1907, él y su equipo se dedicaban a excavar las ruinas de Claro, y al principio creyó haber encontrado el templo oracular. Macridi-Bey era un investigador afamado, y dos años antes había empezado con el alemán Hugo Winckler a excavar en Bogaskoi, ciento cincuenta kilómetros al este de Ankara, sacando a la luz Hattusas, la capital del pueblo hitita. Los descubrimientos hechos en el corazón de Anatolia eran tan sensacionales que estuvo ocupado con Bogaskoi hasta 1913, año en que pudo empezar a dedicarse a Claro. Junto con el secretario general de la Escuela Arqueológica de Atenas, Pierre-Charles Picard, de sólo treinta años de edad, y acompañado de un respetable número de trabajadores, llegó hasta una profundidad de cuatro metros, sin encontrar nada significativo. No era un buen comienzo, teniendo en cuenta que, a esta profundidad y debido al agua subterránea, sólo se podía trabajar con botas impermeables.

A lo largo de mil quinientos años, el santuario, construido en un valle cerrado por tres lados y que sólo tiene vista libre sobre el mar, donde se pueden apreciar las altas montañas de la isla de Samos, había quedado enterrado por los arroyos, que en invierno y durante la estación de las lluvias se precipitan por las colinas. Una circunstancia nada negativa a juicio de los arqueólogos, pues existen muchos ejemplos de que, en condiciones similares, importantes obras de arte han quedado fuera del alcance de los poco escrupulosos buscadores de tesoros.

Pierre-Charles Picard y Theodore Macridi-Bey estuvieron toda una temporada luchando contra las aguas subterráneas. Los restos de muros uestos al descubierto estaban sumergidos en el agua, que llegaba a una altura de entre 40 y 80 centímetros. Al no disponer de la maquinaria precisa, tuvieron que desistir, y pasó mucho tiempo antes de que un equipo de excavadores se atreviera a desenterrar el oráculo.

En el año 1950, los franceses Louis Robert, experto en numismática y epigrafía, y Roland Martin, profesor de arqueología clásica de la Universidad de Dijon, emprendieron la tarea. El aparato que con más urgencia necesitaban era una bomba de agua. De las excavaciones de 1913 apenas quedaban rastros, pues el fango, los arbustos y los árboles se habían encargado de ocultar de nuevo los muros de lo que se sospechaba constituía el templo de Apolo.

Las zanjas que Robert y Martin trazaron atravesando toda el área para descubrir los primeros restos y determinar la situación pusieron de manifiesto bien pronto que los muros desenterrados por Macridi-Bey no podían formar parte del templo oracular, sino que se trataba más bien de los propíleos, la portada de acceso al recinto sagrado. Los franceses estuvieron veinte días sin saber en qué dirección seguir, hasta que, al cabo de tres semanas, desenterraron a unos 130 metros al norte de los propíleos el enorme tambor de una columna de mármol blanco, a la que siguió un segundo y, después, muchos más: los arqueólogos habían dado con el extremo noreste del templo de Apolo de Claro.

Pronto se dieron cuenta de que el caos de columnas seguía cierto orden. Los tambores de mármol, de 160 centímetros de diámetro y 80 a 90 centímetros de altura, yacían formando hileras, y entre ellos se encontraban los capiteles y los restos del arquitrabe. La situación parecía clara: un terremoto las había derrumbado. Esta circunstancia, y principalmente su temprano descubrimiento, hizo posible la posterior reconstrucción del templo. Aunque los buscadores de antigüedades y los canteros habían dejado sus huellas en algunos lugares, el duro mármol no sólo resistió el temblor de tierra, sino también los martillos y las piquetas de los saqueadores.



Un terremoto devastó el templo de Apolo en Claro.

Un terremoto devastó el templo de Apolo en Claro.

Robert y Martin quedaron sorprendidos al descubrir en el Claro jonio un templo de estilo dórico. Este hecho basta casi para explicar la historia de la construcción del santuario: en el siglo a. de C., un templo arcaico había cedido

su puesto a una construcción dórica. El santuario descansaba sobre un basamento de cinco gradas, seis columnas dóricas formaban una fachada lateral de veintiséis metros de ancho, y el templo estaba orientado hacia el Este.

¿Dónde se encontraba la gruta del oráculo?

La pregunta que realmente preocupaba a los arqueólogos era si podrían descubrir los restos del lugar donde se pronunciaban los oráculos. Eran conscientes de la necesidad de excavar muy por debajo del nivel del templo de Apolo si querían encontrar este *aditon*, pues existían dos indicios importantes que hacían pensar en la existencia de una sala subterránea. En sus *Anales* (II, 54), el

gran historiador romano Tácito (55-120) da cuenta de un extraño procedimiento oracular en Claro, en el que el sacerdote adivino sólo se informaba del número de los consultantes y de sus nombres, renunciando a plantear preguntas más concretas: «Entrado en la cueva y bebida el agua de cierta fuente secreta, si bien de ordinario es hombre sin letras o ciencia de poesía [el sacerdote], da las respuestas en versos, formados sobre el concepto que otros tienen en la imaginación».

El otro indicio nos lo ha legado el filósofo neoplatónico Jámblico, del siglo IV d. de C. el filósofo de Calcis gustaba de estudiar principalmente cuestiones relacionadas con el ocultismo, las profecías y los demonios. En su obra *De mysteriis aegyptorum* (*Sobre los misterios de los egipcios*) también habla de Claro: «Todo el mundo está de acuerdo que el oráculo de Colofón sólo puede pronunciar sus profecías gracias al agua. Pues en una estancia subterránea se encuentra una fuente, y en unas noches determinadas, después de muchos cultos, el profeta bebe de ella. Y cuando ha bebido, pronuncia los oráculos, mientras los delegados presentes ya no le pueden ver».

Por tanto, el *aditon*, la cella oracular, debía de encontrarse en una gruta subterránea debajo del templo de Apolo. El agua que los arqueólogos sacaban de allí desde hacía semanas con ayuda de potentes bombas parecía confirmar la existencia de una fuente en una gruta. Pero ¿dónde se escondía el acceso a esa misteriosa cella?

Los arqueólogos franceses la descubrieron en un lugar insospechado; mejor dicho, la habían encontrado anteriormente sin ser conscientes de ello. Al principio, los investigadores hallaron en el pronaos dos estrechas escaleras e piedra que comunicaban con sendos pasadizos igualmente estrechos. Después de desescombrar los pasadizos medio derruidos se dieron cuenta que ambos corrían un trecho paralelos a los lados del templo para después girar el uno en dirección Norte y el otro en dirección Sur, llegando a unirse en forma de corredor largo en el interior del templo. Estos pasadizos, de sólo 70 centímetros de ancho y 210 de alto, decorados con mármol azul, resultaban opresivos y misteriosos, pues aproximadamente bajo el centro del templo los pasadizos volvían a separarse para terminar, a pocos metros de distancia, en una bóveda de unos tres metros de altura: era el *aditon*, el lugar donde el profeta pronunciaba sus oráculos.

En medio de los escombros que tuvieron que sacar, Louis Robert y Roland Martin hallaron fragmentos de ofrendas e inscripciones, pero ni una pregunta oracular. Ello confirmaba la observación de Tácito, quien afirmó que en Claro no se planteaban preguntas. Por desgracia, los restos del interior de la construcción no permitieron encontrar la solución al interrogante de qué clase de vía de comunicación existía entre la gruta subterránea y la parte superior del templo, donde los consultantes esperaban una respuesta.



La bóveda del templo de Apolo bajo la que se encontraba el oráculo.

La bóveda del templo de Apolo bajo la que se encontraba el oráculo.

Sin embargo, en el centro del templo se encontraron miembros humanos escultóricos de tamaño monumental: un brazo de tres metros y cuarenta centímetros de largo, un pie de un metro y cuarenta centímetros, una rodilla doblada de altura superior a la de un hombre... No había lugar a dudas: era la imagen de culto del fundador del oráculo, Apolo. La

estatua sedente del dios debía de medir entre cinco y seis metros de alto; una imagen que

seguramente impresionaba a quien tenía ocasión de verla.

El apogeo se produjo en el siglo II d. de C.

La mayoría de los restos y de las inscripciones encontrados por los investigadores franceses datan del siglo II d. de C. Un *kuros*, la imagen de un adolescente desnudo, que en el noroeste de los propileos sobresalía de los escombros, era la única excepción. Este torso, de 131 centímetros de altura, desprovisto de cabeza y con un ternero de sacrificio en brazos, data del siglo V. Las primeras inscripciones, practicadas principalmente en los pedestales de las estatuas, corresponden al siglo III a. de C., época en que fue construido el templo dórico, aunque la mayoría de ellas daten del siglo II d. de C.

Hay textos labrados en piedra que se refieren al asilo solicitado por las delegaciones de Colofón, que viajaban por el área mediterránea para negociar la inviolabilidad del santuario oracular de Claro en caso de guerra. El objetivo preferido por estas delegaciones eran las ciudades de la isla de Creta, donde se escondían los más temidos piratas, y una nota indica que se pagó un precio muy elevado para estar seguro de no ser molestado por ellos. Todo ello, por cierto, fue en vano, pues en el siglo I d. de C. Claro también fue saqueado por los piratas.

En el siglo II d. de C., el emperador Adriano terminó la reconstrucción. Más de 200 inscripciones de la época ofrecen un vivo retrato de la vida del santuario. Los sacerdotes llevaban una relación de sus visitantes, listas en las que se eternizaban las delegaciones, incluidos los coros de muchachos o muchachas acompañantes. Al poco tiempo, estas listas adquirieron tal extensión que las inscripciones llegaron a ocupar cualquier parte disponible de los muros, sin que se respetaran ni los escalones ni las columnas. De estas inscripciones se desprende que Claro fue el oráculo más visitado de la época.

Los consultantes llegaron en gran número del Imperio romano, del interior de Asia Menor, del sur de Rusia, de Bulgaria y de Dalmacia. Resulta interesante que esta «cartera de clientes» no incluyera el área griega, pues no aparece ni una ciudad de la patria griega, e incluso faltan ciudades o islas vecinas, como Esmirna, Eretria, Éfeso o Samos. Sobre las causas de ello sólo podemos abrigar sospechas. Al parecer, se manifestaba una clara rivalidad con Delfos, y los inteligentes sacerdotes de Claro —ya sea por acuerdo con los rivales o por voluntad propia— se habían limitado a ganarse a los consultantes del Imperio romano, de Tracia y del interior de Asia Menor.

Tampoco en Claro se consiguió revelar el secreto de los procedimientos seguidos para consultar los oráculos. Para ello hay que cruzar el mar Egeo y acudir a Delfos, el lugar que, más que ningún otro, está ligado a los oráculos. Delfos: una palabra mágica.

VI

Delfos:
el misterioso ombligo del mundo

Delfos es uno de los lugares más bellos de Grecia, lleno de misterio, grandeza y temor religioso.

Gustave Flaubert

Los oráculos no se pueden concebir por sí solos, como montaje puramente técnico, pues sólo el lugar que ocupan dentro del mundo religioso de un pueblo les otorga su significado e importancia.

Hans Klees, arqueólogo

«S'il vous plait, Monsieur, votre chambre», dijo el atento recepcionista del distinguido hotel Vouzas, y me pasó la llave de la habitación por encima del mostrador. Daba igual el idioma que se emplease para hablar con él: inglés, alemán o italiano; siempre contestaba en francés. Y eso que su ascendencia griega se descubriría a primera vista; pero así es: en Delfos se habla más francés que en el Louvre.

Desde hace casi un siglo, el mundialmente famoso oráculo y su santuario están en manos de los franceses, y éstos otorgan mucha importancia a su «colonia» en el corazón de Grecia. En 1862, antes de iniciarse las excavaciones más importantes, el gobierno francés tenía la seria intención de comprar Delfos al Estado griego. El que Napoleón III enviara su armada al golfo de Itea para apoyar el intento de compra demuestra hasta qué punto los franceses estaban interesados en el asunto. Pero a pesar de mostrar los colmillos y querer pagar con moneda cantante y sonante, no se cerró el trato. Sin embargo, el 25 de abril de 1891, el rey griego Jorge firmó un acuerdo que permitiría a los arqueólogos franceses mantener la exclusiva de Delfos durante diez años. Desde entonces, los menús de todos los restaurantes están escritos en francés.

Ni rastro del oráculo

El redescubrimiento de Delfos comenzó trece siglos después de pronunciar la Pitia la última sentencia oracular. En la primavera de 1676, el científico inglés George Wheeler y el investigador francés Jacques Spon desembarcaron en la bahía de Itea, donde fueron recibidos por un grupo de personajes siniestros, turcos todos ellos, que les exigieron unas monedas antes de permitirles seguir su camino sin ser molestados. Al preguntar por el paradero de las ruinas, los habitantes del lugar sólo respondieron con un gesto incomprensible, encogiéndose de hombros. De esta manera, a los viajeros no les quedó más recurso que consultar una guía que llevaban entre su equipaje: las descripciones de los viajes de Pausanias, redactadas casi mil quinientos años antes.

La primera noche la pasaron en Anfisa, el tabernero les habló de unas antiguas ruinas sobre las

que ahora se levantaba el pueblo de Kastri. Señaló hacia el Sureste, hacia la cima del monte Parnaso, que, cubierta de nieve, alcanza una altura de 2 459 metros sobre el nivel de mar. Por algún lugar de allí debían de encontrarse. Wheeler y Spon caminaron durante cinco horas, subiendo por la montaña, antes de llegar al pueblo de Kastri: 200 casas, cinco o seis iglesias y una mezquita. Delfos, el oráculo más famoso del mundo, ¿sólo era eso?

En el pueblo, donde todos se conocían y donde nadie podía acordarse de haber visto a otro extranjero que no perteneciera a las tropas de ocupación turcas, observaron con recelo las actividades de aquellos dos extraños. El que estudiaran todos los muros y piedras los hacía más sospechosos aún. Bajando la montaña, no muy lejos del pueblo, en el desfiladero de Papadia, se encontraba un pequeño monasterio. El suelo de la iglesia, de ello no había duda, estaba cubierto de antiguas piedras talladas. En algunas de ellas incluso podían apreciarse caracteres del alfabeto griego. Y en una de esas piedras, Wheeler consiguió descifrar seis letras: D-E-L-F-O-I. Seis letras aparentemente insignificantes, pero ¡cuánta historia, cuántos secretos encerraban! Aquí se había fraguado una historia milenaria: más de una vez se había decidido entablar una guerra o concertar la paz, se había decidido sobre la vida o la muerte, la dicha o la desdicha; no había otro lugar del mundo donde esas cosas se dieran de forma tan densa y concentrada, ningún lugar donde eran tan poco ponderables como aquí, y todo ello lo anunciaban esas seis letras: D-E-L-F-O-I.

¿Qué quedaba del que había sido el santuario más rico del mundo?

¿Dónde estaba el templo de Apolo, en el que la Pitia entraba en trance sentada en su trípode? ¿Dónde estaban las casas, rebosantes de tesoros, de los pequeños Estados griegos, el estadio de los juegos píticos, el teatro, el gimnasio, la sala de los de Cnido, sobre la que Pausanias se explaya a lo largo de más de veinte páginas?

Sólo se puede llegar a apreciar el valor de la labor realizada por los arqueólogos cuando se ha leído la descripción de Delfos que hizo George Wheeler en el año 1682:

«Kastri o Delfos se encuentra en la cara sur del monte Parnaso, un poco hacia el Oeste, ni en la cumbre ni en la ladera, sino bastante por encima de la llanura de Criso, y por debajo de la cúspide. Las dos altas rocas que se erigen sobre la ciudad parecen acabar en punta, y creo que forman lo que los antiguos llamaban *Biceps Parnassus*. Pero aún tiene otras cimas mucho más altas que éstas, ya que es una cadena montañosa bastante extensa, aunque si uno se encuentra en Delfos estos dos picos ocultan todo lo demás. Cuando ha caído lluvia o nieve, bajan grandes cantidades de agua entre ellos, de modo que casi han quedado desgarrados. Además, de las rocas también surge un manantial, debajo mismo de la quebradura, de la que siempre sale mucha agua. Por las escalinatas de mármol que bajan y los nichos para albergar las estatuas, labrados en las rocas, deduzco que se trata de la fuente Castalia, que inspiraba a los poetas de la antigüedad... En esta quebradura se aprecia un agujero, a una altura de unos nueve o diez metros. Al tirar piedras dentro descubrimos que estaba lleno de agua. A mi derecha vi que habían tallado escalones en la roca, y que éstos conducían hacia arriba, pero estaban tan gastados por la acción del tiempo que no se los podía utilizar. Dedujimos que se trataba de la cueva coricia o la gruta de las ninfas, como la llamaban los poetas.»

Sin embargo, no quedaba ni rastro de los antiguos monumentos. Wheeler y sus compañeros tuvieron que actuar llevados por su instinto. A lo largo de las excavaciones posteriores, algunas de sus sospechas quedaron confirmadas, pero otras resultaron falsas. Por ejemplo, Wheeler creía que el santuario de Apolo, donde profetizaba la Pitia, se encontraba debajo de la pequeña iglesia de San Helios. Pasaron doscientos años antes de que se pudiera demostrar que esa sospecha no se correspondía con la realidad. Hasta este momento, la fama de Delfos, como solía decir Wheeler, sólo se debía a los escritos de los antiguos.

Es obvio que esos escritos, principalmente de Heródoto, Plutarco y Pausanias, dieron lugar a muchas especulaciones. Y los habitantes de Kastri las divulgaron de buena gana cuando se hubieron dado cuenta de que los extranjeros quedaban fascinados al oírlas. Los escritos de Wheeler habían conseguido al menos que, de tanto en cuanto, algún viajero se perdiera por esta región para ver con sus propios ojos lo que era Delfos. Sin embargo, hasta principios del siglo XIX, el santuario no empezó a ser un destino importante para los viajeros.

Cuando en el año 1812 llegó a Delfos Lord Byron, el incansable filoheleno (que entonces contaba veinticuatro años de edad), ya sabía que el pueblo de Kastri se había construido encima del antiguo Delfos. También creyó haber descubierto la cueva de la Pitia, sobre la que ahora se levantaba en parte un establo de vacas, pero no podría haber imaginado nunca que bajo la hondonada del terreno se escondía el antiguo estadio. Durante su primer viaje de inspección, en 1834, Otón I, el bávaro que ocupaba el trono griego, llegó a Delfos acompañado del arqueólogo Ludwig Ross. Su Majestad tenía ganas de subir al Parnaso. Por encargo real, Ross había empezado a clasificar científicamente todos los antiguos monumentos griegos, y había organizado excavaciones en varios lugares del país. «Creo que este lugar —dijo respecto a Delfos— promete dar mucho de sí si se hacen excavaciones.»

Fueron dos alemanes, Karl Otfried Müller y Ernst Curtius, los arqueólogos que dieron la primera palada en Delfos. Al comienzo, el proyecto resultó prometedor, pues al cabo de pocos días encontraron la estructura poligonal de los muros de las terrazas del templo de Apolo, además de varias cavernas subterráneas en las que, llevados por la imaginación, creyeron reconocer los escondites de los tesoros del santuario. Pero no fue la complejidad de su objetivo lo que frustró la labor de los arqueólogos, sino el cacique del pueblo, que llevaba el altivo nombre de capitán Franco. Éste creía que los arqueólogos mentían al pretender excavar viejos cimientos, pues ninguna persona en su sano juicio buscaría solamente piedras. Quien se embarcaba en tal aventura sólo podía estar buscando tesoros. Por eso les quitó las herramientas y los envió de vuelta a casa, no sin antes advertirles que no volvieran a aparecer por allí si tenían en algo su propia vida.

Müller murió poco después en Atenas, a causa de una fiebre que contrajo en Delfos, y Curtius centró su interés en otro santuario griego, cuyas excavaciones le harían famoso: el de Olimpia. La amenaza del siniestro capitán Franco no dejó de tener efectos: durante dieciocho años, ningún arqueólogo se atrevió a seguir con las excavaciones de Delfos.

Llegan los franceses

Paul Foucart, director de la *École Française* que mientras tanto se había fundado en Atenas, se acordó de los «depósitos de tesoros» que los alemanes descubrieron en Delfos, y se aventuró a emprender de nuevo la misma empresa. Soportando amenazas y maldiciones de los habitantes de Kastri hizo excavaciones de prueba, estudió los muros de las casas y abrió muchos de los suelos de las mismas. Cuando conocieron sus intenciones de derribar una treintena de casas, perdió la poca simpatía que aún le guardaban los rudos habitantes del pueblo. Foucart estaba negociando con el gobierno griego para que le concediera los permisos y con el gobierno francés para que le torgara los medios necesarios. Decían que estaba en juego una cantidad de 100000 francos, y casi se había llegado a un acuerdo, cuando fue derrocado el gobierno de Atenas. Otra vez hubo que entablar negociaciones que duraron años.

Entretanto, en Delfos seguían las excavaciones, extraoficiales y esporádicas. El resultado más espectacular del trabajo de los franceses fue el descubrimiento de la sala de columnas de los atenienses. Salió a la luz debajo de una casa de campo derruida, entre cuyas ruinas sobresalían restos de columnas de mármol.

El visible éxito que el alemán Ernst Curtius había tenido en Olimpia —entre 1875 y 1881 había excavado y reconstruido parte del lugar de origen de los juegos olímpicos— movió al gobierno griego a ofrecerles también Delfos a los alemanes. Éstos, respetando a sus colegas franceses, rehusaron el ofrecimiento, pues los derechos de Francia eran más antiguos. Entonces intervinieron los americanos, que también habían fundado un instituto arqueológico en Atenas. En esta época, esos institutos proliferaban en toda el área mediterránea y en Oriente, pues la arqueología se había convertido en una actividad prestigiosa: los políticos se vanagloriaban de los descubrimientos hechos en países lejanos, y el renovado interés por el pasado servía en todo el mundo para promocionarse públicamente.

En 1890 cambió el director del Instituto Francés de Atenas. Théophile Homolle, un parisino de

42 años que había sido profesor del College de France desde hacía seis, se hizo cargo de la institución. Homolle no sólo fue un excelente arqueólogo, sino también un negociador avisado. Ganó en la competencia con los americanos, consiguió medio millón de francos de su gobierno y negoció una licencia de excavación para diez años. El 10 de octubre de 1892 empezó los trabajos de excavación, y desde entonces el santuario oracular está en manos francesas, y quien se desplace actualmente a Delfos no podrá dejar de admirar la labor de estos arqueólogos.

Las excavaciones empezaron con buen pie. Al principio, las palas de los arqueólogos sacaron a la luz una gran estatua de mármol sin pulir. En opinión de los expertos, se trataba de un Apolo arcaico. La estatua, excelentemente conservada, databa del 600 a. de C. y había sobrevivido a los dos siglos y medio porque en época bizantina fue empleada como pilar en un muro. Cuando consiguieron sacar el pedestal de la estatua, los arqueólogos no pudieron ya reprimir su euforia: algo borrada pero legible aún, una inscripción indicaba la autoría de la obra: Polímedes de Argos. Polímedes y Ageladas son los representantes más significativos de la escuela escultórica argiva.

Pero cuando poco después, no muy lejos de allí, se descubrió una estatua igual a la primera, no tan bien conservada pero sin lugar a dudas una réplica, los arqueólogos quedaron desconcertados. ¿Dos estatuas divinas iguales? Parecía absurdo. Los hombres intentaron solucionar el misterio, asta que Théophile Homolle, el director de las excavaciones, encontró la solución. Se acordó de un pasaje de Heródoto, en el que se refiere a dos hermanos a los que los habitantes de Argos dedicaron sendas estatuas para llevarlas a Delfos, «pues habían sido unos hombres excepcionales».

Según Heródoto, se llamaban Cléobis y Bitón, eran muy fuertes y tenían fama de excelentes atletas en los juegos de competición. Un día, su madre —una sacerdotisa de Hera— quiso acudir a unos actos festivos que se celebraban en Argos, pero las vacas que debían tirar del carro pastaban en algún lugar de las anchas llanuras de Argos, y ya no quedaba tiempo para ir en su busca. Sin pensarlo mucho, Cléobis y Bitón cogieron las varas del carro y tiraron de él a lo largo de los casi nueve kilómetros de camino que los separaban de Argos. Al llegar, fueron recibidos triunfalmente. La madre, envidiada y admirada por sus dos sacrificados hijos, fue al templo de Hera y rogó que el dios diera a sus hijos lo mejor que pudiera tener el hombre. Ocurrió algo inesperado: Cléobis y Bitón repusieron fuerzas con una buena comida y fueron al recinto del templo para, cansados como estaban, echarse para dormir un rato. Ya no despertaron de este sueño, pues estaban muertos. Según Heródoto, tuvieron el mejor de los fines posibles, y el dios manifestó con este ejemplo que la muerte es «el don más preciado que alcanzar puede un hombre». Actualmente, las estatuas de Cléobis y Bitón se encuentran en el centro de la sala segunda del museo de Delfos.

Dos pies sobresalían del suelo: el auriga

Día 28 de abril de 1896: al norte del templo de Apolo, los arqueólogos abrieron zanjas para proseguir su búsqueda en los taludes de la gran terraza. De repente, surgieron dos enormes pies de bronce de los escombros. Los excavadores siguieron su trabajo con mucho cuidado, y apareció un vestido largo. La tensión entre los trabajadores iba en aumento. Era la primera escultura de bronce que pudieron sacar del suelo de Delfos. Pero a la excitación siguió el desencanto: cuando el hallazgo estuvo completamente desenterrado, los arqueólogos se dieron cuenta que sólo habían encontrado la parte inferior, la de las piernas, de una estatua clásica; faltaban el torso, los brazos y la cabeza. Siguieron excavando, con la esperanza de descubrir más fragmentos, y su tentativa fue coronada por el éxito. Tres días después, el 1 de mayo, los trabajadores hallaron la parte superior de la estatua, a diez metros de donde habían estado enterrados los pies. Con los ojos abiertos, pintados con esmalte blanco y con un ónice como pupila en cada uno de ellos, miraba a los excavadores como si estuviera viva. Después aparecieron el brazo derecho, cascos y patas traseras de caballos, riendas y fragmentos del eje de un carro. Mientras proseguían las excavaciones, todos los que participaban de ellas ya sabían que se trataba de un auriga. Los fragmentos de las riendas encajaban fácilmente en la mano derecha, cuyo brazo estaba ligeramente doblado. Sin embargo, el brazo izquierdo no ha podido encontrarse, a pesar de intensas búsquedas.



Dos pies sobresalen de los escombros: el día 28 de abril de 1896, un grupo de arqueólogos franceses hallaron el auriga de Delfos.

Dos pies sobresalen de los escombros: el día 28 de abril de 1896, un grupo de arqueólogos franceses hallaron el auriga de Delfos.

Pero el pedestal de la estatua resultó más importante aún que la estatua misma, pues en él se podían apreciar los restos de una inscripción según la cual el donante fue Polizalos de Siracusa. Polizalos fue la palabra clave que permitió resolver el secreto del hallazgo único.

Polizalos tuvo un hermano famoso, el tirano Gelón de Siracusa, el gobernante griego más poderoso de su época. En el año 491 a. de C., el antiguo general de caballería se había impuesto como tirano. Fue un auriga famoso y con su cuadriga ganó en los juegos olímpicos de 488 a. de C. Al morir diez años después, su hermano menor encargó una cuadriga de bronce fundido ricamente labrada, una obra de arte cuyo valor material

superaba el de las ofrendas del legendario rey Creso. La escultura la realizó Sotades de Tespia en el año 470 a. de C. Tespia era una importante ciudad del sur de Beocia, cuyos restos aún se pueden contemplar cerca del pueblo de Erimokastro.

Ya en la antigüedad, el grupo de figuras de Sotades estaba cubierto de una fina e inimitable pátina, que provocaba exclamaciones de admiración en quienes la veían: se trataba de una capa de oxidación de brillo verdoso que en ninguna parte del mundo se forma igual que en Delfos. Plutarco, que pasó veinte años de su vida en este lugar, decía que este efecto se debía al aire enrarecido de la montaña: al ser tan fino, penetraba cortante en el bronce para hacer surgir abundante óxido terroso, mientras que, al mismo tiempo, lo retenía para presionarlo sobre la superficie, puesto que su densidad no le dejaba atravesarla; de esta manera, el óxido se condensaba, manifestándose a causa

de su abundancia, para brillar resplandeciente en la superficie (4, 396 b).

Aún hoy no ha desaparecido el misterioso brillo del auriga de Delfos. Y misteriosa es también la aureola que sigue envolviéndole. Los historiadores del arte y los arqueólogos no consiguen ponerse de acuerdo. ¿Es posible que este auriga, de facciones suaves, realmente represente al temido tirano de Siracusa? ¿O existe otra figura en este grupo, actualmente desaparecida, una figura más importante aún, el auténtico vencedor que sólo se dejaba pasear, victorioso, por su auriga? Existen muchas interpretaciones, pero el auriga sigue encerrando misterios, como muchas otras cosas en Delfos.

Sigamos los pasos de Pausanias

Acompañando al incansable viajero y escritor Pausanias en su paseo por el recinto sagrado (X, 9 ss.) podremos hacernos una idea del antiguo esplendor de Delfos. Pausanias tomó sus apuntes entre los años 170 y 180, en una época, por tanto, en que Delfos y su oráculo ya sólo eran un débil reflejo de a pasada grandeza clásica. Los romanos se habían llevado miles de valiosas ofrendas y de estatuas, y otras habían desaparecido con el paso del tiempo. Por ello, Pausanias no menciona las ofrendas más famosas, como el auriga de Sotades, la esfinge de los naxios y la columna de Acanto, que los arqueólogos han desenterrado y que ahora se exponen de forma ejemplar en el Museo de Delfos. Volveremos a hablar de todo ello. Pausanias se interesaba principalmente por los monumentos de la época arcaica y clásica, pues él mismo manifiesta que sólo mencionará lo que realmente valga la pena. Miles de ofrendas consistentes en estatuas de atletas y músicos que participaban en los juegos no formaban parte de lo que le interesaba.

«Según se entra en el recinto —empieza Pausanias su descripción del oráculo—, se halla un toro de bronce obra de Teópropos de Egina y ofrenda de los de Corcira.» Ello quiere decir que utilizó la entrada principal, la misma que sigue utilizando el visitante actual para acceder, después de haber pagado su billete, al recinto arqueológico más bello de Grecia. Antiguamente, el santuario tenía, además de una entrada al teatro, otros siete accesos.

El toro de Corcira de la entrada principal ha desaparecido, pero aún hoy se puede contemplar el enorme pedestal de tres metros de alto sobre el que descansaba. Pausanias debió de haberse equivocado al escribir que Teópropos, fundidor de bronce, había presentado esta ofrenda. Porque Teópropos vivía en el siglo v a. de C., mientras que el pedestal data, sin lugar a dudas, del y resulta poco probable que el exvoto más espectacular se colocara sólo cien años después de su donación.

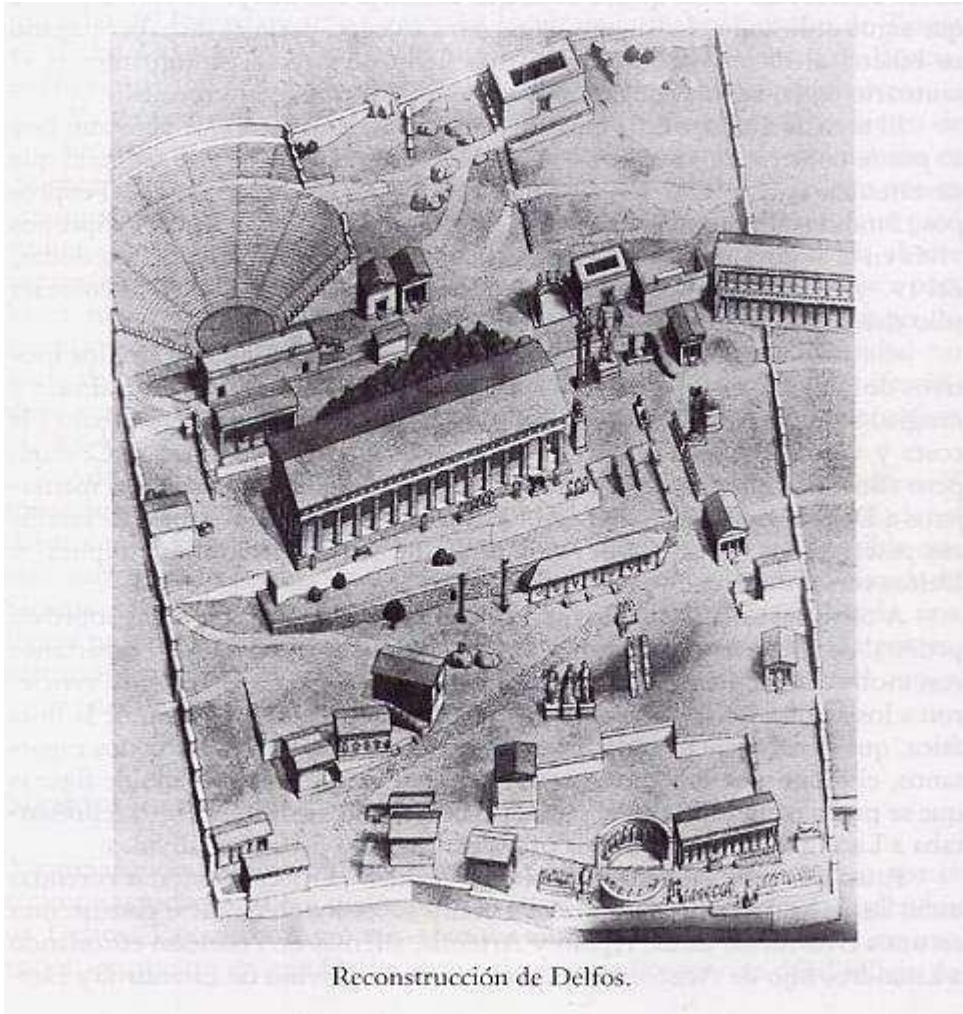
«Se cuenta que cierto toro en Corcira —escribe Pausanias sobre los motivos de la donación—, abandonando las vacas y el pasto, se dirigió al mar y mugió. Siguió haciendo esto los días siguientes, hasta que el boyero bajó a la costa y vio un número infinito de atunes. Esto se lo dijo a los de Corcira, pero ellos, que querían pescar los atunes, no lo lograban, y enviaron mensajeros a Delfos. Entonces sacrificaron el toro a Poseidón y después del sacrificio pescaron los peces; los exvotos de Olimpia [que recibió una réplica] y Delfos son el diezmo de su pesca.»

A continuación, se pueden ver 38 estatuas de bronce colocadas sobre un pedestal de nueve metros y medio de largo: son las ofrendas de los espartanos con motivo de su victoria en Pótamós, en el año 405 a. de C., cuando vencieron a los atenienses. el almirante Lisandro dedicó a la destrucción de la flota ática, que decidió el curso de la guerra del Peloponeso en favor de los espartanos, el monumento conmemorativo más majestuoso y poblado de figuras que se podía contemplar en el santuario oracular. Este monumento representaba a Lisandro en medio de sus oficiales, rodeado de figuras divinas.

Pausanias sabe interpretar cualquier detalle: «Enfrente de estas ofrendas están las de los lacedemonios por su triunfo sobre los atenienses, consistentes en unos Dióscuros, Zeus, Apolo y Artemis, además de Poseidón coronando a Lisandro, hijo de Aristócrito; Agias, entonces adivino de Lisandro; y Hermón, piloto de la nave capitana de Lisandro. Este Hermón debió de labrarlo Teocosmo de Megara, naturalizado en esta ciudad; los Dióscuros por Antífanos de Argos, el adivino por Pisón de Calauria en Trezene; Atenodoro y Dameas, ambos arcadios, de Cléitor, realizaron,

respectivamente, las imágenes de Artemis, Poseidón y Lisandro, y Apolo y Zeus».

Nuestro guía también menciona los nombres de los espartanos y de los aliados eternizados junto con los demás por el valor que habían manifestado en el combate. De todos modos, resulta fácil comprender que este monumento conmemorativo haya sido el más caro jamás realizado. Los artistas más famosos de la época participaron en su creación, por lo que resulta comparable a un monumento para el que artistas de la talla de Henry Moore, Alexander Calder o Salvador Dalí hubieran creado treinta y ocho objetos.



Reconstrucción de Delfos.

Reconstrucción de Delfos.

Tesoros hasta donde alcanza la mirada

Al otro lado de la Vía Sagrada y algo alejado de ella se encuentra una especie de caballo de Troya, una ofrenda de tamaño superior al natural, hecha por los habitantes de Argos después de volver de una expedición en el año 414 a. de C. Delante, colocado encima de un pedestal alargado, se encuentra un regalo de los atenienses, ofrecido después de la batalla de Maratón en el año 490 a. de C.: representa al general Milcíades y a los dioses Atenea y Apolo, rodeados de siete héroes. Son obra del célebre escultor Fidias, y Pausanias observa que seguramente costarían una décima parte del botín

conseguido en Maratón. Los historiadores de la antigüedad más críticos se enfrentan al siguiente problema: de Fidias apenas se conocen obras creadas con anterioridad al año 460 a. de C. ¿Es posible que los atenienses realmente realizaran su exvoto treinta años después de la victoria obtenida?

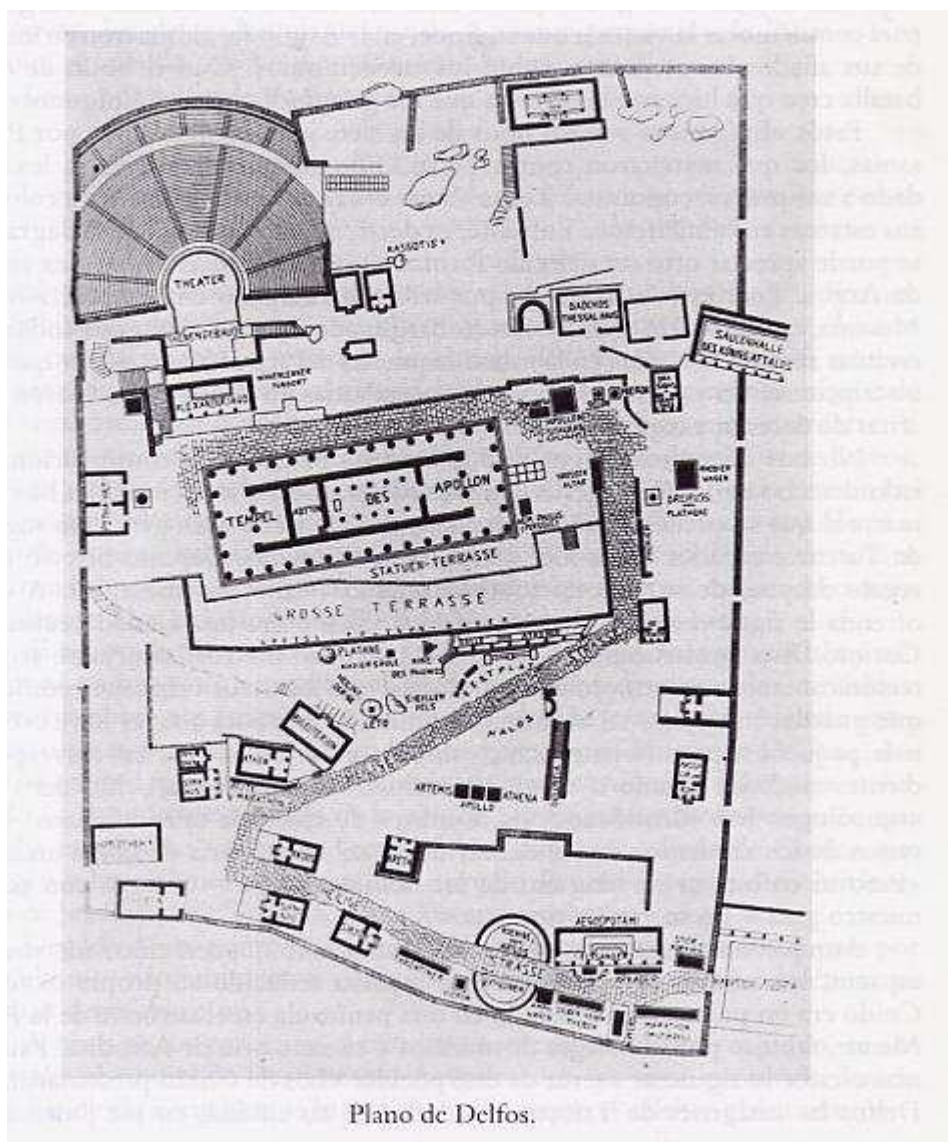
Pausanias nos obliga a seguir: «Cerca del caballo hay otros exvotos de los argivos que fueron contra Tebas en unión de Polinice. [...] Son obra de Hipatodoro y de Aristogitón, que las hicieron como dicen los mismos argivos para conmemorar la victoria que en Enoe, en la Argólida, alcanzaron en unión de sus aliados los atenienses sobre los lacedemonios. Con el botín de esta batalla creo que hicieron la ofrenda que los griegos llaman los Epígonos».

Estos «Epígonos» son los hijos de los siete jefes mencionados por Pausanias, los que marcharon contra Tebas. Ellos lograron lo que no les fue dado a sus padres: conquistar Tebas. Y ése era motivo suficiente para colocar sus estatuas en semicírculo. Enfrente, es decir, al otro lado de la Vía Sagrada, se puede apreciar otro semicírculo formado por las estatuas de los diez reyes de Argos. Fueron colocados allí por haber participado en la liberación de Mesenia, en el año 396 a. de C. Sin embargo, aún no se sabe por qué todas las estatuas fueron colocadas en la mitad izquierda del semicírculo, y por qué las inscripciones del pedestal de la obra, conservadas en su mayoría, fueron

escritas de derecha a izquierda.

Plano de Delfos.

No nos detendremos en las dos estatuas colocadas a continuación, al lado derecho de la Vía Sagrada, pues Pausanias no las menciona. La base de mármol que se encuentra al otro lado sirve de soporte a un generoso regalo de Tarento: caballos de bronce y mujeres prisioneras. Tarento ofreció este regalo después de su victoria sobre el pueblo vecino, los mesapios. A esta ofrenda le sigue el tesoro de los sicionios. Sición era una ciudad vecina de Corinto. Esta construcción, de sólo seis por ocho metros, semejante arquitectónicamente a un templo dórico, al igual que los otros veintisiete



Plano de Delfos.

edificios que guardaban tesoros en el recinto sagrado, servía para acoger los exvotos más pequeños, pero normalmente también más valiosos de las correspondientes ciudades Estado o tribus. Pausanias sólo menciona ocho, pero los arqueólogos han identificado los nombres de trece de tales edificios. Los restos de los cimientos de los demás datan en su mayoría de la era arcaica. «Pero ni en este ni en ninguno de los demás tesoros —observa con pesar nuestro guía— no se ven ya riquezas.»

Aunque entre esta casa y la de los sifnios sólo queden cinco metros de espacio, los cnidios colocaron en este espacio reducido su propio exvoto. Cnido era un puerto dorio situado en una península en el suroeste de la Asia Menor, famoso por su colegio de médicos y su santuario de Afrodita. Pausanias escribe lo siguiente acerca de este pueblo: «Los de Cnido presentaron en Delfos las imágenes de Tríopas, fundador de su ciudad, en pie junto a su aballo; y de Leto, Apolo y Artemis disparando sus flechas contra Ticio, que está figurado ya herido».

A su lado se encuentra el tesoro de Sifnos, la isla más rica de las Cíeladas. Las minas de oro y plata habían proporcionado tal riqueza a sus habitantes, que empezaron a avergonzarse de las ganancias que de ellas obtenían cada año. Por ello apartaron la décima parte de los ingresos de un año, pusieron rumbo a Delfos, construyeron una casa para albergar el tesoro, la llenaron de ofrendas, sobre todo de oro y plata de producción propia, y pensaron que ello serviría para que el oráculo de Delfos los recibiera benevolente. Entonces, los delegados plantearon la siguiente pregunta a la Pitia: «¿Nos seguirá sonriendo mucho tiempo nuestra suerte actual?».

La respuesta fue la siguiente:

«Mirad, cuando en Sifnos blanco sea el pritaneo,
y blanco el friso del ágora, justo entonces se requiere una persona astuta
para protegerse de una emboscada de madera y de un heraldo rojo.»

Heródoto, quien nos ha transmitido esta sentencia oracular (III, 57), dice que los habitantes de Sifnos habían sido incapaces de interpretar la frase. Vieron que la casa del pueblo, el pritaneo, e incluso toda la plaza del mercado, estaban cubiertas de brillante mármol blanco de Paros, pero no supieron averiguar de qué «emboscada de madera» y de qué «heraldo rojo» habían de guardarse. Y eso que no era difícil imaginarse que el oráculo se refería a una flota de barcos, pues en aquella época, los barcos estaban pintados de rojo, porque el minio era una pintura relativamente barata que no se disolvía en contacto con el agua. Pero la riqueza había cegado a los sifnios. Barcos procedentes de Samos cayeron sobre la isla, y los guerreros devastaron los campos, exigiendo cientos de talentos a los habitantes. La Pitia había previsto la desgracia.

El tesoro de Sifnos estaba construido con mármol de la propia isla y con mármol pario, y dos muchachas marmóreas, las denominadas cariátides, sostenían sobre sus brazos levantados el techo de la antesala. Actualmente, las esculturas de esta casa pueden contemplarse en el Museo de Delfos.

«Los de Lípari ofrecieron estatuas», sigue escribiendo Pausanias, señalando un monumento al lado de la casa de Sifnos, «después de vencer en una batalla naval a los tirrenios. Los de Lípari son una colonia de Cnidos que emigró a las órdenes de un cnidio, llamado Pentatlo, según dice Antíoco, hijo de Jenófanes de Siracusa, en su historia siciliana».

Llegado a este punto de su descripción del santuario, Pausanias pasa por alto algunos monumentos y edificios, y no queda claro si en esta época ya estaban derruidos o no.

A unos pocos pasos, en el extremo suroeste del recinto sagrado, se encontraba el tesoro de los tebanos. Actualmente, ya ni se conservan los cimientos de él. Escuchemos lo que dice al respecto el célebre guía turístico:

«También los tebanos por sus triunfos en la guerra y los atenienses por semejante razón tienen tesoros.

»Los cnidios no sé si edificaron el suyo por alguna victoria o para ostentación de riqueza. Pues en cuanto a los tebanos, edificaron su tesoro por su victoria de Leuctra, y los atenienses por la de Maratón sobre los que desembarcaron con Datis».

Dioses, esfinges y sibilas

Aquí, donde la Vía Sagrada cambia bruscamente de dirección, hacia el Norte, para ascender al cabo de unos metros por una cuesta empinada, Pausanias menciona algunas casas y monumentos que ya no se pueden localizar en su totalidad. El edificio más llamativo es el tesoro de los atenienses, que los arqueólogos han reconstruido encima de sus antiguos cimientos. Pausanias hace caso omiso del *buleuterion*, junto al que se puede ver la llamada roca de la Sibila: «Sobresale de la tierra una roca, sobre la cual, según los de Delfos, cantaba sus profecías [una mujer] llamada Herófile, la primera que fue llamada Sibila». Esta sibila tiene un pasado mitológico, sobre el que volveremos más tarde.

Sobre la roca de la Sibila se encontraba la esfinge de los naxios, una de las piezas más valiosas del Museo de Delfos, y a su lado, pegada al muro de apoyo del templo de Apolo, la sala de los atenienses, que tenía treinta metros de ancho por sólo cuatro de largo. En la sala, que se sustentaba sobre ocho columnas jónicas, se exponían los cabos, tan gruesos como el brazo de un hombre, y los espolones de los barcos con los que Jerjes, rey de los persas, había construido el puente de barcos sobre el Helesponto. El que hubieran conseguido hacerse con algunos fragmentos del puente parecía motivo suficiente para que los atenienses construyeran este templo.

Disperso por el recinto, se encuentran gran cantidad de ofrendas y exvotos: la cabeza de un uro fundida en bronce, donada por el rey de los peonios, que habitaban una región al norte de Macedonia; una estatua ofrecida por los habitantes de Andros; las estatuas de Atenea, Artemis y Apolo, un exvoto de los focenses; y el dios Amón sobre un carro, donado por los habitantes de

Cirene, en Libia.

«Los dorios de Corinto también han construido un tesoro; en él se depositaba el oro de los lidios», constata Pausanias, mirando a su derecha. Parece que en tiempos de Pausanias el edificio más grande (seis por doce metros) y a la vez el más antiguo del recinto sagrado, construido bajo el tirano Cipseles (610-580 a. de C.), ya no conservaba nada de su antiguo esplendor. Y además, estaba vacío. Sin embargo, la sólida y sobria construcción, poco adornada, había albergado los mayores tesoros que jamás se hubieran donado al santuario oracular de Delfos. Cuando, en 548 a. de C., se produjo el incendio del templo de Apolo, estaban guardados entre sus muros el valioso trono del legendario rey Midas y los tesoros de oro y plata de los reyes lidios Giges y Cresos.

Pausanias señala muchos exvotos que actualmente son ilocalizables o cuya forma nos resulta imposible de imaginar:

«La imagen de Heracles es ofrenda de los tebanos por la guerra contra los focenses llamada sagrada.

»También hay imágenes de bronce ofrecidas por los focenses cuando en el segundo choque derrotaron a la caballería tesalia.

»Los de Fliunte han ofrecido en Delfos un Zeus de bronce y junto a éste hay una estatua de Egina.

»De Mantinea de Arcadia hay un Apolo de bronce que está cerca del tesoro de los corintios.»

Los arqueólogos no han encontrado siquiera fragmentos de estas obras. Al paso del tiempo habrían sobrevivido al menos fragmentos de mármol, pues los dioses de metal fueron condenados con demasiada frecuencia a ser fundidos para forjar armas y ganar guerras.

Ahora recorreremos con Pausanias la Vía Sagrada, que gira hacia el Noroeste, desde el tesoro de los corintios hasta la entrada del templo de Apolo. Pasando sobre los cimientos de dos desconocidas casas arcaicas a ambos lados del camino, llegamos a otro monumento de Tarento, de ocho metros de largo, erigido con motivo de la victoria sobre los bárbaros peucetios. Detrás encontramos una enorme piedra en la que habían sido excavados tres hoyos: es el pedestal del famoso trípode de Platea.

Ya hemos llegado a la terraza del templo de Apolo y seguimos a nuestro antiguo guía por el camino de la parte Este, la que domina el valle. Aquí se amontonan centenares de monumentos y exvotos, y las inscripciones informan sobre los hechos y expresan el agradecimiento a los dioses. En su mayoría se trata de estatuas colocadas sobre pedestales marmóreos, y ni uno de estos regalos se ha conservado.

Así, las descripciones de Pausanias se convierten en un documento único: «Ofrenda de los mismos de Delfos es un lobo de bronce que está cerca del gran altar». También nos explica la historia de esta escultura: «Dicen que un hombre que había robado riquezas del dios y las enterró en la parte más espesa del Parnaso, fue acometido cuando dormía por un lobo, que le mató. Como el lobo venía todos los días aullando a la ciudad, comprendieron que en esto tenía parte el dios, siguieron al animal y encontraron el oro sagrado, y ofrendaron al dios un lobo de bronce».

Escandaloso: una dama casi desnuda ante el templo

Al lado del lobo se levanta, sobre una elevada columna, la dorada escultura de una mujer de belleza sin par, vestida con velos transparentes: Friné. Aquí en Delfos, la escultura no es la única ofrenda que representa a una dama del mundo galante, pero con toda seguridad es la más bella. Pausanias sólo le dedica una frase, pues al parecer la historia le parece demasiado atrevida. ¿Qué otro motivo podría tener?

La bella Friné era una hetaira. El término de hetaira es un «eufemismo para designar las mujeres que, a cambio de dinero, entablaban relaciones sexuales con su cliente; suele utilizarse en contraposición a prostituta, refiriéndose a las mujeres cultas del mundo galante». Sean cultas o no, me pregunto dónde está la diferencia. Friné lo hacía por dinero, cuando y con quien le apetecía; lo hacía sin maquillarse porque creía que ya era bastante bonita, y lo hacía con discreción, por lo que

los atenienses del siglo IV todavía se airaban más.

Algunos comerciantes o políticos ricos se gastaban fortunas para pasar una noche con la dama, y como estaba bastante solicitada, acumuló tal riqueza que pudo ofrecerse para pagar la reconstrucción de la ciudad de Tebas. Puso como única condición que en la plaza del mercado se instalara una placa con la siguiente inscripción: «Alejandro lo destruyó, pero Friné, la hetaira, lo reconstruyó». Sin embargo, como los tebanos temieron que su ciudad fuera objeto de habladurías maliciosas, rechazaron el ofrecimiento. Hacia el año 200 a. de C., el escritor griego Ateneo certifica la autenticidad de esta historia.

La estatua dorada de Friné, al lado del santuario oracular de Delfos y calificada por algún contemporáneo de «monumento al desenfreno helénico», era obra de Praxíteles, el escultor más famoso de toda la historia griega. Ciertamente es que ella tenía dinero suficiente para pagarle, pero resulta poco probable que lo hiciera, pues era la modelo preferida de Praxíteles, y además, como observa Pausanias, «su amante». Ella hizo de modelo para las obras más famosas del escultor, entre las que también se encuentra la Afrodita de Cnido. No es de extrañar, pues, que los hombres la adoraran.

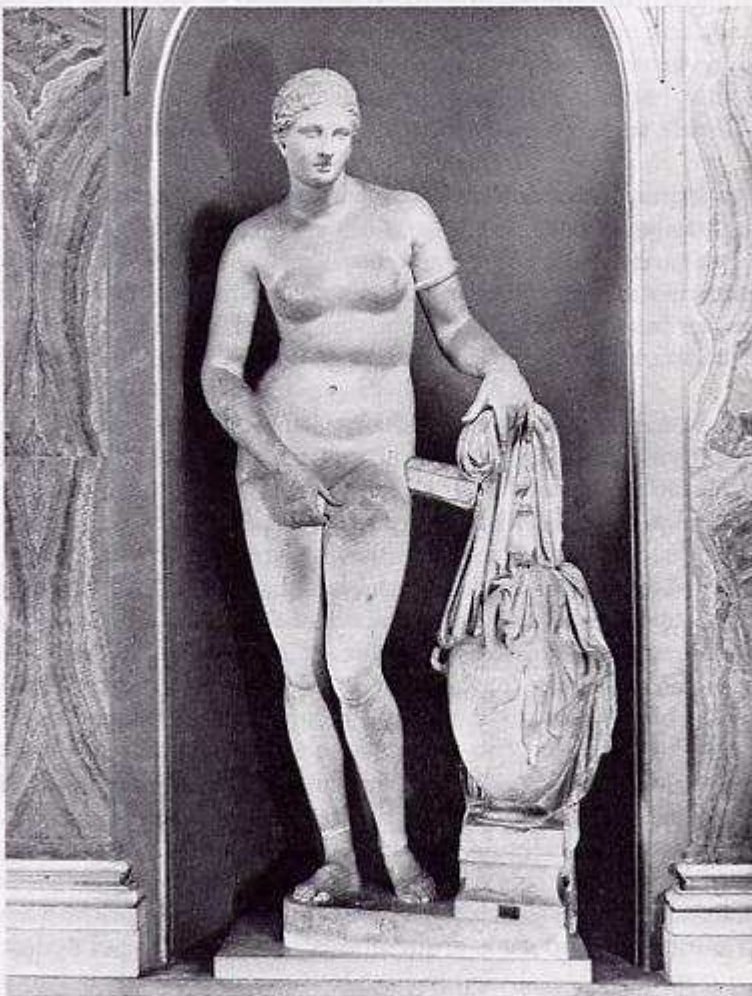
Cuentan que hubo un solo hombre que resistió a sus encantos: Xenócrates, presidente de la Academia y alumno de Platón. Friné había apostado que lograría seducir al señor ya entrado en años, pero fracasó. Y es que Xenócrates dormía siempre en la Academia, que sólo abandonaba una vez al año.

En una ocasión, Friné no había tenido suerte y le esperaba un final poco feliz. Cuando fue acusada de impía, su abogado Hipereides la defendió con un apasionado discurso de defensa. Este discurso, tan genial que más tarde incluso fue traducido al latín, no sirvió, empero, para alterar la severa postura de los jueces. Viendo lo desesperado de la situación, el abogado hizo uso del único

recurso que le quedaba: el escote de su cliente. Descubriendo sus pechos, dijo: «Señores, ¿a esta mujer queréis condenar?». Obviamente, estalló un escándalo, pero no dejó de tener efecto: los jueces absolvieron a Friné. ¡Quién sabe con qué moneda se lo pagó!

La bella Friné fue el modelo que Praxíteles utilizó para la Afrodita de Cnido.

Esta absolución debió de ser el motivo que indujo a Friné a dedicar a Apolo una réplica dorada de su cuerpo. Aquí se encuentra entre las estatuas de los reyes Arquídamo III y Filipo II, que en verdad son buena compañía. Y quien afirme que fue sólo vanidad lo que llevó a Friné a hacerse eternizar, debería preguntarse cuál era la causa por la que lo



La bella Friné fue el modelo que Praxíteles utilizó para la Afrodita de Cnido.

hacían generales y reyes, y por qué dejaron ellos en Delfos objetos tan valiosos y monumentales. En este recinto, los grandes del mundo montaron durante siglos una gigantesca feria de vanidades, movidos todos por el intento de superar a los demás. Quien en algo se tenía, había de estar representado en Delfos.

Plutarco utiliza las burlas más sarcásticas para criticar esta feria de vanidades. No le molestaba tanto la indecente estatua de Friné, aunque ésta no hubiera hecho el mejor uso de su belleza; condenaba sobre todo las obras procedentes de botines, con sus vergonzosas inscripciones, que hablaban de asesinatos y saqueos. Praxíteles, que aquí mostraba públicamente a su amante, incluso debería ser alabado, en opinión del mordaz comentarista Plutarco, «porque junto a estos reyes de oro colocó una cortesana de oro, reprobando así la riqueza como algo que no tiene nada de admirable ni de venerable. Estaría bien que los reyes y jefes dedicasen junto al dios ofrendas votivas de justicia, sabiduría y magnanimidad, no de oro ni de opulencia licenciosa de la que participan también los que han llevado la vida más vergonzosa». (15, 401).

Se mire donde se mire, por doquier se verá vanidad dorada

Intentemos seguir paseando con Pausanias bajo este aspecto de la representación de la propia gloria:

«De las imágenes de Apolo que hay a continuación, una es ofrenda de los de Epidauro de Argólide por su triunfo sobre los medos, otra de los de Megara por la victoria de Nisea sobre los atenienses; el buey que sigue lo es de los de Platea, de cuando Mardonio hijo de Gobrias fue rechazado en su tierra.

»Siguen otras dos imágenes de Apolo, una de los de Heraclea del Euxino; otra de los anfictions, de cuando impusieron una multa a los focenses por haber labrado la tierra del dios.

»A este Apolo llámanle los de Delfos Sitalcas y es de treinta y cinco codos»

El apodo Sitalcas significa «guardián de los cereales». Con sus 15,5 metros de altura supera en mucho a todas las demás estatuas de Delfos. En opinión de los arqueólogos, debía de levantarse sobre el pedestal de piedra, de cinco por cinco metros, que aún puede verse cerca del extremo noreste del templo de Apolo. En esta esquina del recinto, las reconstrucciones de los arqueólogos han tenido mucho éxito, sobre todo en los últimos tiempos y en gran parte debido también a las descripciones de Pausanias. Se ha encontrado, por ejemplo, un fragmento de piedra de una inscripción en la que se pueden apreciar las iniciales de la ciudad tesalia de Feras; al parecer, se trata de una parte de la dedicatoria de una estatua ecuestre, de la que Pausanias dijo que los delegados de Feras la habían colocado «junto a Apolo». La ayuda de Pausanias también sirvió a los arqueólogos para descubrir el pedestal de un monumento que el general Cimón hizo levantar después de la batalla contra los persas, junto al Eurimedón. Era una estatua dorada de Atenea, sentada sobre una palmera de bronce. La capa de oro ha saltado en algunas partes, lo cual, a juicio de Pausanias, fue obra de «malhechores y ladrones». Un historiador ateniense, en cambio, afirma que cuando la flota de Atenas embarcó contra Sicilia, una bandada de cuervos se acercó a Delfos, se sentó en la estatua y arrancó el oro con el pico. No era éste un buen presagio para una campaña militar.

A unos pocos pasos encontramos el soporte de hierro sobre el que descansaba la gran crátera del rey Aliates, padre y predecesor del rey Cresos. La crátera de plata había sido robada, pero Pausanias se exalta al ver el soporte que aún quedaba: «Es obra de Glauco de Quíos, el que inventó la soldadura del hierro. Cada una de las láminas del pie está unida directamente a la otra, sin necesidad de clavos ni de garfios, con el hierro soldado. La figura de este pie es semejante a una torre, más estrecho por arriba que por abajo, y cada lado no es continuo sino que las láminas de hierro atravesadas están dispuestas como gradas y las rectas se van dirigiendo hacia el exterior de los extremos. Esto servía de basa a la crátera».

El oráculo de Delfos no tenía en demasiada estima al rey Aliates, el noble donante de esta ofrenda. Durante doce años había luchado contra Mileto, quemando sus cosechas. En eso también se incendió el templo de Atenea de Aseso. Abates cayó enfermo, y cuando la enfermedad se mostró

pertinaz, el rey envió delegados a Delfos para que preguntaran qué enfermedad tenía y qué remedios había contra ella. Pero la Pitia le hizo saber que sólo respondería una vez Aliates hubiera reconstruido el templo de Atenea de Aseo.

Pausanias también llama la atención sobre el denominado ónfalo. Ónfalo significa ombligo. Los habitantes de Delfos creían que este huevo partido y colocado verticalmente sobre un pedestal constituía el centro del mundo; sobre este símbolo misterioso volveremos más adelante. Pero el ejemplar que se ve en la plaza delante del templo es sólo una copia. el original se encuentra en el interior del santuario oracular. Además del ónfalo, también se exhibían los exvotos de los espartanos, de los etolios, de los habitantes de Eliro, en Creta, de los caristios de Eubea y de los habitantes de las islas Lípari.

Una victoria que bien valía veinte estatuas

Estos últimos han dispuesto aquí una colección de veinte estatuas de Apolo. Ello se debe a un motivo concreto: temerosos de los etruscos, los liparenses habían pedido consejo al oráculo de Delfos, y la Pitia les respondió:

«Luchad con pocos barcos contra los etruscos.»

Aunque no entendieran la sentencia, los liparenses se enfrentaron con sólo cinco barcos a los etruscos. Cuando vieron esto, los orgullosos etruscos, que habían salido con toda una flota, eligieron cinco barcos de los suyos, pues no querían ser «menos que los de Lípari», y los enviaron contra los remeros enemigos. Fueron hundidos. Atónitos, los etruscos mandaron cinco barcos más, y éstos también fueron hundidos. La operación se repitió tres veces, y antes de que pudieran darse cuenta, los etruscos ya habían perdido veinte barcos. En agradecimiento al consejo de la Pitia, los liparenses colocaron a principios del siglo V estas veinte estatuas de Apolo sobre un pedestal de 35 metros de ancho: una estatua por cada barco hundido.

La estatua de Atenea de los aqueos también se debe a una sentencia oracular incomprensible en su momento. Los aqueos estaban asediando la ciudad de Fana, en Etolia, pero no consiguieron tomarla porque estaba muy bien defendida. Por ello enviaron una delegación a Delfos para que el oráculo de Apolo les dijera cómo podían conquistar la plaza. Los enviados volvieron de Grecia con la siguiente sentencia:

«Habitantes de la tierra de Pélope y de Acaya que a Pito
venís a preguntar cuánta ración cada día
para beber el pueblo mantiene la ciudad.
Así os podréis apoderar de Fana, aldea de altas torres.»

Los sitiadores escucharon la sentencia, pero no supieron qué hacer con ella. Desilusionados, los aqueos se plantearon abandonar el asedio y volver a sus tierras. Pero la noche siguiente observaron a una mujer que bajaba por la muralla y sacaba agua de una fuente cercana a las obras de asedio. Algunos aqueos se acercaron sigilosos, apresaron a la mujer y descubrieron el significado de la sentencia pronunciada por la Pitia. La fuente que manaba delante de las murallas era la única de que disponían los habitantes de la ciudad para abastecerse de agua. Cada noche había de salir una mujer y sacar toda el agua que necesitaran para un día. Los aqueos no lo pensaron mucho y, haciendo caso al oráculo, cegaron la fuente. Los sitiados se rindieron.

En algunas ocasiones, la fortuna en la guerra también se debe al azar. En ese caso siempre suele aparecer un general para atribuirse los méritos. Pero el asno de bronce que se encuentra junto a la estatua de Atenea constituye una honrosa excepción. Es un exvoto de la gente de Ambracia, una ciudad que se levanta junto al golfo de Arta. Una noche cayeron en una emboscada de los molosos. Un pastor desprevenido llevaba su asno por los campos, y cuando éste percibió el olor de una burra,

empezó a rebuznar fuertemente y escapó. Su amo corrió en pos de él dando grandes voces, y los molosos, en la creencia de haber sido descubiertos, emprendieron la huida. Sólo en este momento los guerreros de Ambracia entendieron qué había pasado. Fueron tras los molosos y los vencieron en una batalla nocturna.

Resulta desconcertante seguir a Pausanias a través de ese panóptico de jactancia humana, tradición legendaria y religiosidad primitiva. Cada monumento de los que se encuentran aquí tiene su propia historia: trágica, relacionada con la muerte de miles de personas, o incluso cómica y muy humana. Un ejemplo: la procesión de los de Orneas, en tierras de la Argólida. En un primer momento debía desarrollarse a diario en Delfos: al menos eso era lo que habían prometido los de Orneas en caso de que consiguieran expulsar de sus tierras a los sicionios. Se entabló una batalla que ganaron los de Orneas, y «como vencieron a los sicionios, cada día hacían lo que habían prometido», cuenta Pausanias, «con lo que el gasto era mucho y no menor la molestia de cumplirlo. Entonces descubrieron el ardid de ofrecer al dios una procesión y sacrificio en bronce».

La variedad de las estatuas parece infinita. Contemplemos una más de ellas, la estatua dorada de Gorgias. Gorgias de Leontinos, en Sicilia, fue un orador ambulante cuyos servicios se podían alquilar con motivo de alguna festividad, pero mientras estaba de camino, también enseñaba retórica a muchachos jóvenes. Sus honorarios eran sumamente elevados, a juzgar por los comentarios de Diodoro, cuya afilada lengua lo convirtió en millonario. Diodoro cuenta que la propia imagen, que hizo levantar delante del templo de Apolo, servía, al igual que la de Friné, para su propia exaltación. Todo el que consultara el oráculo del templo había de pasar junto a esa estatua. Gorgias —vivió de 483 a 375 a. de C., es decir, alcanzó la edad de 108 años—tuvo una enorme influencia sobre el pensamiento griego. Fue el primero en enseñarnos que la fuerza de la palabra hablada puede tener efectos asombrosos. La estatua del orador, de tamaño natural, se erigía sobre una gran columna y, según Pausanias, corría el insistente rumor de que estaba labrada en oro puro.

Determinados monumentos parecen interesar muy poco o incluso nada a Pausanias. Al teatro, con un aforo de 5 000 espectadores y sus 35 gradas, sólo le dedica una breve frase: «Con el recinto sagrado limita el teatro». el escenario, rodeado de un acueducto cubierto, y el friso que, en la rampa que sube al escenario, representa los trabajos de Heracles, no los menciona siquiera.

Pasando al lado de la monumental estatua de Dioniso con la inscripción de los cnidios, que aún se conserva, nos conduce hacia el estadio, cuyo aforo era de unas 7 000 personas. El escenario de los juegos, de 178 metros de largo y 28 de ancho, fortificado en su extremo Norte con un arco de triunfo que databa de la ocupación romana, «era de roca, de la que hay mucha en el Parnaso, hasta que Herodes de Atenas lo embelleció con mármol del Pentélico». Este Herodes de Atenas mencionado por Pausanias parece haber revestido con mármol el estadio construido con piedra calcárea. Sin embargo, ese revestimiento de mármol debe de haberse utilizado para construcciones posteriores, pues hoy en día el estadio délfico se nos presenta igual que al principio: con piedras calcáreas.

Mientras los servicios de Pausanias como guía resultan insuficientes en el caso de algunos de los monumentos, dedica a una de las obras tanta atención como a todo el resto de Delfos: se trata de la sala de los de Cnido, que se encuentra en la parte superior de la muralla que circundaba el recinto sagrado. La sala rectangular, en cuyo interior se levantan cuatro columnas de madera, era un lugar de reunión donde la gente podía hablar, como dice Pausanias, «de las cosas serias y de las fábulas». Tampoco él sabe por qué fue construida la sala, en el siglo V a. de C., pero es admirada por todo el mundo, en especial por los frescos del pintor y escultor en bronce Polignoto, que los realizó entre los años 458 y 447. El tema, la conquista de Troya y la partida de los griegos, realizada con figuras pintadas, de tamaño natural, como es habitual en la decoración de los jarrones atenienses, emocionó tanto a los délficos que otorgaron a Polignoto la *proxenia*, el derecho de hospitalidad de por vida.

El corazón de Delfos: el templo oracular

Nos encontramos ante la entrada del enorme templo de Apolo, cuyas dimensiones son comparables a las del Partenón de la Acrópolis. Rodeado de misterios, aunque accesible a todo el mundo, lo ciñe una monumental colección de 38 columnas dóricas. La construcción central es la tercera que se levanta en este lugar, después de las destruidas por el catastrófico incendio del año 548 a. de C. y por el terremoto y el gran incendio que lo siguió, en el año 373 a. de C. Pausanias escribe a propósito del friso: «En los frontones del templo están Artemis, Leto, Apolo y las Musas, la puesta de Helios, Dioniso y las mujeres Tíades. Las primeras fueron hechas por el ateniense Praxias, discípulo de Cálamis, pero mientras el templo se estaba construyendo, Praxias murió, y lo que faltaba de los frontones lo hizo Andróstenes, también ateniense, discípulo de Eucadmo». Llamaban la atención los escudos áureos, colocados debajo del friso, que forman parte del botín que los atenienses obtuvieron en Maratón, tras la batalla contra los persas. Los sacerdotes lograron salvarlos del incendio del año 373 a. de C.

Deferente, el visitante se detiene en la antesala, el pronaos, para leer las sentencias que destacan con grandes letras sobre el fondo de los muros. Entre ellas se encuentra la famosa sentencia «conócete a ti mismo», pero también la misteriosa letra E, cuyo significado sigue sin descubrir. Después de haber visitado el santuario oracular, los siete hombres más sabios de la época grabaron aquí las sentencias fruto de sus reflexiones. Fueron Tales de Mileto, que formuló el teorema de Tales, conocido por cualquier estudiante actual, además de filósofo y astrónomo (predijo el eclipse solar del 28 de mayo de 585 a. de C.); el juez y político Bías de Priene; el popular tirano Pítaco de Mitilene, de Lesbos, que regaló tierras a sus súbditos «porque tener lo mismo es más que tener más»; Cleóbulo de Lindo; el legislador ateniense Solón; el reformador militar Quilón de Esparta; y Periandro de Corinto, el tirano y reformador cultural. Pero como el concepto de sabiduría no es menos subjetivo que el de belleza, con el paso del tiempo llegaron a figurar aquí un total de diecisiete nombres.

Sea cual sea la autoría de las sentencias de la antesala del templo de Apolo en Delfos, al visitante le transmiten la sensación de nobleza reinante en este lugar. Y también son prueba de las ambiciones literarias de los sacerdotes oraculares, que pusieron en verso las entrecortadas frases de la Pitia. Por ello, Pausanias señala con cierto escepticismo el relieve de bronce de Homero, que también se encuentra en la antesala, bajo el que está grabada la sentencia que cuentan pronunció el oráculo con motivo de su visita:

«Feliz y desgraciado, naciste para ambas cosas,
preguntas por tu patria. Pero tienes patria y no patria.
La isla de los es patria de tu madre y a ti cuando mueras
te acogerá; pero de los niños el enigma guarda.»

A partir de ahora, las descripciones de Pausanias se hacen bastante superficiales. En un tono casi seco describe el interior del templo, por lo que varios investigadores defienden la tesis de que no había penetrado en su interior; sin embargo, no existe ninguna explicación satisfactoria para ello. Toda delegación que acudía a Delfos para consultar al oráculo, aunque se tratara de una persona sola, entraba en el templo.

«En el templo hay un altar de Poseidón —dice Pausanias— porque el oráculo antiguamente fue también propiedad de este dios, y también están dos imágenes de las Moiras y sustituyendo a la tercera, la de Zeus Moirágetes, y además la de Apolo Moirágetes.

»Se ve también allí el hogar sobre el que el sacerdote de Apolo dio muerte a Neoptólemo hijo de Aquiles.

»No lejos del hogar está ofrendada la silla de Píndaro, que es de hierro, y en ella dicen que se sentó el poeta cuando vino a Delfos y cantó de sus versos los que se referían a Apolo.

»A la parte más interior del templo tienen acceso pocos y hay en ella otra imagen de Apolo en

oro.

»Saliendo del templo...»

Esta descripción resulta demasiado pobre, y recientes investigaciones han demostrado que incluso es falsa. Por ello nos han de ayudar los arqueólogos.

Los arqueólogos han desmitificado las leyendas

Desde el comienzo de las excavaciones, en el año 1892, los excavadores, franceses en su mayoría, han destruido lenta pero incansablemente la imagen que la tradición nos había transmitido del templo oracular de Delfos. Ninguno de los autores antiguos se atrevió a dismantelar los tabúes del oráculo, pues todos se copiaban entre ellos, todos remitían a los otros. Por ello, el oráculo siguió siendo incomprensible y permaneció rodeado de misterios. Ello resulta sorprendente desde varios puntos de vista. Herbert W. Parke, el estudioso de Delfos del Trinity College de Dublín, escribe lo siguiente: «El procedimiento que se seguía para consultar el oráculo y la manera en que se proporcionaban las respuestas en Delfos siguen siendo un misterio. Los autores de la antigüedad sólo comentan y discuten extensamente, pero no existen indicios que hagan pensar que a los consultantes o a los sacerdotes les estuviera prohibido describir cómo era el oráculo».

Los temblores de tierra de mayor o menor intensidad han causado más estragos en el templo de Delfos que la ira destructiva de los romanos. Sin embargo, algunas reliquias halladas son suficientes para rebatir las versiones de los clásicos, mientras que otras las confirman. Después, tal como describe Pausanias, el adepto entraba en el templo, pasando por el pronaos, donde, además de las sentencias de los siete sabios, también se exhibían los calderones de oro y de plata del rey lidio Creso. Una ancha portada de madera de ciprés, decorada con marfil, cerraba el acceso al *mégaron*, la principal sala interior.

El que Heródoto llame *mégaron* al centro del templo oracular es de sumo interés para las investigaciones, pues ésa era la denominación de la estancia principal de un edificio, pero también la de un recinto de culto que se encontraba a un nivel inferior. Ocho columnas a cada lado dividen el *mégaron* en tres naves. En las paredes y las columnas se habían dispuesto valiosos exvotos, ocultando los frescos realizados en el siglo IV por Aristocleides. Incluso las vigas del techo estaban cubiertas de ofrendas: carros de combate de incalculable valor y un número ingente de brazales y muñequeras de atletas victoriosos. Entre estos exvotos se cuentan las estatuas divinas que menciona Pausanias. A la derecha se levantaba el antiguo altar de Poseidón, una reminiscencia del que en Delfos fuera el antecesor de Apolo. Otro altar se erigía en el centro del *mégaron*. Detrás de un brillante trono se consumía un fuego aromático, atributos ambos de una de las primeras diosas, la virginal hermana de Zeus.

Vírgenes desconocedoras de los placeres amorosos se encargaban de alimentar este fuego eterno con madera de abeto y ramas de laurel. Fue encendido en algún momento del remoto pasado, con un espejo que reflejaba el sol, y sólo se apagó en una ocasión en su larga historia, durante un inesperado ataque de los bárbaros, en el año 84 a. de C.

La celda de la Pitia a la luz de la ciencia

El *aditon*, el lugar más sagrado del templo oracular, la celda donde profetizaba la Pitia, constituye uno de los mayores problemas para las investigaciones modernas. Aunque los arqueólogos hayan excavado hasta unos seis metros por debajo del nivel del *mégaron*, no han podido encontrar indicios exactos sobre su disposición arquitectónica. A juzgar por la forma de los cimientos, no existía ningún *aditon*, e incluso la búsqueda de una cripta, una sala subterránea secreta, ha fracasado. Sin embargo, según el profesor Parke, «el oráculo se consultaba en el extremo oeste del templo, allí donde la construcción ha quedado tan destruida, desgraciadamente, que cualquier hipotética reconstrucción de la celda oracular original seguirá siendo bastante incierta. En este caso tampoco

nos son de gran ayuda las fuentes literarias».

Sólo podemos deducir que en el templo existía una estancia que ocupaban los consultantes mientras escuchaban el oráculo, y que la Pitia se sentaba en el mismo cuarto o en una habitación que comunicaba con éste, de modo que se podía oír su voz. El nivel del suelo de esta estancia debió de haber sido algo inferior al resto de la sala. Se cree que la Pitia bajaba hacia el interior del santuario, pues Pausanias utiliza en muéhos pasajes la palabra «bajar» (*katabainein*) cuando la Pitia se dispone a pronunciar las profecías.

Sin embargo, la cella oracular no se podía encontrar por debajo del nivel del suelo del templo. Desde el *aditon* debía poderse ver el *mégaron* e incluso la portada del templo. Así lo indican dos pasajes de Heródoto, que conocía el oráculo de Delfos como ningún otro:

Primer pasaje (1, 65): «Con ocasión de una visita a Delfos de Licurgo —un ciudadano reputado entre los espartanos— para efectuar una consulta, así que hubo entrado en el sagrario, la Pitia, sin más preámbulo, le dijo lo siguiente:

"Vienes, Licurgo, a mi opulento templo,
caro a Zeus y a cuantos olímpicas moradas poseen.
Dudo en declararte dios u hombre;
más bien, empero, un dios te creo, Licurgo."»

De ello se deduce que la Pitia, que por la disposición del templo y exigencias de los rituales sólo podía profetizar en su cella oracular, había visto a Licurgo cuando éste entraba en el templo, antes de que pudiera plantear una pregunta. Parece como si hubiera estado sentada detrás de una cortina.

Segundo pasaje (1, 90): «Al oír su respuesta, Creso despachó a Delfos a unos lidios con la orden de depositar las cadenas en el umbral del templo y preguntar al dios si no se avergonzaba de haberle instigado con sus vaticinios a entrar en guerra con los persas, con la promesa de que destruiría el poderío de Ciro, destrucción que le había acarreado —y entonces debían mostrar las cadenas— ...».

De ello se deduce que mientras consultaban al oráculo, durante el que no podían ver pero sí oír a la Pitia, los delegados señalaban las cadenas que les había entregado Creso y que antes habían dejado en la entrada del templo. La Pitia debía haber podido ver las cadenas desde el *aditon*. Más tarde veremos qué misterio encierran estas cadenas.

Tanto Esquilo, en las *Euménides*, como Eurípides en su tragedia *Andrómaca*, hacen referencia a la mismas características del lugar. Por tanto, podemos suponer que la cella de la Pitia no era una estancia subterránea, sino un cuarto dentro del cuarto, una parte separada de éste. «La solución más sencilla —escribe el profesor Parke— sería que la cella oracular hubiese quedado separada del resto de la estancia por medio de un velo, aunque no existen indicios literarios de que haya sido así.»

A juicio de los arqueólogos franceses, el *aditon* se habría encontrado en una zona reservada del templo, hacia el que bajarían cinco o seis escalones. Esta cella, protegida de las miradas por una cortina, medía de cuatro a seis metros. Por tanto, la Pitia debía de actuar en un lugar angustiosamente estrecho, pues además del trípode, se encontraba en él la dorada estatua de Apolo, la lira del dios, sus armas sagradas, el ónfalo más célebre y algunas ramas del laurel.

Aquí, en el centro del templo oracular, el suelo estaba sin embaldosar, y ello se debía a un motivo concreto. Las primeras Pitias, antes de que Apolo se instalara en el santuario deífico, eran sacerdotisas de Gea, la diosa de la Tierra. Por tanto, el contacto con la Madre Tierra, con la divinidad, era un requisito básico de sus profecías.

Pero, posiblemente, este «agujero» en el suelo de piedra también podía haber sido el controvertido «acceso a la Tierra», sobre el que —como escriben muchos autores antiguos— se había encontrado el trípode de la Pitia. Posteriormente se convirtió en una grieta, que los arqueólogos han buscado infructuosamente. Los geólogos creen, incluso, que dada la configuración del lugar, no pueden existir grietas. Diodoro lo confirma indirectamente en su informe sobre los focenses, que en el año 354 a. de C. buscaron tesoros en el templo oracular.

Pensando que se habían enterrado tesoros en el templo, excavaron el suelo alrededor del fuego de Hestia y removieron la tierra. Habría sido inútil remover en la grieta, por lo que el «agujero» sólo

podía referirse al *aditon*. Pero ello no excluye la posibilidad de que se cavara un hoyo bajo el trípode de la Pitia, en el que los sacerdotes habrían encendido un fuego de hojas de laurel y otras sustancias estimulantes. Ello también confirmaría la descripción de Estrabón, que habla de una «cueva vertical» de cuya boca «surgían vapores excitantes» (IX, 3, 5).



Los arqueólogos tienen dificultades para localizar la cella oracular de la Pitia en el templo de Apolo en Delfos. En algún lugar, bajo el suelo, debía de haber profetizado la Pitia.

Pausanias no nos ha proporcionado una descripción exacta del oráculo. El porqué de ello resulta incomprensible, teniendo en cuenta que en otro pasaje describe hasta el más mínimo detalle el santuario oracular de Lebadea. Así pues, los historiadores y los arqueólogos son los únicos que pueden arrojar luz sobre estos secretos, los mejor guardados de la antigüedad.

Los arqueólogos tienen dificultades para localizar la cella oracular de la Pitia en el templo de Apolo en Delfos. En algún lugar, bajo el suelo, debía de haber profetizado la Pitia.

VII

Cuando la Pitia se sentaba sobre el trípode

El cuerpo se sirve de muchas herramientas, pero del cuerpo se sirve el alma, y el alma, por su parte, es una herramienta de dios.

Plutarco

Conociendo las circunstancias de la época, la psicología moderna no tendrá problemas para explicar el actuar de la Pitia.

Herbert W. Parke, arqueólogo

Vida cotidiana en Delfos, el séptimo día de un mes de verano del siglo III o IV a. de C. Desde hace algunos días ya no queda ni una cama libre en las hospederías de la ciudad; las delegaciones de los gobiernos más diversos, acompañadas de nutridos séquitos, y un elevado número de particulares, que habían estado en camino durante semanas, tuvieron que pasar la noche en alguno de los albergues atestados o, simplemente, al aire libre, bajo el cielo estrellado de Delfos. Al amanecer, la ciudad se convertía en un hervidero de gente y de voces, personas que iban de un lugar a otro, reconocibles como africanos, asiáticos o nativos del lugar por su simple aspecto. Una vez al mes traían mucho dinero a la ciudad, pues únicamente cada séptimo día del mes, a excepción de tres meses en invierno, la Pitia pronunciaba sus profecías. Todo Delfos vivía de ello: los taberneros, los comerciantes, los vendedores de recuerdos, los guías: no era muy distinto de lo que ocurre actualmente.

Inadvertidos por el gentío, dos profetas, dos sacerdotes oraculares, conducían a la Pitia del día, cubierta con un velo, del edificio que se levantaba junto al borde del recinto sagrado, vigilado día y noche, hasta el desfiladero donde manaba de la roca la sagrada fuente Castalia. Era una imagen extraña: la Pitia ocultaba su cara tras un velo de color púrpura, por lo que no se podía adivinar siquiera su edad, pero, al igual que una muchacha joven, llevaba una falda que le llegaba por encima de las rodillas. Sin embargo, por su forma de andar se podía descubrir fácilmente que ya tenía más de cincuenta años. Ni siquiera los sacerdotes délficos sabían decir por qué se seguía utilizando tan ridículo disfraz, que recordaba los tiempos en que el cargo de la Pitia era ocupado todavía por muchachas vírgenes.

Desnuda, la Pitia tomaba un baño en la fuente Castalia; se trataba de una ceremonia de purificación, pues se creía que esa agua comunicaba dones proféticos. A pesar del calor veraniego, el agua que surgía de las rocas estaba helada. Por ello, el turno de mañana no era el preferido de las dos Pitias, que se alternaban en el trabajo. Un sacerdote acompañaba la ceremonia con la siguiente oración, que declamaba en voz alta:

«Oh, vosotros, servidores délficos de Apolo,
venid a la argétea fuente Castalia;
bañados de rocío puro,
id hacia el templo.
Escuchad con devoción la palabra de la ventura,
para que podáis transmitirla
en su propio idioma
a los que han consultado al dios. »

Acto seguido, la pequeña procesión se trasladaba a otra fuente, cuya agua, a diferencia de la de Castalia, se acumulaba en una construcción en la parte superior del templo, a la que no podía acceder todo el mundo. La Pitia bebía un sorbo de esta agua para adquirir el don de la profecía. Según diversas tradiciones, el agua de la fuente Castalia llegaba a través de un canal subterráneo directamente al *aditon* del templo, pero las excavaciones arqueológicas no han podido confirmar estas versiones.

Ahora, la procesión, guiada por los dos profetas, los sumos sacerdotes, había llegado al templo de Apolo, con la Pitia flanqueada por los *hosioi*, los miembros del distinguido consejo de los cinco, a los que seguía un grupo de servidores del oráculo. La Pitia se quitaba su manto purpúreo, y ya sólo se cubría con un sencillo y corto vestido blanco. Sobre el altar de Hestia, en el centro del templo, ardía un fuego. Dos servidores traían un cabrito vivo. Lo tumbaban sobre el blanco suelo de mármol, delante del altar. Desamparado, miraba a la gente que lo rodeaba. Entonces, uno de los profetas se acercaba y lo rociaba con agua fría. El cabrito empezaba a temblar. Era su sentencia de muerte, pero para los sacerdotes eso resultaba un presagio favorable. Si el animal no hubiese reaccionado mientras lo rociaban de agua, habría sido un presagio desfavorable, y para aquel día se habrían suspendido las consultas al oráculo. Lo cual no desagradaba en absoluto a los taberneros del lugar, ya que habrían de alojar un gran número de consultantes durante otro mes: a la gente que llegaba de lejos no le resultaba rentable volver a emprender el viaje.

Así pues, se degollaba al cabrito para quemarlo fuera del templo, en el altar de Quíos. La columna de humo era la señal para los habitantes de Delfos y los visitantes que se encontraban allí: el oráculo quedaba abierto.

El alud de consultantes

Mientras el recinto sagrado quedaba abarrotado de personas impacientes por exponer sus problemas, las puertas del templo oracular todavía permanecían cerradas.

Todos los consultantes habían de recorrer el mismo camino que la Pitia, pues debían purificarse en la fuente sagrada, aunque quedaran dispensados de tomar un baño de cuerpo entero, como el de la profetisa.

Entretanto, la sacerdotisa se postraba ante el altar de Hestia, de cuyo fuego alimentado con ramas de pino se elevaba un denso humo cargado de sustancias aromáticas. Aspiraba esos olores ansiosa, mientras un sacerdote echaba al fuego grandes cantidades de incienso, beleño, láudano y otras sustancias embriagadoras, hasta que, finalmente, la Pitia empezaba a tambalearse. Entonces, dos profetas la cogían de los brazos y la conducían hacia el *aditon*.

Ante las puertas cerradas del templo oracular reinaba el caos. Centenares de personas se peleaban por conseguir un puesto en la primera fila, y cada una de ellas quería ser la primera, pues creía que el suyo era el problema más importante; sin embargo, la primera fila estaba reservada a las personas que disfrutaban del derecho de *promantia*, que les confería la posibilidad de hacer uso del oráculo antes que otros consultantes.

La *promantia* se podía otorgar tanto a particulares como a todo un pueblo. La ambigua sentencia oracular, en la que se afirmaba que Cresos destruiría un gran imperio, hizo que el rey de los lidios regalara dos estáteres de oro a todos los ciudadanos délficos, y éstos lo agradecieron otorgando la *promantia* a todos los lidios: un honor que se ofrecía a cambio de dinero. Pero ese honor también

aseguraba que esas personas recibieran su vaticinio el día que comparecían ante el oráculo, algo de lo que no podían estar tan seguros los demás mortales. El orden de acceso al templo se sorteaba entre los congregados, y a pesar de que las Pitias fueran turnándose —una tercera Pitia estaba preparada por si alguna de las otras quedara extenuada—, por la noche muchos de los consultantes tenían que partir sin haber cumplido su propósito.

Las profecías de la Pitia no resultaban nada económicas. Aunque no se vendieran entradas, los sacerdotes se habían inventado un método bastante más profano para recoger el dinero: antes de formular su pregunta, cada consultante había de ofrecer en sacrificio una tarta de miel (*pelanos*) en el gran altar situado delante del templo de Apolo, y estas tartas las vendían luego los sacerdotes a un precio exorbitante. «Sería interesante saber lo que costaba un oráculo por aquella época —dice el profesor Herbert W. Parke, de Dublín—, pero, desgraciadamente, ello sólo lo podemos deducir de dos acuerdos a los que llegaron Delfos y los estados de Faselis y Escíatos. Probablemente, estos acuerdos se regían por unas condiciones especiales, de modo que no sirven para determinar con seguridad cuál era la tarifa general. Hacia el año 420 a. de C., los ciudadanos de Faselis habían de pagar siete dracmas (de Egina) y dos óbolos para un oráculo de Estado y la décima parte de esta suma por un oráculo particular. Unos cincuenta años después, Escíatos, había de pagar dos dracmas para un oráculo de Estado y la sexta parte por un oráculo particular.»

Por tanto, el precio de las ofrendas lo determinaba la calidad y el renombre del consultante, de modo que los acaudalados ciudadanos de Faselis pagaban más que los humildes habitantes de la isla de Escíatos, y la delegación de un Estado más que un particular. Sin embargo, aun la tarifa más reducida, la que correspondía al modesto habitante isleño, seguía siendo exorbitante, pues equivalía a los ingresos de dos días de un miembro de un jurado ateniense, y el sueldo de éstos no era nada despreciable.

Pero eso no era todo. Durante el procedimiento oracular, el consultante, ansioso por conocer su futuro, precisaba de los servicios de un asistente. Ningún extranjero podía entrar en el templo de Apolo y plantear su pregunta sin ir acompañado de un *proxenos*. Cada Estado tenía su propio *proxenos* destinado en Delfos, un representante que certificaba que los consultantes eran ciudadanos de su país. Sólo así podían los sacerdotes oraculares establecer las tarifas y el consultante hacerse con el derecho de *promantia*. Los consultantes de los países que no tenían *proxenos* en Delfos podían elegir a un ciudadano distinguido de Delfos para que les asistiera, pero ni éste ni el representante ofrecía sus servicios a cambio de nada; a algunos de ellos, esta actividad les permitía incluso llevarse a casa las mejores piezas de carne de los animales sacrificados por los consultantes.

Uno de los primeros y más acerbos críticos de este negocio que había arraigado en Delfos fue el poeta Esopo, en el siglo VI a. de C. el antiguo esclavo de Frigia se burlaba de los delfios, porque en vez de trabajar, vivían de las ofrendas de los consultantes. Los sacerdotes temieron por su negocio e intentaron desesperadamente acallar al extranjero. Por ello, escondieron una fuente de oro en su equipaje y difundieron la noticia de que el templo había sido robado. La fuente fue encontrada y Esopo condenado a muerte. Los sacerdotes lo arrojaron por la peña Hiámpica.

Cuando, por fin, el consultante podía entrar en el templo, el *proxenos* había de sacrificar la carne de un cabrito o de un cordero sobre el altar de Hestia. Durante la ofrenda, los sacerdotes entonaban sus oraciones. Advertían al consultante que obrara sólo movido por pensamientos puros. De hecho, en esta atmósfera agobiante y cargada de humo debía ser imposible pensar en otra cosa.

El enigma del trípode

Mientras tanto, la Pitia, oculta tras una cortina, se encontraba sentada sobre el trípode. Pero más que sentada, estaba colgada, pues se hallaba hipnotizada y en un estado de apatía absoluta. Parecido al taburete de un bar, de aproximadamente un metro de altura, de manera que los pies de la Pitia no llegaban a tocar el suelo, el trípode no resultaba un mueble cómodo para sentarse. En lugar de estar acolchado, el asiento tenía forma de fuente honda o de sartén, provista en su borde de dos anillas colocadas verticalmente, a las que se podía agarrar la Pitia. Así, ésta estaba sentada de tal forma que

no se caía del trípode aun cuando se derrumbara. No debía de ser una postura cómoda, de modo que no sorprende que las profetisas tuvieran que turnarse, porque quedaban extenuadas.



Apolo sentado en el trípode. Destacan los anillos de los que se podía sujetar la Pitia.

Apolo sentado en el trípode. Destacan los anillos de los que se podía sujetar la Pitia.

La particular forma del trípode sigue planteando problemas a historiadores y filólogos. La explicación más obvia podría ser que los tres pies simbolizaran el pasado, el presente y el futuro, pero es probable que la utilización del trípode se debiera al azar y a motivos de orden práctico: la Pitia, una vez perdida la consciencia, se habría caído de cualquier otro asiento.

En la era prehistórica, el trípode se utilizaba

para colocar sobre él los cazos y demás utensilios de cocina que se ponían al fuego. Era un objeto de uso muy extendido, y al ser de bronce y, por tanto, caro, también se empleaba como ofrenda.

En la antigüedad, el enigma del trípode dio lugar a muchas leyendas. Diodoro creía que era un simple objeto destinado a impedir que la gente cayera en aquella grieta abierta en la tierra, de la que emanaban los vapores inspiradores. Esta teoría la desarrolla en la leyenda sobre el origen del oráculo: un pastor de cabras, llamado Coretas, dejaba pastar su rebaño a los pies del Parnaso. Un día, los animales se comportaron de forma anormal, pues empezaron a dar brincos extraños y a temblar con todo el cuerpo. Al buscar las causas del fenómeno, Coretas encontró una grieta en la tierra, una grieta de la que surgía una misteriosa corriente de aire. Se asomó al borde y, repentinamente, empezó a pronunciar frases asombrosas. Llegaron otros pastores y descubrieron, estupefactos, que Coretas les vaticinaba el futuro.

A partir de ese momento, los pastores utilizaron la grieta con ese propósito adivinatorio. Pero la grieta encerraba un secreto fatal: a pesar de ser tan estrecha que en ella apenas cabía una persona, eran cada vez más los pastores que se hundían en su interior; mejor dicho, nadie les vio jamás desaparecer, pero los pastores se esfumaban sin dejar rastro. Por ello, según cuenta Diodoro, «los habitantes de la región creyeron necesario defenderse de los peligros, y eligieron a una mujer como la única profetisa para todos ellos. Construyeron un armazón sobre el que podía recibir la inspiración con toda seguridad. Este armazón tenía tres patas y por ello era llamado trípode» (XVI, 26).

El sorteo determinaba el destino de los humildes; el éxtasis, el de los ricos

Plutarco, que había sido sumo sacerdote de Delfos, subraya que la historia de Coretas «no es sólo una fábula y una leyenda», sino que, al contrario, Coretas y sus colegas no necesitaba tener ninguna aptitud particular para poder vaticinar el futuro. Plutarco afirma que la Pitia, que normalmente procedía de una familia humilde, tampoco requería estas aptitudes para cumplir con su tarea.

El laurel era otro elemento importante en el ritual profético. Este árbol, consagrado a Apolo, no estaba plantado en una maceta, sino que nutría sus raíces en el blando mantillo del *aditon*. A través de una abertura del techo, por la que también salía el humo del fuego de Hestia, recibía aire, luz y sol. Se creía que el laurel tenía poderes purificadores, pero también proféticos. Por ello, la Pitia había pasado la noche anterior a los vaticinios sobre un lecho de hojas de laurel, y había masticado esta misma planta antes de subir al trípode adornado con coronas también de laurel.

Al principio de la historia del oráculo deífico, la Pitia no caía en trance, y sólo contestaba con un escueto sí o no a las preguntas. Para las respuestas no se requerían conocimientos previos, pues la Pitia sacaba las suertes de un jarrón; por lo general, se trataba de judías oscuras («no») o claras («sí»). De ese modo, en la época clásica aún se decía que la Pitia «sacaba» las sentencias oraculares.

Por entonces, sin embargo, los procedimientos oraculares ya habían sido perfeccionados, y sólo se dejaban al azar las respuestas a las preguntas que planteaban los consultantes más desgraciados. Los acontecimientos que entre estas paredes se desarrollaban cada séptimo día del mes se habían convertido en un mecanismo que funcionaba a la perfección, un mecanismo en el que confluían intereses parapsicológicos, políticos y materiales. Las Pitias no eran más que herramientas sin voluntad de esta máquina infatigable de la que salieron tantos vaticinios; pero eran conscientes de ello, y se sentían orgullosas de servir de médium a los dioses para manifestar su voluntad. No en vano las primeras Pitias de Delfos fueron muchachas jóvenes, niñas ingenuas y confiadas. Sólo cuando una de ellas fue secuestrada y violada, los sacerdotes elevaron drásticamente la edad mínima de la Pitia. Las mujeres que a partir de entonces iban a influir en el destino del mundo habían de contar al menos cincuenta años de edad.

El dios, afirma Plutarco, se servía de la Pitia para llegar a los oídos del hombre, al igual que el sol se sirve de la luna para llegar a nuestros ojos. Literalmente, dice lo siguiente: «Pues muestra y revela sus propios pensamientos, pero los muestra mezclados a causa del cuerpo mortal y del alma humana, que no es capaz de permanecer en reposo ni de presentarse inmóvil y tranquila al que la mueve, sino que, como en el mar agitado, se vuelve a sí misma y se une a los movimientos y pasiones que la turban. Lo mismo que los remolinos no ejercen control alguno sobre los cuerpos arrastrados por ellos en círculo, sino porque los cuerpos son impulsados alrededor por efecto de una fuerza imperativa, y por tender ellos por naturaleza hacia abajo, sucede que ambas fuerzas dan lugar a un movimiento circular confuso y errático.

Así, de igual manera, lo que se llama inspiración parece ser una combinación de dos impulsos; uno, siendo el alma impelida por una influencia externa, y otro, siendo simultáneamente impelida por su propia naturaleza. Por lo cual no es posible emplear cuerpos inanimados y estables en sí mismos de una manera contraria a su naturaleza con una fuerza violenta, ni mover un cilindro a la manera de una esfera o un cono a la manera de un cubo, ni una lira al modo de una flauta, ni una trompeta como una cítara. Según parece, el uso artístico de cada cosa no es otro que el uso de cada cosa según su naturaleza» (21, 404).

Plutarco nos informa de que, en sus tiempos, la Pitia procedía de una familia honrada y trabajadora, y que había llevado una vida decorosa. Sin embargo, siendo hija de campesinos humildes, carecía de experiencia y de facultades especiales para desempeñar su labor. Plutarco, sumo sacerdote del oráculo de Delfos, afirmaba públicamente que constituía un error «que el profeta tuviera que ser una mujer y que ésta llevara una existencia tan dura por su obligación de mantenerse casta toda su vida».

En Focea existía un santuario oracular consagrado a Heracles Misogynes, es decir, Heracles el misógino. Allí regía una ley que prohibía a los sacerdotes oraculares tener relaciones sexuales

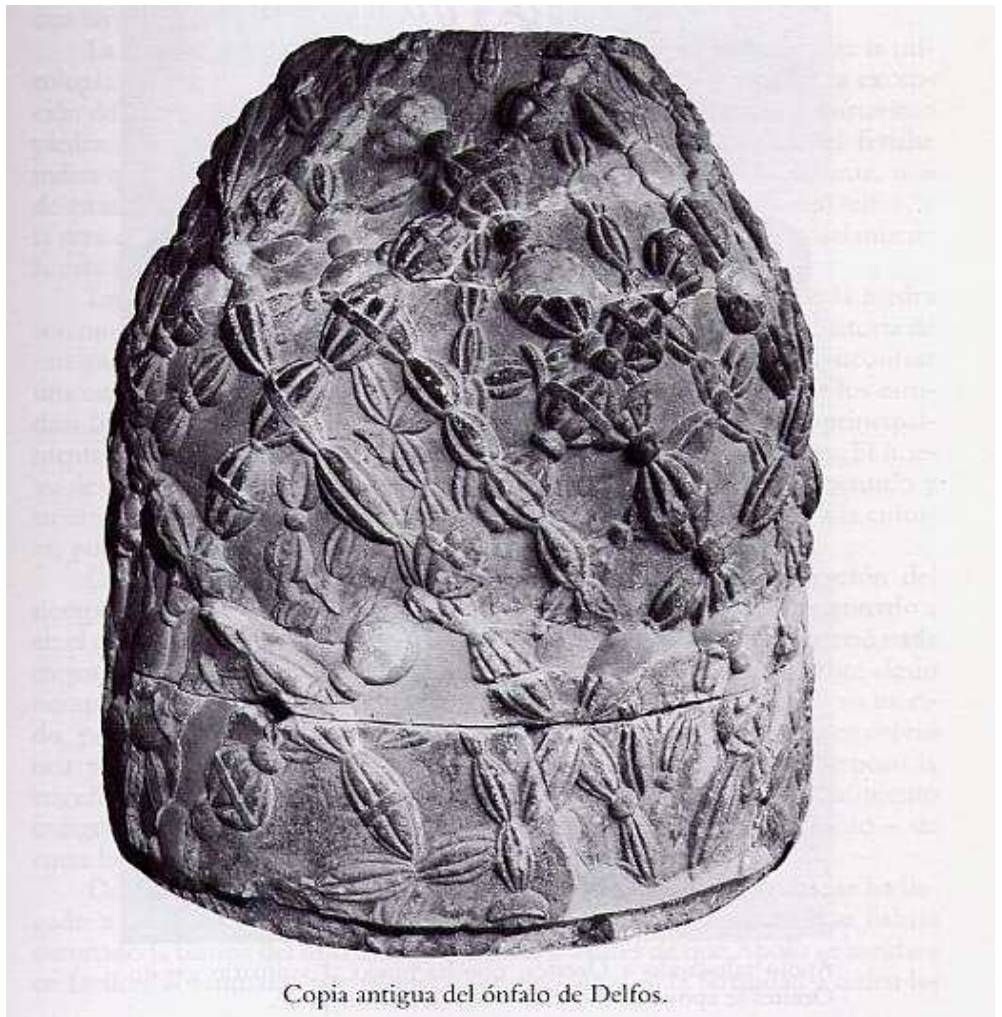
mientras ocupaban su cargo. Según Plutarco, ello también había sido la causa de que, por lo general, fueran ancianos los que ocupaban el cargo de sacerdote. Pero cuando, hacia el año 100 a. de C., un muchacho alcanzó esa dignidad, se enamoró de una joven. «Al principio se dominaba a sí mismo y evitaba la relación con la mujer; pero un día ella, acercándosele mientras él descansaba después de beber y comer... » Se supone que la historia no acaba aquí, pues cuando el apasionado sacerdote consiguió calmarse, le invadieron el temor y el desconcierto. Acudió al oráculo y preguntó si su desliz sería perdonado o castigado. La respuesta fue conciliadora:

«Todas las cosas de fuerza mayor el dios las consiente.»

Al fin y al cabo, Coretas también había sido una persona perfectamente normal. A pesar de que los propios sacerdotes lo pusieran en duda, el celibato de la Pitia siguió siendo obligatorio hasta el poco glorioso final del oráculo.

Un secreto que sigue sin resolverse: el ónfalo

El ónfalo era el tercer requisito importante de los procedimientos oraculares. Durante las excavaciones de Delfos, en septiembre de 1913, se descubrió una piedra de apenas treinta centímetros de altura que tenía forma de huevo partido. Los arqueólogos la llevaron al museo, la



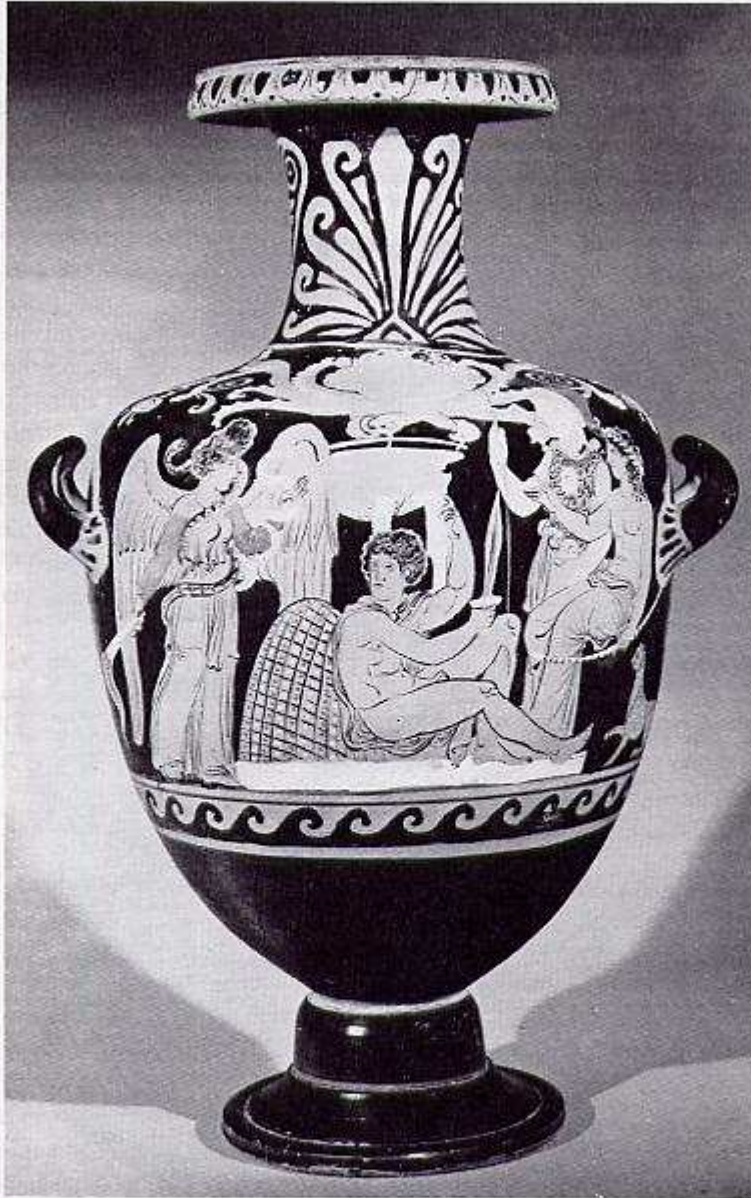
Copia antigua del ónfalo de Delfos.

colocaron al lado de la copia del legendario ónfalo que allí se exhibía y se vanagloriaron de haber hecho el descubrimiento arqueológico más importante de la época. Actualmente, el visitante buscará en vano una pieza presuntamente tan valiosa, pues fue retirada del museo después de que investigaciones recientes revelaran que se trataba del remate del techo de una arqueta consagrada al dios.

Es así como la identidad de la prehistórica piedra de culto sigue sumida en la más absoluta oscuridad. No se sabe quién se la llevó, ni cuándo lo hizo ni dónde la dejó. ¿Fueron los romanos, los galos o los bizantinos? Sólo se sabe qué aspecto tenía, pues existen copias antiguas y pinturas que la representan en vasijas. ¿Para qué servía esta pieza informe?

Antiguamente, se creía que la Tierra era un disco rodeado por el océano, y que el ónfalo se situaba en el centro de ese disco. Para descubrir dónde se encontraba este centro, Zeus envió dos águilas, y para conmemorar este hecho, dos águilas de oro puro flanqueaban el ónfalo deífico: al menos hasta el día en que los malvados focenses, escasos de fondos, fundieron esas aves para convertir el oro en monedas. Pero este dinero llevaba el sello de la desgracia, y la batalla financiada

con él acabó en una derrota que obligó a los focenses a restituir las águilas.



Apolo saludando a Orestes, que ha huido al santuario griego. Orestes se apoya en el ónfalo y se sujeta del trípode.

Apolo saludando a Orestes, que ha huido al santuario griego. Orestes se apoya en el ónfalo y se sujeta del trípode.

Hilos de lana ceñían el ombligo marmóreo, y cuando la Pitia estaba sentada en el trípode, sujetaba con una mano uno de los hilos del ónfalo y con la otra, una rama de laurel. Tras la incomprendible ceremonia del hilo de lana se escondía un símbolo bastante fácil de explicar: representaba la unión con las fuerzas ocultas de la tierra.

La simple presencia de esta antiquísima piedra de culto hacía que la mitología griega ideara las explicaciones más fantásticas. Pues nadie, a excepción de las Pidas y los profetas, llegaba á ver jamás la legendaria y misteriosa piedra. El que los peregrinos pudieran contemplar dos copias del fetiche indica que en Delfos se le otorgaba una gran importancia.

Actualmente, una de estas copias, descrita por Pausanias, se encuentra en el museo de Delfos, y la otra cayó de la terraza del templo y se puede contemplar ahora

delante de la casa reconstruida que albergaba los tesoros de los atenienses.

Las leyendas que iban rodeando el ónfalo como las ramas de la hiedra son numerosas y muy

típicas de la cultura griega. En cuanto en la historia de este país se producía un hecho insólito, se recurría a los dioses para encontrar una explicación. Mucho se ha escrito sobre este fenómeno, y todos los estudios han llegado a una misma conclusión: que los dioses sirven principalmente para explicar los acontecimientos históricos incomprensibles. El huevo de Delfos cumple una función similar. Nadie podía explicar su sentido y su origen. Ello estimulaba la fantasía de este pueblo tan aficionado a la cultura, por lo que un día, empezó a circular la siguiente historia:

Cronos, dios de la primera generación divina y personificación del tiempo, vivía atemorizado por la idea de que sus hijos pudieran destronarlo a él, el dios intemporal y dueño del mundo. Para evitarlo, no se le ocurrió nada mejor que devorar a sus hijos a medida que los iba teniendo. Durante algún tiempo, su esposa, Rea, toleró impotente la demencial actuación de su marido, pero después recurrió a un ardid. Tras el nacimiento de Zeus, envolvió una piedra del tamaño adecuado en unos pañales e hizo que su esposo la engullera. Éste tuvo que eructar unas cuantas veces y devolvió el alimento indigesto. Posteriormente, Zeus sacó la piedra —se trataba del ónfalo— de entre los pañales y la depositó al pie del Parnaso.

Después, al intentar encontrar otras explicaciones mitológicas, se ha llegado a afirmar que el huevo de mármol era una losa sepulcral que habría coronado la tumba del hijo de Zeus, Dioniso. Antes de que Apolo se asentara en Delfos, el santuario perteneció a Dioniso, dios de la fertilidad a quien las mujeres ofrecían en procesiones orgiásticas enormes réplicas de falos. Según esta tradición, su tumba se habría encontrado en el *aditón* de la Pitia.

Reconstrucción teórica del aditón (dibujo de F. Hady).

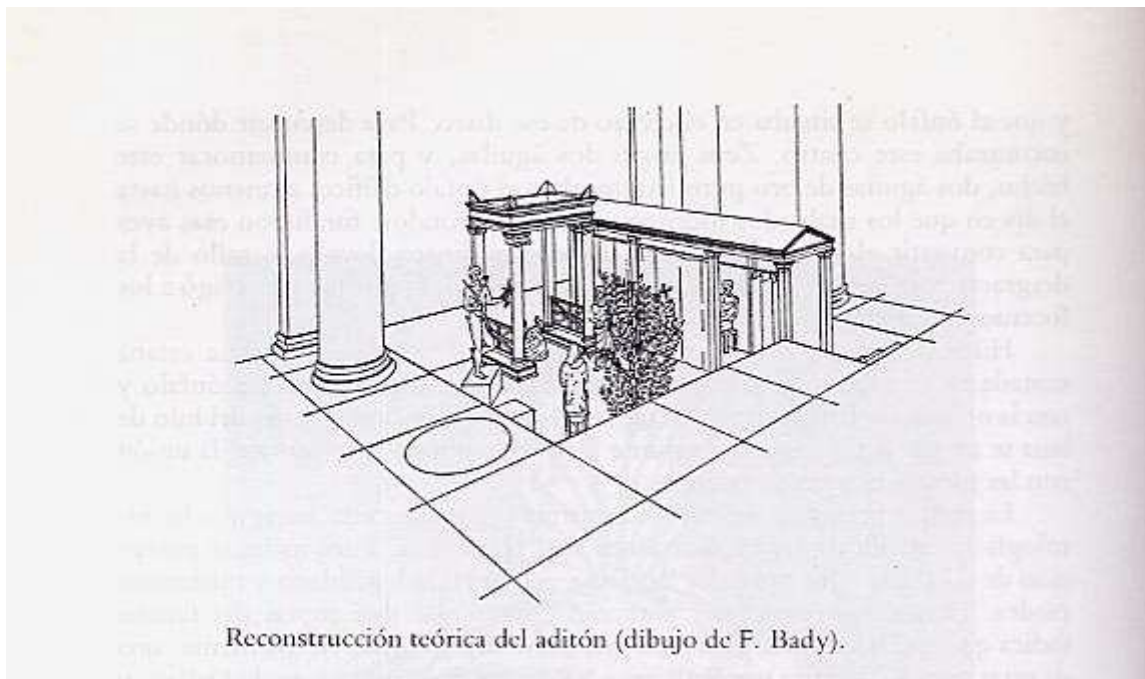
Precognición y locura

Inspirada por estos tres objetos de culto, la Pitia entraba en un estado de enajenación. Es posible que ella se autosugestionara, pero también que la hipnotizara un sacerdote. Sin

embargo, es probable que los dos procedimientos se aplicaran según el estado en que se encontraba la Pitia. Plutarco no lo llamaba enajenación, sino entusiasmo y éxtasis; Cicerón cree más bien que se trataba de locura, y Platón lo veía como una especie de frenesí.

Platón (427-347 a. de C.) distinguía cuatro formas diferentes de «locura divina»: la locura profética, la locura ritual o iniciática, la locura poética y la locura erótica. Todas ellas, afirmaba Platón, se producían cuando un dios alteraba las habituales normas sociales. El pensador también distinguía entre la locura «divina» y —llegando a tocar cuestiones fascinantes de la psicología moderna— la originada por una enfermedad, con lo que se refería principalmente a la epilepsia, como la que afectó al rey persa Cambises.

Tan trastornada como la personalidad de un loco también lo era la relación que mantenían los griegos con esta enfermedad. En el caso de la locura epiléptica hablaban, por un lado, de «enfermedad sagrada» —un demonio se había apoderado de la persona—, mientras por el otro estos enfermos no podían acercarse a la gente sin que les tiraran piedras, habiendo de soportar también la



Reconstrucción teórica del aditón (dibujo de F. Bady).

vejación que suponía que se escupiera en el suelo ante ellos.

La locura sólo era apreciada y respetada entre los griegos cuando de ella se podía sacar un provecho personal o público. Afrodita y Eros eran considerados los dioses protectores de la locura erótica, el estado de enajenación que se tenía por deseable. Las musas representaban la locura poética, cuyos productos gozaban de una gran aceptación entre el público. La locura ritual se inspiraba en Dioniso, y Apolo fue la divinidad protectora de la locura profética. Se ha podido demostrar que las sacerdotisas que emitían vaticinios en Delfos caían en algún momento en cada una de estas formas de locura.

La palabra griega *mantis*, adivino, viene de *mainein*, que significa experimentar frenesí o entrar en éxtasis. Por tanto, se creía que el don de la profecía era un estado mental poco frecuente. El que este estado se produjera de diversas maneras en los santuarios oraculares tiene una explicación asombrosamente sencilla: la divinidad protectora del oráculo era la que determinaba los procedimientos que debían seguirse. En el caso de Apolo, los médiums desempeñaban un papel importante; en el caso de Dioniso, el vino y las danzas extáticas; y Zeus, la más artera de las divinidades, también demostró tener habilidades como dios oracular.

En Delfos, la Pitia era, más que otra cosa, una médium transportada a un estado de divinación. Al hablar, la Pitia sólo reproducía lo que le había inspirado Apolo. Por ello, el oráculo de Delfos daba todas las respuestas en primera persona, utilizando el pronombre yo.

Hace tiempo ya que la psicología moderna ha demostrado que no todas las personas tienen facultades adivinatorias. Por tanto, no todas las delfias reputadas podían hacer de médium. A pesar de ello, apenas sabemos nada sobre los requisitos que habían de cumplir las Pítias ni acerca de los criterios por los que se regía su selección. Este tema siguió siendo tabú incluso en épocas posteriores. Plutarco se limitaba a mencionar que, en sus tiempos, la Pitia era pobre y honrada, pero no demasiado culta.

Y eso que él, más que ningún otro, habría sido la persona indicada para informarnos de lo que pasaba entre bastidores, pues Plutarco fue sumo sacerdote de Delfos a partir de los cincuenta años de edad. Se sabe con certeza que, mientras pronunciaba los vaticinios, la Pitia se convertía en una herramienta desprovista de voluntad; se transformaba en una médium. Ella misma, al igual que la mayoría de sus contemporáneos, creía que Apolo le inspiraba las profecías, lo que estaba de acuerdo con las enseñanzas oficiales de la religión griega.

Los conocimientos incomprensibles para la razón sólo se pueden adquirir en un estado que tampoco resulta comprensible para la razón. Por tanto, llámeselo como se quiera —éxtasis, locura o frenesí—, ese estado era básico para que la Pitia pudiera vaticinar el futuro. Y muchos parapsicólogos, que ahora hacen públicos en todo el mundo los asombrosos resultados de sus investigaciones, encuentran en Delfos la confirmación de sus hipótesis: la telepatía y la precognición no son descubrimientos de la era moderna. Y si las Pítias de Delfos tenían al principio unos quince años, y posteriormente alrededor de los cincuenta, puede que en la antigüedad ello se atribuyera a la historia de la violación de una de las profetisas, pero actualmente se ha demostrado científicamente que son precisamente las muchachas adolescentes y las mujeres que rondan los cincuenta años las que mayores facultades adivinatorias tienen.

A la búsqueda de la grieta

Mientras en este caso la investigación moderna confirma un fenómeno histórico, en otros casos resultan desconcertantes los más recientes descubrimientos científicos, y con frecuencia incluso llegan a conclusiones que contradicen las versiones tradicionales. El geógrafo griego Estrabón, que vivió al comienzo de nuestra era, escribe lo siguiente en uno de sus diecisiete libros: «Dicen que el oráculo es una cueva vertical con una abertura no demasiado grande. De allí surge un vaho que inspira, y sobre su entrada se encuentra un trípode muy alto; a él se sube la Pitia para inspirar el vaho y pronunciar sus vaticinios» (9, 3, 5).

Hasta ahora, los arqueólogos han intentado infructuosamente localizar esta grieta. Los geólogos

han llegado a la conclusión de que es casi imposible que pudiera haber existido jamás, dada la morfología del lugar. Pero sigue planteada la pregunta sobre la procedencia de este halo, cuyos efectos Plutarco describe tan detalladamente: «Creo que la exhalación no permanece en el mismo estado todo el tiempo, sino que tiene ciertos períodos de debilitamiento y de fuerza. La prueba de que yo me sirvo tiene como testigos a muchos extranjeros y a todos los servidores del santuario: la habitación en la que se sientan los que consultan al dios se llena, no con frecuencia ni con regularidad, sino a intervalos fortuitos, de unos olores y un soplo agradables, como si saliesen emanaciones comparables a los más suaves y finos perfumes de este lugar sagrado, como de una fuente; es probable que estos efectos se produzcan por el calor o por alguna otra fuerza. Y, si eso no parece creíble, reconoceréis, al menos, que la Pitia misma está sujeta a diferentes influencias, variando de tiempo en tiempo, en esa parte de su alma, con la que el soplo de adivinación entra en relación; y que ella no conserva siempre una sola disposición, como un acorde, invariable en toda ocasión. Pues numerosas molestias y turbaciones de las que ella se da cuenta, y muchas más no perceptibles, se apoderan de su cuerpo y se deslizan en su alma; y cuando está repleta de éstas es mejor que no vaya allí ni se entregue al dios, no estando completamente pura —como un instrumento bien ajustado y bien afinado—, sino en un estado de emoción y de inestabilidad. el vino, por ejemplo, no siempre produce el mismo estado de embriaguez, ni la música de la flauta el mismo estado de entusiasmo; sino que las mismas personas entran, unas veces menos, otras veces más, en el delirio báquico y en la embriaguez, según que la disposición dentro de ellas llegue a ser diferente» (50, 437).

Lo que muchos historiadores critican de Pausanias, quien informó de hechos que sólo conocía de oídas, y que nunca había entrado en la cella oracular de la Pitia, no se puede criticar de Plutarco. Él era un sumo sacerdote, y durante más de veinte años fue el director del gran teatro deífico.

La forma en que Plutarco llegó a ocupar el cargo de sumo sacerdote de Delfos sigue siendo algo misteriosa. Se sabe que era ciudadano y habitante de Queronea, un pueblo que se encontraba a un día de viaje de Delfos, pero que Delfos se convirtió muy pronto en un segundo hogar para él, pues aquí poseía casa y tierras. Con su hermano Lamprias y el profesor Amonio entablaba discusiones teológicas sobre cuestiones delficas, y Plutarco las apuntó por escrito. Es posible que, con el tiempo, ello impresionara tanto a los delfios, que llegaron a elegirlo para ocupar el cargo más importante del templo. En una inscripción podemos leer que Plutarco fue sumo sacerdote durante los primeros años del reinado de Adriano (76-138, emperador romano desde el año 117), y que, como tal, también presidía el consejo de anfictions. Se le consideraba una de las personas que más habían hecho por el santuario. Por ello, los ciudadanos de Delfos y de Queronea, por decisión de los anfictions, le erigieron un monumento. De hecho, gracias a las buenas relaciones que mantenía con Roma, sobre todo con Sosio Senecio, amigo y persona de confianza de Trajano (53-117, emperador romano desde el año 98), había conseguido que el deteriorado oráculo volviera a adquirir importancia. Según sus propias palabras, en Delfos, la aridez, la esterilidad y la pobreza habían llevado a la riqueza, el esplendor y la fama. No hay duda de que participó en la construcción de muchos edificios nuevos y en la refundación de las tierras propiedad del santuario.

Para él, los vapores terrestres tenían un significado fundamental. Plutarco creía que el entusiasmo se producía forzosamente cuando «las facultades adivinatorias se encuentran en el estado adecuado para mezclarse con el halo».

De leerse literalmente el texto anteriormente citado, sólo se puede llegar a la conclusión de que la emanación de vapores se debía a oscilaciones naturales, y ello significaría que los vaticinios de la Pitia habrían dependido de la actividad e intensidad de las imprevisibles reacciones del géiser. Entonces habría resultado irrisorio fijar la fecha en cada séptimo día de los meses de verano, aunque en ningún lugar se mencione que la ausencia de vapores haya obligado jamás a suspender la consulta. Por otro lado, la ceremonia descrita, en la que se rociaba con agua un cabrito, para determinar la causa de su temblor si el oráculo estaba dispuesto o no a ofrecer sus vaticinios, carecería de toda base realista. ¿De qué habría servido el buen presagio si de la tierra no surgían los vapores inspiradores?

La solución la sirvió un diccionario

Debido a las investigaciones geológicas, los historiadores, tan apegados a los escritores clásicos como los testigos de Jehová al Antiguo Testamento, han buscado la cueva oracular de la Pitia fuera del templo de Apolo. Por ejemplo, el profesor Joseph Fontenrose, de la Universidad de California, en un estudio sumamente brillante, defiende que al menos el anterior oráculo de la diosa de la Tierra, Gea, se habría encontrado en la cueva de Corcira, 760 metros por encima del santuario. Sin embargo, todas estas teorías plantean un sinnúmero de preguntas nuevas que no ofrecen una solución realista al problema.

Y eso que el problema podría tener una solución asombrosamente sencilla. el diccionario griego recoge 44 acepciones en la entrada de *pneuma*, entre las que se encuentran las de «gas» y de «corrientes de aire». Pero *pneuma* también significa «estado de ánimo», «fuerza impulsora», «espíritu» y «estado psíquico».

Ahora, el texto de Plutarco adquiere un sentido muy diferente: no eran las emanaciones de vapor las que variaban de intensidad, sino el estado psíquico de la Pitia, que no era constante. El *pneuma* no daba lugar a una reacción psíquica, pues se trataba de un estado psíquico. Lo que los consultantes podían oler en el templo oracular no eran emanaciones de la tierra, sino incienso, laurel y hierbas aromáticas que intensificaban el *pneuma*.

Sin embargo, el investigador profesor Herbert W. Parke no cree necesario explicar de forma científica el excepcional estado psíquico en que se encontraba la Pitia al emitir sus vaticinios. Parke cree que el misterio de los oráculos sólo se puede interpretar mediante dos teorías extremas, o posiblemente con una combinación de ambas.

Primera teoría: los sacerdotes y la Pitia eran estafadores que participaban en la antigua manipulación porque recibían mucho dinero a cambio. En este caso, el estado psíquico de la Pitia habría sido un engaño, aunque impresionara sobremanera a los creyentes.

Segunda teoría: al contrario, los sacerdotes y la Pitia creían en lo que hacían. No eran ellos los que estafaban, sino los estafados. El fenómeno de la locura profética era el producto de un poder que ellos no se podían explicar, tanto si éste se llamaba inspiración de un espíritu como manifestación de una conciencia humana superior.

Muchos indicios inducen a creer que la segunda de estas teorías es la más estricta. Resulta significativo que durante los más de mil años de historia de los oráculos, en la que también cantaron victoria la ilustración y el racionalismo, apenas se manifestaran críticas a esta institución. El historiador de la antigüedad Eric Robertson Dodds lo expresa de la forma siguiente: «Los griegos creyeron en sus oráculos, no porque fueran locos supersticiosos, sino porque no habrían sabido vivir sin esta creencia».

El oráculo significaba creencia y religión, como también lo era la costumbre de los antiguos egipcios, que enterraban a sus muertos con comida y esculturas de sirvientes. El sacerdote egipcio y filósofo estoico Queremón, que vivió en el siglo I d. de C., dijo al respecto: «El espíritu del vino se confunde con el que lo bebe, y tanto el entusiasmo adivinatorio como el erótico se sirve de las facultades existentes y estimula a todo el que lo asimile, según su naturaleza». Y Plutarco decía: «El cuerpo se sirve de muchas herramientas, pero del cuerpo y de sus partes se sirve el alma, y el alma, a su vez, es una herramienta de Dios».

Una Pitia enloqueció...

Por ello, el ceremonial de la consulta oracular, anteriormente descrito, adquiriría gran importancia. La Pitia había de desprenderse lentamente y con sumo cuidado de su entusiasmo. Tanto Luciano como Plutarco han descrito los malogrados intentos de provocar un estado de trance en la Pitia. En los dos casos se produjeron incidentes dramáticos, y como demuestra el informe de Plutarco, pronunciar vaticinios era una actividad que encerraba peligros mortales.

Según Luciano, el procónsul romano Apio Claudio acudió a Delfos para que el oráculo le proporcionara la solución a los graves problemas planteados por la guerra civil entre César y Pompeyo. Pero el santuario estaba cerrado. Entonces, el insolente procónsul penetró en los aposentos de la Pitia, sacó de allí a la atemorizada profetisa, la arrastró hacia el templo de Apolo y la obligó a subir al trípode. Mientras tanto, habían llegado los sacerdotes, que intentaron improvisar una consulta oracular extraordinaria. La Pitia temblaba de miedo y se negó a entrar en la cella oracular. Finalmente, cedió ante la insistencia de los sacerdotes, desapareció en el *aditon* y simuló con bufidos y gemidos el entusiasmo deseado. Sin embargo, Apio Claudio se percató del engaño.

«¡Mujer sin dios! —gritó enfurecido, dirigiéndose al *aditon*—. ¡He venido para conocer el destino del mundo enloquecido! ¡Si no dejas de hablar con tu voz natural y bajas hacia la grieta, los dioses, de cuyo oráculo te burlas, te castigarán severamente, y otro tanto haré yo!»

Finalmente, la Pitia lo intentó otra vez, al parecer bajo los efectos de la autosugestión. Luciano escribe que ella había hecho el enorme esfuerzo de suprimir cualquier pensamiento propio para despojar a su cuerpo de todo lo mortal. Sin embargo, el intento fracasó, ya que la Pitia saltó de su trípode para cruzar tambaleante el templo oracular, derribando todo lo que encontraba a su paso. Como poseída agitaba la cabeza, de modo que la corona de laurel que le habían colocado los sacerdotes salió volando por los aires, y se le pusieron los pelos de punta. Después chocó, fuera de sí, con las puertas del templo, las abrió de un golpe a pesar de haber estado éstas cerradas con llave, y sólo volvió en sí una vez hubo salido al aire libre.

...y otra pagó con su vida

Otro intento de pronunciar vaticinios por la fuerza, del que nos habla Plutarco, acabó trágicamente. Hacia principios del siglo II d. de C. habían acudido de muy lejos dos consultantes para plantear sus preguntas al oráculo. Se inició la ceremonia tradicional, pero cuando los sacerdotes rociaron el cabrito con agua, éste no reaccionó.

Según los ritos habituales, la consulta oracular debería haberse interrumpido en este preciso instante. Serviles y conscientes de que los extranjeros habían acudido de muy lejos, los hombres sagrados prosiguieron con su empeño, tirando cubos de agua enteros sobre el pobre animal, hasta que pudieron percibir un ligero temblor. Aterrada, la Pitia lo observaba todo.

«Bajó al oráculo, según dicen, no queriendo y de mala gana; y en sus primeras respuestas fue inmediatamente manifiesto, por la ronquera de su voz, que no se reponía; a modo de un barco agitado, estaba llena de un soplo mudo y maligno. Por fin, completamente fuera de sí y con un grito confuso y terrible, se lanzó a la salida y se echó a tierra, así que no sólo huyeron los consultantes, sino también el intérprete de oráculos Nicandro y aquellos santos que estaban presentes. Después de poco tiempo, entraron y la encontraron inconsciente, sobrevivió pocos días» (51, 438 a).

Al aparecer el sumo sacerdote Nicandro como testigo ocular, se puede suponer que este pasaje se basa en hechos reales, pues Nicandro no sólo era colega de Plutarco, sino también amigo suyo.

De esta descripción se pueden extraer paralelismos sorprendentes con experimentos espiritistas, en los que un médium —generalmente femenino— empieza de repente a hablar, o incluso a gritar, con una voz totalmente cambiada. Somos conscientes de los problemas que plantean estos experimentos, pero el que a menudo intervengan la manipulación y el engaño no prueban que se basen exclusivamente en la mentira. De la misma manera, el proceso de trance aparente descrito por Plutarco no demuestra que el entusiasmo de la Pitia fuera siempre ficticio. Al contrario; el fin que tuvo el forzado experimento ilustra —y se supone que era ésa su intención— que el intento de evadirse de las normas y de pronunciar profecías irregulares podía tener consecuencias muy graves.

El profesor Parke escribe: «Teniendo en cuenta las circunstancias de la época, la psicología moderna no hallará problemas para explicar la actuación de la Pitia». El profesor dublinés cree que la Pitia de Delfos se servía de la autosugestión para entrar en un estado propicio para las profecías; es decir, que no le había hecho falta dejarse hipnotizar por un sacerdote. Parke considera que los sacerdotes no sabían cómo funcionaba el procedimiento oracular y que no podían darle una

explicación científica, por lo que habían de creer en la inspiración divina. Para ellos, la voz que oían era la de un dios.

Respuestas en verso y en prosa

Las respuestas que dio esta voz suscitaron intensas discusiones en la misma antigüedad y aún hoy dividen a los arqueólogos en dos bandos. Sin embargo, aquí no se trata del contenido de los vaticinios, sino de la forma en que se expresan. El profesor Parke, por ejemplo, cree reconocer en esta forma «las exclamaciones confusas y caóticas de una mujer hipnotizada». En cambio, el profesor Georges Roux, de la Universidad de Lyon, defiende que la Pitia había pronunciado las respuestas «en un lenguaje claro y comprensible». También afirma que la falta de claridad de algunas sentencias oraculares se debía a la ambigüedad de su contenido, pero no al incomprensible lenguaje empleado. La cuestión de si la Pitia respondía en verso o en prosa sigue siendo igualmente debatida.

Lo que sí se sabe con certeza es que, en Delfos, las respuestas se daban oralmente. Las respuestas a terceros, políticos o generales que habían enviado una delegación, las apuntaban los sacerdotes después de que la Pitia hubiera pronunciado la sentencia. Incluso existían poetas en Delfos que, a cambio de algún dinero, embellecían una sencilla respuesta oracular. Ello demuestra que la Pitia no hablaba exclusivamente en versos bien compuestos. «Pues entre nosotros no hay nadie —afirma Plutarco— que no se pregunte por el sentido y la causa de que el oráculo haya dejado de hablar en hexámetros y en dísticos elegíacos. »

Esta circunstancia, lamentada por todos, se debió al gran número de personas que en épocas posteriores acudían al oráculo de Delfos, y entonces ya no quedó tiempo para hacer versos. Sin embargo, el sumo sacerdote Plutarco subraya que ello no influyó en la calidad de las profecías: el respeto que inspiraba la astronomía tampoco había sido menor por el hecho de que Aristarco y Timócaris, Aristilo e Hiparco hubieran escrito en prosa, mientras que, anteriormente, Endoxo, Hesíodo y Tales lo hicieran en verso. Pero al igual que en tiempos anteriores hubo personas que criticaban la ambigüedad y la falta de claridad de las sentencias oraculares, ahora, otras se quejaban de que fueran excesivamente simples.

Después, Plutarco hace una confesión que convierte Delfos —a pesar de la sencillez de las respuestas— en una institución aparentemente imprescindible:

«Yo, por mi parte, estoy contento y aprecio mucho la situación actual y por la que consultan al dios; hay, en efecto, una gran paz y una gran calma; la guerra ha cesado, no hay emigraciones ni guerras civiles, ni tiranías, ni otras calamidades y desgracias en Grecia que exigían de alguna manera la actuación de muchos y extraordinarios remedios. Donde no hay nada complicado ni secreto, ni terrible, sino que las preguntas son sobre asuntos pequeños y de cada uno, como las que se proponen en la escuela: "si debería casarse", "si debería hacer un viaje", "si debería hacer un préstamo"; y las más importantes consultas de parte de las ciudades son sobre la producción de cosechas, la reproducción del ganado y la salud de las personas: revestirlo en verso, formar perífrasis, e introducir palabras extrañas para preguntas que exigen una contestación sencilla y breve, es obra propia de un pedante ambicioso que embellece un oráculo para mejorar su fama. Pero la Pitia, por su parte, tiene un noble carácter, y cuando desciende allí dentro y se encuentra en presencia del dios, no se preocupa, como tampoco lo hace el dios, de esa fama ni de la alabanza o reproche de los hombres» (28, 408).

Y es que habría resultado grotesco que la Pitia contestara en verso a la pregunta de si una persona debía o no pedir un crédito. Seguramente, los versos oraculares que reproduce Heródoto no provienen de la misma Pitia. Es posible que los sacerdotes tradujeran las respuestas a una forma literaria, o que el mismo Heródoto intentara darles la forma que a él le parecía adecuada para estas sentencias históricas.

Algunos historiadores de la antigüedad sospechan incluso que las respuestas frecuentemente ambiguas y misteriosas de la Pitia no existieron jamás en la forma que nos han llegado. Creen que

fueron los escritores de la antigüedad quienes transformaron las respuestas claras y concisas en sentencias casi incomprensibles, pues estos juegos literarios formaban parte del espíritu griego de la época.

Según el estado actual de las investigaciones, la Pitia délfica de los siglos anterior y posterior a Cristo no pronunciaba los vaticinios en verso, y sólo después de Plutarco el oráculo recuperó su antigua tradición literaria.

Procedimiento que se seguía durante la consulta

En Delfos, la ceremonia de la consulta era relativamente profana. Es posible que ello se debiera, simplemente, al elevado número de consultantes del oráculo délfico, muy superior al de cualquier otro santuario del mundo. Dada esta gran demanda, los únicos que podían presentar sus preguntas por escrito eran las delegaciones de algún Estado, y ello por dos motivos. Primero, los comisionados presentaban la pregunta por escrito, y como la respuesta no les afectaba personalmente, debían reproducir la sentencia de forma literal. Para ello había que escribirla. En segundo lugar, el oráculo se tomaba su tiempo para responder a las consultas sobre cuestiones trascendentes. La pregunta escrita ayudaba a los sacerdotes a discutir el problema, y en los casos más difíciles, este método incluso les permitía disponer del tiempo suficiente para hacer las averiguaciones necesarias. Pero los oráculos de tanto peso eran muy poco frecuentes. Si hoy en día conocemos una cantidad relativamente grande de ellos, se debe a que los historiadores reprodujeron las respuestas políticas trascendentes, mientras que los problemas personales no se llegan a mencionar en ningún lugar.

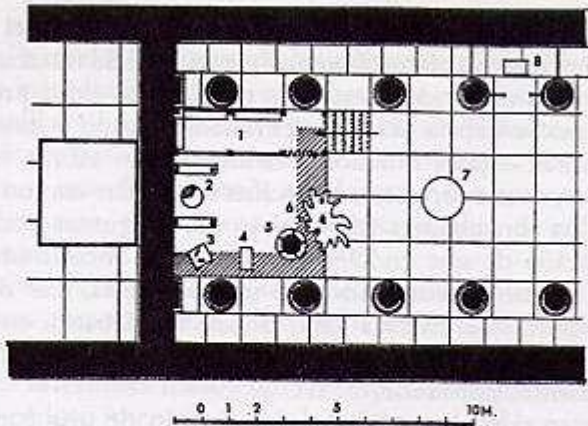
Pero eran precisamente las preguntas sobre la fortuna y el futuro las que — también en Delfos— se planteaban una y otra vez. Se trataba de problemas matrimoniales y de celos, de cuestiones referidas al éxito profesional y de disputas jurídicas. Se habría perdido demasiado tiempo y dinero apuntando o haciendo apuntar —pues muchos consultantes no sabían escribir— estas preguntas que, en su mayor parte, se podían responder con un simple sí o un no. Por tanto, los consultantes formulaban sus preguntas oralmente. Ésa es la única explicación de que en Delfos no se haya encontrado ni una tabla oracular sobre la que aparezca anotada una pregunta. Las delegaciones se llevaban las respuestas escritas a casa, donde las daban a conocer ante los representantes del pueblo, y los problemas personales se trataban oralmente: que pase el siguiente, por favor.

De hecho, se sabe de una única descripción de una consulta oracular oficial. La inscripción ática data del siglo IV y contiene una consulta que los atenienses hicieron en Delfos, pues no sabían si deberían retirarse a una zona sagrada y sin construir de Eleusis. En el edicto se describen todos los preparativos para presentar la consulta ante Apolo délfico:

«El secretario del consejo ha de inscribir dos textos en sendas tablas de cinc iguales o semejantes; en una de ellas deberá grabar el siguiente texto: "¿Será más bueno y prometedor para los hombres de Atenas que el basileo abandone las tierras que ya se cultivan dentro de los límites del prado sagrado, para construir una sala de columnas y enriquecer los adornos del santuario de las dos diosas?". En la otra, habrá de escribir lo siguiente: "¿Será mejor y más prometedor para los hombres de Atenas dejar sin cultivar para las dos diosas las tierras que ya habían sido trabajadas dentro de los límites del prado sagrado?". Cuando el secretario haya escrito esto, el presidente de los *prohedroi** ha de tomar las dos finas tablas y enrollarlas, y cuando las haya envuelto en lana deberá colocarlas ante el pueblo en un jarrón de bronce. Una comisión de la asamblea del pueblo se encargará de preparar estas cosas, y del tesoro de la diosa [Atenea] se sacará un jarrón de oro y otro de plata, que se llevarán en seguida ante el pueblo; el presidente de la comisión agitará el jarrón de bronce y sacará una tras otra las dos tablas, para guardar la primera en el jarrón de oro y la segunda en el jarrón de plata, y después tapar ambos jarrones. El presidente de la comisión ha de sellar los jarrones con el sello del Estado, y todo ateniense que lo desee puede poner a su lado su sello propio.

* Los *prohedroi* se encargaban de organizar las reuniones del consejo o de la asamblea del pueblo.

Después, los tesoreros trasladarán los jarrones a la Acrópolis. el pueblo deberá elegir a tres hombres, uno perteneciente a la asamblea y dos atenienses sin cargos, y éstos tendrán que acudir a Delfos para consultar al dios y preguntarle cuál de los escritos le parece el más acertado respecto a lo que los atenienses deben hacer con el prado sagrado, si el que se encuentra en el jarrón de oro o el que está en el de plata. Cuando los hombres hayan vuelto de consultar al oráculo, se traerán de nuevo los dos jarrones. Entonces, se leerán públicamente el oráculo y las dos preguntas, para que se sepa cuál de las alternativas por las que se ha decidido Apolo resulta mejor y más prometedor para los atenienses.»



Plano del aditón (1:300). Reconstrucción teórica según los textos antiguos. 1. El *Oikos*, la sala para los consultantes; 2. Ónforo bajo el baldaquino con columnas (*Prostasis*); 3. Estatua dorada de Apolo; 4. Tumba de Dioniso, hijo de Semele; 5. Agujero del oráculo (*Chasmages*) y trípode; 6. Laurel sagrado; 7. Fuego de Hestia; 8. *Poseidanión*

Plano del aditón (1:300). Reconstrucción teórica según los textos antiguos. 1. el *Oikos*, la sala para los consultantes; 2. Ónforo bajo el baldaquino con columnas (*Prostasis*); 3. Estatua dorada de Apolo; 4. Tumba de Dioniso, hijo de Semele; 5. Agujero del oráculo (*Chasmages*) y trípode; 6. Laurel sagrado; 7. Fuego de Hestia; 8. *Poseidanión*

Este edicto resulta notable por varios motivos. Manifiesta cierto escepticismo que sentían los atenienses ante el oráculo de Delfos. Los comisionados no

podían siquiera plantear la pregunta concreta. Pues si el oráculo de Delfos era realmente capaz de adivinar el futuro, razonaban los atenienses, también debía ser capaz de leer las dos preguntas. Por otro lado, este complejo procedimiento permitía evitar toda forma de corrupción, pues ni siquiera el presidente de la comisión sabía, después de haber envuelto los rollos de cinc en lana y haberlos agitado dentro del jarrón de bronce, qué pregunta se había guardado en los jarrones de oro y de plata.

El profesor Herbert W. Parke comenta de la manera siguiente el procedimiento empleado: «El ejemplo ateniense es único en toda la tradición. El que el procedimiento se describiera con tanto detalle en un decreto oficial, en lugar de limitarse a plantear simplemente la pregunta, significa, sin lugar a dudas, que el método se utilizaba en muy raras ocasiones. No sabemos por qué motivo se empleó justamente en este caso, pues no existen escritos antiguos que se pronuncien al respecto. Probablemente, por algún motivo los atenienses trataban de eliminar cualquier posible influencia humana en la respuesta. Es posible que esa cuestión hubiera suscitado discusiones entre los atenienses. Pero también cabe que la causa residiera en el estado en que se encontraba Delfos. La tercera guerra sagrada había llegado a su máxima intensidad, Onomarco se había adueñado de los tesoros de Apolo, y la reconstrucción del templo destruido en el año 373 había quedado prácticamente finalizada. Por ello es probable que el oráculo de Delfos funcionara como siempre. Y aunque la mayoría de los atenienses simpatizara con los focenses, ocupantes del santuario, es muy probable que sintieran que en una situación semejante era mejor emplear ese extraño método para resolver una cuestión espinosa, de modo que finalmente la Pitia eligiera fortuitamente entre las dos alternativas desconocidas».

La sentencia más misteriosa de la Pitia

Algunas sentencias de la Pitia resultaron tan misteriosas que nadie fue capaz de entenderlas, e incluso tras muchos años de cavilaciones, los hombres más sabios de la época no consiguieron dar una explicación convincente. El que los oráculos más incomprensibles también encerraran un determinado sentido y una finalidad lo demuestran los vaticinios que afectaban a una noble familia ateniense, los Báquidas. Es una de las profecías más asombrosas de Delfos. Y la precisión de la sentencia hace sumamente improbable que luego se pudieran interpretar al azar las afirmaciones de la sentencia conforme a los hechos ocurridos realmente.

El quinto rey de Corinto se llamaba Baquis; de ahí que todos los que pertenecían a su familia se llamaran Báquidas. No eran bien vistos por los ciudadanos de Corinto, pues reinaban con brutalidad. Una sentencia oracular de Delfos había vaticinado el siguiente futuro a los Báquidas:

«Preñada está un águila entre roquedales, y parirá un león formidable
y sanguinario, que segará muchas vidas.
Tened, pues, esto bien en cuenta, corintios, que habitáis
cabe la hermosa Pirene y la escarpada Corinto.»

(Heródoto, V, 92)

La montañosa Corinto, en el noreste del Peloponeso, se levantaba cerca de una fuente vital para la ciudad, la de Pirene. Pero la imagen del águila embarazada que da a luz un león siguió incomprensible tras varios años de intentar encontrar una interpretación.

Ello ocurrió muchos años después, y el enigma quedó resuelto por sí solo.

Todo empezó con Labda, una hija paralítica del rey de Corinto. A su padre le dolía que no encontrara un esposo digno, al menos ninguno que perteneciera a la familia de los Báquidas. Cuando por fin llegó uno, de Petra, perteneciente a la familia de los Ceneos, el padre no lo pensó mucho y le dio la hija por esposa. El hombre se llamaba Eetión y era hijo de Eécates. Le habría gustado tener hijos, pero dado el estado de su esposa, resultaba casi imposible. Desesperado, viajó a Delfos para consultar al oráculo.

No tuvo tiempo de hacerlo. Antes de poder plantear su pregunta en el santuario, escuchó la voz grave de la Pitia:

«Eetión, nadie te estima, pese a que eres acreedor a estimación.
Labda está encinta y parirá un peñasco,
que caerá sobre los déspotas y hará justicia en Corinto.»

Y la mujer paralítica realmente dio a luz un muchacho, la roca rodante —tal como había vaticinado la Pitia— que había de aplastar a la clase dominante. Ahora, los Báquidas empezaron a comprenderlo todo. Al parecer, se estaba cumpliendo la antigua sentencia oracular: en griego, Petra significa roca. Por tanto, la roca rodante era el hijo de Labda y Eetión. «Preñada está un águila entre roquedales, y parirá un león», rezaba la sentencia, y ello significaba que Eetión (del griego *Eetos*, águila) tendría un hijo en Petra, y que, en un futuro, este hijo se convertiría en rey (león = símbolo real).

Los Báquidas se reunieron para determinar qué hacer. Desde hacía siglos, nadie que no fuera de su sangre se había casado con algún miembro de la familia. A Labda sólo se le había dado un esposo extranjero porque no había ningún hombre de las propias filas que accediera a casarse con ella, y porque parecía seguro que su estado físico le impediría tener descendientes. Ahora que se había producido lo inesperado, sólo quedaba una solución: deshacerse del hijo de Eetión.

Eligieron a diez hombres que habían de ir a Petra para matar al niño. Pero como los diez enviados no se sentían demasiado felices por tener que realizar este trabajo, durante la marcha decidieron que el azar determinase quién de ellos cumpliría aquel propósito. Querían que les enseñasen al niño, y el primero que lo recibiera en brazos había de dejarlo caer.

Labda se alegró de recibir a la delegación de su patria y puso el niño en brazos del hombre que

estaba más cerca de ella. el bebé reía. Al verlo, el que habría tenido que ser el asesino no pudo hacer más que pasar el bulto, y el siguiente tampoco se vio capaz de cometer el crimen, al igual que el tercero, de forma que cada uno de los diez hombres llegó a tener el indefenso bebé en brazos, sin dejarlo caer.

La delegación de Corinto se despidió. Sin embargo, ante el portal los hombres empezaron a discutir a voces, pues se culpaban mutuamente del fracaso de la misión. Por último, decidieron intentarlo de nuevo, pero Labda, que lo había oído todo, escondió al niño en un arca repleta de harina y se negó a mostrarlo otra vez. Por eso, los corintios emprendieron el camino de regreso y una vez en la ciudad contaron que el plan había salido perfectamente. Eetión dio a su hijo el nombre de Cipseles, es decir, arca.

Tal como había vaticinado el oráculo, Cipseles expulsó a los Báquidas y se convirtió en tirano de Corinto. Ello ocurrió probablemente en el año 657 a. de C. Pero no a todos los historiadores les merecen la misma opinión los treinta años que duró su gobierno. Heródoto afirma que «desterró a numerosos corintios, a otros muchos los privó de sus bienes, y a más aún les quitó la vida» (V, 927). Otros alaban su inteligente política económica y afirman que fue muy querido por el pueblo.

La Pitia délfica también le había vaticinado a él que:

«Dichosa esa persona que está bajando a mi morada,
Cipseles, hijo de Eetión, soberano de la gloriosa Corinto:
él y sus hijos, pero ya no los hijos de sus hijos.»

Al igual que la anterior, esta predicción también se cumplió, y el feliz rey donó en Delfos la casa que albergaba los tesoros de los corintios. Cipseles se casó con Cratea y tuvo un hijo, Periandro, de quien ya hemos hablado anteriormente. Con Periandro, Corinto floreció en todos los aspectos, pues el tirano también cosechó grandes éxitos como militar y colonizador; además, la fortuna le sonrió en el comercio internacional, y se cuenta que jugaba con la idea de construir el canal de Corinto. Pero Periandro no tuvo hijos, por lo que delegó el gobierno en su primo Psamético. Este nombre egipcio se debe a la predilección que Periandro sentía por Egipto, donde, entre los años 593 y 588, reinó Psamético II. El oráculo acertó: el Psamético corintio fue derrocado el cuarto año de su gobierno.

La CIA de la antigüedad

Pero también se formularon vaticinios extraordinariamente precisos. ¿Cómo fue posible?, nos preguntaremos en esta nuestra época ilustrada.

Nos hemos acostumbrado a concebir las respuestas oraculares como algo ambiguo, como una solución que encierra todas las posibilidades. Sin embargo, originariamente el oráculo no tuvo este significado, que se desarrolló por un desconocimiento de la historia. La mayoría de las respuestas de la Pitia, que actualmente creemos ambiguas, no lo eran en absoluto en sus tiempos. Sólo se volvieron ambiguas conforme avanzaba la historia, pues se llegaron a dar varias posibilidades interpretativas. Si la Pitia vaticinaba de forma aparentemente ambigua, ello se debía a las modas imperantes en la época. La era clásica apreciaba sobremanera estos juegos de palabras y de ideas, y los escritores incluso abusaron de ellos.

Resumamos: la Pitia no vaticinaba de una forma tan barroca porque no estuviera segura de lo que decía, sino porque aquélla era la tendencia general de la época. El que sus vaticinios se cumplieran o no era cuestión de fe. Pero ¿qué pasaba con las respuestas oraculares que no se referían al futuro, sino al presente, es decir, los oráculos para los que había que estar dotado de cierta omnisciencia? ¿Cómo fue posible que el oráculo de Delfos aprobara tan bravamente el astuto examen del rey Creso?

En otra ocasión hemos hablado sobre las posibilidades de la precognición y la telepatía, de la predicción y la transferencia de pensamientos, demostradas por diversos estudios científicos. Bien es verdad que la Pitia pudiera haber tenido una visión en la que aparecía el rey de los lidios ante un

calderón, con carne de cordero y tortugas, pues la escena resultaba bastante absurda. Sin embargo, existen indicios de que Delfos, el más importante y frecuentado oráculo de toda la historia, se servía en mayor medida que los demás de otro método bastante moderno: el servicio secreto. Hoy en día, todos los Estados modernos disponen de una institución similar, que se ha convertido en algo perfectamente normal. El servicio secreto de Delfos se desarrolló de forma casi involuntaria, debido a las circunstancias de la época, y no se puede reprochar a los sacerdotes oraculares que utilizaran para sus fines el saber que se les proporcionaba.

¿Cuándo se acudía al oráculo? Cuando la situación era crítica o conflictiva, y al oráculo no iba un solo bando contendiente, sino todos. Y como un viaje al oráculo podía durar varios meses —si existía algún mal presagio, el consultante había de esperar todo un mes en Delfos—, los sacerdotes conseguían fácilmente sonsacar a los consultantes los secretos mejor guardados. Bajo la promesa de guardar silencio, se entiende.

Debe tenerse en cuenta que el consultante se encontraba en una situación psíquica anormal, pues por lo general al oráculo sólo se acudía una vez en la vida, y únicamente cuando se trataba de un asunto de la máxima importancia. Todos los pensamientos de la persona se concentraban en la respuesta de la Pitia, y por ello accedía a todas las preguntas y condiciones que le planteaban los sacerdotes. Pero para éstos, esa actividad era cotidiana, es decir, trataban a los consultantes siendo muy conscientes de lo que hacían, sabiendo con toda exactitud cuál era su objetivo. Conocían la pregunta del consultante antes de que éste la pudiera plantear a ésta, y ésta es la razón por la que una y otra vez la Pitia empezaba a responder justo cuando el consultante entraba en el templo, sin haber llegado a pronunciar palabra. En este caso, el «omnisciente» oráculo hablaba sin que se lo hubieran pedido.

Ello demuestra que los sacerdotes, que trataban con los consultantes antes de que se emitiera el pronóstico, debían haber hablado previamente con la Pitia, que se aislaba del mundo exterior, pues ella sabía qué le esperaba.

Aunque los arqueólogos no hayan encontrado inscripciones que lo demuestren, no hay duda de que en Delfos existía una «cartera de clientes» bien actualizada. Es posible que esa cartera secreta se guardara en el templo, con lo que se explicarían muchas respuestas «omniscientes» del oráculo, y también el número infinito de nombres con los que operaba la Pitia. En esta cartera no resultan tan importantes los nombres significativos de la historia del propio país y del extranjero, que el oráculo enumeraba como si se tratara de un ordenador, como los de los hombres humildes, que la Pitia evocaba frecuentemente ante hombres importantes para ponerles un ejemplo digno de seguirse. Pensemos, por ejemplo, en el acaudalado comerciante de Magnesia, muy aficionado a las ofrendas, que quiso saber de la Pitia si no había sido él quien había hecho las ofrendas más valiosas, para tener que escuchar de boca de la profetisa que el modesto campesino Clearco, de la ciudad arcadia de Metidrio, había conseguido hacer más bien con sus ofrendas poco valiosas pero sí regulares.

Semejante información sólo puede extraerse de un fichero bien estructurado. Y ello significaba que cada consultante que acudía a Delfos se convertía en agente de otro. De esta forma, el servicio secreto del oráculo consiguió reunir un inmenso poder.

El dinero no es pecado, y mucho menos si proviene de Dios

Sigue sin resolverse la cuestión de si el oráculo de Delfos mantenía, además, una red de agentes propios. Sin embargo, creo que existen bastantes indicios que lo corroboran. El que en Delfos, a causa de las recomendaciones, se trabajara con medios ilegales, consta en la tradición y no se pone en duda. El dinero no es pecado, y mucho menos si proviene de Dios. Heródoto y Plutarco hablan de sobornos a la Pitia, pero en tales circunstancias resultaba mucho más difícil sobornar a ésta, aislada del mundo exterior, que a un sacerdote. Y también sabemos que en Delfos había hombres que mantenían buenas relaciones con el oráculo y que, al parecer, vivían de sus oscuras actividades.

Se ha demostrado que existía un soborno pasivo del oráculo, y no hay motivo para no creer que, mediante una ramificada red de agentes, Delfos apostara también por la corrupción activa,

procurándose la información necesaria; al fin y al cabo, había que salvaguardar el buen nombre, por lo que los agentes de Delfos trabajarían para una causa superior. De este modo, la pregunta de cómo consiguió sólo Delfos, como único oráculo del mundo antiguo, superar con éxito la prueba de Creso, sobre la que hablamos al principio de este libro, se podrá contestar fácilmente. El Apolo délfico no fue tan omnisciente como se podría creer, sino sólo muy rico.

La orden que Creso dio a sus enviados decía que consultaran al oráculo 100 días después de haber partido para saber lo que él, Creso, estaba haciendo en aquel instante. Ya conocemos el resultado de la encuesta. Teóricamente, la respuesta se podría haber encontrado de la forma siguiente:

Por Heródoto sabemos que las delegaciones de los Estados recibían respuestas selladas, y también los enviados del rey de los lidios volvieron a Sardes con el oráculo escrito en una hoja, que Creso «desdobló». Bien es cierto que Heródoto escribe que la Pitia «había dicho», pero ello se puede interpretar en sentido general, es decir, que había pronunciado un oráculo.

Si el oráculo de Delfos disponía de agentes e informadores en todas partes, sólo hacía falta que los sacerdotes fueran lo bastante hábiles para retener la delegación lidia ocho días más: tiempo suficiente para que un explorador se informara sobre el teatral hacer de Creso, y transmitir esta información a Delfos. Como los enviados lidios disponían de 100 días para llegar al oráculo, podemos suponer que llegaron allí al menos un mes antes de consultar. Tiempo de sobra tenían, pues, los sacerdotes para sonsacar a los comisionados cuál era la pregunta que pensaban plantear y dar las órdenes oportunas a un agente. Al regreso de éste, los sacerdotes sólo habían de sustituir la carta posiblemente vacía, sellada y entregada poco después de la consulta, por la que contenía la respuesta correcta.

Esto es sólo una teoría, cierto, pero existen pruebas de que el oráculo de Delfos no se contentaba con la información que le aportaban los propios consultantes. Si la Pitia pudo responder a los dos sabios Quilón y Anacarsis que Misón de Octa era más sabio aún que ellos, es porque logró acceder a cierta información sobre ese personaje. Es posible que, tras una visita a Delfos, sus datos quedaran almacenados en un gran fichero.

Pero si la Pina respondió negativamente a Giges, rey de los lidios, afirmando que no era él, sino un hombre desconocido llamado Agelao, la persona más feliz de la Tierra, un hombre que no había salido nunca de su pueblo de Arcadia, el oráculo sólo podía haber obtenido esta información a través de terceros. Pues ese feliz Agelao no fue ninguna invención, como al principio pudiera haber sospechado Giges. Desconfiado, hizo que buscaran a este hombre afortunado y lo encontró, tal como había afirmado la Pitia, cultivando su pequeña parcela de tierra.

El oráculo estaba bien informado siempre, incluso sobre los enredos amorosos

A pesar de esta respuesta poco favorable para el rey —obviamente, más le habría gustado oír que él era el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra—, Giges fue toda su vida un buen cliente del oráculo de Delfos. En la casa que albergaba los tesoros de los corintios se encontraban ocho cráteras de oro, de un peso total de 780 kilogramos, donación de Giges. Fue el primer ciudadano no griego que había hecho una ofrenda tan valiosa; pero, a fin de cuentas, a la Pitia debía su ascensión de lancero a tirano de Sardes.

Su predecesor se llamaba Candaules y un día —siguiendo una costumbre habitual entre los hombres— confió a su oficial Giges que él poseía a la mujer más bella del mundo. Giges no lo desmintió, pues Candaules decía que no tenía ni idea del aspecto de esa mujer desnuda, y si quería...

«Señor, ¿qué insana proposición me haces al sugerirme que vea desnuda a mi señora?» (Heródoto, I, 8), exclamó el oficial, pero el ofrecimiento era demasiado tentador. La noche siguiente, Giges se escondió, a instancias de su señor, detrás de las puertas del dormitorio y contempló a la reina mientras ésta se despojaba lentamente de sus vestidos.

Ella ya había descubierto las intenciones de su esposo, y al día siguiente obligó a Giges a elegir entre matar a Candaules y hacerse con ella y el reino o morir él mismo. Un poco por necesidad y

más aún por seguir sus inclinaciones naturales, Giges rechazó la última posibilidad y se convirtió en tirano de Sardes.

Los lidios no aceptaron sin más a su nuevo rey. Sus seguidores y los rebeldes se pusieron de acuerdo para dejar en manos del oráculo de Delfos la decisión. La Pitia contestó que Giges era el rey de los lidios, y el tirano se lo agradeció toda la vida.

Dejando de lado la autenticidad de este pasaje de Heródoto, la historia demuestra que los sacerdotes oraculares de Delfos estaban bien informados sobre la política de los demás países, y que debían de estar familiarizados también con la de las demás potencias: equivocarse en el análisis de la situación habría puesto en entredicho a los profetas.

Por ello es probable que el oráculo de Delfos recibiera la información no sólo de sus consultantes, sino también de sus agentes, sobre todo en el extranjero. Ello lo prueba la demostrada amistad que el oráculo mantenía con los persas, cuando los griegos aún no habían reconocido el peligro que les amenazaba de Oriente. A menudo, los historiadores han interpretado esta "persofilia" de la Pitia como miedo: se pretendía que el enemigo fuera condescendiente a la hora de ocupar Delfos. Sea ello cierto o no, había que conocer la supremacía del poder de los persas, que los estrategas helénicos sólo reconocieron después de que Ciro ocupara la oriental Sardes.

Resumamos: Cuando la Pitia se sentaba en el trípode, no se solía ocupar del destino de los individuos. Esto se dejaba al azar. Cuando la Pitia se sentaba en el trípode se hacía política, una política que sólo en ocasiones llegaba a diferenciarse de la religión.

VIII

Dioses, sacerdotes y estafadores

Bien sé que el dios lo hace así: a los sabios les dice frases enigmáticas. A los letrados les enseña en un lenguaje sencillo y breve.

Sófocles

Además de Zeus, el que vivía en el éter, no existe divinidad griega que no se concibiera como inmigrante, y cuyo servicio no se relacionara con leyendas y costumbres que tienen sus raíces más allá de los confines del mar.

Ernst Curtius, historiador y arqueólogo

Llegados a este punto, podemos estudiar los comienzos de la historia griega, aquella «época dorada» que históricamente continúa siendo muy oscura. Para entender mejor lo que sigue, hemos de retroceder a los tiempos en que los griegos, que todo lo reducían a su origen, consideraban prehistóricos: la era de los dioses y de los héroes. Obviamente, este pasado remoto es todo menos histórico, pero los griegos, dados por naturaleza a inventar explicaciones fabulosas, llenaban cada hueco de su tradición histórica con leyendas y mitos, hasta que hubieron reconstruido la descendencia directa de los dioses.

Los comienzos de Delfos también se remontan a la era mitológica. «Se dice que antiguamente era el oráculo de Gea —cuenta Pausanias, el topógrafo de Grecia—, la cual puso como sacerdotisa a Dafnis, una de las ninfas de la montaña» (X, 5, 5).

Los arqueólogos creen haber localizado el lugar donde se rendía culto a Dafnis, la ninfa de la montaña: los excavadores franceses descubrieron una capa de ceniza y restos de sacrificios en el extremo noreste del recinto sagrado. Esta capa data probablemente de la era micénica tardía, es decir, del segundo milenio.

Por aquella época, un pueblo primitivo ocupaba el espacio libre entre el recinto sagrado y la casa que albergaba los tesoros de los atenienses. Los expertos opinan que el asentamiento rural llegaba aún en el siglo VIII a. de C. hasta la zona donde posteriormente se levantaría el santuario de Apolo y que después, a medida que aumentó la popularidad del oráculo, fue retrocediendo cada vez más.

El primer gran templo se construyó en Delfos en el siglo VII. Sin embargo, Pausanias cuenta —y en ello coincide con otros autores, como Píndaro— que anteriormente se levantaba aquí un mítico lugar de culto, un «templo» de ramas de laurel que procedían del valle de Tempe. Los ciudadanos de Delfos contaron a Pausanias que las abejas habían levantado otro templo de cera y de plumas,

pero el historiador adopta una postura escéptica y refiere otra versión: un delfio, llamado Pteras, había construido este templo con cera y plumas. Al parecer, en este caso se confunden realidad y mito, y ello tiene fácil explicación: en griego, *to pteron* significa pluma. A lo largo de muchos siglos de tradición, la similitud fonética del nombre dio lugar a una historia fantástica.

Cuentan que otro templo posterior había sido de bronce, y Pausanias conviene en esa posibilidad, pues el foro Trajano de Roma también tenía un techo de bronce, y el santuario de Atenea Calcioco, en Esparta, había sido construido con el mismo material. Por lo demás, prosigue Pausanias, no le había convencido ni la leyenda según la cual el templo habría sido obra de Hefesto, ni lo que Píndaro inventó poéticamente sobre las «cantoras de oro», las figuras del frontón de aquel templo.

Las cantoras de oro de Delfos

Estas cantoras de oro eran las llamadas celedones, seres fabulosos muy parecidos a las sirenas. La descripción del poeta griego Píndaro (518-446 a. de C.) planteó una serie de problemas a los historiadores de la antigüedad. En los escritos de Píndaro que nos han llegado no se encuentra ningún pasaje que se pudiera relacionar con el contenido de éste. Pero, finalmente, el azar ayudó a solucionar el problema.

Entre las ruinas de la ciudad de Oxirrinco, la antigua capital del distrito decimonoveno del Norte egipcio, doscientos kilómetros al sur de El Cairo, en la orilla occidental del brazo del Nilo del que recibe el agua el oasis del Fayum, arqueólogos ingleses e italianos han encontrado montones de antiguas actas, papiros, documentos y cartas. Hasta la fecha se han compilado 35 volúmenes con los papiros, que datan de los tiempos arameos, etíopes, saíticos y griegos, obra de un equipo de cinco autores; sin embargo, según defienden otros investigadores, también podrían deberse a un solo hombre, llamado Cratipo de Atenas.

Entre estos papiros de Oxirrinco, los arqueólogos también han encontrado fragmentos con versos del poeta Píndaro. Y ocurrió lo inesperado: uno de los fragmentos reproducía exactamente aquel pasaje en el que Píndaro se explaya sobre el pasado de Delfos. Resulta interesante que tanto Píndaro como Pausanias, aunque entre sus respectivas investigaciones mediaran más de seiscientos años, llegaran en algunos casos a conclusiones casi idénticas.

Píndaro enumera cuatro templos que se levantaban en Delfos antes de que el lugar se hiciera mundialmente famoso: uno hecho con ramas de laurel; el segundo, del que no se ofrece ninguna descripción, regalo de Apolo al legendario pueblo de los hiperbóreos; un tercero con paredes y columnas de bronce, obra de Hefesto; y un cuarto, construido por Trofonio y Agamedes. El tercero estaba adornado con las mencionadas cantoras de oro. «Cantaban en el frontón seis áureas sirenas», escribe Píndaro.

No sabemos por qué, pero Pausanias no quedó convencido con la descripción de Píndaro: «Lo cual me parece sino una imitación de las homéricas». Y prosigue: «Tampoco pude averiguar nada de cierto acerca de la desaparición del templo; se dice que se hundió en una grieta de la tierra o que fue derretido por el fuego» (X, 5,12).

El que un templo desaparezca en una grieta puede resultar sorprendente en cualquier otro lugar, pero no en Delfos. En ninguna otra parte la tierra temblaba con tanta frecuencia e intensidad como en esta zona geológicamente inestable, donde las terrazas de pizarra desprendida que se encontraban a los pies de las escarpadas peñas servían de fundamento al templo. A menudo, los temblores de tierra iban seguidos de enormes incendios; de este modo, parece perfectamente posible que tanto un terremoto como un gran incendio participaran en la destrucción del tercer templo.

El cuarto templo también fue pasto de las llamas. En la *Iliada* (IX, 404) y la *Odisea* (VIII, 78), Homero afirma que los cimientos de este templo habían sido de piedra. Sin embargo, es probable que el resto de la construcción fuese de madera y adobes, pues esta parte del templo se quemó —según Pausanias— «siendo Erxiclides arconte en Atenas, año primero de la olimpiada 58»: el año 548-547 a. de C. Arqueólogos franceses han descubierto sillares y bloques de los cimientos sobre los que se asentó el edificio que posteriormente se levantó allí, el famoso templo de Apolo, donde la

Pitia pronunciaba sus vaticinios.

Las huellas de un dios

Este Apolo era una de las divinidades más importantes de Grecia. Él, que originariamente no pertenecía al grupo de divinidades griegas, se convirtió en la más griega de todas. Era el dios de la luz, el orden y la claridad, el arte de la curación, la música y las profecías. Y también se entiende cómo conseguía que se le abrieran todos los corazones: se podría decir que era un discípulo del padre de los dioses, Zeus, pero cuando puso sus pies en tierra griega por primera vez, dejó más huellas que cualquier otro dios, y ello no fue casual.

En la compleja figura de Apolo, además de los componentes griegos, los historiadores reconocen otros de procedencia indoeuropea y anatolia. Se considera que Apolo procedía de Asia Menor, de Jonia, donde se encontraban dos santuarios dedicados a él, Claro y Dídimo. Es probable que lograra saltar sobre el mar Egeo gracias a los barcos de los comerciantes, pero hay que resaltar que no se asentó directamente en la península griega, pues su culto arraigó primero en una pequeña isla de las Cícladas, Delos, habitada por primera vez hacia el año 3000 a. de C. Aquí fue «descubierto» por los griegos, que lo incluyeron en la compleja estructura de su pensamiento mitológico. Sólo entonces pudo pasar a la península, y a partir de entonces, la historia de su origen sigue así:

A pesar del enojo de su esposa Hera, Zeus había mantenido relaciones con la diosa Leto, y ello no dejó de tener sus naturales consecuencias. Hera se enfadó hasta el punto de obligar a su arrepentido esposo a que éste se negara a darle asilo a su competidora encinta y de pómulos rosados, de modo que no podía dar a luz en ningún lugar de la faz de la Tierra. Pero como el feliz acontecimiento estaba cada vez más cerca y Zeus no quiso romper su juramento, inmovilizó la isla flotante de Delos, que por aquel entonces aún flotaba en el Egeo. Allí Leto dio a luz a dos gemelos el día séptimo de un mes, debajo de una palmera a los pies de la montaña de Cintio: eran Artemis y Apolo. Agradecido, Zeus ancló la isla, que los navegantes habían visto ora en este, ora en aquel lugar, para que fuera «visible», y eso es lo que significa «Delos».

Apolo, sobre cuyo nombre los filólogos han estado cavilando sin encontrar solución, creció sano y fuerte. La palmera, bajo la que por primera vez había visto la luz de la «sonriente tierra», se convirtió en el símbolo sagrado de un culto que se extendía rápidamente. El himno délfico a Apolo, que se remonta a la época homérica, narra la ascensión de la isla de Delos, la cual se presenta como «bosques en flor sobre montañosas alturas». Se empezaron a organizar los juegos jónicos, de los que el mencionado himno dice lo siguiente:

«Cuando más te regocijabas en tu corazón, Apolo, con Delos,
donde se reúnen los jonios de largas túnicas
en tus calles, con sus hijos y mujeres;
donde con el pugilato, la danza y el canto
honrándote te complacen cuando organizan el certamen;
y donde el viajero que viera cómo se reunían los jonios,
creería que estaba contemplando a seres inmortales dotados de eterna juventud;
pues allí los ve a todos llenos de gracia, y alegre
contempla a los hombres y a las mujeres bellamente vestidos
y las aladas naves con sus ricos tesoros,
y además, el gran milagro, el eternamente alabado:
todas las vírgenes de Delos se han convertido en servidoras del flechador.
Y cuando han alabado a Apolo,
y también a Artemis, la diosa amante de las flechas, y a Leto,
entonces sus cantos también evocan a los hombres y a las mujeres
de tiempos remotos, y su cantar cautiva a gran número de hombres.
Pues saben reproducir al son de la música
las voces de todas las personas; todos creen escuchar
la propia voz, tan bellamente sabe el canto participar de la fiesta.»

Apolo se podría haber asentado en Delos hacia el año 1000 a. de C. En el siglo VIII, siguiendo el ejemplo de su padre, conquistó el Olimpo de la península griega, y en el siglo V se instaló incluso en Roma. Los dioses olímpicos estaban fascinados por su inesperado huésped, que entonaba sus patéticos cantos al son de la lira.

Sin embargo, su deseo de liberar a la atormentada humanidad del miedo al futuro causó desconcierto entre ellos. Apolo anunció que fundaría un oráculo abierto a todos los mortales, para que allí pudieran conocer el destino que les aguardaba.

Buscando el lugar más adecuado, Apolo bajó del Olimpo y atravesó Beocia, donde encontró a la ninfa Telfusa, a la que reveló sus proyectos. Ella lo envió a Crisa, una ciudad arcaica que se levantaba donde hoy en día se encuentran los restos del santuario oracular. Como el dragón Pitón vigilaba el santuario de su madre Gea, Apolo lo abatió con sus flechas. Desde entonces, el lugar se llamó Pitón, y Apolo se atribuyó el sobrenombre de Pítico. Ya nada impedía que se fundara el oráculo; sólo faltaban los sacerdotes.

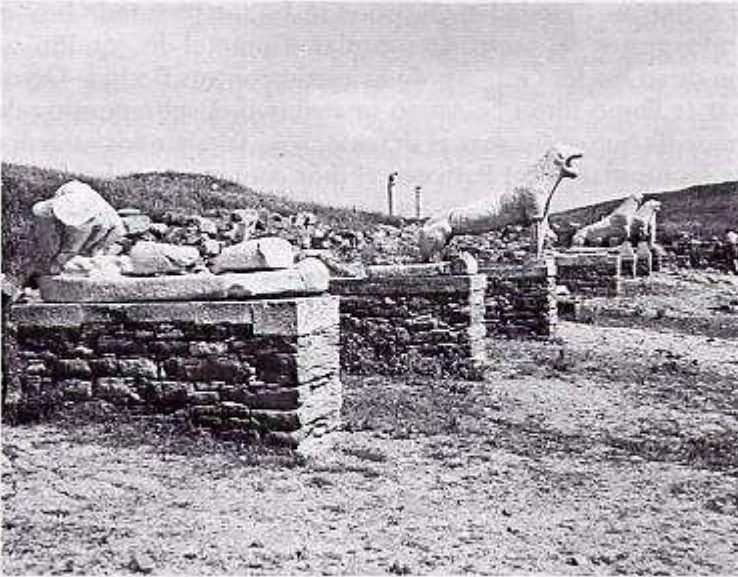
Desde las montañas del Parnaso, el dios contempló la bahía de Itea y el Peloponeso, cuando vio aparecer un barco en el horizonte. Rápidamente se convirtió en delfín, salió al mar y obligó al barco a atracar en Crisa. Habiéndose transformado en un muchacho, anunció a los atemorizados navegantes procedentes de Creta, que jamás volverían a ver su patria. Les comunicó que a partir de ese instante serían sacerdotes oraculares. Habían de levantar un altar allí mismo y pronunciar devotas oraciones. Él, que los había conducido hasta allí habiéndose transformado en delfín, quería que en lo sucesivo le llamaran Delphinios. De esa forma, también se explica el nombre de Delfos.

Esquilo (525-456 a. de C.), el más antiguo de los tres autores clásicos de tragedias, renuncia a buscar una explicación para el nombre y menciona a cuatro divinidades que habrían heredado sucesivamente el dominio sobre el oráculo. En primer lugar cita a la antigua diosa délfica Gea, que dejó el oráculo a su hija Temis. De ella, el santuario pasó a Febe, hija de Urano y Gea, por lo que todo quedó en familia; y Febe, hija de Leto, lo dejó finalmente en herencia a su nieto Apolo. El dinamismo con que este último se apoderó del santuario délfico indica la intensidad con que ese culto reciente se extendió por toda Grecia.

Delos, la Ginebra de la antigüedad

Los templos dedicados a Apolo se iban levantando en los parajes más bellos del país. Pero Delos, el lugar de su nacimiento, se convirtió en el centro del culto a su imagen. Allí se levantó una estatua que, con sus ocho metros y medio de altura, recordaba la monumentalidad de las construcciones egipcias; era una ofrenda de los ciudadanos de Naxos. El primer templo dedicado a Apolo se construyó en la segunda mitad del siglo VI a. de C. La isla se consideraba sagrada e inviolable, y por ello nunca fue fortificada. Como todos los Estados griegos lo respetaban, la isla resultaba el mejor lugar para albergar la caja de la confederación marítima del Ática y Delos.

Bajo la protección de Apolo, Delos adquirió cierta importancia como centro económico, y por ello la confederación marítima del Ática y Delos eligió la isla como sede de su administración central. Delos no sufrió nunca los saqueos bárbaros, a los que Delfos estaba expuesto constantemente. Incluso los persas, en general poco respetuosos con los bienes culturales helénicos, dejaron en paz a la isla.



La Vía de los Leones de Delos.

La Vía de los Leones de Delos.

Cuando hacia el año 490 a. de C. el general persa Datis atravesó con una enorme flota el mar Egeo, y cuando Delos se enteró de que ya había devastado las poblaciones de la isla de Naxos, los delios huyeron aterrados para refugiarse en una pequeña isla vecina y dejar sus tierras expuestas a la invasión persa. Pero mucho se asombraron al comprobar que Datis no desembarcó en Delos, sino que ancló frente a

una isla cercana, enviando el siguiente mensaje a los delios: «¿Por qué habéis emprendido la huida, gentes de sagrada condición, abrigando contra mí infundadas sospechas? Pues, por lo que a mí respecta, soy lo suficientemente juicioso —y además he recibido órdenes del rey en ese sentido— como para no causar daño alguno a la tierra en la que nacieron los dos dioses: ni a la tierra propiamente dicha, ni a sus moradores. Regresad, pues, ahora mismo a vuestras casas y seguid ocupando la isla» (Heródoto, VI, 97).

De ser cierta la narración de Heródoto, el devoto general Datis habría ofrendado unos 300 talentos de incienso, es decir, ¡no menos de ocho toneladas!, al Apolo de Delos. Esta afirmación resulta tan poco creíble como la nota que le sigue, según la cual un terremoto habría asolado la isla de Delos después de la partida de los persas, «por primera y última vez hasta el día de hoy». Tucídides corrige a su colega, afirmando que las tierras de Delos habían vuelto a temblar en el año 432 a. de C., pero ambos interpretan el primer temblor de tierra como un presagio enviado por Apolo, quien habría advertido de esta manera sobre las guerras persas. Dice Heródoto sobre la época de Darío, Jerjes y Artajerjes: «Por espacio de esas tres generaciones seguidas, Grecia sufrió más calamidades que en el transcurso de las veinte generaciones que precedieron a Darío; unas las sufrió por la intervención de los persas, y otras se debieron a sus propios caudillos en sus disputas por el poder. Así, no tuvo nada de extraño que Dejos, que hasta la fecha no había conocido terremoto alguno, fuera sacudida por un seísmo» (VI, 98).

La lectura de Tucídides (III, 104) nos permite entender hasta qué punto era sagrada e inviolable la isla que vio nacer a Apolo. En el año 426, los atenienses llevaron a cabo un gran proceso de purificación en Dejos. Según Tucídides, toda la isla fue consagrada, para lo que se exhumaron los muertos, que fueron enterrados de nuevo en la isla vecina de Renca. Bajo Pisístrato ya se había procedido a una acción similar, que en este caso se limitó a las inmediaciones del templo. Ahora, los atenienses promulgaron un edicto que prohibía todo nacimiento o muerte en Delos. Para dar a luz y morir, los delios habían de trasladarse a Renca, que se encontraba a unos setecientos metros.

Sin embargo, los arqueólogos franceses demostraron en el transcurso de las excavaciones que los atenienses habían hecho su trabajo con bastante dejadez. Descubrieron dos tumbas de la era minoica temprana, que aparentemente fueron pasadas por alto durante las exhumaciones.

La grandeza de Apolo se puede percibir aún en la isla, deshabitada desde el siglo XIV d. de C., convertida en una fantasmagórica ciudad en ruinas que los visitantes abandonan con el último barco antes de la puesta del sol. Entonces, los tres templos dedicados a Apolo, uno al lado del otro, rodeados por toda una ciudad, con plaza de mercado, salas de columnas, viviendas, teatro y puerto

sagrado, pueden empezar a soñar con la época en que el dios todavía era grande.

Apolo y la moral

El culto a Apolo no diferenciaba demasiado entre esplendor externo e interno, por lo que exigía determinados procedimientos de purificación. Los delitos de sangre eran lo que más le irritaba; mejor dicho, no a él, sino a sus sacerdotes. La mitología divina y heroica griega representa la venganza de sangre como una de las obligaciones más ineludibles, y al pretender esta mitología ser un reflejo de la convivencia humana, parece demostrado que los mismos griegos estaban acostumbrados a vengar con sangre los delitos de sangre.

Aunque el mismo Apolo no dudara en utilizar su arco cuando hacía falta, fue él quien puso fin a la tradición asesina. En lo sucesivo, el asesinato y la venganza de sangre precisaban del perdón divino. Con esta exigencia moral, el culto a Apolo se equiparó con el dispensado a Zeus. Apolo absolvía por boca de la Pitia.

Toda persona podía convertirse en culpable, pues existían la culpa colectiva y la culpa individual, pero también la culpa sin mediación de un acto reprochable. Por ejemplo, si un griego, al que ya se consideraba muerto por haber permanecido mucho tiempo alejado de su casa, regresaba a ella, se le trataba como si de hecho ya estuviera muerto. Se lo evitaba al igual que a los leprosos: se le consideraba impuro, y no podía entrar en el templo ni hacer ofrendas al dios.

Plutarco habla sobre uno de estos parias; se llamaba Aristino y consultó a la Pitia de Delfos sobre la forma en que podría purificarse. Ciertamente, la respuesta teatral de la Pitia era seria, pero aun así resultaba algo cómica: al infeliz Aristino le habían de lavar como a un bebé, envolverle en pañales y ungirlo, y sólo después le sería permitido hacer ofrendas al dios. La extraña ceremonia había de simbolizar su renacimiento.

Incluso era posible que toda una ciudad cargara con la culpa de un crimen. Los atenienses y los espartanos dieron este mal ejemplo en el siglo VI a. de C. Durante los juegos de los años treinta de esa centuria, Quilón, un noble ateniense y vitoreado ganador de los juegos olímpicos, casado con la hija del tirano Teágenes de Megara, había ocupado la Acrópolis. Quilón quería instaurar una tiranía en Atenas, y una sentencia ambigua del oráculo de Delfos le había animado aún más. Pero Quilón había interpretado mal la respuesta de la Pitia, que aconsejaba dar este paso durante «la fiesta mayor de Zeus». Los atenienses encerraron a los sitiadores y dejaron que les ganara el hambre. Sólo Quilón y su hermano consiguieron huir. Los demás sublevados se refugiaron junto al altar del Partenón y de esta manera lograron, en virtud de las leyes sagradas, salvarse de los atenienses. Pero como no llevaban ni agua ni comida, no pasaron muchos días antes de que empezaran a morir los primeros de ellos. Los atenienses les invitaron a abandonar el templo, prometiéndoles que nada les pasaría. Pero apenas salieron aquellas figuras esqueléticas del Partenón, el arconte Megacles ordenó matarlos a todos. Con ello, toda Atenas se había hecho culpable de un terrible delito de sangre.

El eterno enemigo de Atenas, Esparta, se sirvió durante las negociaciones anteriores a la guerra del Peloponeso de este pretexto para indicar que los atenienses habrían de salvarse primero de la terrible maldición que había caído sobre ellos. Pues desde entonces, dice Tucídides, «ellos y su descendencia son llamados sacrílegos y reos de mancha contra la diosa» (I, 126).

Para esa ocasión existían sacerdotes especializados en la expiación de los pecados, y fue Epiménides, un sabio capaz de obrar milagros, quien se encargó del caso. En su respuesta a Esparta, los atenienses advirtieron que los habitantes del Peloponeso también habrían de expiar antes la maldición del cabo Ténaro, que pesaba sobre ellos. Pues al igual que los atenienses, los espartanos se habían hecho culpables, al evacuar a los ilotas refugiados en el templo de Poseidón, en el cabo Ténaro, previa promesa de no causarles daño. Pero después los mataron a todos. el gran terremoto de Esparta había sido el justo castigo de esa acción innoble.

Como los sacerdotes de la expiación eran nombrados por la Pitia de Delfos, el oráculo era la instancia superior encargada de las cuestiones de culpa y expiación. Sentenciaba desde su sede delfica, y también en cuanto a su competencia universal se comportaba con la arrogancia propia de

los papas. Con ello, los sacerdotes oraculares de Delfos se erigieron sobre todos los demás de otros cultos. Una situación grotesca si tenemos en cuenta las exigencias morales de la Pítia que, como materialización de la conciencia griega en sí, condenaba cualquier forma de presunción sacrílega.

Queda por averiguar si la aversión que sentían los griegos hacia la presunción, la pompa y el orgullo fue resultado de las lecciones morales de Delfos, o si el oráculo simplemente se había adaptado a esta tendencia.

A menudo, la Pítia mandaba a los nobles y ricos e incluso sabios consultantes con cajas destempladas, rebajando su riqueza, su influencia y su sabiduría ante los ojos de todo el mundo. el sabio espartano Quilón pasó por este trago amargo, pues la Pítia afirmó ante él sentir más aprecio por un tal Misón, y el presumiblemente afortunado rey Cresos, quien, según el oráculo, era mucho menos feliz que cualquier humilde arcadio, también tuvo que escuchar una sentencia que no le resultó halagadora.

El historiador Teopompo habla sobre un rico comerciante de Magnesia que enviaba carros enteros cargados de ofrendas para preguntar al oráculo —no sin segundas intenciones— quién era el hombre más devoto y quién había hecho las ofrendas más sustanciosas a Apolo. La Pítia contestó, pero no dijo el nombre del acaudalado comerciante, sino el de un humilde campesino arcadio llamado Clearco. Desilusionado, el comerciante fue en busca de Clearco. Lo encontró en un cobertizo desolado y triste y le preguntó, asombrado, qué valor podían tener las ofrendas que había hecho. el otro dijo que no era mucho lo que podía ofrecer a Apolo, pero que lo poco que podía dar lo entregaba con regularidad. El ejemplo había de ilustrar que el dios prefería los regalos hechos con devoción a los que servían para ostentar riqueza.

La confederación délfica

El culto a Apolo no tardó en convertirse en una institución en la que confluían intereses políticos y religiosos. Esta institución recibía el nombre de anficiónía.

La anficiónía era una confederación de pueblos que vivían cerca del santuario. Pero en sentido estricto, la palabra anficiónía encierra un significado mucho más complicado aún, sobre el que los científicos no han logrado ponerse de acuerdo. Pausanias, quien no da una descripción clara de esta confederación religiosa, afirma lo siguiente: «Según algunos griegos fue allí el fundador de la liga anficiónica, Anfición hijo de Deucalión, del cual dicen que tomó su nombre. Sin embargo, Androtión, en su historia del Ática, dice que se reunieron en Delfos representantes de los países vecinos, los cuales fueron llamados anficiones [esto es, vecinos], nombre que predominó en la forma que aún conserva» (X, 8, I)

Anfición, hijo de Deucalión, es una figura mítica a la que se había dedicado un santuario junto a las Termópilas. Heródoto lo describe con más detalle: «Desde el río Fénix hasta las Termópilas hay quince estadios, y en el espacio comprendido entre el río Fénix y las Termópilas hay una aldea cuyo nombre es Antela, por cuyos aledaños pasa precisamente el Asopo, que desemboca en el mar. En torno a Antela hay un amplio espacio de terreno en el que se alza un santuario en honor de Deméter Anficiónide y, asimismo, allí se encuentra el lugar donde los anficiones celebran sus asambleas y un santuario consagrado al propio Anfición» (VII, 200).

En realidad, el pueblo de Antela era la sede de la confederación más antigua de pueblos griegos. Es posible que ya existiera antes de empezar a formarse las polis en Grecia. La confederación délfica, creada según el modelo ateniense, se fundó después. Tanto aquí como allá, los miembros de la confederación se reunían dos veces al año, en primavera y otoño, y el culto religioso dejaba paso a las cuestiones de carácter político. Pausanias enumera los miembros de la confederación: los jonios, los dólopes, los tesalios, lososenianos, los magnesios, los malieos, los ftiotas, los dorios, los focenses y los locrios, y se olvida de mencionar los de Feras y a los beocios, pues la anficiónía délfica comprendía doce pueblos.

Cada pueblo tenía dos votos. Las votaciones giraban en torno a la exclusión o la integración de un miembro. La máxima de la anficiónía era la defensa de la propiedad del dios deifico; los

estatutos prohibían la destrucción de una ciudad confederada, e incluso se consideraba sacrílego privarla del agua, desviando el curso de un río. Los miembros que no respetaban estas normas eran expulsados de la anficionía y su ciudad, destruida.

Para preservar la independencia del oráculo de Delfos, los anficiones entablaron tres guerras sagradas, la primera contra los criseos (siglo VI), y las dos siguientes contra los focenses (siglos V y IV). Al respecto, Pausanias escribe: «Cuando los focenses tomaron el santuario, después de terminada la guerra de diez años, los anficiones sufrieron cambios: los macedonios entraron a formar parte de la Anficionía; en cambio, las naciones dorias de los focenses y los lacedemonios fueron separadas, los primeros por su falta, los segundos en castigo de su alianza con los focenses» (X, 8, 2).

Actualmente, la historiografía ha revisado la versión de Pausanias: a pesar de la amabilidad con que Esparta trataba a los focenses, no fue expulsada de la anficionía, y tampoco el pueblo de los macedonios logró convertirse en miembro de pleno derecho, sino el rey Filipo de Macedonia en persona. La comunidad de Delfos asumió los cargos de los focenses, por lo que adquirió cierto poder ejecutivo. Bajo el dominio del emperador Augusto, el número de miembros con derecho a voto se elevó a quince, y Pausanias afirma que en el siglo II d. de C. los anficiones ya rondaban la treintena.

Cantautores y pilotos de carreras

Cuando el escritor y viajero griego llegó a Delfos, hacia mediados del siglo II, los sacerdotes oraculares le enseñaron orgullosos un trípode de bronce, ofrenda de un hombre llamado Equémbroto. El valioso regalo llevaba una inscripción:

«Equémbroto de Arcadia ofreció a Heracles
esta obra ganada como premio de los anficiones,
cantando a los griegos melodías y elegías.»

Esta inscripción recuerda un brillante acontecimiento que se celebraba cada ocho años durante los meses de agosto y septiembre: los juegos píticos. Hasta el año 590 a. de C., en el transcurso de



El estadio de Delfos, en el que se celebraba la parte deportiva de los juegos píticos.

estos juegos, un jurado elegido entre ciudadanos delfios galardonaba el mejor canto dedicado a Apolo. En este concurso sólo podían participar poetas que supieran acompañarse ellos mismos con la cítara. La tradición cuenta que hacia el año 700 a. de C., Hesíodo, uno de los más afamados poetas griegos, no pudo participar en este festival, puesto que no sabía tocar la cítara. Lo mismo dicen del poeta ciego Homero, pero al parecer, esta afirmación de Pausanias no es del todo verídica.

El estadio de Delfos, en el que se celebraba la parte deportiva de los juegos píticos.

Los tres primeros ganadores de los juegos píticos o pitíadas fueron Crisotemis, Filamón y Tamiris. Por su victoria los premiaron con dinero. Sin embargo, hacia la octava década del siglo^y, la organización de los juegos cambió, y algunos festivales pasaron a desarrollarse de una forma nueva. Las innovaciones más importantes consistían en una periodicidad de cuatro años, el hecho de que también se incluyeran actividades deportivas, y que el premio en metálico se sustituyera por galardones simbólicos.

En Pausanias (X, 7, 4-6) podemos leer lo siguiente: «En la olimpiada 48, en la que venció Glauco de Crotona, en el año tercero, los anfictiones establecieron premios para el canto con cítara, como siempre, y además pruebas de canto con flauta y de flautas solas. Fueron proclamados vencedores en el canto con cítara el Cefalonio, que brilló [...], en el canto con flauta Equémbroto de Arcadia y en la flauta Sacadas de Argos, el cual triunfó además en los dos siguientes juegos píticos; también entonces instituyeron premios para los atletas, lo mismo que en Olimpia, excepto en la prueba de cuadriga, y reglamentaron del mismo modo las pruebas infantiles de estadio largo y doble estadio. En los segundos píticos ya no se ofrecieron premios en las pruebas, sino sólo coronas. Además suprimieron el canto con flauta, que no era de buen agüero, por las melodías tan sombrías y lastimeras que se cantaban con acompañamiento de flauta [...]. Se añadió, en cambio, la carrera de caballos, y triunfó sobre su carro Clístenes, tirano de Sición».

Otras innovaciones en los juegos píticos:

558 a. de C. (VIII Juegos tras las primeras innovaciones): Cítara sin canto. Ganador: Agelao de Tégara, en Arcadia.

498 a. de C. (XXIII Juegos): Carrera con armas. Ganador: Timéneto de Fliunte.

398 a. de C. (XLVIII Juegos): Carrera de biga. Ganador: Execéstidas de Focea.

378 a. de C. (LIII Juegos): Carrera de potros uncidos al carro (cuadriga). Ganador: Orfondas de Tebas.

346 a. de C. (LXI Juegos): Pancrancio infantil, una mezcla de boxeo, lucha libre y judo. Ganador: Yolaídas de Tebas.

338 a. de C. (LXIII Juegos): Carrera de potros. Ganador: Licormas de Larisa.

314 a. de C. (LXIX Juegos): Biga de potros. Ganador: Ptolomeo de Macedonia.

Esta enumeración demuestra que los juegos píticos adquirían un carácter cada vez más popular, y que posiblemente también se organizaban para llamar la atención sobre el santuario oracular, pues los ganadores, al igual que los consultantes del oráculo, llegaban de todas partes del mundo.

IX

Creso: el hombre que se compró el futuro

Quien conozca el fatídico destino, sabrá que los hombres, cuando el sufrimiento es superior a ellos, ven peligro en cualquier cosa. Mas el destino fluye suavemente, creen ellos, y siempre reina el mismo espíritu de felicidad.

Esquilo

Los griegos creyeron en sus oráculos, no porque fueran locos supersticiosos, sino porque no habrían sabido vivir sin esta creencia.

Eric Robertson Dodds,
historiador de la antigüedad

Diez años han pasado ya desde que una importante revista me enviara a Berlín para escribir un reportaje sobre la que por aquella época era la adivina más conocida de Alemania, Ursula Kardos. Aún recuerdo todos los detalles, pues entré en su aristocrática mansión en el rico barrio de Dahlem, una casa decorada con gusto y llena de valiosas antigüedades, con todo el escepticismo y toda la ironía que es capaz de desarrollar un periodista.

Una excavadora estaba removiendo el jardín entero. Al preguntar qué se estaba construyendo, la anciana dama respondió amablemente que «una piscina cubierta», y añadió socarronamente: «Es un regalo».

Ursula Kardos debió de darse cuenta de la incredulidad que reflejaba mi sonrisa, pues tras unos instantes de silencio, empezó no sin vacilar a contarme que el doctor Curt B., presidente del consejo de administración de una empresa mundialmente conocida, le había hecho ese regalo porque la importante inversión financiera que ella le había aconsejado hacer estaba reportando muchos millones de beneficios. A lo largo de la entrevista, Ursula Kardos mencionó los nombres de políticos y ejecutivos que no ocultaban ser clientes suyos.

En esto pensé cuando, en el intento de desvelar el secreto del oráculo, busqué en los cronistas de la antigüedad los nombres de importantes personalidades históricas que actuaron por consejo de un anciano sacerdote o de una Pitia virginal. el resultado fue asombroso: los hombres más relevantes y venerados de la historia, que acostumbraban decidir con un simple gesto de su mano sobre la vida o la muerte, la guerra o la paz, creían casi todos en los oráculos, y en algunas ocasiones incluso quedaban desvalidos si no disponían de la ayuda de una sentencia oracular. Temístocles y Alejandro, Cicerón, César y Augusto, todos dependían a la hora de tomar decisiones de los intérpretes del futuro, y el oráculo era para ellos un buen consejero, pero también una droga. Sin embargo, el hombre más obsesionado al respecto fue Creso.

Un rey también tenía sus problemas

Suele decirse que algunas personas viven como reyes, pues nadan en la abundancia y poseen riquezas de incalculable valor. Esta expresión se debe al último rey de los lidios —que reinó entre aproximadamente 560 y 547 a. de C. en Sardes, una ciudad de Asia Menor—, pues procuraba disfrutar al máximo de la vida y los placeres que le podían reportar sus riquezas. Creso se lo podía permitir porque, de un lado, casi toda la parte occidental de Asia Menor, a excepción de los licios y los cilicios, le había de pagar tributo, y por otro, porque las minas de Lidia y del río Pactolo producían ingentes cantidades de oro. Al parecer, Creso, hijo de Aliates, fue el primero en reproducir su blasón en las monedas de oro en circulación, introduciendo de esta manera la moneda fuerte, el dinero: fue éste el primer paso del largo camino que va del trueque a la economía monetaria.

Al igual que otros hombres acaudalados, Creso era incapaz de tomar decisión alguna sin antes consultar a un intérprete del futuro. Así, su manía le llevaba a ser cliente habitual de todos los oráculos de su tiempo, y a hacerles generosas donaciones, por lo que siempre era un huésped bien recibido. Pero un día, el riquísimo rey lidio se planteó la pregunta que se menciona al principio de este libro: quería saber cuál de los oráculos más frecuentados por aquel entonces era el mejor, cuál emitía los vaticinios más acertados. Al parecer, en aquella época —por el año 550 a. de C.— Creso estaba al borde de un ataque de nervios. Durante una cacería de jabalíes, su segundo hijo, Atis —el primogénito era paralítico y sordomudo—, murió accidentalmente a manos de su propio guardaespaldas, y el rey necesitó años para superar este duro golpe. Además, los persas acosaban las fronteras de su imperio, por lo que sehabían de tomar rápidamente importantes decisiones; con ello, volvemos al principio del libro.

Creso envió siete delegaciones a otros tantos oráculos para que todas plantearan la misma pregunta: las mandó a Delfos, el oráculo preferido del rey; a Dídimo, que también apreciaba; a Abas, en el país de los focenses; a Dodona, en el Epiro; al santuario ático de Anfiarao; a la Lebeadea beocia y al lejano oráculo de Amón en el oasis de Sivah. A diferencia de lo que se acostumbraba hacer, el astuto rey no pretendía obtener información sobre el futuro, pues esta vez se interesaba más por el pasado: cada delegación había de contar el tiempo transcurrido desde su partida para interrogar al oráculo, al cabo de cien días, qué estaba haciendo en aquel preciso instante Creso, hijo de Aliates. Las respuestas se habían de entregar por escrito.

Heródoto, quien en su *Historia* (I, 46-48) describe irónicamente este examen oracular, sólo apuntó una de las respuestas, posiblemente porque las demás no habían acertado o porque carecían de sentido. Esa respuesta era la de la delegación de Delfos y estaba escrita en hexámetros perfectos. La Pitia había vaticinado:

«Yo sé el número de los granos de la arena y las dimensiones del mar;
y al sordomudo entiendo y al que no habla oigo.
A mis sentidos llega el aroma de una tortuga de piel rugosa,
que en recipiente de bronce cociéndose está con carne de cordero;
bronce tiene abajo y bronce la recubre.»

La delegación de Creso creía que aquello era un sinsentido y estaba segura de regresar con una respuesta falsa. Y es que era casi imposible que los hombres de Sardes adivinaran qué cosa tan increíble había estado haciendo su rey el día que ellos plantearon la pregunta. Al igual que un carnicero, su majestad había degollado un cordero, cociendo la carne a la manera de los cocineros de campaña en un calderón de bronce cubierto con una tapadera del mismo metal.

Pero después, todo el mundo se asombró al comprobar que el oráculo de Delfos había acertado; sin embargo, el que más impresionado quedó fue el propio Creso. Hizo un gran fuego con todas sus vestimentas doradas y purpúreas, para que el Apolo délfico las considerara una ofrenda en su honor.

Miles de ovejas y de vacas dejaron su vida en los altares de sacrificio de Sardes, honrando al omnisciente Apolo para que, en el futuro, éste defendiera los intereses de los lidios. Pero esto no fue todo. Hacia el año 548, Creso envió a Delfos 117 lingotes de oro, plata y aleación de plata, un león de oro macizo de más o menos diez talentos de peso, una cratera de oro y otra de plata, cuatro barriles de plata, dos crateras, una de oro y otra de plata, un gran número de piezas de plata fundida, una estatua de mujer de tres codos de altura y los collares y ceñidores de la reina.

Algunas de estas ofrendas fueron descubiertas por unos trabajadores —y no por arqueólogos— en el verano de 1940, en el centro mismo del recinto sagrado de Delfos. Las riadas que provocó una fuerte tormenta habían socavado el camino construido hacia mediados del siglo XIX, el cual atravesaba las ruinas del santuario ateniense. Al proceder a las reparaciones, los trabajadores encontraron varias losas de mármol de tamaño considerable. Los arqueólogos, avisados rápidamente, ordenaron que las losas fueran levantadas. Perplejos, pudieron ver el interior de una pequeña sala con muros de ladrillos, llena de tesoros de oro y marfil, estatuillas, imágenes de divinidades, vasijas y joyas. Algunas de las estatuas tenían las caras y las manos talladas en marfil, mientras que sus ojos eran finas láminas de bronce adornadas con piedras semipreciosas, y las cejas, de esmalte. Rizos de oro enmarcaban las caras de los dioses. Las ofrendas databan, en su mayor parte, del siglo VI a. de C.

Sin embargo, al estudiar más atentamente estos objetos, los arqueólogos comprobaron que el fuego había causado estragos en todos ellos. Esa era la explicación de que el tesoro se guardara bajo tierra. Un gran incendio, en la segunda mitad del siglo V, había destruido o dañado gravemente las ofrendas, y la imagen que ofrecían no se consideraba digna de Apolo. Por tanto, los delfios cavaron una tumba y enterraron en ella los objetos sagrados. Actualmente los podemos admirar en el Museo de Delfos.

La Pitia dijo: «Cuando cruces el Halis...»

Los enviados de Sardes, que hace dos milenios y medio entregaron los regalos en Delfos, se dirigieron con las siguientes palabras al oráculo: «Creso, rey de los lidios y de otras naciones, persuadido de que estos oráculos son los únicos veraces que hay en el mundo, os ha entregado dones dignos de vuestra capacidad adivinatoria, y ahora, os pregunta si debe emprender la guerra contra los persas y ganarse la alianza de algún pueblo».

Según la respuesta de la Pitia, al atravesar el río fronterizo Halis, Creso destruiría un gran imperio. Para ello, había de elegir el pueblo griego más poderoso y ganarse su amistad. Creso recibió la noticia con agrado, pues creyó que podría ganar definitivamente la batalla contra el todopoderoso rey persa Ciro si cruzaba con sus tropas el Halis, el río que los turcos llaman actualmente Kizil Irmak.

Tras recibir la respuesta, Creso mandó preguntar cuántos habitantes tenía Delfos, y después de averiguarlo, cada uno de ellos recibió dos estáteres de oro, cantidad equivalente a cuarenta dracmas. Los orgullosos habitantes de Delfos concedieron al generoso rey lidio y a todos sus súbditos el derecho de consultante particular; es decir, todos los lidios que precisaban de la ayuda de la Pitia tenían preferencia, no habían de esperar y tampoco estaban obligados a pagar la consulta, y a quien le gustara mucho el país, podía asentarse allí y solicitar que le fueran otorgados los mismos derechos de que disfrutaban los delfios.

En ningún pasaje de los escritos antiguos se nos dice que los lidios aprovecharan masivamente este último privilegio, pero en lo sucesivo Creso ya no tomó ninguna decisión sin conocer antes los vaticinios délficos, y aunque no existieran problemas inmediatos, hacía uso exagerado del oráculo, según narra Heródoto. Por ejemplo, también quiso saber cuánto tiempo duraría su reinado. La Pitia respondió con el siguiente oráculo:

«Mira, cuando un mulo sea rey de los medos, entonces, lidio de afeminado andar, allende el pedregoso Hermo huye; no te quedes, ni te avergüences de ser cobarde.

¿Un mulo, rey de los medos? Ni siquiera un soberano con tanta fantasía como Creso podía imaginar semejante dislate. Desde que en 585 a. de C. el rey Ciaxares lograra extender su dominio hasta el río Halis, los medos y los lidios habían sido vencidos por el rey persa Ciro; ¿qué significaba, entonces, que un mulo fuera rey, por qué había de huir hacia el pedregoso Hermo, aquel río que pasaba junto a Sardes para desembocar en el mar cerca de Focea, la actual Izmir? Creso no lo podía entender de ninguna manera, y, confiado, preparó la guerra contra los persas.

Existían dos motivos por los que el rey lidio quería cruzar el Halis y penetrar en las tierras dominadas por los persas. El primero era simple afán de poder y el supuesto éxito que le había vaticinado el oráculo; el otro, la enemistad entre Creso y Ciro, pues al otro lado del Halis, éste había sojuzgado a su cuñado Astiages.

Con el vaticinio oracular en la mente, Creso empezó a buscar aliados. Los espartanos fueron los primeros en los que pensó. Una vez regaló una gran cantidad de oro al pequeño pero belicoso pueblo del Peloponeso, a fin de que pudiera levantar una estatua de Apolo. Los espartanos, que a los siete años de edad ya pasaban por una educación paramilitar y que habían de estar preparados para la guerra desde los veinte hasta los sesenta, eran temidos en todos los campos de batalla del mundo.

Creso envió el siguiente mensaje a Esparta: «Lacedemonios, como el dios, por medio de su oráculo, me ha aconsejado ganarme la amistad del pueblo griego y he averiguado que vosotros estáis a la cabeza de Grecia, de acuerdo, pues, con el oráculo, os comunico mi deseo de ser vuestro amigo y aliado sin fraude ni doblez».

Los espartanos aseguraron que estaban dispuestos a aliarse con Creso y la delegación de Sardes recibió un regalo para el rey, una cratera de bronce con una cabida de 300 ánforas; sin embargo, ¡no llegó a su destino!

Con los espartanos, los egipcios y los babilonios de su lado, Creso creía fácil su victoria sobre los persas. En primer lugar pensaba ocupar Capadocia que, cerca del Halis, se interponía en el camino que conducía al mar Negro. Capadocia era una provincia persa, y los capadocios, un pueblo aguerrido y temido.

Advertencia sobre los hombres con pantalones de cuero

«Majestad —advirtió Sándanis, hombre con fama de sabio entre los lidios—, te estás preparando para atacar a unos hombres que llevan pantalones de cuero —y de cuero también el resto de su vestimenta— y que no comen lo que quieren, sino lo que pueden, pues habitan un país abrupto. Además, no prueban el vino, sino que únicamente beben agua; y tampoco tienen higos para comer, ni otra delicia cualquiera. Por lo tanto, si los vences, ¿qué podrás arrebatar a unos sujetos que nada tienen? En cambio, si resultas derrotado, ten presente cuántas ventajas vas a perder. Porque en cuanto prueben nuestras comodidades, se aficionarán a ellas y no habrá modo de expulsarlos. Yo, desde luego, doy gracias a los dioses porque no inspiran a los persas la idea de atacar a los lidios.»

Creso no hizo caso de la advertencia, y así, el rey lidio cruzó el Halis, marchó hacia el Norte, conquistó la ciudad de Pteria y esclavizó a sus habitantes. Ante Pteria, el rey persa Ciro entabló una dura batalla con su adversario, pero no logró vencer a los lidios. Confiando en la ayuda de sus aliados, Creso regresó a la capital, Sardes, pues no creía que los persas se atrevieran a intentar un nuevo ataque tras el nulo resultado del anterior. Pero ocurrió lo inesperado: al cabo de pocos días, el rey Ciro se presentó con todo su ejército en la llanura del Hermo, ante las puertas de la capital lidia, Sardes. Creso se apresuró a formar de nuevo su ejército, disuelto tras la aventura pterica.

La caballería lidia, diestra en el manejo de las lanzas, era temida por todo el mundo. Si Heródoto no pretende tan sólo justificar la trascendente victoria persa, entonces Ciro ganó la batalla, antes de

que ésta hubiese sido iniciada siquiera, gracias a un ardid.

Para neutralizar la caballería lidia, colocó delante de sus tropas al tren de campaña, es decir, la retaguardia: camellos que transportaban comida, armas y máquinas. Detrás de los camellos formaron las tropas de a pie, y detrás de éstas, la caballería; es decir, Creso había optado por una formación inversa a la que se utilizaba habitualmente para la batalla.

Cuando la caballería lidia alcanzó el ejército persa, los caballos se desbocaron. Les espantó el tamaño y el olor de los camellos persas, y cuando tiraron a sus jinetes, éstos se encontraron inesperadamente frente a los soldados persas de a pie, hombres preparados para esta forma de lucha. Las bajas del ejército lidio fueron cuantiosas, por lo que Creso huyó para retirarse a Sardes, detrás de las murallas defensivas. Sin embargo, en ningún momento pensó rendirse, pues los mensajeros que había enviado a Egipto, Babilonia y Esparta habían de pedir ayuda.

Sin embargo, pasaron dos semanas y nada ocurrió. Los enemigos se observaban recelosos, los unos dominados por el miedo, los otros a la búsqueda del lugar menos fortificado de la muralla. Creso incluso prometió un premio al primero que lograra escalarla.

Entonces, el azar intervino para cambiar el curso de la historia del mundo: al echar una ojeada por encima de la muralla, a un soldado lidio se le cayó su casco, y como ello había ocurrido en un lugar totalmente inaccesible, el soldado se atrevió a bajar por la muralla para recogerlo. Pero un soldado persa, llamado Hiréades, lo observó. Se fijó en cada paso que daba el lidio, y por la noche, acompañado de un pequeño grupo de soldados persas, tomó el mismo camino y consiguió así entrar en la fortaleza. De esta forma, Sardes fue conquistada.

Se cumple otro oráculo

El rey persa había ordenado apresar vivo a Creso, aunque éste ofreciera resistencia armada. Pero, al parecer, Creso no había estado tan seguro del éxito de los que habían de escalar la muralla, y no eligió un grupo de tropas de élite, sino tan sólo un puñado de guerreros que ni siquiera sabían qué aspecto tenía Creso.

Cuando uno de esos espadachines persas se enfrentó a Creso, éste no hizo el menor gesto para defenderse. A su lado se encontraba su hijo sordomudo y contrahecho. Poco antes, Creso había consultado al oráculo de Delfos qué debía hacer para que su hijo empezara a hablar, y la Pitia había dado la siguiente respuesta:

«Hijo de Lidia, rey de muchos pueblos, Creso, grandísimo necio,
no pretendas oír en tu morada el tono anhelado
de la voz de tu hijo. Más te vale que eso quede lejos,
pues a hablar comenzará en un funesto día.»

Ahora, cuando el hijo vio que su padre iba a morir, rompió a hablar: «¡Soldado! —gritó—. ¡No mates a Creso!». Un hecho que la ciencia moderna denomina terapia de choque.

El oráculo se había cumplido. Creso fue hecho prisionero. Era el año 546 a. de C., el último del imperio lidio. Según las investigaciones más recientes, el fin del rey Creso no está nada claro. En una crónica redactada en escritura cuneiforme por el autor cristiano y obispo Eusebio (260/265-339/340) se lee que Creso dio muerte a Creso. Pero algunos historiadores defienden que este último, al ver que los persas se adueñaban de la fortaleza, intentó inmolarse quemándose vivo.

Otra versión de los acontecimientos nos la ofrece el historiador Heródoto, nacido hacia el año 480 a. de C. en Halicarnaso, en Asia Menor. Aunque como cronista le debían de resultar familiares los acontecimientos sobre los que escribía, hemos de temer que retocó los hechos auténticos.

A los ojos de los griegos, Creso era un hombre devoto, pues honraba al Apolo delfico como ningún otro y le ofreció innumerables sacrificios. Un hombre como Creso no podía tener un fin indigno. Podía perder su imperio, pues, al fin y al cabo, al cruzar el Halis malinterpretó la sentencia oracular, por lo que destruyó un gran imperio: el suyo propio. Pero la muerte no le había sido

vaticinada en Delfos. Por ello, Heródoto describe un fin muy diferente del legendario rey Cresos.

Ciros hizo colocar a Cresos y a catorce lidios más sobre una pira. Cresos no parecía atemorizado ante la idea de su muerte inminente, pues estaba seguro de que los dioses lo salvarían. El fuego ya había sido encendido cuando Cresos repitió con voz fuerte tres veces: «Solón, Solón, Solón!»*.

«Preguntad a quién está invocando», ordenó imperiosamente Ciro a su intérprete.

Cresos, atado sobre la pira, contestó: «A un hombre que yo hubiera deseado a cualquier precio que hubiese mantenido entrevistas con todos los monarcas». Rodeado de llamas, Cresos dijo con voz entrecortada que hacía tiempo que el poeta y político ateniense Solón le había profetizado que, a pesar de todas sus riquezas, tendría poca fortuna.

Consciente de que también él, el afortunado rey persa Ciro, podía tener un destino semejante, ordenó apagar el fuego. Pero las llamas ya eran demasiado grandes para que los persas pudieran dominarlas. Cresos gritó, oró a Apolo y, de repente, se abrieron los cielos y la lluvia cayó a raudales y el fuego se apagó.

Reyes entre reyes

«Cresos —preguntó el rey persa cuando bajaron al rey lidio de la pira—, Cresos, ¿qué sujeto te instigó a invadir mi territorio y a convertirte en mi enemigo y no en mi amigo?»

«Majestad —contestó Cresos—, he obrado así en razón de tu buena suerte y de mi mala fortuna; pero el responsable de ello ha sido el dios de los griegos al inducirme a emprender la guerra. Pues nadie es tan estúpido que prefiera la guerra a la paz, que, en ésta, los hijos sepultan a los padres, mientras que, en aquélla, son los padres quienes sepultan a los hijos. Mas, a no dudar, así plugo a los dioses que esto sucediera.»

Ciros quitó las cadenas a Cresos y le ordenó sentarse a su lado. «Majestad, en las presentes circunstancias —preguntó Cresos, quien estaba viendo que los persas saqueaban la ciudad—, ¿debo decirte lo que estoy pensando o debo callarme?»

«¿Qué está haciendo —preguntó Cresos— con tanto afán esa gran muchedumbre?»

Ciros contestó: «Está desvalijando tu ciudad y llevándose tus bienes».

A esto, Cresos respondió: «No está desvalijando mi ciudad ni mis bienes, pues nada de ello me pertenece ya; al contrario, está saqueando y robando lo que es tuyo».

El persa quería saber qué veía de malo Cresos en ello, y a un gesto suyo, desaparecieron todos los de su corte.

«Puesto que los dioses —contestó el prisionero— me han puesto como esclavo en tus manos, considero un deber, si me fijo mejor que tú en cualquier cosa, hacértela patente. Los persas, que por naturaleza son fogosos, son también pobres; por tanto, si tú les permites saquear y apoderarse de grandes riquezas, puedes esperar de ellos lo siguiente: aquel que se apodere de una suma mayor, ten por seguro que se sublevará contra ti. Así que ahora, si te parece bien lo que te digo, haz esto: aposta en todas las puertas centinelas de tu guardia personal para que confisquen el botín a los saqueadores y les digan que es menester deducir del mismo el diezmo para Zeus. Así tú no te atraerás su odio por arrebatarles el botín a la fuerza y ellos, considerando que obras con justicia, lo entregarán de buen grado.»

Este consejo le pareció excelente a Ciro, y ordenó que su guardia tomara posiciones. Al vencido rey lidio le dijo: «Cresos, dado que tú, todo un rey, estás decidido a serme útil de obra y de palabra, pídemelo cualquier merced que desees obtener ahora mismo».

«Señor mío —respondió Cresos—, me harás un grandísimo favor si me dejas enviar estas cadenas al dios de los griegos —a quien yo honré preferentemente— y preguntarle si tiene por norma engañar a sus fieles.»

«Cresos —contestó Ciro riendo—, no sólo vas a obtener de mí ese favor, sino todo lo que en cualquier momento me pidas.»

* Los diálogos siguientes según Heródoto, *Historia*, 1, 86-91. Ciro le animó a que dijera lo que quisiese.

El lidio envió los últimos hombres que le habían sido fieles a Delfos, ordenó que dejaran sus cadenas en el umbral del templo de Apolo y que preguntaran al dios si no se avergonzaba de haber inducido a Creso a través de su oráculo a entablar la fatídica batalla contra los persas.

Los enviados volvieron con el mensaje de que los reproches de Creso eran injustos. Apolo le había vaticinado que destruiría un gran imperio, y Creso tendría que haber preguntado si sería el propio o el de Ciro, por lo que toda la culpa era suya. Y por lo que respectaba al mulo que se erigiría en rey de los medos, cabía decir que éste representaba al rey Ciro. Literalmente, la Pitia dijo:

«Era hijo de dos personas de diferente condición, de una madre de alta alcurnia y de un padre de condición más humilde; su madre, en efecto, era medea e hija de Astiages, rey de los medos; su padre, en cambio, era persa, un súbdito de aquéllos, y, pese a ser inferior a su esposa en todos los conceptos, se había casado con su soberana.»

Cuando Creso oyó esto se le cayó la venda de los ojos y se dio cuenta que él mismo había labrado su propio destino: al menos, ésta es la versión que nos ofrece Heródoto.

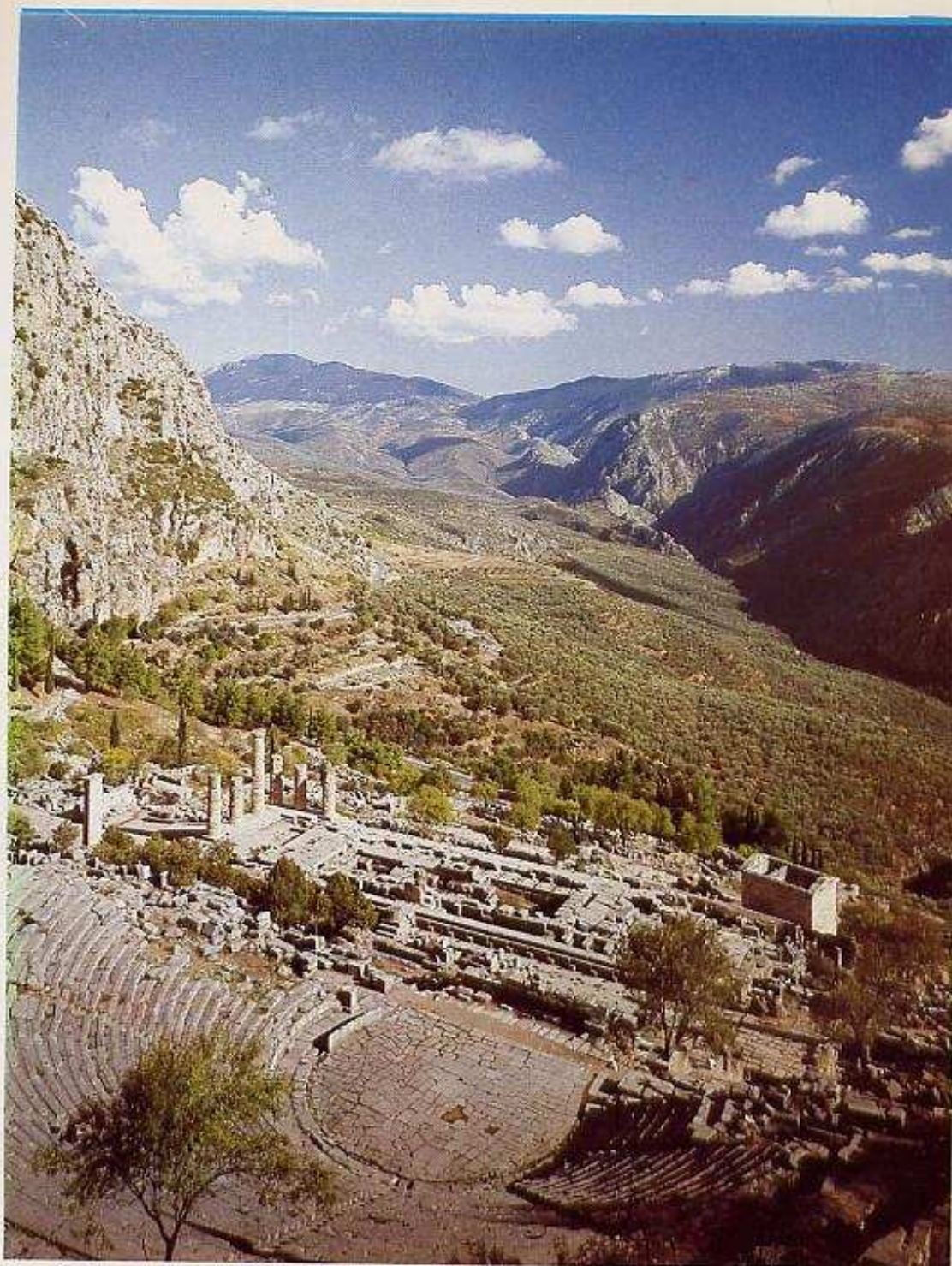
Un cilindro escrito en caracteres cuneiformes, un acta del archivo de Babilonia, creado en el año noveno —entre los años 547 y 546— del gobierno del rey Nabonido, el último rey de la dinastía babilónica de los caldeos, confirma que el rey Creso fue ejecutado. «En el mes de nisan [abril] —reza la crónica—, el rey Ciro de Persia movilizó sus tropas y cruzó el Tigris por debajo de Arbela. En el mes de ijar [mayo] marchó contra Lu..., mató al rey del país, obtuvo un gran botín y estableció allí una guarnición propia. Posteriormente, ésta y el rey se quedaron.»

En busca del palacio de Creso

Hoy en día, las ruinas de Sardes aún se pueden ver de lejos. Trozos de columnas, muros de ladrillos y canalizaciones de agua hechas de barro se encuentran al lado de la carretera que conduce de Izmir a Ankara, allí donde un letrero indica que se encuentra el pueblo de Sart-Mustafá. Unos doscientos metros al Sur, en la otra orilla del río Pactolo, los arqueólogos americanos han construido una casa para ellos; Sardes, la capital de Creso, es de dominio americano.

En el siglo pasado, cuando los primeros investigadores de la antigüedad visitaron estas regiones, aún se creía que la metrópoli lidia, que en tiempos de Creso contaba unos 50 000 habitantes, había desaparecido de la faz de la Tierra. Pero bastaron unas pocas excavaciones para descubrir que cada época de los 3 000 años de historia de la ciudad había cubierto y ocultado la anterior. Las primeras excavaciones, practicadas en 1910 por el americano Howard Crosby Butler, de la Universidad de Princeton, confirmaron esta hipótesis, pues se sacaron a la luz los restos de construcciones y objetos de casi todas las épocas de la historia de Sardes. Gracias a la ayuda de un equipo compuesto por casi 300 hombres, Mr. Butler logró descubrir no menos de 1 100 tumbas, hasta que el estallido de la primera Guerra Mundial interrumpió su labor; por desgracia, sólo dos de esas tumbas habían sido saqueadas. Databan de época persa, y contenían valiosos ajuares de oro. Sin embargo, el descubrimiento más importante fue el de un templo construido en tiempos de Alejandro Magno que, como se averiguó por las inscripciones, estaba dedicado a la diosa Artemis. Restos de murallas de tiempos anteriores hicieron pensar a Butler que debajo del templo se escondía el palacio de Creso.

Pasaron más de cuarenta años antes de que científicos americanos pudieran comprobar a fondo esta teoría. el Museo Fogg Art de la Universidad de Harvard, la Universidad de Cornell y la American Schools of Oriental Research encargaron en 1958 al profesor George M. A. Hanfmann que equipara una expedición con el cometido de estudiar e investigar la historia de Sardes desde la prehistoria hasta el siglo XV d. de C.



Delfos: Panorámica desde la grada superior del teatro. Al fondo, el santuario de Apolo, y a su derecha, el tesoro de los atenienses.

Delfos: Panorámica desde la grada superior del teatro. Al fondo, el santuario de Apolo, y a su derecha, el tesoro de los atenienses.



El auriga de Delfos.

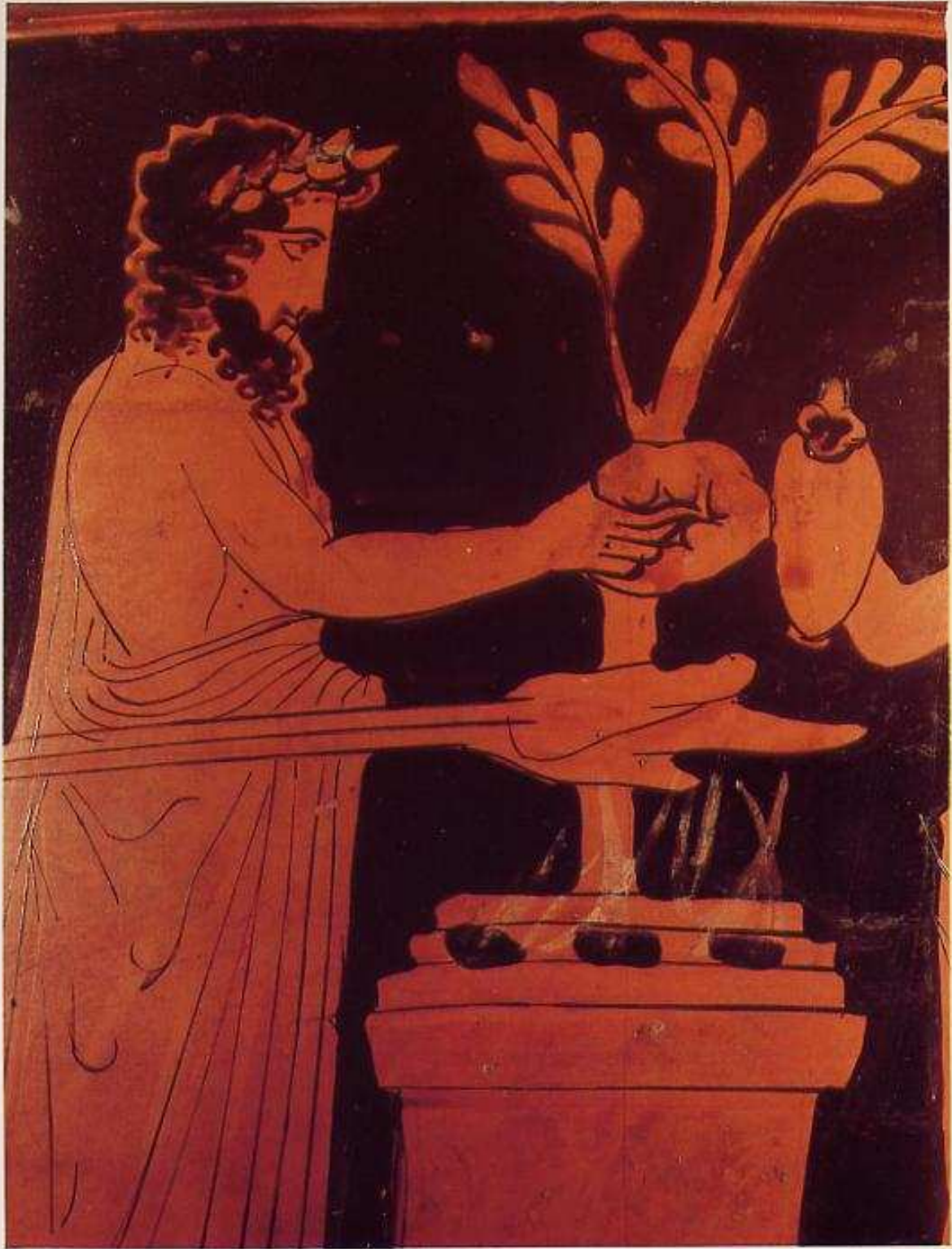


Arriba: La Pitia en éxtasis (aguafuerte del siglo XIX).

Abajo: La fuente Castalia, lugar de los lavados rituales de las sacerdotisas.



Themis al emitir una profecía (interior de una vasija del pintor Codros del 400 a. de C. Museo estatal de Berlín).



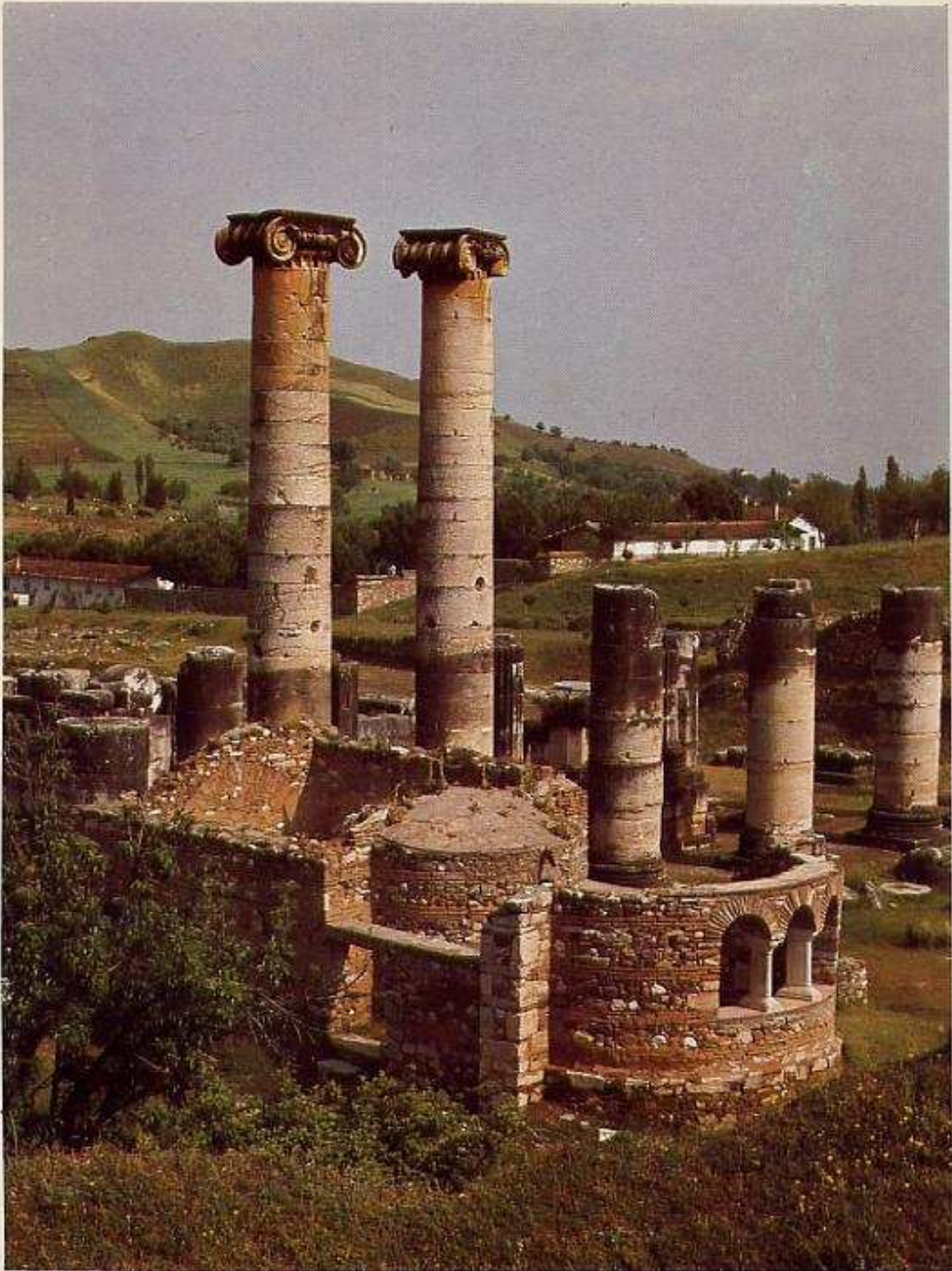
Un sacrificio para Apolo (Crátera de figuras rojas de Atica, 475 a. de C., París, Louvre).



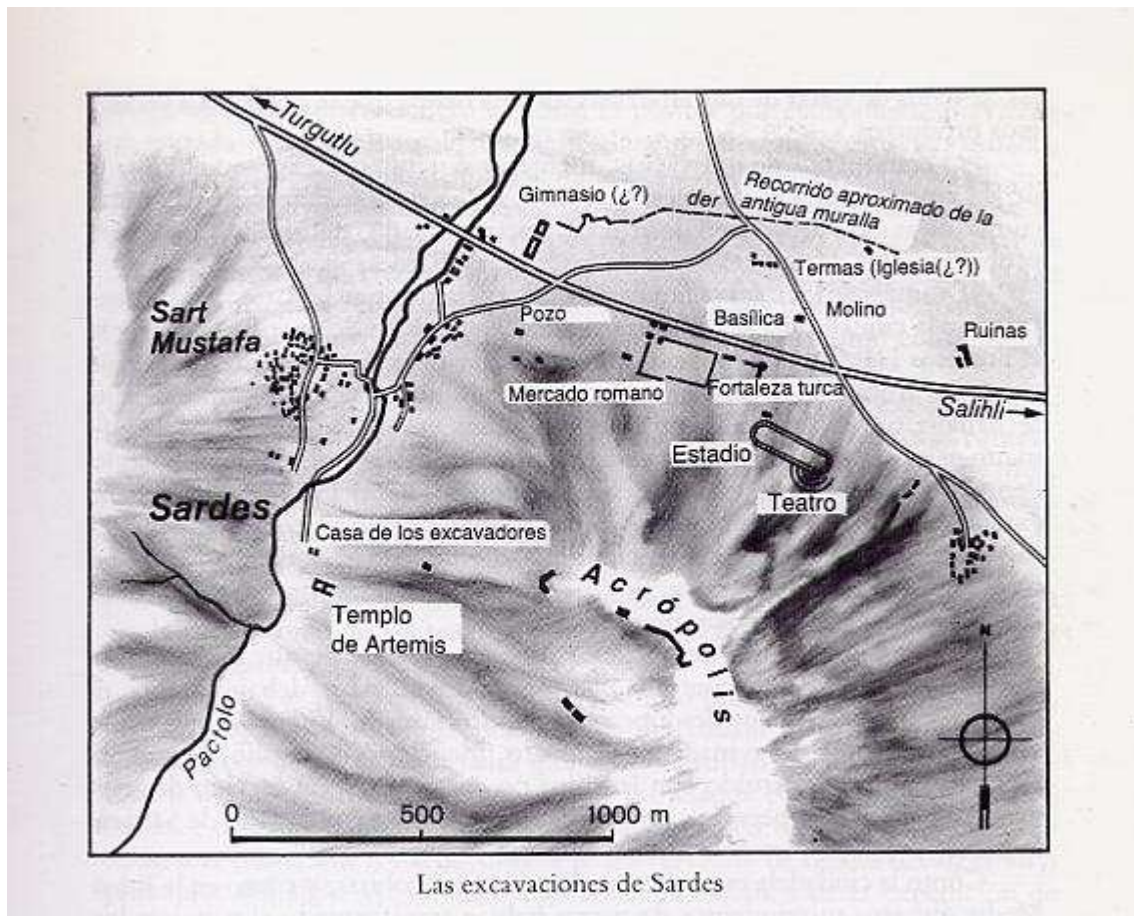
Delos, la isla donde nació Apolo. Vista del templo de Apolo sobre la isla de Ortigia.



Dario I: el perdedor de la batalla de Maratón.



El templo de Artemis de Sardes.



Las excavaciones de Sardes

«Lo primero que decidimos —cuenta

Hanfmann— fue comprobar la teoría de Butler, que afirmaba que debajo del templo griego de Artemis se encontraba un santuario de los tiempos de Creso.

Procedimos a excavar con sumo cuidado, y descubrimos objetos de épocas anteriores,

pero nada que probase la existencia de una construcción de fecha más temprana aún.

Pero hacia finales de la primera campaña de excavaciones, los americanos habían descubierto varias casas lidias que databan de los tiempos de Creso. «Se sacaron a la luz muy cerca del borde sur de la carretera moderna que va de Turguth a Salihili, unos dos metros y medio por debajo del nivel actual de los campos. Los muros, de piedras irregulares y guijarros, parecían haber sido contruidos sin ningún orden, pero en una esquina del suelo de tierra batida se descubrió una construcción abovedada parcialmente conservada. Como en el suelo había apilada una cantidad inusitadamente grande de vasijas, se había de tratar de una alfarería o de una tienda que se dedicaba a vender esos productos.»

No eran menos de mil vasijas, fuentes y sartenes que cayeron en manos de los americanos. Gracias a estas cerámicas fue posible determinar la fecha en que estas casas quedaron destruidas: hacia mediados del siglo VI, es decir, probablemente durante el asalto de los persas a Sardes.

«Después de las excavaciones de 1958, creíamos que la parte más importante de la ciudad lidia se encontraba al Norte, debajo del castillo», recuerda el profesor Hanfmann. Este castillo es una construcción bizantina y, al principio, los arqueólogos no dieron con ningún indicio que probase que debajo se hallaba un palacio más antiguo aún. «Sin embargo —prosigue Hanfmann—, el descubrimiento de muros lidios en la orilla oriental del Pactolo demostró que era posible que las construcciones lidias del valle del Pactolo se extendieran hasta el templo de Artemis. Sabemos con certeza que había al menos tres estratos de edificios grandes —algunos de ellos databan con casi total seguridad del siglo VIII a. de C. — situados bajo las tumbas y los edificios helenísticos, romanos y bizantinos.»

Este descubrimiento despertó en ellos la sospecha de que debajo de la ciudadela bizantina se encontraba una fortaleza romana y, debajo de ésta, el castillo de Creso. En sus descripciones arquitectónicas, Vitruvio, autor que vivió a principios del reinado de Augusto, mencionó el castillo. Según él, éste habría sido construido con ladrillos no cocidos, habría servido de residencia a los sátrapas persas y, posteriormente, la *gerusia*, el senado de Sardes, lo habría utilizado para celebrar

sus sesiones.

Como la ciudadela estaba formada por varias colinas, y como en la Edad Media diversos movimientos de tierras habían transformado el paisaje y los restos de las construcciones arquitectónicas, la búsqueda del palacio de Cresos parecía más un juego de azar que otra cosa. Finalmente, los excavadores efectuaron los primeros hallazgos en la colina situada más al Norte de las tres que conforman la ciudadela: una terraza, restos de muros y varios objetos de bronce que databan indudablemente de tiempos de Cresos; sin embargo, los arqueólogos americanos no lograron otros descubrimientos más importantes.

Túneles misteriosos: ¿una prueba del falseamiento de la historia?

El descubrimiento más interesante lo constituyeron varios túneles que conducían del extremo norte del palacio a la ciudad, a unos setenta metros por debajo de éste. La exploración de los pasadizos secretos, en parte en peligro de derrumbamiento, resultó sumamente aventurada. Aún hoy no se puede explicar exactamente el uso que tenían originariamente. Existen diversas teorías: es posible que los pasadizos condujeran a fuentes secretas de agua potable, pues como en la loma no había agua, todo asedio del castillo habría terminado rápidamente. Pero también es posible que estos túneles sirvieran de entrada secreta a los soldados lidios cuando el castillo estuviera sitiado, pues de esta forma se podían llevar mensajes e introducir refuerzos. ¿O fueron los soldados de Ciro quienes, durante el asedio de la fortaleza de Cresos, fueron excavando la colina como topos para llegar hasta la ciudadela? En este caso, la historia de Heródoto sobre el soldado que perdió su casco, y que saltó el muro para recuperarlo, habría sido inventada por el historiador; podría considerarse una mentira inocente, pues nadie sabía cómo consiguieron los persas entrar en la ciudad.

Pero no querernos acusar a Heródoto de falsear conscientemente la historia. Sin lugar a dudas, podemos demostrar muchos de los errores cometidos por el cronista de Halicarnaso; pero Heródoto no fue un investigador, sino que se limitó a transcribir lo que la gente le contaba. Por ello, a menudo debemos leer entre líneas para entenderlo.

Heródoto localizó con acierto la tumba de Aliates, el padre de Cresos. Dice que se encontraba al norte de Sardes, más allá del río Hermo, y según él era la más grande de las tumbas reales; sin embargo, en ningún momento hace referencia al sepulcro de Cresos.

Las tumbas reales lidias, reconocibles sólo por un túmulo en el campo, habían despertado ya en 1853 el interés del cónsul prusiano en Esmirna. Mandó excavar estrechos túneles que sólo permitían avanzar a rastras y encontró un laberinto de antiguos túneles horadados por los saqueadores de tumbas; finalmente, en una de las tumbas saqueadas dio con fragmentos de cerámicas lidias, que los arqueólogos fecharon como de finales del siglo VII o principios del siglo VIII. Los investigadores americanos de la expedición de Sardes demostraron que Spiegelthal —el cónsul prusiano— había encontrado la cámara sepulcral de Aliates. Medía tres metros y medio por dos metros y medio, y tenía una altura de otros dos metros y medio.

John Griffith Pedley, de Ann Arbor, Michigan, miembro de la expedición americana, escribe: «Sobre la cámara sepulcral, entre los sillares del techo y la capa de sedimentos de arena, barro, guijarros y tierra, encontramos un espeso estrato de cenizas de roble, mencionado anteriormente por Spiegelthal. Según dedujimos por la forma de la construcción, las llamas sobre el techo de la cámara debieron alcanzar mucha altura. Probablemente, ese fuego formaba parte de la ceremonia fúnebre. ¿Representaba acaso la brevedad y la extinción de la vida, o refleja la historia que Heródoto narra sobre Cresos atado en lo alto de la pira?». »

La licenciosa vida de la ciudad de Sardes

Durante siglos, los habitantes de Sardes fueron considerados los más frívolos del mundo. Platón, Aristófanes, Virgilio y Alejo ridiculizaban en sus obras el extravagante modo de vida de aquellas

gentes, más interesadas en conocer el nombre de un perfume de creación reciente que en estudiar la situación política del Peloponeso. Para comer, se vestían de rojo y se tendían en los sofás tapizados con telas purpúreas y adornados con marfil. Cubrían el suelo las alfombras más valiosas, y se cuenta que tanto Creso como los demás reyes de Sardes se negaron siempre a pisar una alfombra sobre la que ya hubiera caminado alguien. Trazaron parques y plantaron árboles frondosos que proporcionaban mucha sombra, pues la piel clara les parecía más noble que la tostada por el sol, y ello les acercaba a las exageraciones de la civilización egipcia.

Era costumbre habitual obligar a las hijas adolescentes a hacer la carrera, pues de esta manera podían ganarse su propia dote. Dicen que las mujeres de Sardes fueron las primeras en esterilizarse para poder llevar una vida sexual más licenciosa. En el palacio real sustituían a los eunucos, y en su tiempo libre se las podía encontrar en un burdel que, irónicamente, llevaba el nombre de «Reino de la castidad».

Cuando no estaban con mujeres, los hombres de Sardes, que, por lo demás, habían adoptado maneras acentuadamente afeminadas, se entregaban a la buena comida, el alcohol y los juegos más diversos, sobre todo los de pelota y de dados. Un dado de terracota de hace 2500 o 3000 años, encontrado por el profesor Hanfmann en el lecho del río Pactolo, puede ser una prueba de la autenticidad de una historia que narra Heródoto (I, 94).

Cuenta, en efecto, que durante una época de hambre, los lidios se convirtieron en jugadores. A la espera de tiempos mejores, se dedicaron a inventar los juegos más diversos de pelota, huesos y dados. Todo el día lo pasaban entregados por entero al juego, pues así creían que iba a resultarles más fácil olvidar el hambre: de este modo transcurrieron dieciocho años. Sucedió en tiempos de Atis, el primer rey lidio. Al no mejorar la situación, el pueblo se dividió en dos: unos se quedaron en el país, y los otros, conducidos por el hijo del rey, Tirreno, emigraron a Italia, donde se establecieron, adoptando su pueblo el nombre de tirrenos (etruscos). Sardes, empero, perdió su importancia, y sus reyes cayeron en el olvido.

Sólo Creso logró hacerse un lugar en los anales, por un lado, porque era proverbialmente rico, y, por otro, porque no daba un paso sin haber consultado el oráculo.

X

Incluso los dioses se dejan sobornar

*Los dados divinos siempre caen
como tienen que caer.*

Sófocles

*Intentar desvelar, aunque sea por
un instante, qué secretos esconde el
futuro, es una inclinación natural del
ser humano, y ni siquiera puede
contrarrestarla la cultura de mayor
solidez intelectual, por insistente que
sea la justificada crítica a las
profecías y sus métodos.*

Martin P. Nilsson,
historiador de la religión

Cuando, en el verano de 1959, Michael H. Jameson, profesor de arqueología clásica de la Universidad de Princeton, Nueva Jersey, viajaba con su mujer por Grecia, llegó accidentalmente al pueblo de Trecene. Pocas son las personas que toman el camino de esta pequeña localidad situada a unos cuatro kilómetros de la costa occidental del golfo Sarónico, desde donde se distingue la isla de Poros. Además de la iglesia, la escuela y el café, ante el que los hombres parecían dedicar el día entero a la lucrativa actividad del ocio, sólo se podría haber mencionado la existencia de los restos de un templo dedicado a Artemis Soteira. Al menos fue así hasta el año 1959, cuando apareció el profesor Jameson, de Nueva Jersey. Fue él quien dio fama mundial al pueblo, pues hizo el descubrimiento más importante de la reciente investigación de la historia clásica de Grecia, y para ello ni siquiera le hizo falta tomar una pala en sus manos: el descubrimiento de Jameson se produjo en el café local.

Tras sus excursiones por el campo, el matrimonio Jameson dedicaba la tarde a descansar en el café. La noticia de que les visitaba un profesor de América se extendió como el fuego por el pueblo, hasta llegar al maestro de escuela. Orgulloso, enseñó a los visitantes americanos su pequeña colección de inscripciones, fragmentos de vasijas y monedas, expuesta en una habitación contigua al café.

Interesado, el profesor Jameson contempló los hallazgos para detenerse finalmente ante una losa de piedra poco llamativa y casi del todo erosionada. Medía sesenta centímetros de longitud por treinta y cinco de anchura y de seis a ocho centímetros de espesor. Las letras griegas que aún se conservaban, por su forma y estilo características del siglo IV a. de C., sólo se podían descifrar con dificultad, pero una palabra saltó de inmediato a los ojos de Jameson: Freareos.

Phrearrioi se llamaban los miembros de una estirpe en sí poco importante de la que, sin embargo, había surgido uno de los hombres más significativos de la historia griega: Temístocles.

El maestro se dio cuenta del interés del americano y le informó en un inglés casi incomprensible

de que un campesino del pueblo había encontrado la losa hacia el año 1932, cerca del templo de Artemis Soteira, aprovechándola, por haber sido tan lisa, como peldaño de la escalera de acceso a su casa. Allí la había visto él, el maestro, en la primavera del mismo año, y convenció al campesino de que aquello era un documento de su propio pasado. Por esta razón, el campesino accedió a regalarle la losa, y él la depositó en el café. Pero, obviamente, ignoraba qué había grabado en la piedra.

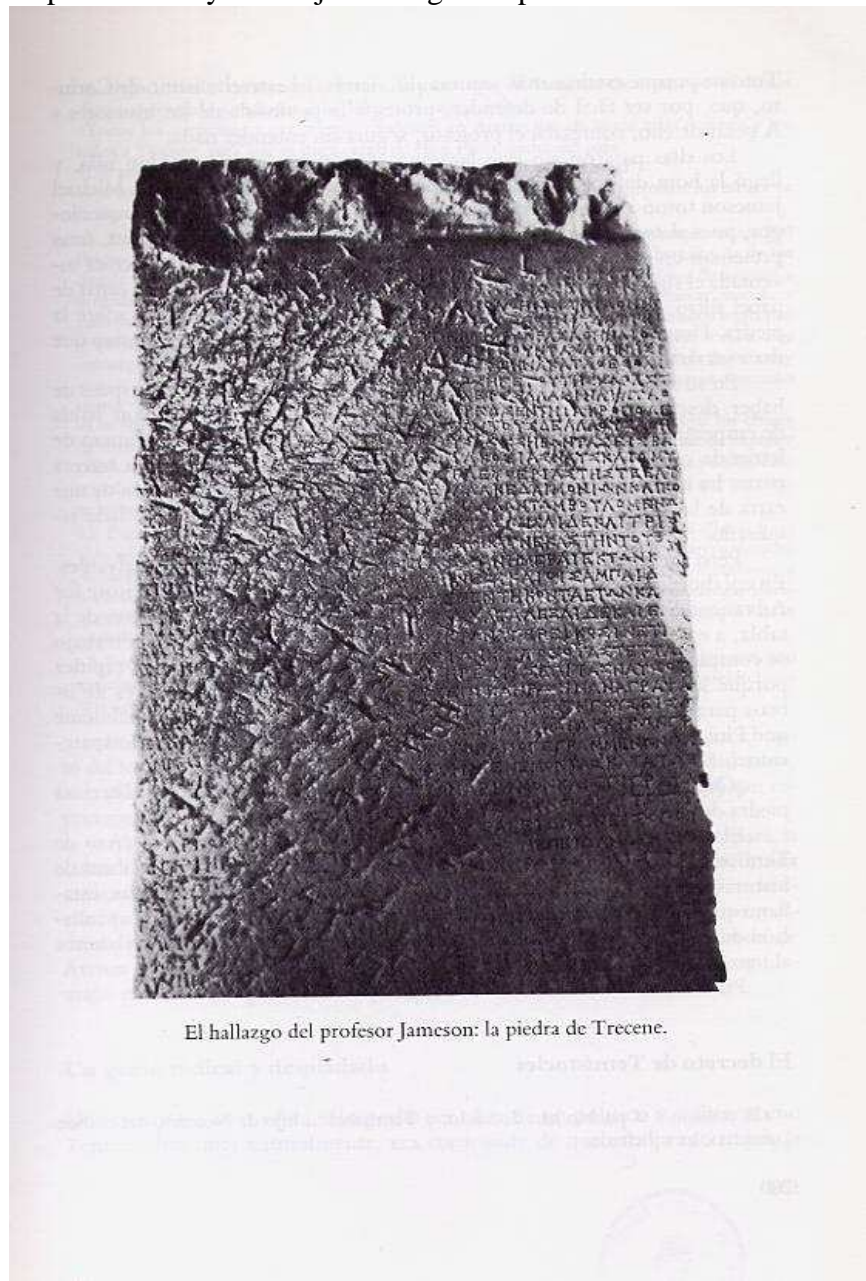
1 piedra + 1 profesor = 1 hallazgo sensacional

El mismo profesor Jameson no sospechaba aún que este documento de piedra de la era clásica griega, tan maltratado, iba a imprimir un giro a la historiografía, a enfrentar a historiadores y arqueólogos y a convertirse en tema preferido de los doctorandos de estudios clásicos. La inscripción no estaba provista de signos de puntuación y no dejaba ningún espacio entre las palabras; pero las letras eran de una regularidad inusual. Por tanto, cada línea tenía el mismo número de letras. «Esta particularidad —recuerda el profesor Jameson— fue importante a la hora de descifrar el texto, pues ello significaba que incluso allí donde la piedra estaba gravemente dañada podía calcularse el número exacto de letras que faltaban.»

La piedra y lo que en ella había grabado se convirtió en una obsesión para el profesor de Princeton. «El consejo y el pueblo...», decía el final de una de las líneas superiores: parecía extraído de una resolución popular. «Descubrí referencias a Salamina y a los bárbaros, y recuerdo que, en el año 480 a. de C., los atenienses evacuaron a las mujeres y a los niños, enviándolos a Trecene porque estaban más seguras allí, detrás del estrecho istmo de Corinto, que, por ser fácil de defender, protegía la península de los invasores.» A pesar de ello, confesaba el profesor, seguía sin entender nada.

El hallazgo del profesor Jameson: la piedra de Trecene.

Los días pasaron sin que Jameson consiguiera averiguar algo más, y llegó la hora de volver a Princeton. A la luz de la puesta de sol, Michael Jameson tomó algunas fotografías: éste es un antiguo truco de los arqueólogos, pues al contrastar las largas sombras de las inscripciones con la luz, éstas presentan un aspecto más legible. Además, fabricó un clisé, una técnica inventada el siglo pasado por los



El hallazgo del profesor Jameson: la piedra de Trecene.

egiptólogos. Jameson estampó varias capas de papel filtro empapado sobre la inscripción, y dejó

que se secaran sobre la piedra. Después de retirarlas, el profesor tenía en sus manos un negativo que iba a servirle para sacar una copia en yeso.

En su instituto de Princeton comenzó el verdadero trabajo. Después de haber descifrado todos los signos conservados, Michael Jameson había de empezar a completar los que faltaban. Conocía únicamente el número de letras de cada línea, pero nada más. De las 1900 letras faltaba una tercera parte. La labor que le esperaba se podía comparar a la reconstrucción de una carta de la que se hubiera arrancado de arriba abajo un tercio del lado izquierdo.

Pero Jameson superó todos los obstáculos que parecieron insalvables. En colaboración con Benjamin D. Meritt y otros expertos del Institute for Advanced Study de Princeton, el profesor logró reconstruir el texto de la tabla, a excepción de un hueco ininteligible de veintiuna letras. el trabajo se completó en pocas semanas y sólo fue posible hacerlo con tanta rapidez porque los investigadores americanos leyeron cantidades ingentes de libros para cada palabra que consiguieron descifrar, descubriendo finalmente que Plutarco había citado algunos pasajes concretos de este texto desaparecido.

¿Qué noticia, qué información, qué sensación contenía la misteriosa piedra de Trecene?

El texto era la llamada *psephisma* o decreto de Trecene, el decreto de Temístocles anterior a la batalla de Salamina. Prueba que todos los libros de historia anteriores, que trataban de una huida precipitada de los persas, estaban equivocados, y demuestra, además, que Temístocles se ganó la aprobación de un aventurado plan bélico *sobornando* un oráculo. Con ello volvemos al terna anterior.

Pero antes, leamos el texto descifrado por Michael Jameson.

El decreto de Temístocles

«El consejo y el pueblo han decidido, y Temístocles, hijo de Neocles, del demon freareo, ha solicitado:

»1. Dejar la ciudad en manos de Atenea, la protectora de Atenas, y en manos de los demás dioses, defenderla y rechazar al bárbaro para salvar el país.

»Todos los atenienses y extranjeros residentes en Atenas han de llevar a las mujeres y los niños a Trecene, para que se haga cargo de ellos Piteo, padre del país.

»Los ancianos y los bienes, sin embargo, se han de trasladar a Salamina.

»Los tesoreros y las sacerdotisas han de quedarse en la Acrópolis para custodiar los bienes de la diosa.

»2. Todos los demás atenienses y extranjeros en edad militar han de embarcar en los 200 barcos preparados y luchar contra el bárbaro, para defender su propia libertad y la de los demás griegos, junto con lacedemonios, corintios, eginetas y otros pueblos dispuestos a arrostrar el peligro. Y a partir de mañana, los estrategas nombrarán 200 triarcas, uno para cada barco, de entre todos los que posean tierra y casa en Atenas, que tengan hijos legítimos y que no superen los cincuenta años de edad. Los barcos se les asignarán por sorteo. Los estrategas seleccionarán diez soldados para cada barco, entre los que tengan más de veinte y menos de treinta años, y también arqueros. Y escogerán los cabos para los barcos al mismo tiempo que seleccionen a los triarcas.

»Los estrategas darán a conocer las tripulaciones de los barcos: los atenienses de los censos de ciudadanos, y los extranjeros de los censos del polemenco. Estas listas se han de exponer públicamente, divididas en doscientas tripulaciones de cien hombres cada una, y sobre cada tripulación se colocará el nombre del triarca y de los cabos, para que se sepa en qué trirreme se encuentra cada cual.

»3. Cuando se hayan formado todas las tripulaciones, y cuando a cada una de ellas le haya sido asignado un barco, el consejo y los estrategas harán que se ocupen los barcos después de haber hecho un sacrificio para aplacar a Zeus, el todopoderoso, a Atenea, la victoriosa, y a Poseidón, el protector. Cuando las tripulaciones hayan embarcado, los estrategas intervendrán con cien de los

barcos en el Artemisión de Eubca, y con los otros cien aguardarán anclados alrededor de Salamina y el resto del Ática, para defender la tierra.

»4. Para que todos los atenienses luchen a la par a fin de rechazar al bárbaro, los que han sido expulsados por diez años han de dirigirse a Salamina y esperar allí hasta que el pueblo tome una decisión al respecto. Aquellos, sin embargo, que han perdido la honra...»

En este lugar se ha roto el borde de la piedra. Sin embargo, por lógica, el resto del texto rezaría como sigue: «...recobrarán todos sus derechos ciudadanos».

¿Cómo es que este descubrimiento fortuito tiene un significado tan espectacular?

Al describir la batalla de Salamina, ese momento tan decisivo para la cultura occidental, la mayoría de los libros de historia describen una huida masiva de los atenienses hacia Salamina y Trecene. El decreto de Temístocles, empero, demuestra que es falsa la idea de que esa retirada fue una medida de última hora, e incluso de que es cierto lo contrario: la retirada de Atenas y la entrega de la capital era una decisión tornada meses antes y formaba parte de un aventurado ardid guerrero.

Un genio radical y despiadado

Una estrategia como ésta sólo podía ser obra de un político y militar como Temístocles, que, naturalmente, era consciente de que este proyecto jamás habría contado con la aprobación ni del consejo de la ciudad, compuesto por 500 miembros, ni del pueblo. Convencido de que sólo mediante esta estrategia tendría alguna posibilidad contra la superioridad persa, Temístocles aprovechó el sagrado oráculo de Apolo en Delfos.

Sabía exactamente que si alguna autoridad podría mover a los atenienses a entregar voluntariamente su capital, ésta había de ser un dios: Apolo de Delfos. Y si existía alguna persona capaz de engañar al dios en esta situación, había de ser un genio: Temístocles.

Temístocles, hijo de Neocles, del pueblo de los freareos, ofrecía el aspecto de un hombre tosco, radical, despiadado y tendente a la brutalidad. el busto de tamaño natural, copia de un original griego encontrado en las excavaciones de Ostia en 1939, refleja la imagen de un hombre del campo, cuyos rasgos más sobresalientes no eran la educación y ni siquiera la inteligencia, sino una profunda confianza en sí mismo y una voluntad indomable. A los treinta años, este hombre revolucionó el mundo político ateniense, pues ya por entonces, en el año 439 a. de C., siendo arconte, convirtió el Pireo en puerto para defender Atenas de un ataque por mar de los persas. Tenía más enemigos de los necesarios, pero supo aprovecharse hábilmente del ostracismo y enviar a sus oponentes al destierro.

Con suma facilidad consiguió que se construyera la flota que tenía proyectada: en el año 483 a. de C., la minas de plata estatales de Laurion habían tenido unos beneficios tan altos que cada ateniense podría haber percibido diez dracmas de dividendos. Haciendo hincapié en la superioridad naval de la cercana isla de Egina convenció a los representantes del pueblo que lo mejor era construir barcos: doscientos trirremes. El golpe le salió perfecto y Heródoto manifiesta que, en esta ocasión, los enemigos eginetas habían salvado Grecia en contra de su voluntad. De todos modos, Temístocles disponía ahora del arma que había deseado tener desde hacía mucho.

Bastante tiempo había tenido que esperar: un puerto, el Pireo, ya lo tenía desde hacía diez años, pero el número de navíos de que podía disponer era ridículamente pobre en comparación con las mil unidades de la flota persa. Ahora, Temístocles también quería presentarles batalla en el mar. A nadie había expuesto su propósito de entablar una batalla exclusivamente naval; de haber conocido sus planes, el pueblo jamás los habría aceptado. Ningún diputado realista habría dejado el futuro de la capital en manos de una flota que aún no había tenido ocasión de demostrar su eficacia, y una iniciativa similar había sido abortada desde el mismo principio. Por ello, Temístocles elaboró un plan muy astuto.

Al volver de una campaña militar, en el valle de Tempe, un desfiladero de ocho kilómetros abierto por la erosión, que se encontraba entre el Olimpo y Ossa, y que en las guerras persas adquiriría una gran importancia estratégica, Temístocles debió de alejarse de las tropas para pasar

por Delfos. No sabemos cómo procedió una vez allí, cómo descubrió sus planes a los sacer-

202dotes «persófilos» o a la Pitia Aristónice. Es posible que lo hiciera con ayuda de un mediador, a quien ofrecería grandes recompensas. Pero un hombre como Temístocles también podría haber chantajeado al oráculo, amenazando con imponerle fuertes sanciones. Lo que sí sabemos cierto es que Temístocles hizo que el oráculo sancionara su decisión tomada en solitario: enfrentarse en el mar con los persas. Sólo así podía convencer al consejo y al pueblo de Atenas. Que la batalla de Salamina había estado perfectamente planificada, lo corroboran varias pruebas; la última de éstas, la piedra de Trecene.

¡Preguntad al oráculo!

Estudiemos más detalladamente los acontecimientos históricos: estamos en el año 480 a. de C. Hacia finales de marzo, Temístocles había solicitado infructuosamente defenderse en el mar, lejos de la patria. A mediados de abril había ido al valle de Tempe, entrando en contacto, al mismo tiempo, con Delfos. Poco después de su vuelta, hacia finales de mes, los atenienses enviaron una delegación al oráculo. Entre ellos reinaba cierto desconcierto. ¿Cuándo atacarían los persas? ¿Cómo había que enfrentarse a ellos? En estas situaciones de incertidumbre, siempre era el oráculo el que tenía que tomar una decisión.

Los *theopropoi*, los consultantes del oráculo, llegaron a Delfos, siguieron los procedimientos de purificación e hicieron los sacrificios prescritos, sacaron un número y esperaron a que fuera llamado el suyo para poder plantear su pregunta. Pero esto no llegó a ocurrir. Invisible, en el *aditon* del templo, la Pitia de turno, Aristónice, dijo:

«¿Desdichados! ¿Por qué permanecéis inactivos? ¡Huid al fin del mundo
y abandonad vuestras casas y de vuestra ciudad circular los eminentes baluartes!
Pues no permanece incólume ni la cabeza, ni el cuerpo,
ni las extremidades, ya se trate de los pies o de las manos; y nada
queda ya del tronco. Al contrario, todo se halla en lamentable estado: lo destruyen el fuego
y el furibundo Ares, que conduce en su ataque un carro sirio.
Otras muchas fortalezas aniquilará también, no sólo la vuestra,
y a las devastadoras llamas ofrendará muchos templos,
donde, en estos momentos, las imágenes de los dioses deben de alzarse
en sudor bañadas y estremecidas de espanto, pues negra sangre
chorrea de lo alto de los pináculos, presagiando calamidades inexorables.
Abandonad, pues, este sagrado lugar y, ante las desgracias, comportaos con entereza.»

Ciertamente era un vaticino desesperanzador. Resulta fácil imaginar que los emisarios atenienses salieran aturridos y abatidos del interior del templo de Apolo, y es posible que hubieran perdido el juicio, de haber sabido lo que en estos instantes estaba ocurriendo en su patria. Misteriosamente, los frontones de los templos estaban manchados de negra sangre, y las estatuas divinas se bañaban con ella. Si uno no cree en los milagros, sólo queda una explicación: toda la operación había sido una conjura perfectamente estudiada y proyectada.

Seguramente, Temístocles no fue el único político que se sirvió de estos presagios tan poco alentadores, pero fue de los primeros en hacerlo. Un siglo después, antes de la batalla de Leuctra, Epaminondas se aprovechó de forma reiterada y espectacular del valor que los griegos otorgaban a estos presagios. Falta le hacía, pues el ejército enemigo de los espartanos era muy superior al propio, y Epaminondas había de insuflar ánimos a los tebanos: se tenía que producir un milagro, y mejor aún si eran dos.

En las *Helénicas*, la historia griega redactada por el ateniense Jenofonte, contemporáneo de Epaminondas, se describen estos «milagros» que servían para fortalecer los ánimos de los soldados (VI, 4,7). Según este autor, durante la noche desaparecieron del templo de Heracles todas las armas que llevaba la imagen del dios. Los intérpretes oraculares tebanos encontraron rápidamente una

explicación: el aguerrido Heracles se las había llevado para entrar en batalla, por lo que dedujeron que el héroe divinal estaba de su lado. Pero eso no lo era todo; sin ser advertido, un escultor había cambiado aceleradamente una estatua de la diosa Atenea, de modo que de repente llevaba en la mano el escudo que normalmente se encontraba a sus pies. La interpretación de este presagio también estaba clara: Atenea había levantado el escudo para luchar contra los enemigos.

Respecto a estos «milagros», Jenofonte, alumno de Sócrates, no pudo dejar de señalar que algunas personas creyeron que se trataba de una estafa, pero precisa que sólo fueron unas pocas. La estafa insufló ánimos en la mayoría de los soldados. En el año 371 a. de C., Epaminondas destruyó con sus siete mil hombres el ejército de diez mil guerreros espartanos.

Al parecer, el «milagro» de Temístocles era más espectacular, sobrenatural y creíble, pues nadie dudó de su autenticidad. Tampoco se empezó a sospechar cuando se produjo el siguiente: al abandonar el santuario oracular, los enviados de Temístocles se encontraron con un hombre llamado Timón, hijo de Andróbulo. Tal como dice Heródoto, era un «ciudadano delfio de los más reputados». Le hablaron del desesperanzador vaticinio del oráculo. Timón no tardó en darles su consejo: habían de recoger ramas de olivo, orar a Apolo y pedirle otro oráculo.

«Señor —impetraron al día siguiente los enviados oraculares de Atenas—, ofrécenos algún vaticinio más favorable sobre nuestra patria, en consideración a estos ramos de olivo con que nos hemos presentado ante ti; de lo contrario, ten por seguro que no abandonaremos tu sagrado recinto: permaneceremos aquí, en este lugar, hasta acabar muriendo.»

Finalmente, la voz de la Pitia se elevó por segunda vez:

«No puedes, Palas, aplacar a Zeus, dios del Olimpo,
pese a que, en todos los tonos y con sagaz astucia, súplicas le diriges.
No obstante, voy a darte ahora una nueva respuesta, inflexible como el acero.
Mira: cuando se tome cuanto encierran
la tierra de Cécrope y el valle del Citerón augusto,
Zeus, el de penetrante mirada, concederá a Tritogenia un muro de madera,
único —pero inexpugnable— baluarte, que la salvación supondrá para ti y para tus hijos.
Ahora bien, tú —eso sobre todo— no guardes indolente a la caballería
y al ingente ejército de tierra que del vecino continente llega; al contrario,
retírate; vuelve la espalda. Un día, tenlo por seguro, ya les harás frente.»

La misteriosa sentencia de la Pitia

Esta sentencia les pareció mejor a los enviados de Atenas, o al menos más esperanzadora. Apuntaron el segundo oráculo y de vuelta en Atenas, todo el mundo empezó a interpretar el oráculo. Aunque los enviados sólo llevaran por escrito el segundo de los vaticinios, el contenido del primero también llegó a conocerse. Y es que el inventor de la estrategia lo quería así. Los atenienses habían de temblar de miedo, y el milagro de los templos y de las imágenes divinas manchadas de sangre sólo podía acentuar el terror.

Un hombre dotado de tanto instinto político como Temístocles sabía, naturalmente, que el oráculo no podía revelar directamente su deseo de entablar una batalla naval contra los persas. Es así como encontró la misteriosa cláusula del muro de madera. Los sacerdotes de Delfos no corrían ningún peligro, pues de haber perdido Temístocles la batalla naval, habrían encontrado otra interpretación para este muro de madera.

Las personas conservadoras estaban seguras de que el muro de madera se refería a los zarzales que rodeaban desde siempre la Acrópolis, formando una muralla impenetrable, y creyeron necesario retirarse al castillo para defender la parte superior de la ciudad, muy difícil de conquistar por los persas. Los más progresistas, sin embargo, respondieron que los barcos también representaban muros de madera, y defendieron la posibilidad de una batalla naval. Lentamente, esta interpretación empezó a ganar terreno; pero, entonces, alguien observó que los atenienses podrían perder en el mar, pues en definitiva la sentencia decía así:

«¡Ay, divina Salamina! ¡Que tú aniquilarás los frutos de las mujeres, bien sea cuando se esparce Deméter o cuando se reúne!»

Realmente, parece que se había cometido un error. Siguiendo la versión de Heródoto, el mismo Temístocles había de intervenir en la discusión: «Este personaje afirmaba que la conjetura de los intérpretes de vaticinios no era totalmente correcta: si los versos en cuestión —alegaba— se referían, en realidad, a los atenienses, en su opinión el oráculo emitido no hubiera sido tan benigno, sino que sus términos hubiesen sido: "¡Ay, funesta Salamina!", en lugar de "¡Ay, divina Salamina!", si realmente los habitantes iban a perecer en aguas de la isla. El caso, en suma, era que, interpretándolo correctamente, el vaticinio pronunciado por el dios se refería al enemigo, y no a los atenienses» (VII, 143).

No se sabe si se trata de un error (*schatlie* en lugar de *theie* Salamina) o de una posibilidad interpretativa que pasó inadvertida por el propio autor. Sí se sabe que Temístocles la interpretó. Pero más interesante todavía que la discusión sobre el carácter divino o terrible de la isla parece el hecho de que se mencionara el nombre de Salamina. ¿Quién, si no el estratega Temístocles, podía saber cinco meses antes de desencadenarse los acontecimientos dónde se produciría la batalla naval que un ardid guerrero se había encargado de propiciar?

Con ello, Temístocles descubrió ser el autor de la sentencia oracular. Aunque Delfos estuviera siempre bien informada, no podía adivinar nunca un plan que debía empezar a discutirse gracias a la ayuda de este mismo vaticinio. Pues, de hecho, el motivo de que se consultara el oráculo era que todas las eventualidades tenían la misma probabilidad de ocurrir.

Al estudiarlos más detalladamente, los misteriosos síntomas de los frontones manchados y de las estatuas divinas goteantes transmiten una idea que tampoco surgió de Delfos. Su sentido es obvio: con esta manipulación se pretendía ilustrar lo peligroso de la situación actual y provocar un cambio en la opinión pública. Y la idea dio sus frutos. Pero la imagen de unos dioses empapados de sudor de tanto miedo que sentían no podía haber nacido nunca en la mente de los sacerdotes delficos, interesados siempre en demostrar la omnisciencia y el poder absoluto de esos mismos dioses.

Con los dos vaticinios pronunciados hacia finales de abril del año 480 a. de C., el oráculo de Delfos se atrevió a dar el más importante paso de toda su historia en defensa del país. Pero casi seguro que no lo hizo voluntariamente, pues no sólo estaba en juego el buen nombre del más famoso de los oráculos del mundo, sino la vida: se trataba de la supervivencia y de nada más.

La situación de Grecia era ésta: después de haber desterrado a su oponente político Arístides, Temístocles había intentado formar una confederación helénica. «Los espartanos, los atenienses y sus aliados» celebraron el primer consejo en otoño de 481 en el istmo de Corinto. Tesalia y Beocia brillaron por su ausencia, ya que temían a los persas. El consejo de la confederación envió tres espías a Sardes, pues el negro futuro que pintaba Temístocles había sembrado el desconcierto entre sus filas. Los espías tenían el cometido de averiguar todo lo posible acerca del ejército persa. El informe que transmitieron fue más desalentador que cualquier temor que los griegos pudieran haber albergado anteriormente; los persas, tras desenmascarar a los espías, los habían condenado a muerte, pero el rey persa Jerjes les había mostrado todo el campamento del ejército para preguntarles, absolutamente seguro de sí mismo, si no era mejor para los griegos que se rindieran sin luchar. Después de esto, dejó que regresaran con los suyos.

Con el valor que proporciona la desesperación contra los persas

Jerjes rebotaba seguridad en sí mismo y en su ejército. Había planeado la conquista de Grecia como una acción combinada entre las fuerzas navales y terrestres. Determinadas tropas, enviadas por delante del grueso del ejército y apoyadas por partes de la flota, instalaron depósitos a lo largo de la ruta prevista, y los ingenieros construyeron dos puentes de barcos sobre el Helosponto. Al ser destruidos por una tormenta, Jerjes hizo azotar el mar y construir otros dos puentes; al menos con

120 000 hombres cruzó hacia Europa, y algunos historiadores clásicos incluso hablan de un número diez veces mayor.

Temístocles, acompañado de 5000 atenienses, y Evéneto con igual número de espartanos habían marchado hacia el valle de Tempe para enfrentarse a este alud guerrero persa. No se sabe si Temístocles tenía intención de sacrificar esta ridícula inferioridad para asegurar mejores posibilidades a sus planes. «Allí se quedaron unos pocos días —afirma Heródoto—, pues unos emisarios del macedonio Alejandro, hijo de Amintas, les aconsejaron que se retiraran y no permaneciesen en el desfiladero, donde el ejército invasor —de cuyo número de soldados y de naves les dieron cuenta— los arrollaría» (VII, 173).

Temístocles parece haberse asustado bastante al escuchar esta noticia, pues a la vuelta pasó un momento por Delfos. Ahora que el oráculo había pronunciado sus vaticinios, no le resultó difícil ganarse a la mayoría de los atenienses para sus planes. A principios de junio se tomó la decisión de abandonar la capital y enfrentarse en el mar a los persas; así está escrito en la piedra de Trecene.

Sin embargo, ello no impidió que los griegos pusieran en práctica el decreto aprobado en la conferencia de la confederación, por el que se había de defender el paso de las Termópilas al acercarse los persas. El 10 de julio de 480, el rey espartano Leónidas, con 7000 hombres y un adivino llamado Megistias, ocupó el paso que comunicaba el norte de Grecia con el centro del país. Megistias profetizó que todos ellos encontrarían la muerte, pero Leónidas mantuvo su posición. Al cabo de tres días, los persas habían rodeado las Termópilas y atacaron a los helenos por la espalda. La mayor parte del ejército griego logró escapar, y sólo Leónidas y sus trescientos espartanos lucharon hasta la muerte.

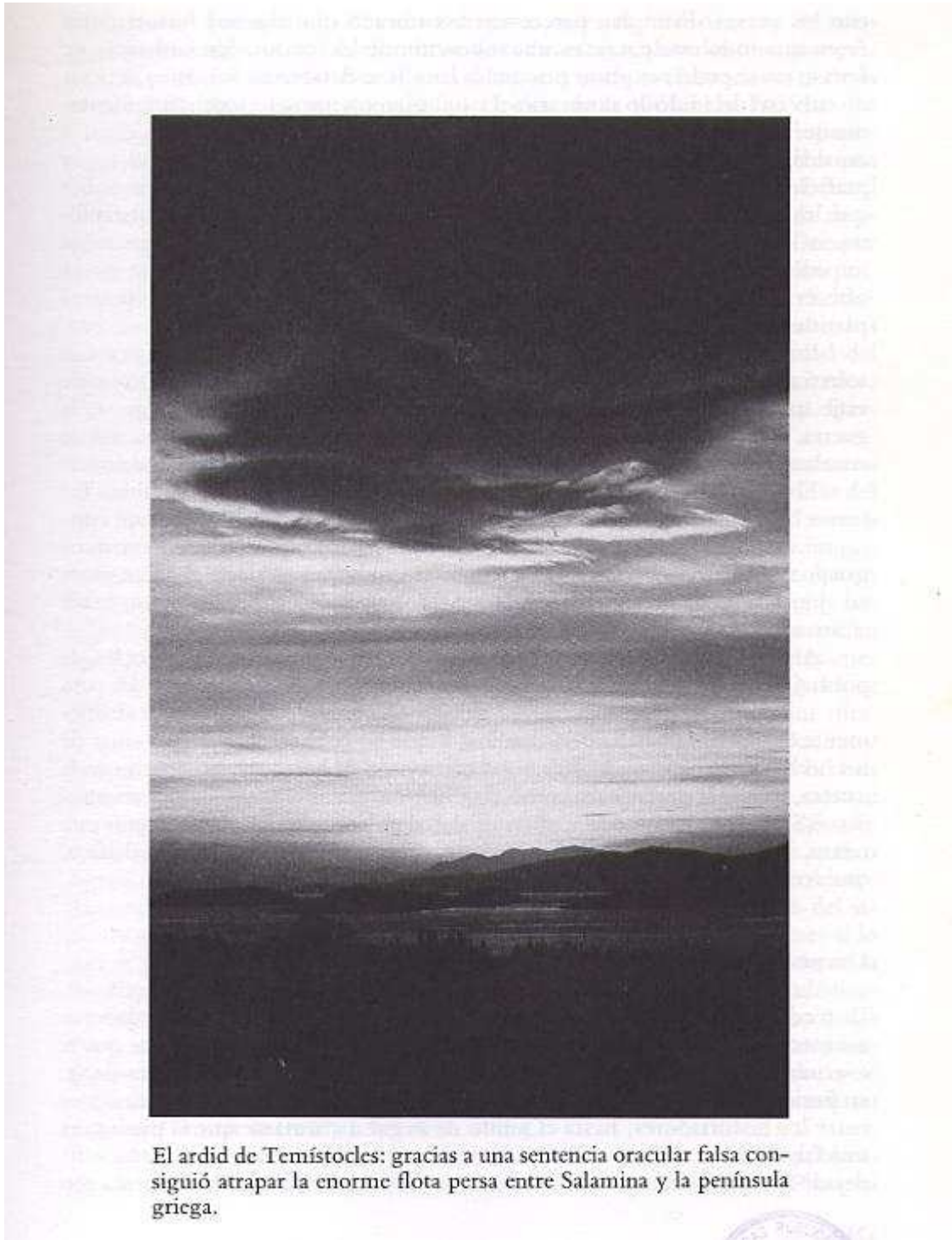
«Viajero, cuando llegues a Esparta —reza una placa conmemorativa — ¡advierte a sus habitantes que nos has visto yaciendo aquí, tal como la ley nos exigió!» Las ingentes cantidades de puntas de lanzas que los arqueólogos han encontrado aquí son los testigos mudos de esta tragedia.

Mientras tanto, 270 barcos griegos aguardaban en la costa norte de la isla de Eubea, cerca del Artemision, el santuario de la diosa Artemis. Durante los tres días de tormenta sufrieron menos daño que los persas, que en esta ocasión parecen haber perdido unos 400 navíos. En la breve batalla naval que siguió no hubo vencedor ni vencido, pues, según cuenta Heródoto, «la flota de Jerjes se veía perjudicada por el elevado número de sus propios navíos, que se estorbaban y chocaban entre sí» (VIII, 16). Al enterarse de las malas nuevas de las Termópilas, los atenienses emprendieron la retirada. Había llegado la hora de Temístocles.

La flota griega se concentró en el golfo Sarónico. El comandante jefe de la flota era el nautarca espartano Euribíades. Temístocles, comandante de los atenienses, era su más importante consejero, y ello no le servía precisamente para ganarse la simpatía de los otros comandantes de la flota griega. Durante la primera reunión, Temístocles logró convencer al comandante jefe de la flota, no sin mencionar la importancia del vaticinio oracular, que la batalla se había de desarrollar en el estrecho entre la isla de Salamina y el Ática. Sólo aquí podía la flota helena ofrecer resistencia a la gran superioridad numérica de la flota persa. Y, de hecho, Jerjes había contado con una confrontación en mar abierta.

Lenta, muy lentamente avanzaron los barcos persas hacia Salamina. Los comandantes de la flota griega se pusieron nerviosos, y cuando les llegó la noticia de que el ejército de tierra persa había tomado Atenas, quisieron salir del estrecho y atacar. Durante la segunda reunión de comandantes, convocada con urgencia, ya no se le hizo caso a Temístocles: la batalla ya no había de desarrollarse cerca de Salamina, pero aún se seguía discutiendo sobre dónde se libraría finalmente, si es que realmente iba a haber batalla.

¿Cómo se había de cumplir el oráculo?



El ardid de Temístocles: gracias a una sentencia oracular falsa consiguió atrapar la enorme flota persa entre Salamina y la península griega.

El último ardid de Temístocles

Temístocles, un político poco escrupuloso, lo había calculado todo, previendo hasta el último detalle, pero se le escapó la posibilidad de que el almirantazgo heleno diera muestras de unos nervios menos templados que los suyos. Si quería salvar su plan, si quería salvar el oráculo de Delfos y su cabeza, había de actuar en seguida.

Su idea fue tan genial como arriesgada. De haberse descubierto sus intenciones, lo habrían

condenado a muerte por traidor a la patria. ¿Cómo consiguió Temístocles engañar a todo el almirantazgo griego?

Por la noche, su ayudante de campo Sicino tomó un barco y se reunió con, los persas. Este plan parece tan aventurado que algunos historiadores creen que todo este pasaje es una invención de Heródoto. Sin embargo, de ser así, no se podría explicar por qué la batalla se entabló en Salamina, a pesar de haberse decidido lo contrario. Los almirantes persas escucharon atentamente el relato de Sicino: «Me ha enviado el general de los atenienses, a espaldas del resto de los griegos (pues resulta que es partidario del rey y prefiere que triunfe vuestra causa y no la de los helenos), para haceros saber que los griegos están aterrados y proyectan huir, así que en estos instantes tenéis la oportunidad de realizar la hazaña más importante de la guerra, si impedís que escapen. De hecho, la disensión reina en sus filas y ya no os ofrecerán resistencia; es más, los veréis luchar entre sí con sus naves: vuestros partidarios se enfrentarán a vuestros enemigos».

Los persas creyeron al traidor. Al abrigo de la noche, la armada persa se acercó a Salamina. Seguro de su victoria, el rey Jerjes hizo colocar su trono de viaje sobre los acantilados cercanos, para así gozar del delicioso juego de la guerra. Temístocles colocó sus flamantes trirremes atenienses en formación de combate. Éste era el programa que había elegido para la batalla de Salamina.

El resultado es conocido: los persas sufrieron una derrota terrible. Tal como había predicho Temístocles, la poderosa flota de los bárbaros no consiguió desenvolverse en el estrecho poco practicable, por lo que los barcos griegos, sobre todo los trirremes atenienses, pudieron asestarle el golpe mortal. Jerjes regresó precipitadamente a Asia; Temístocles, por su parte, había alcanzado la cima de su fama.

Atenas había sido destruida, pero gracias al decreto de Temístocles, la población de Atenas y del Ática no había tenido demasiadas dificultades para salir indemne del ataque persa. La versión de Heródoto, nacido probablemente el año de la batalla de Salamina, y que no había sido testigo ocular de los hechos, pero que pudo investigar con ayuda de quienes participaron en la guerra, refleja la evacuación como si se hubiese tratado de un acto desesperado. «¡Sálvese quien pueda!», dicen que fue el lema de entonces. Según este relato, los atenienses no habrían hecho caso del vaticinio del oráculo délfico, que aconsejaba retirarse de la ciudad.

Después de la batalla: la lucha de los historiadores

La piedra de Trecene con el decreto de Temístocles refleja los verdaderos acontecimientos históricos. Del contenido de la inscripción se deduce que la evacuación se había decidido antes de la batalla de las Termópilas, es decir, en junio del año 480. Esta contradicción ha provocado intensas discusiones entre los historiadores, hasta el punto de llegar a afirmarse que la piedra era una falsificación. Ningún experto en este período histórico que se precie ha dejado de manifestar su opinión al respecto, y los estudios sobre el tema son numerosos. Todo ello ha llevado a diversos enfrentamientos entre los mismos arqueólogos. ¿Cuál es el motivo de todas estas acaloradas discusiones?

El profesor Helmut Berve, una autoridad entre los historiadores de la antigüedad, dice al respecto: «La inscripción de la piedra de Trecene nos revela muchas cosas. La tradición ateniense de la "traición" de los peloponesios, que en Beocia no participaron en la batalla, tachada de tendenciosa alteración de los hechos históricos por la genial interpretación de Eduard Meyer, queda demostrada como tal. Sólo ahora se arroja luz sobre la decisión y puesta en práctica de la evacuación y la lucha de Temístocles por realizar el plan estratégico que había defendido desde el mismo principio».

Berve, junto con M. Treu, L. M. Gluskina, W. den Boer, F. Schachermeyer y el descubridor de la piedra, Michael Jameson, se cuenta entre los investigadores de renombre internacional que creen en la autenticidad del documento. Ello les enfrenta a otros estudiosos igualmente capacitados, como Chr. Habicht, L. Robert, W. M. Pritchett, M. Guarducci y Ap. Daskalakis.

Lo que se sabe con certeza es que la piedra de Trecene no es el documento original en el que quedó reflejado el *psephisma* de Temístocles en junio del año 480, sino una copia, una recreación. El documento fue grabado al menos cien años después y contiene, además de algunos sinsentidos estilísticos y ortográficos, otros que afectan a la historia misma, tal como han descubierto hace mucho algunos investigadores avisados. No estudiaremos aquí la ortografía y el estilo, pues ello corresponde a los especialistas, pero en cuanto a los hechos narrados también se suscita una discusión sumamente interesante.

La primera pregunta que se plantea hace referencia al porqué. ¿Quién se podría haber beneficiado de una posible falsificación?

El historiador de la antigüedad J. Hahn afirma lo siguiente: «Por muy inteligentes que hayan sido los que dudaron de la autenticidad de los hechos narrados al demostrar los anacronismos de la inscripción, sigue sin saberse cuál era la finalidad concreta de la falsificación y el motivo por el que ésta se realizó. Pues la falsificación tenía por objetivo ofrecer una versión más o menos nueva de los acontecimientos del año 480, diferente a la de Heródoto. Sin embargo, ¿qué intereses políticos justifican que hacia mediados del siglo IV se redactara y difundiera el texto de semejante falsificación? Pues si lo que se pretendía era distanciarse de la versión de Heródoto, el método de la falsificación no parece demasiado efectivo, ni política, ni propagandísticamente. Y si la falsificación había de recordar tan sólo el pasado glorioso de las guerras persas, sirviendo a un afán restaurador general y al patriotismo ateniense del siglo tv, sigue siendo problemático el que los falsificadores se enfrentaran a la conocida versión de Heródoto, queriendo desde un mismo principio limitar la credibilidad de su obra».

¿Es posible que el orador Esquines (390-315 a. de C.), que leyó públicamente el decreto de Temístocles en el año 348, y que el escritor Plutarco (45-120 d. de C.) y el sumamente culto orador Elio Arístides (117-187 d. de C.), que citaron pasajes de este decreto, hayan sido todos ellos víctimas de una falsificación? el profesor Berve opina lo siguiente: «Que un documento como éste, sea de la clase que fuere, data del siglo IV lo prueba el estilo de nuestra inscripción. Sin embargo, de ello no se puede deducir que se trate necesariamente del producto de un falsificador; al contrario, es igualmente posible que se copiara un documento que aún se conservaba del siglo V, modernizando su estilo.»

Plutarco y Arístides reproducen textos ligeramente distintos. Después de haber encontrado la piedra de Trecene, podemos afirmar que Arístides es el más fiel de los dos. Además, se libra del reproche de haberse limitado a copiar a Plutarco. Pero tampoco Heródoto determinó los escritos de Arístides. el historiador de la antigüedad J. Hahn opina lo siguiente: «Mientras Heródoto atribuye al santuario de Delfos un papel más admirable, permitiendo que el oráculo aparezca como certero al decir "muros de madera", Elio Arístides condena la amistad que los sacerdotes délficos mantenían con los persas, subrayando, en contraposición, la originalidad de la política de Temístocles. el retórico siente una animadversión similar hacia Esparta. Distanciándose de la narración de Heródoto, afirma conocer los acuerdos personales entre Temístocles y los enviados persas. Cita literalmente la afirmación convertida en tópico que Heródoto y Plutarco sólo mencionan en un breve pasaje, según la que "no son los muros ni los edificios, sino las personas las que hacen la ciudad". Tras estos rasgos, diferentes a los característicos de Heródoto, descubrimos la existencia de una fuente independiente, de la que Arístides también ha extraído el texto literal de la inscripción. Pero esta fuente sólo conocía las dieciocho primeras líneas de la inscripción».

De ello se deduce que ya en la antigüedad se citaban diferentes fuentes sobre los mismos acontecimientos, y por tanto de un original puede existir una o más copias que posiblemente sólo recojan el sentido del original; pero también parece razonable afirmar que, por algún motivo determinado, estas copias se apuntaran de memoria. Pero ¿cuál podría haber sido este motivo?

Testigos mudos de Temístocles

Sabemos que la fama que alcanzó Temístocles por haber salvado su patria duró poco. el mismo año aún se enemistó con sus antiguos aliados de Salamina, los espartanos, pues empezó a fortificar Atenas con una muralla. Ello despertó los recelos de los espartanos, que exigieron a los atenienses abandonar inmediatamente esta obra. Las batallas de Maratón y de Salamina habían dado un prestigio tal a los atenienses, que los espartanos previeron la pérdida de su papel dirigente en Grecia. Temístocles quiso llegar a un acuerdo, pero antes de que éste se pudiera tomar, la obra ya había quedado acabada.

Esta muralla de la ciudad de Atenas se convirtió en el descubrimiento más importante de los arqueólogos alemanes. Desde principios de siglo se excava en el antiguo barrio del Cerámico, y todas las descripciones de Heródoto han quedado confirmadas. Uno de los últimos días de junio del año 1962, el profesor Willemsen extrajo seis losas sepulcrales extremadamente bien conservadas, que se hallaban entre los escombros del antiguo barrio de los alfareros, y que Temístocles había aprovechado para otros fines: la construcción de su muralla. Había que darse prisa, y Temístocles no era un hombre piadoso: los monumentos funerarios de familias atenienses nobles, dispuestos a ambos lados de la Vía Sagrada de Eleusis, habían sido allanados por Jerjes. Al nautarca le parecía menos importante restaurarlas que avanzar rápidamente con la construcción de la muralla. Sin embargo, a esta falta de consideración debemos que estas obras de arte e inscripciones se hayan conservado.

Pero la muralla de Temístocles tampoco consiguió salvarse de la piqueta, y éste es un proceso que recuerda extrañamente los hechos acaecidos casi mil años antes en el templo de Atón, erigido por Ecnatón en la Tebas egipcia. El templo fue destruido por los epígonos de Ecnatón, y las piedras adornadas con relieves sirvieron para construir enormes pilonos. Conservadas en una construcción más reciente, sobrevivieron al paso de los tiempos. El material de construcción usurpado por Temístocles apareció en la torre de una de las puertas, construida hacia el siglo es decir, cien años después. Las obras de fortificación de las épocas más diversas, descubiertas ahora y ocultas desde hace más de dos milenios bajo la tierra arrastrada por el Erídano, el torrente urbano que se precipita por la colina de Licabeto son los testigos mudos de las eras de esplendor y de decadencia de la civilización griega. Restos de murallas hablan de los días de Demóstenes y del general romano Sila, quien conquistó Atenas en el año 86 a. de C.

Al parecer, después de haber cumplido sus objetivos, Temístocles se arrepintió de haberse aprovechado del oráculo, y posiblemente también se sintió invadido por el agradecimiento. Después de la batalla ganada, que sólo había podido acabar victoriosamente gracias al oráculo de Delfos, se trasladó allí con una parte del botín persa: Pausanias habla de ello al describir el santuario (Libro X, 14, 5), pero no le da demasiada importancia, pues no fue un hecho inusual. Sí lo fue la pretensión de Temístocles de depositar el botín en el interior del templo de Apolo, y ello prueba la extraña confianza que tenía con los sacerdotes del santuario. La reacción de la Pitia fue más extraña aún, pues había de ser únicamente la boca por la que hablaban los sacerdotes; y esta reacción indica a las claras que el oráculo de Delfos había sido objeto de extorsión por Temístocles. La Pitia respondió:

«No me pongas los hermosos despojos del persa
en mi templo y llévatelos a tu patria cuanto antes.»

Pausanias no logra entender esta reacción. «Y verdaderamente nos asombramos —escribe— de que sólo de manos de aquél no fueran aceptados los despojos de los persas. Unos creen que el dios habría rechazado todo cuanto procediera de los persas, si los demás; como Temístocles, le hubieran consultado antes de presentar ofrendas de este origen; otros opinan que el dios ya sabía que Temístocles acudiría a solicitar auxilio al persa y aducen que no quiso recibir las ofrendas para que el donante no se viera empujado a un odio inextinguible hacia los persas» (X, 14, 6).

Pausanias no habla de comportamientos corruptos ni de extorsión, e intenta, más bien, ofrecer

explicaciones conmovedoras, casi forzadas. ¿Sabía algo más?

La caída de un héroe

En muy poco tiempo, Temístocles perdió el favor popular a causa de sus constantes extorsiones y su afán de ostentación —sus padres lo habían desheredado hacía mucho—. Los atenienses lo enviaron al exilio, a Argos, y durante su ausencia lo condenaron por alta traición. El héroe de Salamina no tenía otra solución que escapar hacia el país de sus enemigos, los persas. Aceptando la oferta de una prometedora campaña militar contra los griegos, el rey persa Artajerjes le concedió una renta de 50 talentos anuales en Magnesia, ciudad de Asia Menor; pero cuentan que, desesperado por no encontrar ninguna posibilidad de conquistar Grecia, se suicidó. Resulta comprensible que para la posteridad el nombre de Temístocles fuera tabú en Grecia.

Sin embargo, en el siglo IV, este político parece haber sido rehabilitado a pesar de todas sus debilidades personales. Y existía un motivo que lo justificaba.

«Los acontecimientos posteriores a la batalla de Queronea (338 a. de C.) —escribe el descubridor de la piedra, profesor Michael Jameson— fueron probablemente la causa de ello. Antes o poco después de la batalla, los atenienses pidieron ayuda a una serie de ciudades, entre las que también se encontraba Trecene; Licurgo menciona Andros y Epidauro. Poco antes de la batalla, Atenógenes, un sabio ateniense, abandonó la ciudad y se refugió en Trecene. Allí le dieron asilo y le otorgaron la ciudadanía, y él trabajó como agente de un tal Mnesias, un argivo partidario de los macedonios. Algunos ciudadanos de Trecene, probablemente contrarios a los macedonios, demócratas partidarios de Atenas, fueron enviados al exilio, y al llegar a Atenas se les concedió la ciudadanía. Según Hipereides [el alumno de Platón], el motivo de la calurosa acogida fue el siguiente: la gente se acordó de la buena predisposición de Trecene, 150 años antes, cuando en el año 480 a. de C. acogió a los atenienses expulsados de sus tierras. Esta recepción adquirió carácter oficial en un decreto citado por Nicágoras [el orador cristiano] y descrito por Plutarco, que se sirvió de las citas del texto que está en nuestras manos. Es posible que este decreto de Nicágoras lo leyera Hipereides ante la asamblea del pueblo, para recordar a los atenienses el valor demostrado por los ciudadanos de Trecene y, al mismo tiempo, la maldad de Atenógenes, quien —como afirmaba él mismo— había sido el responsable del exilio de los ciudadanos de Trecene.»

Es decir, el profesor Jameson cree que, con la nueva versión del decreto de Temístocles, los círculos contrarios a los macedonios habían intentado movilizar la coalición ateniense contra el rey macedonio Filipo II. Por aquel entonces, este soberano aún era considerado el enemigo número uno de la independencia democrática. A juzgar por las dimensiones de la piedra de Trecene, resulta posible, incluso, que el decreto de Temístocles sólo fuera el primero de dos o tres decretos populares semejantes, en los que se habría ensalzado el pasado heroico de los miembros de la confederación ateniense.

¿Y por qué no se menciona en la piedra el famoso oráculo de los muros de madera?

El profesor Berve proporciona una respuesta acertada: «El que en nuestra inscripción no se mencione el oráculo del muro de madera resulta comprensible si se tiene en cuenta que la sentencia no ordenaba expresamente la evacuación del Ática y la creación de una flota. Ello podría demostrar, incluso, la autenticidad del decreto, pues un falsificador difícilmente habría dejado de referirse al famoso oráculo».

El caso de Temístocles no fue el primero

Temístocles no fue el primero en manipular el oráculo de Delfos.

Una y otra vez hubo intentos de comprar las respuestas oraculares. Personalidades influyentes procuraban legitimar proyectos y hechos oscuros sobornando a los sacerdotes de Delfos o a las Pitias.

Pero la corrupción en el interior del recinto sagrado era un crimen que se castigaba con la muerte, y Heródoto no se olvida de narrar la vida de los malhechores hasta que tuvieron su merecido final.

El primer caso del que tenemos referencia data del siglo VI a. de C. Por aquella época, el poder supremo del Estado lo ostentaban dos reyes, uno de la estirpe de los Agíadas, y el otro de la estirpe de los Europóntidas. Debido a lo disciplinado de su organización política, desde mediados del siglo vi los espartanos eran considerados la primera de las potencias griegas. Pero los problemas no cesaron, puesto que las dos familias reales no conseguían siempre poder contar con los necesarios descendientes masculinos. Es así como en algunas ocasiones las familias reales habían de hacer extraños malabarismos para conservar la dinastía. Eso ya nos consta que ocurría en el Egipto faraónico.

Uno de estos «malabarismos» se llamaba Cleómenes. Era un Agíada y reinó aproximadamente entre los años 525 y 488 a. de C. Su padre, el rey Anaxándridas, se había casado con su sobrina, la cual no conseguía dar a luz al esperado heredero del trono. Ello obligó a los cinco poderosos éforos, que controlaban los asuntos religiosos, a exigir lo siguiente al monarca: «Repúdiala [a su mujer] y cástate con otra; si así lo haces, darás satisfacción a los espartiatas».

Anaxándridas rehusó el ofrecimiento, pues amaba a su mujer.

Los éforos quisieron saber si al menos estaba dispuesto a tomar una segunda esposa, costumbre habitual entre los lacedemonios.

Finalmente, el rey aceptó esta propuesta, y la segunda esposa dio a luz al heredero del trono: le llamaron Cleómenes. Pero los espartanos quedaron asombrados al enterarse poco después de que la primera mujer de Anaxándridas también se encontraba en estado de buena esperanza. «Sólo quiere sustituir el niño», decía el pueblo. Y Heródoto escribe:

«Ante la indignación de aquella gente, en el último momento, los éforos, debido a la incredulidad reinante, montaron guardia alrededor de la mujer y asistieron a su parto.

»Después de haber traído al mundo a Dorieo, esta mujer tuvo seguidamente a Leónidas, e inmediatamente después tuvo a Cleómbroto (hay quienes aseguran que Cleómbroto y Leónidas eran mellizos)... »

Pero la bendición del nacimiento de tantos hijos llegó demasiado tarde: Cleómenes fue quien finalmente se convirtió en rey.

El rey de los Europóntidas, que gobernaba junto a él, se llamaba Demarato, lo cual significa algo así como «el deseado por el pueblo». Su pasado también era oscuro, pues el rey Aristón, su padre, no había conseguido tener un heredero, a pesar de haberse casado con dos mujeres, y el pueblo murmuraba sobre la impotencia de su majestad. Sin embargo, Aristón no desistió, y había echado el ojo precisamente a la mujer de su mejor amigo, Ageto: Heródoto subraya que ésta había sido «la mujer más bella de Esparta». A cambio de unas tierras, Aristón consiguió finalmente hacerse con la mujer.

Siete meses después de los primeros esfuerzos, mientras el frustrado rey estaba reunido con los éforos, un mensajero interrumpió jadeante el consejo: «Rey, ¡sois padre de un hijo!». Fue una exclamación que no sólo asustó al rey. Aún desconcertado por la noticia, Ariston se ayudó de sus dedos, hizo cuentas y negó con la cabeza: «No puede ser mío».

Una frase que no dejaría de tener sus consecuencias en todos los sentidos. Los éforos hicieron como si no hubieran oído la renuncia a la paternidad, pues Aristón era un rey popular, y era motivo de alegría que, por fin, tuviera un sucesor; pero Cleómenes desenterró el viejo escándalo porque la aversión que sentía por su corregente Demarato se había transformado en odio. Para ello se sirvió de un hombre llamado Leotíquidas, de la misma estirpe de Demarato. el Europóntida le ofreció compartir con él la monarquía si lograba eliminar a Demarato.

Leotíquidas no mantenía muy buenas relaciones con Demarato, pues éste le había quitado la novia. Ahora se vengaba, con la esperanza de alcanzar honores reales; juró que era imposible que Demarato fuera hijo de Aristón, y llamó como testigos a los cinco éforos que habían escuchado la trascendental exclamación del rey.

La prueba de paternidad de la Pitia

Pero hacía muchos años de aquello, y nadie lograba acordarse bien de los hechos. Por ello, Cleómenes propuso consultar el oráculo de Delfos, donde las cuestiones relacionadas con la paternidad eran el problema que se planteaba con mayor frecuencia.

La Pitia Perialo sentenció que Demarato no era hijo de Aristón.

El dictamen oracular tuvo consecuencias catastróficas. Demarato fue destituido, y le relegaron a una magistratura para que se ganase la vida de mala manera. Más tarde huyó con unos pocos hombres que le seguían siendo fieles, perseguido por los esbirros del rey sucesor Leotíquidas. En su huida pasó por Elide y Zacinto y llegó a Asia Menor, donde fue recibido con los brazos abiertos por el rey persa Darío. Con el tiempo se convirtió en consejero y acompañante del rey Jerjes durante las campañas militares de éste contra los griegos.

Posteriormente, afirma Heródoto, se difundió la noticia de que la Pitia Perialo había sido sobornada. En Delfos, Cleómenes tenía un garante llamado Cobón. Éste mantenía buenos contactos con el oráculo, y logró convencer a la Pitia para que pronunciara la sentencia deseada por Cleómenes. No sabemos qué cantidad de dinero estaba en juego, pero la Pitia confesó y fue destituida de su cargo. Cobón huyó de Delfos.

Pero nunca se aclaró si Aristón era o no el padre de Demarato. Es probable que la respuesta de la Pitia, pese a haber sido comprada, fuese la acertada. Heródoto no dice nada al respecto, pues él mismo no lo sabía. A las encarecidas preguntas de su hijo, que pretendía saber si había estado embarazada de su *primer* esposo o incluso, como murmuraba la gente, de un mozo de mulas, la madre de Demarato dio una respuesta casi oracular.

Cándidamente, contó que la tercera noche había dormido con un hombre de aspecto idéntico al rey Aristón. Llevaba una corona de flores que, concluido el encuentro, dejó en la cama, para después desaparecer. Al cabo de poco tiempo llegó otro hombre afirmando ser Aristón, incluso el único verdadero, y preguntó qué hacían allí las flores trenzadas. La bella espartana juró por todos los dioses que un hombre idéntico a su esposo las había dejado allí como recuerdo.

Las investigaciones del rey revelaron que la corona de flores procedía del templete de Astrábaco, un santuario cercano al palacio real. Sin ruborizarse, la reina afirmó que podía haber sido un héroe o un semidiós, el que se le había acercado, adoptando la figura de Aristón. Sea como fuere, el padre sólo podía ser el héroe o Aristón, pues Demarato era un sietemesino...

Leotíquidas, el sucesor comprado, gobernó poco tiempo y murió durante su huida, después de haber sido acusado de soborno. Cleómenes acabó alcoholizado, se volvió loco y, al igual que Temístocles, terminó por suicidarse.

Sólo Lisandro fue despedido con cajas destempladas

En honor a la verdad, debe decirse que también hubo intentos frustrados de sobornar al oráculo. El caso más espectacular se produjo hacia el año 400 a. de C. el dirigente de la intrincada conjura era el espartano Lisandro, un hombre que —como escribe Cornelio Nepote— estaba siempre dispuesto a participar en nuevas disputas políticas, por lo que los espartanos perdieron popularidad en toda Grecia. Adquirió su fama gracias a la victoria sobre la flota ateniense en Pótamós, en el año 405 a. de C. el siguiente plan ambicioso que se había propuesto consistía en la supresión del derecho hereditario del rey de Esparta. Los ciudadanos normales, como él, también habían de ser candidatos a la realeza.

Lisandro era realista y sabía que poco tenía que hacer si no lograba convencer a sus conciudadanos de la inspiración divina de sus planes. Así pues, al igual que Temístocles, intentó sobornar al oráculo de Delfos. Al frustrarse este proyecto, lo intentó en Dodona. Allí tampoco obtuvo el éxito esperado. Finalmente, viajó al Egipto para probar suerte en el oráculo de Amón, pero los sacerdotes del oasis de Sivah no sólo se negaron a cumplir su deseo, sino que mandaron

emisarios a Esparta para que informaran del intento de corrupción del comandante de flota. Lisandro hubo de comparecer ante un tribunal, pero fue absuelto por falta de pruebas.

Sólo una vez muerto, en el año 395 a. de C., se hizo público el astuto plan que había propuesto a los sacerdotes de Delfos. En el Ponto, la costa noreste de Asia Menor, vivía una mujer que por deseo de Lisandro iba propagando el rumor de que estaba embarazada de Apolo. Es posible que él mismo fuera el que la había dejado embarazada, pues tiempo de sobra habría tenido para hacerlo durante sus campañas en los Dardanelos. Él mismo hizo correr el rumor de que en el templo de Apolo en Delfos se guardaban antiguas sentencias oraculares que no debían leer ni siquiera los sacerdotes, y que sólo se podían hacer públicas cuando apareciese el hijo del dios.

Transcurridos bastantes años, en Delfos había de aparecer un hombre joven para exigir la entrega de las antiguas sentencias oraculares; había de leer algunas de estas sentencias ante un reducido número de testigos, entre los que se encontraría el que creía mejor que, en lo sucesivo, los reyes de Esparta fueran elegidos entre los ciudadanos más competentes. Plutarco afirma que el plan se frustró en el último momento «porque le entró miedo a una de las personas que ayudaban a poner en práctica el plan, por lo que lo dejó todo».

A pesar de todo, fue una notable acrobacia intelectual. Sin embargo, el trabajo que se invirtió en la escenificación de esta intrincada conspiración ilustra claramente que una sentencia oracular podía ayudar a realizar incluso los planes más difíciles.

XI

Los oráculos decidieron batallas

Poderoso es quien se somete a los dioses.

Esquilo

En tiempos de paz ya resultaba arriesgado ofender a los dioses, poniendo en duda su existencia o diciendo que el sol era una piedra. Pero en tiempos de guerra, eso se convertía en una especie de traición y, de hecho, equivalía a ayudar al enemigo.

Eric Robertson Dodds,
historiador de la antigüedad

En Estambul, sobre el At-Maidan, el lugar donde antiguamente se desarrollaban las carreras, se encuentra entre dos obeliscos la llamada columna de la serpiente de Delfos. Los guías turísticos cuentan que Constantino el Grande la trasladó a su nueva capital, que el extravagante objeto de bronce de 5,85 metros de altura había llevado un trípode de oro y que había sido donado por los vencedores de la batalla de Platea el año 479 a. de C. Todo ello es cierto, pero más interesante todavía resulta lo siguiente: ante nuestros ojos tenemos la prueba de que las sentencias oraculares decidían batallas, influyendo así en la historia del mundo.

Recordemos los hechos: la sublevación jonia en Asia Menor, que apoyaron Atenas y la ciudad de Eretria, en la isla de Eubea, sirvió de pretexto a los persas para emprender una campaña contra Grecia. El rey persa Darío envió a Datis y Artafernes con un enorme ejército a Europa. Llegaron por mar y destruyeron Eretria, pero salieron vencidos de la batalla de Maratón: el resto del ejército persa hubo de regresar a Asia. Ello ocurrió hacia el año 490 a. de Cristo.

Cuando, diez años después, el rey Jerjes entró en Grecia, vengó aquella derrota en las Termópilas, donde aniquiló las tropas de Leónidas, e incluso saqueó Atenas y la Acrópolis. Pero más tarde, Temístocles lo venció en la batalla naval, y Jerjes tuvo que emprender la retirada. el príncipe Mardonio y su ejército pasaron el invierno en Tesalia. En primavera volvieron a atacar Atenas, pero al regresar hacia Beocia, cerca de Platea, el espartano Pausanias se enfrentó a ellos con más de 70 000 hombres. el ejército persa debía de ser algo más numeroso.

Antes de entrar en acción los dos ejércitos, estalló la guerra de los oráculos y los adivinos. Tras un breve altercado, persas y griegos estuvieron diez días al acecho, sin emprender acción alguna, pues ninguno de los dos bandos se atrevía a atacar. Un comportamiento en principio incomprensible, teniendo en cuenta que ni Pausanias ni Mardonio tenían fama de titubear a la hora de tomar decisiones.

El motivo del alto de fuego respetado por ambos bandos era una serie de sentencias oraculares que vaticinaban nada bueno a quien iniciase la contienda. Y ni Pausanias ni Mardonio se atrevieron a desoír estas profecías.

Las estrellas del gremio de los augurios

Sin contar a los generales jefes de los dos ejércitos, fueron tres hombres quienes decidieron la batalla de Platea, tres adivinos que interpretaban el futuro observando el humo y las cenizas de los animales sacrificados en el campo para, finalmente, poder dar la señal de ataque: Tisámemo por parte de los griegos, Hegesítrato por parte de los persas e Hipómaco por parte de los helenos que se habían pasado al bando persa. Curiosamente, los tres adivinos eran de ascendencia griega, estrellas millonarias del gremio de los augurios; en semejante situación, ni persas ni griegos podían conformarse con menos.

Tisámemo, hijo de Antíoco, de la antigua estirpe de adivinos de los Yámidas, trabajó para los griegos a cambio de una elevada suma de dinero. Su contratación parecía una partida de póquer, pues Tisámemo exigía tanto que los espartanos estuvieron a punto de renunciar a sus servicios, pero viendo que les acechaba el peligro persa, no se atrevieron a hacerlo. Mientras tanto, el astuto Tisámemo lo había vuelto a pensar, y exigía como honorarios el derecho de ciudadanía espartana de por vida para él y su hermano Hagias. Por muchos que les pesase, los espartanos tuvieron que acceder a ello.

Pero con Tisámemo, cuyas atribuciones eran similares a las de un general jefe, los griegos tenían garantizado el éxito. En efecto, mucho antes de la batalla de Platea, el adivino había consultado el oráculo de Delfos para saber si tendría descendencia; pero en vez de niños, la Pitia le había profetizado a él, la persona más indicada para saberlo, cinco victorias.

A primera vista, parece que había sido cosa convenida de antemano entre los adivinos. Sin embargo, dos razones inducen a creer que no fue así: aún hoy, los adivinos son incapaces de descifrar su propio destino. Y al principio, Tisámemo había malinterpretado la sentencia de la Pitia. Creyó que las cinco victorias se referían al pentatlón, y en seguida empezó a entrenarse hasta creer estar en condiciones de participar en los juegos olímpicos. Le faltó poco para conquistar los laureles, pero cierto Jerónimo, de la isla de Andros, le superó en una de las disciplinas.

Resulta sumamente improbable que una persona exigiera tanto de sí misma tan sólo para ocultar el falseamiento de una sentencia oracular.

De todos modos, tras esta derrota de Tisámemo, los espartanos supusieron que la sentencia sólo podía referirse a las luchas guerreras. Y por consiguiente, lo contrataron.

Su competidor en el bando contrario, Hegesítrato, era un tipo mucho más temerario aún. Era de Élida, del renombrado clan de adivinos de los Telíadas, y desde tiempo atrás se había hecho odioso a los ojos de los espartanos. Cuando los habitantes de Tegea, en el sureste de Arcadia, intentaron desprenderse del yugo espartano, Hegesítrato se puso del lado de aquéllos, pero después de las luchas había sido hecho prisionero. Estaba recluido en una mazmorra en Esparta, encadenado por un pie a una roca. Consciente de lo desesperado de su situación, consiguió cortarse el pie y desprenderse de las cadenas, y como todas las puertas estaban vigiladas, abrió un boquete en el muro; cojo y atormentado por el dolor se puso en marcha hacia Tegea. De noche avanzaba y de día descansaba escondido en el bosque, para, tres días y tres noches después, llegar a Tegea. Allí le cuidaron hasta que sanó, y él mismo se construyó un pie de madera; en cuanto pudo volver a andar, ofreció su ayuda a todos los enemigos de Esparta. Los persas lo recibieron con los brazos abiertos.

Sobre el tercer adivino, Hipómaco, poco se sabe aparte de que era de Léucade y que profetizaba para los pueblos griegos renegados que se habían pasado al bando de los persas.

150 000 hombres a la espera de una señal

Los tres adivinos estaban de acuerdo en que los presagios eran favorables si el ejército respectivo se limitaba a defenderse. Por tanto, cada uno esperaba el ataque de los otros, y así transcurrieron diez días sin que ocurriera nada. Hay que imaginarse el espectáculo: 150 000 hombres armados hasta los dientes estaban listos para entrar en combate; cada día se hacían sacrificios y se consultaba el oráculo, pero no ocurría nada.

Tisámeno advirtió a los griegos que no cruzaran el río Asopo; pero, al parecer, Hegesítrato había advertido lo mismo en el bando contrario. Soldados persas paseaban por la otra orilla del río para intentar provocar un ataque, pero éste no se produjo.

Mardonio fue el primero en perder los estribos, pues el titubeo jamás había sido característico de la táctica persa. El general creyó mejor no hacer caso de las profecías de Hegesítrato, pues al fin y al cabo era imposible provocar presagios favorables por medio de la fuerza. Reunió a los jefes de sus unidades y a los generales de los griegos que integraban su ejército y les preguntó: «¿Tenéis conocimiento de algún oráculo, relativo a los persas, que prediga su aniquilamiento en Grecia?».

Un gélido silencio fue la única respuesta. Heródoto afirma que unos callaron porque realmente no conocían semejantes sentencias oraculares, y los otros, porque aun a pesar de conocerlas creían peligroso decir algo (IX, 42).

Entonces dijo Mardonio: «Dado, pues, que vosotros no sabéis nada o no os atrevéis a hablar, seré yo —que estoy perfectamente informado—quien lo haga. Existe un oráculo según el cual los persas, al llegar a Grecia, deben saquear el santuario de Delfos, saqueo que ha de ocasionar la perdición de todos. Por tanto, como estamos enterados de esta circunstancia, no vamos a atacar dicho santuario ni intentaremos saquearlo, así que no pereceremos por ese motivo. Sentíos, pues, optimistas todos los que abrigáis sinceras simpatías hacia la causa persa, en la convicción de que vamos a imponernos a los griegos».

Aún hoy no se sabe a qué sentencia oracular se refería Mardonio. Heródoto cree que el persa la había confundido con un vaticinio de la incursión de los ilirios y los enqueleos en Grecia y, sobre todo, en Delfos. Pero también es posible que Mardonio se refiriese a un oráculo del adivino Onomácrita, que fue desterrado de Atenas después de que Hiparco, hijo del tirano Pisítrato, demostrara que había falseado el oráculo: los persas lo recibieron con los brazos abiertos.

Sea como fuere, Mardonio dio orden de entablar batalla a la mañana siguiente. Actualmente sabemos por qué lo hizo. El agua le llegaba hasta el cuello: la flota griega esperaba ante Samos, la costa de Asia Menor, y la provincia jonia amenazaba con desmembrarse, con lo que el ejército persa habría tenido dificultades para volver a su propio país. Mardonio había de reaccionar en seguida.

La noche anterior a la batalla apareció un jinete ante la guardia del campamento de los atenienses. Dijo su nombre: Alejandro, general de los macedonios enemigos, hijo de Amintas. Alejandro no fue ningún desconocido para los atenienses. Su hermana se había casado con un persa, y él mismo había recibido hacía tiempo de parte de los atenienses el título de benefactor. Ya se acordaba del porqué de aquello, pero ahora estaban enfrentados como enemigos o, mejor dicho, como contrincantes. De no haber sido por la guerra, hubieran podido ser buenos compañeros. Anteriormente, Alejandro ya había estado en Atenas, enviado por los persas, para ofrecer un tratado de paz. Sin embargo, tras la insistencia de los espartanos radicales, los atenienses, a punto de aceptar el acuerdo, cambiaron de opinión. Esta misión tenía carácter absolutamente oficial, pues Alejandro había sido enviado por Mardonio. Esta vez, sin embargo, parecía venir por cuenta propia.



Platea.

Platea.

«Atenienses —dijo—, lo que os voy a decir constituye un gran secreto, por lo que os ruego encarecidamente que no lo reveléis a nadie más que a Pausanias, para evitar que, de paso, me ocasionéis la ruina. Desde luego no os lo comunicaría si no sintiese una honda preocupación por la suerte de toda Grecia, pues yo soy un griego de antigua estirpe y no desearía ver que la Hélade pierda su libertad y resulta esclavizada. Por eso os comunico que Mardonio y sus tropas no consiguen obtener presagios favorables, pues, de lo contrario, hace tiempo que habríais trabado combate. En estos momentos, sin embargo, ha decidido hacer caso omiso de los presagios y presentar batalla en cuanto despunte el día...» (Heródoto, IX, 45).

La fatal equivocación de Mardonio

Los adivinos solían basarse en las llamas y el humo de los sacrificios de animales para predecir el resultado de la batalla. Estos pronósticos tenían el mismo valor que las sentencias oraculares. La inesperada información fue motivo suficiente para que, durante el segundo turno de guardia de noche, Pausanias cambiara el emplazamiento del ejército. Ahora, Mardonio creía que los griegos se retiraban, y ésta fue la peor equivocación de su vida. Ordenó que sus ejércitos atacaran, y él mismo montó en un caballo blanco, rodeado de un cuerpo de élite de mil persas; sin embargo, el avance fue prematuro y desordenado: Mardonio cayó en combate, y se produjo una matanza terrible.

«Por ello —escribe Heródoto—, los griegos pudieron causar tantas bajas que, de un ejército de trescientos mil hombres, ni siquiera sobrevivieron (sin contar los cuarenta mil con que huyó Artabazo) tres millares de soldados. Durante el combate, por parte de los lacedemonios de Esparta murieron, en total, noventa y un hombres; por parte de los tegeatas, dieciséis; y, por parte de los atenienses, cincuenta y dos. » Estas cifras parecen algo exageradas. El número de 256 000 muertos en el campo persa es, seguramente, demasiado elevado, y debe entenderse simbólicamente. Diodoro habla de 100 000 persas caídos, pero en realidad no pasaría de una pequeña fracción de esta cifra. Por otro lado, debieron haber caído más de 159 griegos. Plutarco habla de 1 360 bajas griegas, e incluso éste parece un número demasiado bajo. Sin embargo, se sabe con casi total certeza que el número de muertos entre los persas fue muy superior al que sufrieron los griegos.

El botín que cayó en manos de los soldados griegos fue el mayor obtenido jamás por los helenos, pues el ejército persa estaba preparado para varios años de campaña militar y, por ende, llevaba consigo todo lo necesario para una confederación de tropas tan numerosas. Las tiendas de los generales del campamento persa llevaban adornos de oro y plata, al igual que las camas de campaña, y al comer, Mardonio y sus oficiales no se contentaban con vajillas de bronce o incluso de barro, sino que comían siempre con cubiertos de oro y plata. Los griegos se hicieron con carros enteros cargados de estos valiosos objetos, y también los ilotos entre los cadáveres consiguieron una buena cosecha, disputándose collares y brazaletes, pero principalmente las espadas persas adornadas con oro.

Por ello, Pausanias decidió finalmente que se amontonara todo el botín para repartir el oro y la plata, los carros, los caballos, los camellos y las mujeres (pues los persas se habían llevado damas de compañía a la guerra). Él mismo cogió una cantidad diez veces superior a la de un soldado normal.

Gran parte del botín fue destinada a ofrenda de gratitud a los dioses. Pausanias mandó fundir una estatua de Poseidón de bronce, de más de tres metros de altura. El templo de Zeus en Olimpia recibió una estatua de bronce de más de cuatro metros y medio de altura, y a Delfos el victorioso general envió la anteriormente mencionada columna de la serpiente, sobre la que brillaba un trípode dorado. El valor de estas ofrendas era un diezmo del botín; es decir, Pausanias pagó de buena gana por su victoria, pues estaba convencido de haber ganado la batalla únicamente gracias a los oráculos.

A vencer también se aprende

Sin embargo, Pausanias cometió un desliz imperdonable que finalmente le costaría la vida. En su introducción a *La guerra del Peloponeso*, Tucídides afirma que «se envaneció mucho más entonces y ya no podía vivir de la forma habitual, sino que salía de Bizancio vestido a la moda persa, y cuando iba por Tracia le escoltaban persas y egipcios. Su mesa se ponía a la usanza persa, y no era capaz de guardar discreción sobre sus intenciones, sino que en pequeños hechos revelaba lo que en el futuro, de acuerdo con sus ideas, haría en mayor medida. Se mostraba inaccesible y se comportaba con todos por igual, de un modo tan irascible que nadie podía acercársele».

Orgulloso de sí mismo y de lo que había sido capaz de hacer, Pausanias mandó grabar en la ofrenda presentada con el botín persa los siguientes versos:

«Cuando destruyó el ejército de los persas, el comandante jefe de los griegos,
Pausanias, consagró este monumento a Febo.»



Busto de Pausanias.

Sin embargo, dice Tucídides, «lo cierto es que el dístico lo borraron inmediatamente del trípede los lacedemonios e inscribieron el nombre de cuantas ciudades, tras colaborar a la destrucción bárbara, dedicaron el exvoto» (I, 132).

Busto de Pausanias.

A partir de ese instante, la gente empezó a odiar a Pausanias y a desconfiar de él. Circulaban rumores de que se había entrevistado con el rey persa, y se decía que le había echado el ojo a la hija del soberano. Finalmente, se descubrió que Pausanias incitaba a los ilotas a amotinarse, para hacerse así con el poder.

Sólo logró escapar del arresto huyendo a un edificio junto al templo de Atenea, en Esparta, pues en su umbral terminaba toda jurisdicción mundana. Los espartanos, famosos por la rudeza de sus costumbres, condenaron la puerta y destecharon el templo. Ello no violaba ninguna de las leyes sagradas. Poco antes de la muerte de Pausanias, derribaron la tapia de la puerta: Pausanias salió tambaleándose, se derrumbó y murió en el acto.

La ofrenda de Pausanias, el trípede, medía 5,85 metros, y los delfios la colocaron sobre una base de mármol de 2,20 metros de altura, cerca del altar mayor del gran templo de Apolo. En este lugar tan privilegiado simbolizó durante 124 años el éxito del oráculo. Por cierto

que el oráculo de Delfos tomó desquite póstumo de Pausanias: los espartanos quisieron echar su

cadáver al río, y el oráculo, sin ser preguntado, exigió que se le enterrara allí donde había muerto.

En la tercera guerra sagrada, en el año 355 a. de C., los focenses robaron el trípode dorado, pero dejaron allí la columna de la serpiente. El monstruo permaneció en este lugar hasta principios del siglo IV d. de C., cuando Constantino el Grande se lo llevó a Constantinopla, donde su procedencia cayó en el olvido. La columna sólo sobrevivió a la era bizantina porque la creencia popular había empezado a desvirtuarla, convirtiéndola en talismán contra serpientes venenosas. Después de caer empezaron a ocultarla los escombros acumulados en el transcurso de los siglos, y sólo fue descubierta casualmente durante las excavaciones del antiguo hipódromo.

Cuando la luna y el sol se eclipsan...

A veces, los astrónomos resultan los más fieles compañeros de viaje de los historiadores. Son capaces de determinar el día exacto de batallas, nacimientos y muertes, cosa que los arqueólogos no siempre pueden hacer, aun disponiendo de gran cantidad de material excavado. Sin embargo, para que ello pueda ocurrir debe mencionarse algún fenómeno natural, preferentemente celeste, pues aun habiendo transcurrido muchos siglos se puede calcular la fecha exacta en que se produjo. Y así, una frase de apariencia poco significativa de un autor antiguo puede adquirir una enorme importancia para toda la historiografía.

Una frase semejante se encuentra en el capítulo décimo del libro noveno de la *Historia* de Heródoto. Allí se trata del rey espartano Cleómbroto, hermano de Leónidas, el general caído en las Termópilas. Eufórico por la victoria de Salamina, decidió perseguir al ejército de tierra de los persas en retirada. «...Mientras estaba ofreciendo un sacrificio por la contienda con el Persa —escribe Heródoto—, el sol se oscureció en el cielo. »

Los astrónomos comprobaron que se trataba de un eclipse solar, y tras efectuar sus cálculos llegaron a un resultado asombroso: hacia el mediodía del día 2 de octubre del año 480 a. de C., en Grecia central se produjo un eclipse parcial de sol. El astro quedó medio oculto por la luna.

El acontecimiento ofrece interés doble, pues a resultas de ello Cleómbroto desistió de perseguir a los persas, ya que interpretó el eclipse como un presagio desfavorable y desde el istmo, donde se había atrincherado tras un muro de varios kilómetros de largo, regresó a Esparta.

Actualmente, tacharíamos de supersticioso este comportamiento, mas en la Grecia clásica no existía diferencia alguna entre creencia y superstición. Y los fenómenos celestes o de la naturaleza en general se interpretaban como señales divinas. Así, un eclipse de sol o de luna, la aparición de un corneta o incluso un terremoto podía decidir batallas, costando a veces la vida de decenas de miles de personas.

Un acontecimiento similar, quizá el más desastroso de toda la historia de la Grecia clásica, fue el eclipse de luna del 27 de agosto del año 413 a. de C. Nicias, opulento propietario de una mina de plata, ateniense y protegido de Perides, y que tras la muerte de éste fue general durante cinco años, había marchado a Sicilia al frente de un numerosísimo ejército para ayudar a la ciudad de Segesta. Pero Nicias no había contado con los otros dos generales, que tenían las mismas atribuciones que él: Alcibíades y Lámaco, partidarios de emprender una campaña de mayor envergadura aún. Tras relevar a Alcibíades, Nicias tomó las colinas de Epipolai, pero se perdió cada vez más en un proyecto irrealizable: la conquista de Siracusa. Aunque tras la muerte de Lámaco, Nicias volviera a convertirse en comandante en jefe de la flota ateniense, no consiguió dominar a los habitantes de Siracusa. Al contrario, los valientes sicilianos jugaban al gato y el ratón con los griegos: interceptaban los barcos de transporte que traían los refuerzos, desvalijaban los almacenes griegos y emprendían atrevidas correrías en mar abierto.

El hombre que osaba organizar tales acciones era un espartano. Se llamaba Gilipo, y los habitantes de Siracusa, apremiados, habían solicitado sus servicios. Al derrotar en mar abierto a los atenienses, éstos sólo podían ya aguardar la llegada de las tropas auxiliares que estaban de camino hacia Sicilia.

El almirante Demóstenes tenía a sus órdenes 73 trirremes con 5 000 hombres fuertemente

armados y algunos miles de soldados con armamento ligero. La inesperada aparición de estas fuerzas de combate infundió terror a los habitantes de Siracusa, pero la primera acción militar, la reconquista de las colinas de Epipolai, fracasó. Como Demóstenes era un hombre realista, el ejército ateniense estaba diezmado y el otoño se aproximaba, decidió retirarse.

Pero Nicias interpuso su veto. La idea de tener que justificarse ante la asamblea del pueblo por una expedición frustrada lo reafirmaba en su pretensión de permanecer allí hasta que los enemigos hubiesen gastado su material militar y hasta que las tropas auxiliares de los sicilianos se hubiesen retirado. Pasaron semanas durante las cuales las fuerzas atenienses quedaron diezmadas sin luchar, a causa de la malaria. Cuando las tropas de Siracusa recibieron ayuda incluso de una unidad dispersa de tropas peloponesias, también Nicias tuvo que reconocer que la única solución era la retirada.

El desastroso 27 de agosto de 413 a. de C.

Día 27 de agosto del año 413 a. de C.: por la noche, los atenienses se habían preparado para la retirada. La luna llena les ayudó en los preparativos. De repente, hacia las nueve de la noche la luna se eclipsó, y el pánico se apoderó de las tropas listas para la retirada: era una señal de los dioses. Mandaron llamar al adivino. Nicias, a quien Tucídides y Diodoro califican de hombre obcecado con la adivinación, había perdido poco antes a su experto adivino Estilbides, muerto durante el sitio. Ahora, algunos inexpertos adivinos se encargaban de interpretar las señales de los dioses. Determinaron que el eclipse lunar aconsejaba aplazar la retirada tres veces nueve días: todo un ciclo lunar. Nadie se atrevió a contradecir este consejo.

Las tropas de Siracusa aprovecharon la fe que los atenienses tenían en los oráculos y se enfrentaron a ellos en una devastadora batalla naval: los griegos, 40 000 hombres divididos en dos fracciones, intentaron retirarse por tierra para ponerse a salvo. Nicias guiaba el grueso del contingente y Demóstenes, la retaguardia. Durante su retirada buscaron un lugar estratégico para defenderse de sus perseguidores, pero no llegaron a ocuparlo. Demóstenes, encerrado por las tropas enemigas, hubo de rendirse con los 6 000 hombres supervivientes, y pocos días después Nicias cayó prisionero junto con los últimos 7 000 hombres. La mayoría de ellos fueron esclavizados. A Nicias y Demóstenes se les condenó a muerte, y sus cadáveres se exhibieron a las puertas de Siracusa.

El eclipse lunar del 27 de agosto del año 413 a. de C. es una fecha importante, pues ese día la fe que los atenienses tenían en los oráculos sufrió un duro revés. El pueblo entero estaba iracundo. Alcibíades se había basado en antiguos vaticinios oraculares para anunciar la victoria ateniense en Sicilia, y la devota reacción de Nicias había causado la ruina de todo el ejército destacado allí. Por primera vez se empezó a hablar de superstición, de *deisidaimonia*, y la gente empezó a desconfiar.

Pero medio siglo después, todo parecía haber sido olvidado: el 9 de agosto del año 357 a. de C., otro eclipse lunar se interpuso en una acción militar, aunque esta vez las consecuencias no fueron tan catastróficas.

Dión, cuñado y yerno del tirano Dioniso I de Siracusa, vivía exiliado en Grecia. Ya había reunido un buen número de mercenarios, y aquel 9 de agosto del año 357 a. de C. pensaba partir hacia Siracusa, donde pretendía derrocar la tiranía. «Pero después de los sacrificios y las oraciones habituales, la luna se oscureció», explica Plutarco (*Dión*, 24, I). A diferencia de Nicias, Dión pudo consultar a su adivino particular Miltas. Y este Miltas dio una interpretación totalmente distinta de las señales aparecidas en el suelo nocturno a la que proporcionaron los adivinos inexpertos de Nicias. Miltas, que por cierto era un adivino de formación académica, anunció que los soldados no tenían nada que temer, pues el eclipse de luna sólo simbolizaba la extinción de un fenómeno brillante. Este fenómeno era la tiranía de Dioniso, y en cuanto desembarcaran en Sicilia, desaparecería el esplendor de ésta. Según informa Plutarco, Dión partió con los barcos repletos de soldados sin preocuparse más por el eclipse lunar.

Cuando algo pasa por alto a los adivinos

Durante más de dos milenios, ese episodio se consideró la prueba del arrojo y el carácter ilustrado de Dión, quien, al parecer influido por los hechos acaecidos tras el oráculo de hacía 56 años, hizo caso omiso de todas las señales de los dioses para hacerse a la mar. Los historiadores discutían únicamente si Multas no habría sido comprado por su señor, para que no peligrara la campaña militar. El historiador de la antigüedad doctor Harald Popp, un alemán experto en el significado de los presagios para las acciones militares de los griegos, opina lo siguiente: «Es posible que Dión utilizara a Multas para sus planes militares, aprovechándose del buen nombre que éste tenía como adivino. Pero igualmente es posible que Multas actuara por cuenta propia para tranquilizar a los soldados, pues lógicamente, en estas situaciones, todo el mundo esperaba alguna explicación del adivino».

El científico no se define al contestar a la pregunta acerca de la seriedad de una profecía semejante: «Sería muy importante y tendría mucho interés poder descubrir algo acerca de la postura defendida por los adivinos, tanto en éste como en otros casos en que se interpretaban las señales y los sacrificios, pero las fuentes apenas dicen nada sobre el grado de credibilidad que otorgaban a estas explicaciones, y tampoco de hasta qué punto se tomaban las decisiones en función de las circunstancias del momento».

Plutarco describe la partida de Dión y la llegada de los griegos a la costa sureste de Sicilia, trece días después. Menciona una fuerte tormenta y un detalle fatal: la salida de Arturo, una gran estrella de la constelación del Boyero. Pues aquí, la proverbial exactitud de los datos proporcionados por Plutarco le hace tropezar. Probablemente sólo mencione la salida de la estrella Arturo para demostrar que Dión, un hombre de carácter ilustrado y ducho en cuestiones de astronomía, no se dejaba impresionar tan fácilmente por un fenómeno como un eclipse solar. Y es que Plutarco no podría haberse imaginado jamás que en el siglo XX d. de C. hubiera astrónomos que se fijaran en esta frase para realizar sus atrevidos cálculos matemáticos.

Dichos cálculos arrojaron un resultado sumamente embarazoso para Plutarco. Confirmaron que el eclipse lunar se produjo el 9 de agosto del año 357 a. de C., pero dejaron establecido que la estrella Arturo no salió el 22 de agosto (trece días de viaje después del eclipse lunar del 9 de agosto), sino la noche del 21 al 22 de septiembre. De ello se deduce obligatoriamente que Dión y sus soldados esperaron un ciclo lunar antes de emprender la campaña. Por tanto, nada había cambiado en Atenas tras la matanza de Siracusa del año 437 a. de C. Las señales divinas, sobre todo si aparecían en el cielo, seguían considerándose una manifestación de la inalterable voluntad de quienes habían dado lugar a ellas.

Sigue planteada la pregunta de por qué Plutarco reflejó unos acontecimientos que no se produjeron. ¿Fue pura inconsciencia o tenía algún motivo para hacerlo? el experto doctor Harald Popp cree que «parece sumamente improbable que el aplazamiento de la partida y los motivos que dieron lugar a él no se mencionaran en las fuentes utilizadas por Plutarco, dada la precisión de los días necesarios para la travesía. Más probable parece que el mismo Plutarco, en su intento de exaltar a Dión y compararlo justamente con Nicias, que era todo lo contrario de un "hombre ilustrado" (Nicias, 23, 6), pasara por alto el tiempo de espera a que obligó la luna. Aunque si Dión había permanecido tan imperturbable como afirma Plutarco, y si de veras disponía de conocimientos astronómicos (*Dión*, 24,1), el miedo de los soldados podía haberle obligado a aplazar la partida».

Un sacerdote oracular censura la superstición

«Pues el eclipse que resulta cuando la Tierra se pone en medio no es algo terrible, ni el encuentro de una sombra con la luna en el momento de sus revoluciones tampoco lo es, sino que lo terrible es la sombra de la superstición que, cuando un hombre ha caído en ella, confunde y ciega la razón en hechos que están necesitados, sobre todo, de la razón.»

Puede sorprendernos que el autor de estas líneas sea justamente el sacerdote oracular Plutarco.

En su escrito filosófico *Sobre la superstición*, este académico y buen conocedor del mundo ataca «la estupidez y el desconocimiento de las cosas divinas» para distinguir entre la casi enfermiza manía de los griegos de interpretar los presagios y la sagrada institución del oráculo. A los que vivimos en este siglo no nos resulta fácil distinguir entre la interpretación de los presagios y la de los oráculos, pues el resultado es el mismo en ambos casos: una profecía.

Sin embargo, Plutarco, un filósofo de formación platónica y un hombre profundamente creyente, con sólidos conocimientos de ciencias naturales, tachaba de supersticiosa la acción de unos y defendía al mismo tiempo el carácter religioso del oráculo. Al obrar así, Plutarco ignoraba voluntariamente las combinaciones de creencia y superstición que se practicaban en todos los santuarios oraculares del mundo. Acordémonos simplemente de la dudosa prueba que en Delfos servía para saber si el oráculo estaba preparado: rociaban un cabrito con agua, y si el animal temblaba, podía iniciarse la consulta. En caso contrario, la ceremonia se interrumpía.

Indefectiblemente, nos hemos de plantear la pregunta de cuál es la diferencia entre esta interpretación de los presagios y la decisión de Nicías de retirar un ejército de 40 000 hombres por temor al eclipse lunar. Plutarco se irritó porque el rey mesenio Aristómedes se retiraba de la batalla contra los espartanos después de que sus videntes hubiesen reconocido un presagio desfavorable en el hecho de que alrededor de su altar particular creciese hierba. Sin embargo, en un pasaje posterior, Plutarco menciona las memorables señales que de vez en cuando daban las estatuas colocadas en Delfos. Según Plutarco, ello era una manifestación de la estrecha relación entre las ofrendas y la capacidad adivinatoria de Apolo, además del carácter divino que impregnaba las esculturas: una columna de bronce donada por Hierón, tirano de Siracusa, se derrumbó el mismo día que Hierón murió en Sicilia. A la escultura del espartano Hermón se le saltaron los ojos, de piedras semipreciosas, en el mismo instante en que él murió en la batalla de Leuctra. Y durante la catástrofe siciliana de los atenienses, rodaron por el suelo los dátiles dorados de la artística palmera que aquéllos habían colocado delante del templo.

Indudablemente, Plutarco adopta una postura partidista al poner, en su escrito *Sobre dios y los vaticinios, los demonios y las profecías*, las siguientes palabras en boca de Boeto: «Sí, no os basta con encerrar al dios en un cuerpo mortal una vez cada mes, sino que lo vamos a incorporar en cada objeto de piedra y de bronce, como si no tuviéramos en la Suerte y en la Casualidad un agente responsable de tales coincidencias» (8, 398 a).

De hecho, ésta es una de las primeras manifestaciones de la creencia en el destino propio de la religión cristiana, la cual considera que tanto la fortuna como la desventura se deben a la voluntad de Dios, y respeta las señales y los milagros cuya interpretación por otras religiones tacha de costumbres heréticas. Dicen que la fe mueve montañas, y la fe era una de las bases más importantes de los oráculos antiguos.

XII

Las fábricas de sueños de Oropo, Epidauro y Lebadea

Todos los sueños, oh Quinto, tienen la misma razón; y, ¡por los dioses inmortales!, cuidemos de que la superstición no se sobreponga a la razón

Cicerón, *De la adivinación*, LXVII

Anfiarao proporcionaba oráculos de sueños, y en el de Trofonio se seguía un extraño ritual en el que el consultante había de descender a una cueva subterránea. Al abandonarla, en su delirio emitía sus propias profecías.

Herbert W. Parke,
historiador de la antigüedad

Ni siquiera Hitchcock podría haber puesto en escena un ambiente más espectral: en la sala, en la que reinaba un silencio de muerte, iluminada sólo por una tenue luz, centenares de cuerpos humanos yacen sobre mesas de piedra, tapados todos ellos con paños blancos. Por aquí cuelga un brazo, por allá asoma un pie, y donde la tela deja al descubierto la cabeza pueden contemplarse caras desfiguradas y bocas muy abiertas. Un aire cargado de humo circula por la sala. De repente, uno de los cuerpos ocultos empieza a moverse y emite un gemido. Silencioso, como surgido de la tierra, un hombre vestido de blanco se planta ante una de las mesas. Casi indiferente, aparta la tela de la figura tumbada, dejando al descubierto la cabeza. Todos los movimientos, en medio de tanta rigidez, tienen algo de inquietante. Atemorizada, la persona que yace en la mesa abre los ojos y mira indefensa a su alrededor, mientras el hombre de blanco salta sobre ella y la coge de los hombros para preguntarle en un susurro: «¿Qué has visto?».

Sacudido por fuertes temblores, esa persona sólo es capaz de responder con palabras breves e inconexas: «Una mujer... desnuda... en su regazo... crecía una viña...». «¡Sigue!» el hombre vestido de blanco intenta que el yacente sea más explícito: «¡Sigue!». Pero de nada sirve. Finalmente desiste; saca una tablilla de los pliegues de su túnica y apunta rápidamente algunas líneas; después, toma a su víctima del brazo y le susurra: «Ven, vámonos, salgamos de aquí».

Era así, o más o menos así, como se repetía infinitas veces el procedimiento que consideramos el más extraño del antiguo culto oracular: el oráculo del sueño. El oráculo de Anfiarao, a unos cincuenta kilómetros al norte de Atenas, era una auténtica «fábrica de sueños», en la que, recurriendo a métodos dudosos, se hacía dormir días enteros a las personas y se las programaba para que tuvieran sueños sobre su futuro.



Pilares para ofrendas ante el templo de Anfiarao.

Pilares para ofrendas ante el templo de Anfiarao.

El Anfiarao de Oropo era realmente un oráculo muy diferente a los demás santuarios del mundo antiguo, pues aquí, entre el Ática y Beocia, no se vaticinaba el futuro, sino que se lo soñaba. Se trataba de un oráculo muy distinguido, y sus hospederías e instalaciones de reposo atraían sobre todo a los ricos y a los intelectuales, que desconfiaban de los rituales de los oráculos mayores. El santuario oracular tenía el aspecto de un sanatorio mundano en el que se servía agua mineral para favorecer el sueño curativo e incluso, en los

casos más difíciles, vino.

Los sueños, que los sacerdotes interpretaban con métodos «psicoanalíticos», sustituían la sentencia de la Pitia, y como los podían controlar personalmente, muchas personas recelaban menos de ellos que del habitual culto oracular. Esto nos puede parecer comprensible, pues está científicamente demostrado que el sueño revelador es intuitivo y que, libre de las influencias del mundo externo, puede llegar a ser simbólico.

En Homero, los sueños desempeñaban un papel importante en el vaticinio de los acontecimientos futuros, y eran una de las formas más antiguas del arte adivinatorio. Homero personifica los sueños, y a determinadas figuras las deja vivir una breve vida aparente. Pero también los dioses se manifiestan en sueños para informar sobre el destino. Las apariciones figuradas y simbólicas precisan, sin embargo, de un intérprete de sueños: 20 patos desgarrados por un águila representan los veinte pretendientes a los que Odiseo dio muerte. En la antigüedad, los sueños eran de naturaleza divina, e incluso personas tan escépticas e ilustradas como Cicerón, Sócrates, Jenofonte, Aristóteles y Sófocles creyeron en su capacidad reveladora.

Un poco de Lourdes, un poco de Baden-Baden

El consultante que llegaba al oráculo de Anfiarao se encontraba con la pulcritud propia de un sanatorio regido por religiosos: en algunos aspectos era similar a Lourdes, y en otros, a Baden-Baden. La afluencia era grande, y uno llegaba en la fecha acordada de antemano o había de inscribirse en la lista de espera. En la entrada del santuario se exponía una lista en la que figuraban el nombre y domicilio de los que en aquel momento estaban durmiendo allí. Como ya hemos dicho,

el de Anfiarao era un oráculo distinguido, y la publicación de los nombres de los presentes había de impedir que elementos criminales se aprovecharan del oráculo: se debía proteger y salvaguardar el buen nombre del lugar. El faraón Ptolomeo IV (240-204 a. de C.) y su bella esposa Arsinoe, el general romano Sila (138-78 a. de C.) y su esposa Metela, políticos y poetas, todos soñaron aquí su destino futuro, y en agradecimiento ofrendaron valiosas estatuas.

El oráculo de Anfiarao, al igual que los demás santuarios importantes, había de poseer un estadio para juegos, un teatro para el recreo intelectual y una amplia oferta de plazas en sus hospederías, situadas alrededor del recinto sagrado. En el centro del santuario se levantaba la estatua de Anfiarao, el dios local beocio, además de un enorme altar de sacrificios y la sala de los sueños, de 110 metros de largo. Junto con el teatro, esta sala es una de las construcciones mejor conservadas de todo el santuario, pues incluso ha sobrevivido parte de las columnas que sostenían los lechos; sin embargo, el templo apenas se puede reconstruir, y el paso del tiempo ha hecho tanta mella en el estadio que ya nada queda de él: en su lugar se levanta ahora un pequeño museo.

Anfiarao era un héroe y adivino que se convirtió en dios; hijo de Oícles y de Hipermnestra, estaba emparentado genealógicamente con Melampo y Apolo. Su ascensión a las esferas divinas la debía a sus poderes adivinatorios. Había vaticinado su propia muerte, una muerte bastante extraña: durante la campaña de los Siete contra Tebas, un rayo partió del ciclo, abrió una grieta en la tierra y en ella desaparecieron Anfiarao y su carro de combate. A partir de entonces, la población beocia lo adoró como a un dios. El origen del santuario es bastante reciente, pues se remonta a la primera mitad del siglo VI a. de C. Cresos, el rey tan aficionado a los oráculos, fue uno de los consultantes y lo incluyó en su legendaria prueba oracular.

Por cierto que el oráculo de Oropo era tabú para los tebanos. Y era así por un motivo bastante natural, como cuenta Heródoto (VIII, 134): los tebanos habían ofendido a Anfiarao, pues de dos posibles opciones, contaron con él en calidad de aliado, y no como adivino. «De ahí que ningún tebano —afirma Heródoto— pueda pasar la noche en el interior del santuario.»

En ello, los esforzados tebanos eran iguales a los bárbaros, es decir, a todos los que no fueran griegos, los cuales tampoco podían entrar en el sanatorio del sueño. A veces, esta prohibición daba lugar a situaciones grotescas. El general persa Mardonio, yerno de Darío, sobornó a un extraño para que éste acudiera al Anfiarao y consultara sobre las condiciones en que se encontraba el ejército persa, que estaba invernando en Tesalia. Heródoto refiere el episodio en un tono bastante irónico, pues sabía que ello era contrario a los requisitos que se habían de cumplir para el pronóstico del sueño.

Cómo se producían los sueños

Tras el pago de una dracma, el consultante del oráculo de Oropo recibía una tablilla de plomo o de bronce en la que estaban grabadas las cabezas de Anfiarao y de la diosa Higiea. Al recibir esta tablilla, el consultante mostraba su aceptación del reglamento del santuario, que seguía un ritual inalterable. Al principio había que sacrificar un carnero en el gran altar y seguir un ayuno riguroso. Los días anteriores al sueño no se podía comer carne de cerdo, ni determinadas clases de pescado, cebollas, judías o ajo. Para beber sólo había agua. Todos estos procedimientos seguían la teoría de la purificación pitagórica y platónica.



Anfiarao curando.

Anfiarao curando.

Tal como narra el escritor romano Plinio, los antiguos eran conscientes de que el excesivo consumo de determinados alimentos pesados y de alcohol podía influir negativamente en los sueños. También estimaban que las alteraciones enfermizas del organismo y las infecciones febriles fomentaban las pesadillas, por lo que estos trastornos eran tenidos por un impedimento a la hora de elaborar un oráculo del sueño.

«Cuando el cerebro se calienta repentinamente a causa de la bilis —afirma el

médico griego Hipócrates—, agitándose la sangre, entonces los enfermos ven terribles figuras imaginarias, y cuando despiertan, está encendido su rostro, rojos sus ojos y sólo pueden pensar en cosas negativas» (*Epíst*, 19).

Por ello, el sumo sacerdote del oráculo de Anfiarao, elegido por un año, había de ser médico y psicoterapeuta, y además había de desempeñar el cargo de intérprete de los sueños. La base del éxito de su trabajo eran los trucos empíricos que se enumeran en los llamados papiros mágicos. El consultante del oráculo se disponía a dormir con la intención de «soñar cualquier cosa», pero los sacerdotes utilizaban diversos métodos con los que creían poder causar determinados sueños. Las actuales investigaciones sobre hipnosis han confirmado esta posibilidad. Al igual que en Delfos, donde los oráculos auténticos, pronunciados en un estado de trance, alternaban con los oráculos baratos, pronunciados gracias a la intervención del azar, también en el sanatorio de Oropo, los sueños interferidos y los sueños fortuitos debían de haberse ido alternando, según el consultante de que se tratara.

Artemidoro, un famoso intérprete de sueños del siglo II d. de C., confirma indirectamente que se aplicaban algunos métodos para estimular el sueño: «Cuando quieras tener un sueño —escribe el adivino de Asia Menor (*Onirocr.*, IV, 2)— no utilices ni incienso ni fórmulas mágicas con la intención de obligar a algo; pues resultaría ridículo que hombres sensatos negaran la realización de su deseo a las personas que exigen imperiosa y violentamente su cumplimiento, mientras que los dioses están atentos a las vehementes exigencias».

La hierobotánica, que trata de plantas utilizadas para fines rituales y sagrados, es una rama rigurosa de las ciencias de la naturaleza. Ya no es ningún secreto que determinadas plantas o productos derivados de éstas producen alucinaciones y que algunas, como el opio y el cáñamo indio, provocan sueños muy intensos. Aún hoy en día, determinados pueblos primitivos preparan brebajes de plantas que estimulan las capacidades adivinatorias y las visiones del futuro. Pero una piedra sencilla o un amuleto también pueden aumentar la intensidad del sueño, pues la concentración del consultante se centra en ellos.

Un filón para el psicoanálisis

En muy pocas ocasiones los sueños son concretos y reales, pues normalmente se trata de historias alegóricas o simbólicas soñadas que deben interpretarse correctamente. Esta capacidad de interpretación era un arte muy respetado en la antigüedad, y los intérpretes más famosos escribieron voluminosos tratados sobre el tema: el ya mencionado Artemidoro de Éfeso publicó un libro sobre los sueños, que consta de cinco volúmenes. En ellos se enumeran, entre otros, 95 sueños que llegaron a realizarse: son todo un filón para el psicoanálisis moderno. Otros renombrados intérpretes de sueños, además de Artemidoro, fueron el político y filósofo Demetrio de Falero, alumno de

Aristóteles; Geminio de Tiro, un estoico del último siglo anterior a Cristo, estudioso también de la astrología; Artemón de Mileto, Papo de Alejandría y Hermipo de Berito.

Pero los visitantes del oráculo de Oropo no tenían necesidad de pedir consejo a estos expertos, pues el sacerdote de turno apuntaba cada sueño en una tablilla, para explicar a la persona interesada el contenido simbólico de lo soñado y archivar la tablilla después. Esta extraña forma de interpretar el futuro era muy popular y las dimensiones de la sala hacen creer que eran centenares de personas las que allí podían soñar a la vez.

Si bien es cierto que el oráculo de Anfiarao jamás pudo competir con los grandes santuarios, en Oropo se procuraba conservar el buen nombre. Al igual que en los demás centros oraculares también aquí se desarrollaban unos juegos, llamados «Anfiaraa»; la primera noticia que de ellos se tiene data del año 335 a. de C., cuando el tiempo aún se contaba según el patronazgo del correspondiente sumo sacerdote. Resulta curioso que los bárbaros no pudieran consultar el oráculo, pero sí se admitía su participación en los juegos. En las listas de ganadores que se han hallado destacan algunos asiáticos.

Es probable que el sueño incubador sea de origen egipcio, pues en los cultos de Serapis e Isis ya se aplicaba este procedimiento. Heródoto se refiere a un faraón de la XXV dinastía, llamado Setón (704-688 a. de C.), que en tiempos de paz había tratado tan mal a sus soldados, que cuando los árabes atacaron Egipto, tuvo que vérselas con un motín entre sus tropas. Desesperado, Setón acudió al templo, y se quejó de su suerte ante los dioses. Estando en ello se quedó dormido y, según cuenta Heródoto (II, 141), «creyó ver que se le aparecía un dios y le daba ánimos, asegurándole que no sufriría desgracia alguna si salía al encuentro del ejército de árabes, pues él, personalmente, le enviaría socorros». En lugar de soldados, el faraón disponía de un ejército integrado por buhoneros, artesanos y mercaderes; pero, como afirma el historiador, en el campamento, las armas de los árabes, las flechas, los arcos y los escudos, quedaron inutilizados por un tropel de ratones que los royeron, de forma que los egipcios lograron ganar. Éste es el primer oráculo del sueño, tal como los «egipcios y sus sacerdotes» se lo contaron a Heródoto.

Las curaciones milagrosas de Epidauro

En Grecia, después del culto a Anfiarao en Oropo, el culto del sueño de Asclepio era el que gozaba de mayor popularidad. Asclepio era hijo de Apolo, y tras sanar milagrosamente a varios enfermos, empezó a considerársele el dios del arte de la curación. Su santuario más famoso era el de Epidauro, pero a partir del siglo V a. de C. se fundaron otros dedicados al mismo dios. Siguiendo el consejo de los libros sibilinos, sobre los que volveremos más adelante, los romanos adoptaron el culto a Asclepio para escapar del azote de una epidemia en el año 293 a. de C. Este culto, simbolizado por la imagen del dios que en su mano sostenía una vara en la que se enrollaba una serpiente, fue sumamente popular hasta las postrimerías de la antigüedad.

El santuario central de Asclepio se encontraba en la costa sur del golfo Sarónico, a unos nueve kilómetros al sur de Epidauro. Similar al de Anfiarao, era un sanatorio mundano, con una hospedería de 150 camas, un parque, baños públicos, odeón, gimnasio e hipódromo. el teatro, uno de los mejor conservados de toda Grecia, tenía un aforo de 15 000 personas. Construido en el siglo IV a. de C. por Policleto, Pausanias quedó prendado de él: «¿Qué arquitecto podría competir dignamente con Policleto en cuanto a armonía y belleza?» (II, 27,5).



El teatro de Epidauro, el mejor conservado de Grecia.

El teatro de Epidauro, el mejor conservado de Grecia.

El mismo arquitecto también había erigido el *tholos*, un edificio de planta circular, de formas armónicas, sobre cuyo significado apenas sabemos nada. Probablemente sirvió para celebrar ritos misteriosos, pues afirman que se levantaba encima de

la tumba de Asclepio, cuya madre había sido una mortal. Aquí los sacerdotes criaban las serpientes pardas, tan caras a Asclepio.

En este santuario existían varios templos. Estaban consagrados a Afrodita, Artemis, Atenea, Temis y Dioniso. Sin embargo, el templo más majestuoso y suntuoso era el de Asclepio, del que sólo se conservan los cimientos. Construido en estilo dórico, su interior guardaba la imagen divina de Asclepio, hecha de oro y marfil chapados sobre madera, obra de Trasímedes de Paros.

Por el tema que nos preocupa nos resulta más interesante, sin embargo, la sala de sueños, que tenía una altura de dos pisos y una longitud de 70 metros. Llevaba el nombre de *abaton* y se utilizaba para rituales similares a los que ya conocemos del oráculo de Anfiarao. No debe olvidarse, empero, que en Epidauro la psicoterapia desempeñaba un papel mucho más importante que la interpretación del futuro. Las visiones oníricas habían de ayudar a realizar los deseos, mientras que aquí las personas podían dormir hasta quedar sanas. Realmente, la excitación interior y la autosugestión parecen haber obrado milagros. Un enorme número de inscripciones en idioma dórico, motivo de orgullo para los sacerdotes de Epidauro, hablaban de ciegos que recobraron la vista, de cojos que pudieron volver a caminar y de mujeres que dejaron de ser estériles.

Sabemos de unas setenta curaciones milagrosas que se produjeron gracias al sueño. Una mesenia, por ejemplo, acudió a la cura del sueño del *abaton* de Epidauro porque no podía tener hijos. En sueños se le apareció Asclepio, que le colocó una serpiente en su cama. Pero en vez de asustarse, la mujer jugueteó con ella: en sueños, se entiende. Aquel mismo año dio a luz gemelos.

El tesalio Pándaro acudió a Epidauro porque unas enormes manchas en su frente le restaban confianza en sí mismo. En el siglo IV a. de C. aún no se pensaba en la posibilidad de realizar trasplantes de piel, por lo que Asclepio constituía su última esperanza. También Pándaro tuvo un sueño: Asclepio envolvió su frente con un paño y le ordenó quitárselo y dejarlo como ofrenda en el templo. Al despertar al día siguiente, el paciente tenía realmente un vendaje en la cabeza. Se lo quitó y vio que las manchas habían desaparecido. De otro milagro da fe una gran piedra delante de la sala: Hermódico de Lámpsaco era paralítico. Sus parientes lo habían llevado en una camilla hasta Epidauro, donde debía someterse a una cura. En sueños se le apareció el dios, que le ordenó levantarse, salir del santuario y llevar hasta el templo la piedra más pesada que pudiese encontrar. El sueño de Hermódico se hizo realidad, y la piedra quedó como ofrenda delante de la sala de sueños.

Para entretener al público, en Epidauro se organizaron a partir del siglo V a. de C. las grandes Asclepiadas, los juegos festivos dedicados al protector del templo. Estos juegos se celebraban cada cuatro años y, al igual que en Delfos, incluían competiciones deportivas y artísticas. Mientras que

en el estadio se enfrentaban jinetes y atletas, el teatro, cuya acústica es elogiada aún hoy en día, estaba reservado a los cantores y poetas.

El arte y el ocio formaban parte de la terapia de los sacerdotes de Asclepio. Al principio, sólo fueron médicos que abusaban de los narcóticos e intérpretes de los sueños, pero, sobre todo hacia la época de transición, se convirtieron en psicoterapeutas y médicos naturistas. Prescribieron ejercicios gimnásticos y curas de ayuno y aplicaron tratamientos clínicos. Decían que Asclepio manifestaba en sueños cuáles eran sus honorarios, pero cabe suponer que ello significaba que los sacerdotes percibían el dinero que consideraba justo el consultante. Se sabe con certeza que los ricos pagaban más y los pobres, menos. Si recordamos las costumbres de Delfos, podemos suponer que, en consecuencia, el tratamiento también era diferente.

El terrorífico horno de Trofonio

Un oráculo de sueño muy especial era el de Lebadea. Actualmente, Lebadea se llama Livadia y es una ciudad pintoresca, con un castillo medieval, situada en el suroeste de la llanura de Copáis, a la salida del desfiladero de Hercina. Uno no podría imaginar que aquí, en este paraje idílico, se encontrase la terrorífica cueva de Trofonio, uno de los oráculos más famosos del mundo griego. Y aunque hacia principios y mediados de siglo, respectivamente, los arqueólogos griegos A. D. Keramopulos y J. Threpsiadis excavaron túneles bajo media ciudad, la montaña del castillo y los alrededores de Livadia, no consiguieron encontrarlo.

Casi podría suponerse que la cueva de Trofonio era un invento mitológico, un producto de la fantasía, si no hubieran acudido a él hombres tan ilustres como Creso de Lidia, Aristomedes de Mesenia, Epaminondas, Filipo II, Emilio Paulo y Apolonio. Y justamente este oráculo desaparecido, cuyo rastro se pierde con la llegada del cristianismo, es el mejor documentado en cuanto al procedimiento oracular en sí. «No escribo lo que he oído decir —afirma Pausanias—, sino aquello que he visto en otros y en el oráculo de Trofonio, que yo mismo he consultado.»

Asclepio, dios del arte de la curación. Relieve del templo de Asclepio en Epidauro.

El origen de Lebadea y de su oráculo se pierden, al igual que el de los demás santuarios de culto, en el más remoto pasado. Aunque Homero no parecía conocer el lugar ni su oráculo, los hallazgos arqueológicos indican que databa de la era micénica.

Según la leyenda, el santuario oracular tenía un origen triste: Trofonio, hijo de Apolo, un héroe, mató a su hermano Agamedes y huyó a Lebadea para refugiarse en una cueva subterránea, donde finalmente murió. Por ello, los griegos contaban que quien había acudido a Trofonio ya no volvería a reír en su vida, y al revés: de una persona gruñona decían que había ido a Trofonio.



Asclepio, dios del arte de la curación. Relieve del templo de Asclepio en Epidauro.

La ciudad era una de las más prósperas de toda Grecia; su nombre anterior había sido Midea y por entonces se encontraba en una colina, a unos dos kilómetros. En un pasaje, Pausanias cuenta la siguiente historia: «Cuando Lebado llegó de Atenas, los habitantes descendieron al llano y la ciudad tomó el nuevo nombre de Lebadea. No se sabe quién fue su padre ni el motivo de su venida; sólo que su mujer se llamó Laónice» (IX, 39). Los arqueólogos han encontrado restos de construcciones en la colina indicada, pero también debajo de la ciudad actual.

En el siglo V a. de C., Lebadea era miembro de la confederación beocia; en el año 395 a. de C. fue destruida por Lisandro; formó parte en el siglo de la confederación etolia; combatió con los romanos contra Perseo; fue destruida el año 86 a. de C. por las tropas de Mitrídates y, finalmente, volvió a recobrar su esplendor bajo el Imperio romano.

Se cree que el oráculo de Lebadea tenía una clientela fija cautivada sobre todo por el terrorífico ritual que se seguía para elaborar las profecías. Pero el oráculo de Trofonio también sacaba provecho del trabajo que a veces se acumulaba en Delfos. De vez en cuando, para evitar las largas esperas, los sacerdotes de Apolo enviaban a los últimos de las listas de espera al cercano oráculo de Lebadea.

Pausanias cuenta la siguiente historia: «Este oráculo, antes ignorado por los beocios, fue descubierto por la siguiente causa: se enviaron a Delfos consultores de todas las ciudades porque ya estaban en el segundo año sin llover; la Pitia les dio como remedio para la sequía que fuesen a Lebadea y acudiesen a Trofonio, del cual lo obtendrían. Cuando llegaron a Lebadea, no pudieron hallar el oráculo, y entonces Saón, el enviado de la ciudad de Acrefnio y el más anciano de todos, vio un enjambre de abejas que, aunque eran oxeadas, no dejaban de perseguirles; en seguida vio que las abejas se dirigían hacia un sitio y, siguiéndolas, penetró en el oráculo» (IX, 40).

En tiempos de Pausanias, el oráculo de Lebadea estaba en mejores condiciones que el de Delfos. El bosquecillo de Trofonio era un parque bien cuidado y repleto de valiosas esculturas, separado de la ciudad por el río Hercina. Praxíteles era el autor de una imagen de culto de la que Pausanias afirma que se parecía mucho a Asclepio, el dios del arte de la curación. Había un estadio, un teatro, un santuario de Deméter y un templo dedicado a Zeus, que, probablemente a causa de las constantes guerras, estaba a medio acabar. Los cimientos de este templo se descubrieron durante las excavaciones en las colinas de Hagios Elias, al oeste de Livadia, pero no se ha encontrado ni rastro de otro templo con las estatuas de Cronos, Hera y Zeus.

Cuidar la imagen se escribía con mayúsculas

Los lebadeos concedían gran importancia al cuidado de la imagen. A diferencia de Delfos, donde, a causa de la gran afluencia, la gente prefería que los consultantes desaparecieran lo más rápidamente posible, en Trofonio cada consultante había de colocar en una antesala del santuario una tablilla con la profecía recibida. Al parecer, los sacerdotes de Lebadea estaban muy seguros de sí mismos, pues cualquiera podía controlar la autenticidad del vaticinio. Y, naturalmente, allí también se exponían las ofrendas.

La más famosa era el escudo de Aristomedes, en el que destacaba un águila con las alas desplegadas. Aristomedes era un héroe de los mesenios, que en el siglo VII a. de C. luchaban para liberarse del yugo espartano. Para conseguirlo hicieron falta tres guerras, llamadas precisamente guerras mesenias. En la primera, Mesenia, una región de fértiles tierras del suroeste del Peloponeso, fue conquistada por los espartanos, que esclavizaron a la población. En la segunda guerra mesenia, el mencionado Aristomedes infligió varias derrotas a los espartanos. En todos estos acontecimientos el oráculo de Lebadea tuvo un papel importante.

Al igual que muchas otras guerras, también ésta se libraba entre adivinos. Desconcertados, los espartanos se habían dirigido al oráculo de Delfos para saber comportarse en esta situación. Aristomedes, en cambio, sólo confió en su adivino Teoclo. La respuesta de la Pitia ordenaba a los espartanos pedir consejo a los atenienses. Asombrados y sin saber por qué motivo se les consideraba dignos de ser distinguidos con tal honor, los atenienses enviaron un maestro de

escritura a Esparta. Éste, pensaron, no podría dar ningún consejo útil a los espartanos, con quienes no habían mantenido nunca buenas relaciones. El maestro en cuestión se llamaba Tirteo y, al parecer —afirma Pausanias—, no era demasiado inteligente; además, cojeaba de un pie. Tirteo practicaba lo que actualmente se podría denominar el rearme moral, recitando por doquier sus propios cantos bélicos.

Pero como no son las lirras sino las espadas las que deciden las batallas, Aristomedes consiguió con una pequeña tropa de élite provocar la huida del rey espartano Anaxandro. Durante la persecución, Aristomedes tuvo un pequeño desliz: perdió su valioso escudo, pues no tuvo en cuenta el consejo de su profeta particular Teoclo, quien le había advertido que no pasara nunca al lado de un peral. Aun después de una intensa búsqueda no logró encontrar el escudo.

Triste y abatido, Aristomedes acudió al oráculo de Delfos. Pero la Pitia lo envió al santuario de Trofonio de Lebadea, y allí le dijeron en qué lugar había perdido su escudo. Una vez lo hubo hallado, Aristomedes lo entregó como ofrenda a Trofonio, y allí lo pudo admirar Pausanias.

El escudo también había desempeñado un papel importante en la batalla de Leuctra, decidida por una sentencia oracular. En el año 371 a. de C., los tebanos, a las órdenes de Epaminondas, batieron en Leuctra a los espartanos con el llamado «orden de batalla atravesado»; pero la victoria estaba programada de antemano. A consultas de los tebanos, el oráculo de Trofonio había pronunciado el siguiente vaticinio:

«Antes de que vuestras lanzas topen con los enemigos, erigid un monumento a la victoria,
adornadlo con el escudo que a mi templo trajo
el héroe mesenio Aristomedes. Pero yo
te destruiré el ejército de enemigos portadores de escudos. »

Los tebanos erigieron un monumento a la victoria antes de que se hubiera iniciado la batalla. Tomaron prestado el escudo de Aristomedes, lo colocaron en el monumento y lo devolvieron tras su triunfo.

La profecía sobre el resultado de la batalla de Leuctra es sumamente clara, a diferencia de las sentencias de Delfos relativas a victorias y derrotas. De hecho, sólo existe un vaticinio en el que el oráculo de Lebadea no logró acertar, y fue probablemente a causa de la prueba del rey Cresos. Por desgracia, la auténtica respuesta de Lebadea no se conserva literalmente, pero si Heródoto afirma que la única respuesta acertada era la de Delfos, le hemos de creer, y entonces la respuesta de Trofonio estaba equivocada.

Para nosotros, el oráculo de Trofonio resulta interesante porque en su descripción de Beocia (IX, 39,5 ss.), Pausanias narra minuciosamente el procedimiento que se seguía. Lo puede hacer tan detalladamente porque él mismo efectuó una consulta, aunque no nos diga qué preguntó.

La prueba oracular de Pausanias

Al igual que los demás consultantes, Pausanias había de pasar primero algunos días en la casa dedicada al buen demonio y la buena suerte. Durante estos días se hacía hincapié en determinados procedimientos de purificación, que se llevaban a cabo en el río Hercina. Estaba absolutamente prohibido bañarse con agua caliente. Cada día, Pausanias había de degollar un animal de sacrificio, casi siempre aves. Antes de arrojarlo al fuego y orar devotamente a Trofonio, Apolo, Cronos, Zeus, Hera y Deméter, un sacerdote daba el visto bueno a las vísceras del animal para anunciar después si Trofonio lo iba a acoger favorable y benévola o no. Si por fin llegaba el momento, el adivino fijaba el descenso hacia la cueva oracular para la noche siguiente.

La bajada se iniciaba cuando ya reinaba la oscuridad. Primero había que sacrificar un carnero, cuyas entrañas volvían a estudiar los sacerdotes. Si el color y la forma eran desfavorables, el procedimiento quedaba abortado en ese mismo instante. De no ser así, un sacerdote llevaba al consultante hacia el río Hercina, donde aguardaban dos *hermai*, muchachos de trece años de edad

que volvían a lavarlo a fondo para después unirlo de pies a cabeza y vestirlo con una ligera túnica de lino. De una fuente sacaba con las manos la llamada agua del olvido, que le había de hacer olvidar todo lo pasado; después lo conducían a la cueva oracular.

«El oráculo está encima del bosque, en un monte —cuenta Pausanias—. Lo rodea un círculo de mármol y su superficie no es mayor que la de una era muy pequeña, con una altura que no llega a dos codos. Sobre el círculo hay barras de bronce sujetas también por círculos, en los cuales se abren puertas. Dentro del recinto hay una grieta en el suelo, pero no natural, sino dispuesta artificialmente con arte y exactísima simetría. La forma de esta construcción es semejante a la de un horno y su anchura o diámetro se puede calcular en unos cuatro codos; y la profundidad puede creerse que no pasa de ocho. Para bajar al fondo no hay escalera, así que cuando alguien acude a Trofonio, le proporcionan una escala estrecha y ligera.»

Esta descripción demuestra que el oráculo de Trofonio de Lebadea estaba mucho menos preparado para una gran afluencia de público que el oráculo de Delfos. La bajada hacia la cueva oracular parecía improvisada y difícil, y ello impedía que acudiera un gran número de personas. Al parecer, Lebadea era un oráculo distinguido que trataba de forma individual a todos sus consultantes. Sólo así se entiende la claridad de las respuestas mencionadas, elaboradas según las características personales del adepto. Sin embargo, a la hora de pagar sí se notaba la influencia de la cercana Delfos. Tanto aquí como allá habían de comprarse costosas tartas de miel, como si se tratara de la entrada correspondiente, que el consultante ofrecía como sacrificio. Pausanias sólo menciona esta costumbre en un breve pasaje:

«Una vez abajo, se halla entre el suelo y la edificación una cavidad que tiene una anchura de dos palmos y una altura de uno. El que desciende allí, se ha de tender en el suelo sosteniendo unas tortas amasadas con miel, mete los pies en la cavidad y avanza él mismo cuidando de dejar las rodillas dentro; el resto del cuerpo es atraído y sigue a las rodillas, como suele tragarse a un hombre un grande y rápido río en un remolino.»

Esta descripción de Pausanias no es precisamente magistral; lo que quiere decir es lo siguiente: a un lado, el horno tiene una estrecha abertura a través de la cual el consultante entra, los pies por delante, en la cueva oracular en sí. Y en esta abertura comienza el tabú del oráculo de Trofonio. Lo que ocurre en la celda oracular detrás del horno sólo lo podemos deducir de la afirmación poco detallada de Pausanias: «A partir de ahora, los que han llegado a lo más sagrado...».

Lavado de cerebro hasta el desvanecimiento

Al interpretar esta observación, se nos ofrecen dos posibles explicaciones: o bien el consultante veía apariciones, engaños similares a los del oráculo de la muerte de Efira, o bien se le daba una respuesta oral. Por desgracia, no sabemos si el consultante podía elegir entre estas dos posibilidades. Pausanias sólo dice que los consultantes volvían a salir por donde habían entrado, pero es de suponer que la cueva oracular, donde aguardaba el sacerdote y se escenificaban las apariciones, debió de tener entrada propia.

Analizando el tema con frialdad, la siniestra y dificultosa bajada y el posterior arrastrarse por el suelo tenían una función bien premeditada: anular la voluntad y la capacidad crítica del consultante, que se había de someter al designio del dios. El miedo que durante este escabroso procedimiento invadía a todos los consultantes, desconocedores de la suerte que les aguardaba, se refleja claramente en la narración de Pausanias, cuando subraya que, de hecho, hubo una sola persona que murió allí abajo. Y eso únicamente porque no respetó ni uno solo de los procedimientos obligatorios ni tuvo intención de consultar al oráculo: se trataba de un ladrón en busca de oro y plata. Su cadáver fue descubierto posteriormente «en otro lugar», aunque no se tenga constancia de que alguien lo sacara del oráculo.

El consultante debía regresar, pues, por el mismo camino que había tornado para entrar. Pausanias cuenta lo siguiente: «A partir de esto, todos los que entran en el oráculo no tienen la misma manera de ser informados, pues unos ven y otros oyen lo que va a suceder.»

En estas tres frases, Pausanias nos proporciona datos sumamente interesantes: ofuscado el consultante por el terror y habiendo perdido el conocimiento, eran sus familiares quienes habían de hacerse cargo de él. Por tanto, en Lebadea, como en el oráculo de Efira, el consultante era adormecido con inciensos, sustancias aromáticas y drogas, y a diferencia de la Pitia de Delfos, era él quien caía en estado de trance. Por cierto, no sabemos si en Lebadea vaticinaba un sacerdote o una sacerdotisa, pues ningún autor clásico hace referencia a ello. Sea como fuere, se nos plantea una pregunta: ¿cómo podía un consultante, habiendo perdido el conocimiento, entender la respuesta del oráculo?

Primera posibilidad: el consultante no había perdido el conocimiento del todo, sino que se encontraba en un estado de aturdimiento que tan sólo le permitía asimilar la respuesta.

Segunda posibilidad: el consultante perdía realmente el conocimiento, pues confirma esta hipótesis el hecho de que hubiera que sacarlo del oráculo, y no sólo ayudarlo a salir de él. Después se le entregaba la respuesta por escrito. Acordémonos de la observación de Pausanias, que afirma que cada consultante había de exponer su respuesta anotada en una tablilla.

Sea cual fuere la versión auténtica, los sacerdotes interpretaban en el «trono de la memoria» la respuesta dada al consultante, y es posible que el vaticinio no se apuntara hasta este momento. Probablemente no lograremos nunca descifrar estas incógnitas, aunque los arqueólogos consigan descubrir algún día el misterioso horno de Lebadea.

XIII

Los oráculos olvidados

También visitó Abas, en Fócide, a fin de interrogar al oráculo. Con todo, el primer lugar que en concreto visitó fue Tebas, donde, a su llegada, ante todo consultó a Apolo Ismenio. Dicho oráculo puede consultarse, al igual que ocurre en Olimpia, mediante las entrañas de las víctimas.

Heródoto, *Historia*, VIII, 134

Cada día descubrimos algo más acerca de las líneas básicas de la organización de Olimpia. Ahora es un pequeño altar de barro lo que requiere toda mi atención. Ha sido estucado finamente al menos una docena de veces, y cada una de las capas está ornamentada con hojas en tres de los lados, mientras en el anterior aparece la dedicatoria a un héroe. Como las hojas son de laurel, debe de tratarse del héroe del arte adivinatorio...

Ernst Curtius, historiador y arqueólogo

«Druva, Olimpia, 29 de abril de 1874.

Ayer llegamos con una caravana de doce caballos. Druva es un pueblo creado hace tan sólo treinta años desde el que se domina todo el valle del Alfeo. Para llegar a él hay que bajar por caminos escarpados. Ayer por la tarde echamos una primera ojeada a la región, y hoy hemos trabajado todo el día allá abajo. El pueblo está excitado, a la espera de una nueva época de fama y bienestar.»

El arqueólogo Ernst Curtius dio nueva vida a Olimpia.

Ésta es la carta en la que el historiador y arqueólogo alemán Ernst Curtius describe los preparativos de las excavaciones del ahora mundialmente famoso oráculo de Olimpia. Puede resultar sorprendente encontrar el



El arqueólogo Ernst Curtius dio nueva vida a Olimpia.

nombre de Olimpia mencionado junto al de los grandes oráculos de la antigüedad. Sin embargo, en Olimpia, aquella Olimpia que en la antigüedad, al igual que ahora, era cuna de los juegos deportivos, antaño vivían adivinos y profetas.

Mucho antes de que aquí se dieran cita luchadores, aurigas y discóbolos, Olimpia era un modesto santuario del primitivo dios Cronos y de la madre de la Tierra, Gea. Su airado hijo, Zeus, mató a Cronos, y a partir de ese Distante, reinó sobre la región, que se llamaba Elida.

Zeus tuvo un hijo bastardo, Heracles, perseguido toda su vida por la esposa del dios, Hera, que le había impuesto doce trabajos. Uno de ellos consistía en limpiar en un solo día todo el estiércol del establo del rey de Elida, Augías. Este era un problema casi insoluble, pues desde hacía años Augías había dejado de limpiar su establo. Después de asegurarse una décima parte de los rebaños del rey, Heracles aceptó el trabajo de limpieza, desvió hacia el establo el curso de dos riachuelos y consiguió hacer lo que en un principio había parecido imposible. Como Augías se negó a pagar lo convenido, Heracles lo mató y acudió después a Olimpia a hacer penitencia.

Allí, los inmigrantes del norte de Grecia, que debían de haber estado en contacto con Dodona, empezaron a rendir culto a Zeus. Algunas de las ofrendas descubiertas por los arqueólogos datan del siglo XI. Por aquel entonces ya existían los juegos, pero aún eran de un alcance bastante modesto. Con la introducción de las listas de ganadores de los juegos olímpicos, en el año 776 a. de C., empezó la nueva cronología griega. Estos juegos se celebraban cada cuatro años, y el período que mediaba entre dos convocatorias de los juegos se denominaba olimpiada.

Los adivinos de Olimpia

Los sacerdotes de Olimpia pertenecían a una antigua estirpe de adivinos cuyo antepasado mítico fue Iamos. El poeta tebano Píndaro (522-446 a. de C.) oyó contar la saga y escribe que en la cercana Faisane, junto al riachuelo de Alfeo, Evadne, hija de Poseidón, había dado a luz un niño cuyo padre se llamaba Apolo. Como escondió «la vergüenza» entre las violetas (en griego *ia*), el muchacho recibió el nombre de Iamos. Cuentan que unas serpientes alimentaron al niño con miel, y que, ya de mayor, Apolo recordó ciertos deberes paternos y obsequió a su descendiente con el don adivinatorio. El héroe Iamos y sus descendientes, los Yámidas, eran personas respetadas que se sirvieron durante casi mil años de las llamas de los fuegos de sacrificio y de las cenizas para vaticinar el futuro.

Los oráculos, que los consultantes recibían cerca del altar de Zeus, estaban destinados por lo general a los pobres, los campesinos y los ganaderos, por lo que la afluencia era grande. Sobre un montón de cenizas, que procedían de la cremación de los muslos de los animales sacrificados, se había erigido un altar en honor a Zeus. Pausanias observa que las mujeres sólo podían subir hasta el primer escalón de este altar, mientras que los hombres podían llegar al último. «Y cada año — cuenta literalmente el viajero griego— los adivinos aguardan el mes decimonoveno de Elafio y recogen las cenizas del pritaneo, las mezclan con agua del Alfeo y lo vierten todo encima del altar» (V, 13, 11).

A este pasaje de Pausanias se refería el excavador Ernst Curtius en la cita del preámbulo, cuando hablaba de un altar de barro que «ha sido estucado finamente al menos una docena de veces».

El templo más grande y bello de Olimpia estaba dedicado a Zeus. Este edificio, obra del arquitecto cleo Libón, fue terminado en el año 457 a. de C., después de más de diez años de obras. Las trece columnas dóricas de las fachadas laterales y las seis de las principales, cada una de ellas de once metros de altura y 2,60 metros de diámetro en su base, conferían al templo un aspecto monumental. El edificio era famoso además por las figuras que adornaban los frontones de las fachadas anterior y posterior, pero sobre todo por la estatua de Zeus, que se encontraba en el interior.

La maravilla del mundo en el templo de Zeus

La monumental escultura, obra de Fidias, era una de las siete maravillas del mundo: majestuoso, Zeus llevaba su cetro en la izquierda y, en la derecha, extendida, una pequeña imagen de la diosa Nike. La representación divina medía doce metros, y su corazón de madera estaba recubierto de oro, plata y marfil. Pausanias se quedó maravillado: «Aunque sé que las medidas del Zeus de Olimpia están apuntadas en cuanto a altura y ancho, no quiero alabar a quienes las han tomado, pues los resultados distan mucho de la impresión que la imagen de culto produce en quien la contempla, teniendo en cuenta, además, que se dice que el mismo dios fue testigo del arte de Fidias. Pues cuando hubo acabado la estatua, Fidias oró al dios, y le rogó le diese una señal de si quería que añadiera algo más, y en ese instante hizo que un rayo cayera en el suelo allí donde en mis tiempos se encontraba el jarrón de bronce para el agua» (V, 11, 9).

La imponente estatua de Zeus de Fidias se quedó en el templo de Olimpia hasta el año 393 a. de C.; después fue llevada a Constantinopla, donde un incendio la destruyó.

No sabemos cómo funcionaban exactamente las profecías de Olimpia, pues a medida que aumentaba el número de deportistas que acudían al santuario, iba perdiendo importancia el oráculo. A menudo, diez meses antes de iniciarse los juegos, los atletas, que luchaban desnudos, ya empezaban a entrenarse en el gimnasio, y los luchadores, en la Palestra. En el *leonidaion* se hospedaban los invitados ilustres, y en el *buleuterion* se reunía el comité olímpico. En el enorme estadio cabían hasta 40 000 espectadores, y junto a la entrada del recinto olímpico destacaba un pretencioso edificio, sede de la administración.

El altar de Zeus en el que desempeñaban su cargo los sacerdotes se levantaba entre el templo dedicado al mismo dios y otro templo de mayor antigüedad aún, el *de Hera*. Este templo data del siglo VII a. de C. y es, por ende, uno de los más antiguos de toda Grecia. Pausanias afirma que durante la restauración del edificio se encontró entre el tejado y el techo falso el cadáver momificado de un soldado eleo herido, que en la guerra eleo-espartana (402-400 a. de C.) había luchado desde lo alto del templo, donde murió víctima de las heridas recibidas.

Hasta el año 1723, Olimpia fue dada por desaparecida. Finalmente, un monje francés descubrió el santuario tradicional, y los arqueólogos franceses empezaron las excavaciones en 1829. Pero con la primera pala de tierra que levantó el historiador y arqueólogo Ernst Curtius, el día 4 de octubre de 1875, se produjo el auténtico renacimiento de Olimpia. En seis años, Curtius se gastó 600 000 marcos. Su labor, proseguida en este siglo por los profesores alemanes Wilhelm Dörpfeld y Emil Kunze, sigue siendo ejemplar para toda persona que se dedique a las excavaciones arqueológicas.

Las excavaciones del santuario de Olimpia ya han finalizado, aunque en algunas partes tuvieran que desmontarse capas de cinco metros de arena y escombros. A pesar de ello, el oráculo de Olimpia no llegó a revelar ningún secreto.

Los rastros de los profetas del monte Ptoion

A los santuarios oraculares de la antigüedad les debía de pasar lo mismo que a los médicos, psiquiatras y abogados de hoy en día: cuanto más conocida era la clientela, tanta mayor fama iba adquiriendo el lugar. Feliz podía sentirse el oráculo al que acudía un político o un general, pues un nombre ilustre era el mejor de todos los reclamos publicitarios.

Pero no todos los oráculos de Grecia tuvieron la suerte de poder vaticinar el futuro a personas como Creso, Temístocles o Alejandro Magno. Durante siglos, algunos oráculos sólo fueron frecuentados por campesinos y artesanos, sin que ningún historiador los considerara dignos de mención. Por consiguiente, estos lugares proféticos cayeron en el olvido, y los arqueólogos, al ver que estos santuarios no tenían mucho peso histórico, tampoco se interesaron demasiado por ellos. El oráculo del monte Ptoion, al norte de la actualmente desecada laguna Copáis, en Beocia, es uno de

estos oráculos.

Trípode de piedra del siglo VII a. de C. de Ptoion, el antiguo santuario de Apolo sobre Copáis.



Trípode de piedra del siglo VII a. de C. de Ptoion, el antiguo santuario de Apolo sobre Copáis.

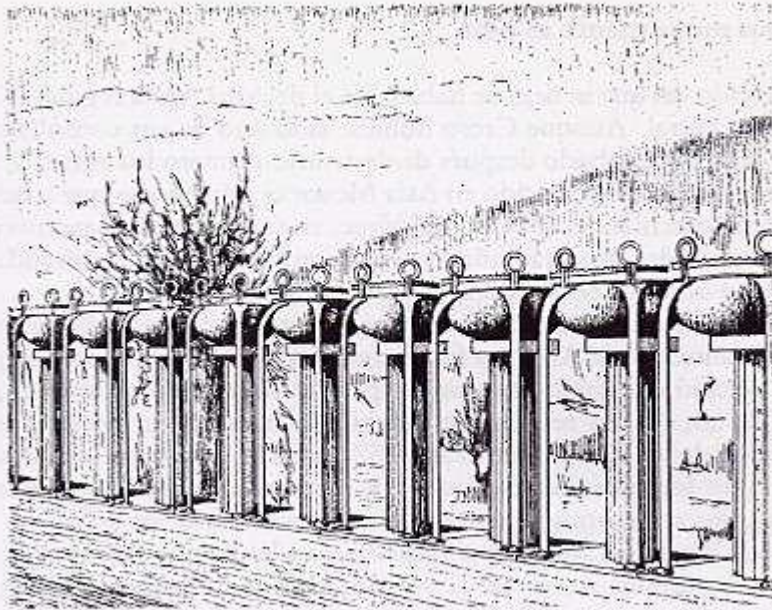
El oráculo de Ptoion en la terraza inferior del santuario de Apolo.

De hecho, existían dos santuarios oraculares en el monte Ptoion. La tradición histórica es muy parca al respecto. Estrabón, Pausanias y Plutarco sólo lo mencionan en unos pasajes muy breves, y Heródoto le dedica un breve capítulo. Lo que el historiador de Halicarnaso encontró notable del oráculo beocio es que profetizaba «en una lengua bárbara». Ello ocurrió cuando Mis, un enviado del general persa Mardonio, llegó al monte Ptoion. Preocupado por el futuro de su señor, había acudido a todos los oráculos, y sólo le quedaba por escuchar la opinión de Apolo Ptoios. Por tanto, contrató a tres tebanos que habían de cumplir con las formalidades y apuntar para él, que no era griego, la respuesta del sacerdote oracular. Mas para sorpresa de Mis, el sacerdote contestó en cario, el idioma



El oráculo de Ptoion en la terraza inferior del santuario de Apolo.

materno del enviado. Los tebanos, afirma Heródoto, se asombraron de oír la lengua bárbara en lugar de la griega, y no entendieron qué pasaba. Sólo lo llegaron a comprender cuando Mis les arrebató la tablilla para apuntar lo escuchado.



Reconstrucción de la avenida de trípodes del santuario de Ptoion (dibujo de Kostis Iliakis).

Reconstrucción de la avenida de trípodes del santuario de Ptoion (dibujo de Kostis Iliakis)

Heródoto calló la respuesta exacta del oráculo, y es posible que verdaderamente éste careciera de importancia. La descripción que el historiador hace del emplazamiento es mucho más importante: «Este santuario, que recibe el nombre de “el Ptoion”, pertenece a los

tebanos y se halla al norte de la laguna Copáis, en el flanco de una montaña, muy cerca de la ciudad de Acrefia» (VIII, 135).

En 1884, los arqueólogos franceses se sirvieron de esta descripción para localizar el santuario. Pero pronto se toparon con una sorpresa: bajo las órdenes del arqueólogo Holleaux, descubrieron no uno, sino dos santuarios «cerca de la ciudad de Acrefia». Al Oeste, un pequeño templo del héroe Ptoios de finales del siglo IV a. de C., y un kilómetro más al este, junto a la fuente de Perdikovrysis, sobre tres terrazas del flanco de la montaña, un templo dórico dedicado a Apolo Ptoios. Cerca de allí, los arqueólogos también hallaron la bóveda de una gruta con una fuente: el oráculo del monte Ptoion.

No existe testimonio escrito que dé fe de lo que ocurría en esta gruta. Los colonos tebanos y los campesinos que acudían a esta fuente para consultar sus problemas cotidianos no eran considerados dignos de entrar en los anales de la historia. Suponemos que se trataba de un oráculo de inspiración, en el que el sacerdote bebía agua de la fuente para después contestar a las preguntas de los consultantes.

Abas, un monumento al odio

Otro oráculo del que se dejó de hablar fue el de Abas, en la región de Fócida, en Grecia central. Aunque Creso hubiese sido uno de sus consultantes más ilustres, cayó en el olvido después de destruirlo primero los persas y después los tebanos. Heródoto, nacido en Asia Menor el mismo año que Jerjes allanó el santuario oracular de Abas, contaba que, en sus tiempos, el santuario había sido reconstruido, que gran número de tesoros rebosaban de ofrendas y que la actividad oracular también había vuelto a la normalidad.

Seiscientos años después, Pausanias apuntó una versión diferente: cuenta que el santuario de Abas no fue reconstruido después del ataque persa, y que se decidió conservar las ruinas «para el futuro, como monumento al odio» (X, 35, 3). En realidad, eso debió de haber ocurrido después de la

destrucción de los tebanos, en el año 352 a. de C., «hasta que en la guerra de Fócida, a los focenses, derrotados y que como suplicantes se habían refugiado en él, los quemaron juntamente con el santuario los tebanos, que así después de los persas, volvieron a entregarlo a las llamas». Pausanias todavía llegó a ver algunos restos de la construcción. Los arqueólogos quedaron desconcertados ante su observación de que el emperador Adriano había erigido otro templo en el santuario abandonado, pues no estuvieron seguros de haber encontrado esos restos.

Lo único que sabemos de Abas es que fue la sede de un conocido oráculo, y es poco probable que, con los pocos restos de que se dispone, pueda indagarse algo más. Los persas y los tebanos han hecho bien su trabajo.

Existieron muchos más santuarios oraculares griegos, pero su fama siempre quedó restringida al ámbito local. Sabemos de su existencia sólo porque Heródoto, Estrabón, Pausanias o Plutarco los mencionan brevemente en algún pasaje. Estos pequeños oráculos se nutrían de la fama de los grandes, pues no todo el mundo podía permitirse un viaje a Delfos o a Dídimo.

XIV

Las sentencias de las Sibilas

Un grande lago del eubeico risco está tajado y reducido a cueva, a la cual se entra por cien anchas calles: a cada calle cierra su alta puerta, por do salen cien voces con ruido, respuesta de la gran febea Sibila. Ya estaban al umbral del sacro templo, cuando la virgen dijo: «Ya, ya es hora de consultar al apolíneo aliento. Veis ya al dios, ya el dios.» Diciendo aquesto ante las puertas de la sacra cueva muda el rostro y color súbitamente, revuelve y descompone los cabellos, hínchele el pecho, el corazón y entrañas la sacra rabia del dios ya investido y empieza un alentar furioso aprisa.

Virgilio, *Eneida*, VI, 42-51

Cierto es que no conozco gente tan ilustrada y docta, o tan bárbara y feroz, que no admita señales de lo futuro y la facultad en algunos de comprenderlas e interpretarlas.

Cicerón, *De la adivinación*, I, 1

Uno de los secretos mejor guardados de Roma se encontraba fuertemente vigilado sobre un pilón de piedra, muy por debajo de los cimientos del templo de Júpiter Capitolino. Eran los libros del destino de las Sibilas, vaticinios redactados en griego que, por decisión del Senado, sólo podían leer quince hombres selectos. La aprobación del Senado, por otra parte, sólo se podía conseguir en circunstancias excepcionales, y éstas sólo se reconocían cuando el país estaba en guerra, cuando reinaba el hambre, cuando se extendían las epidemias, cuando las catástrofes naturales azotaban las tierras o en el momento en que —los dioses sabrán por qué— apareciese un andrógino, un ser humano mujer hasta la cintura y hombre en su parte inferior. Sólo entonces los quince sacerdotes, los *Quindecimviri*, sacaban la secreta recopilación de oráculos para buscar las profecías adecuadas al caso. El que aprovechaba para sí estas profecías era condenado a muerte. ¿Cómo eran estas actas secretas, y por qué se les rendía culto?

En sus propias tierras, los romanos no tenían ningún oráculo importante. Su sed de profecías, propio de todos los pueblos, la apagaban viajando a Dodona, Delfos o incluso a los santuarios de las costas de Asia Menor. Finalmente, asimilaron una de las formas menos importantes de los oráculos griegos, que en la Hélade gozaban de una popularidad menor a causa de la fama mundial de grandes oráculos: se trataba de las sentencias de las Sibilas.

Las Sibilas eran mujeres con dotes proféticas, corrientes aún hoy en día, que a veces caían en un estado de trance para tener, por lo general, malos presentimientos. En Washington, Jeane Dixon, una mujer de negocios, había predicho en 1952 el asesinato en 1963 del presidente americano John F. Kennedy. Éste, en efecto, fue asesinado el 22 de noviembre de 1963. Jeane Dixon también había profetizado el suicidio de Marilyn Monroe, por lo que se puede considerar que Mrs. Dixon es una de las descendientes de estas Sibilas de la antigüedad, que anunciaban sus visiones sin que fueran

consultadas y sin que mediara contacto alguno con un oráculo. Como estas visiones sólo se habían de cumplir al cabo de muchos años, algunos sacerdotes devotos empezaron a recopilar las profecías, de modo que la posteridad tuviera constancia de ellas. Y como llegó a haber hasta diez Sibilas, las profecías iban llenando un volumen tras otro.

Casandra sólo vaticinaba desventuras

La primera de estas profetisas que vaticinaban desventuras vivió en tiempos mitológicos. Se llamaba Casandra, y era troyana, hija de Príamo y de Hécuba. el don de la profecía lo recibió del dios de la adivinación, Apolo, que después de que ella se negara a dormir con él, transformó su obsequio en una maldición: Casandra sólo podría profetizar la desventura, y nadie había de creerla.

Casandra es el primer indicio del origen de las Sibilas. Aparecieron en Asia Menor, donde circulaban profecías de las que eran conocidos los nombres de sus autoras. Éste fue uno de los requisitos para que su recuerdo siguiera vivo en épocas posteriores. Y cada vez que se cumplía una sentencia, aumentaba el prestigio de la Sibila, que por aquel entonces ya solía haber cambiado de residencia. Las Sibilas, en efecto, no se quedaban demasiado tiempo en el mismo lugar. Por ello, y como muchos de sus vaticinios sólo se habían de cumplir al cabo de muchas generaciones, se creó la leyenda de que las profetisas peregrinas, aunque no inmortales, sí eran extraordinariamente longevas, y el poeta Ovidio llegó a afirmar que vivían mil años.

En algunos momentos, las Sibilas estaban casi obligadas a profetizar, y entonces se sentían poseídas por una fuerza divina; empezaban a desvariar, entraban en un estado extático y hablaban. Pero ello sólo ocurría ocasionalmente; nunca se sabía cuándo, y no era posible provocar artificialmente ese estado. Por ello también resultaba imposible fijar una fecha para los oráculos, y mucho menos aún responder a las preguntas planteadas de antemano.

En el Este, la Sibila más popular era la de Eritrea, una ciudad jonia de la costa de Asia Menor, frente a la isla de Quíos. Se llamaba Herófile y, según afirma el sabio cristiano Jerónimo, vivió hacia el año 744 a. de C. En 1891, unos arqueólogos franceses descubrieron en la antigua Éritras los restos de una construcción realizada en una gruta. La inscripción en uno de los postes de la puerta, que data de tiempos del emperador Marco Aurelio, indicaba que aquella había sido la residencia de la Sibila de Éritras. No se sabe cuánto tiempo vivió allí, porque la inscripción habla de diversos peregrinajes de la profetisa. Pausanias (X, 12, 1, 5) nos informa de que gran parte de su vida la pasó en Delfos, Delos, Claro y Samos. Sin embargo, algunos historiadores defienden que la aparición de las sentencias sibilinas en un momento y un lugar determinados no prueba en absoluto que la profetisa estuviera presente.

Algunos autores clásicos mencionan otras profetisas, de las que apenas se sabe algo más que el lugar donde actuaron. Nos consta la existencia de una Sibila en Marpeso, llamado también Marmeso, localidad a la que deben de corresponder las actuales ruinas del noreste de Erenkoy. Pausanias habla de una Sibila de Claro de Colofón, y cerca de Sudas vivía, al parecer, una Sibila de Rodas. Una Sibila frigia llamada Artemisa llegó a Delfos, donde, para enojo de los sacerdotes, hizo la competencia al oráculo de Apolo. Decían que profetizaba en la piedra llamada la roca de la Sibila, que aún se puede ver. Y, finalmente, en la literatura clásica quedan rastros de las profecías de una Sibila tesalia y de otra libia, caldea y tesprotá.

La Sibila de Cumas, una mujer con pasado

Pero la Sibila por excelencia fue la adivina de Cumas, en la Campania romana. Su fama se extendió por todo el Imperio, y su cueva se convirtió en santuario oracular. Cumas, que en griego se llama Cime, se considera la más antigua colonia griega en Italia. Fue fundada a mediados del siglo VIII por colonos de Gime y Calcis, de la isla de Eubea, por lo que los poetas romanos y el anteriormente citado Virgilio también llamaban «eubea» a la Sibila y a su gruta. Entre los colonos griegos parecía

haberse encontrado una adivina que se quedó a vivir en la parte baja de la colina, sobre la que se levantaban la Acrópolis de Cumas y el templo de Apolo. Con el paso del tiempo empezó a desarrollarse aquí una auténtica actividad oracular; es decir, la Sibila no sólo profetizaba por intuición propia, sino que también respondía a las preguntas.

Cuentan que al principio la Sibila de Cumas apuntaba las sentencias en hojas de palmera. Pero es probable que, en este caso, realidad y leyenda se confundieran. Leyenda es también que el emperador romano Tarquinio Prisco comprase tres libros sibilinos al abusivo precio de 300 filipos de oro. Se supone que ello sólo debía servir para demostrar la legalidad de la transferencia a Roma e ilustrar el incalculable valor de estos libros. Sí es cierto que los libros de las Sibilas estaban depositados en el templo de Júpiter Capitolino, y que fueron pasto de las llamas durante el gran incendio del año 83 a. de C. Con ello, el templo de Júpiter se convirtió en el centro profético del Imperio, en la Delfos romana. Según Plauto, estaba extendida la costumbre de dormir en el templo de Júpiter, para así poder recibir las manifestaciones divinas.

En estas salas subterráneas emitía sus sentencias la Sibila de Cumas.

Da la impresión de que aquí, en Roma, en un lugar muy reducido, se intentaba imitar todo el culto oracular griego. Del tratado de Cicerón *De la adivinación* procede el siguiente pasaje: «Tampoco se despreciaba el consejo supremo de los sueños si se creían relacionados con los asuntos públicos. En nuestro mismo tiempo hemos visto a Lucio Julio, cónsul con P. Rutilio, encargado de reconstruir el templo de Juno Tutelar, por decreto que dio el Senado a consecuencia de un sueño de Cecilia, hija de Baleárico» (1, 2).

Cumas y su oráculo fueron un factor importante para la transmisión de la cultura, la escritura y el arte griegos a etruscos y romanos. Sólo en el año 180 a. de C. el latín se impuso como idioma oficial de Cumas. Y a pesar de que Cumas había sido originariamente un oráculo griego, o precisamente por este motivo, el oráculo romano de Preneste no consiguió nunca estar a la altura de la Sibila de Cumas.



En estas salas subterráneas emitía sus sentencias la Sibila de Cumas.

Preneste, el oráculo de los pobres

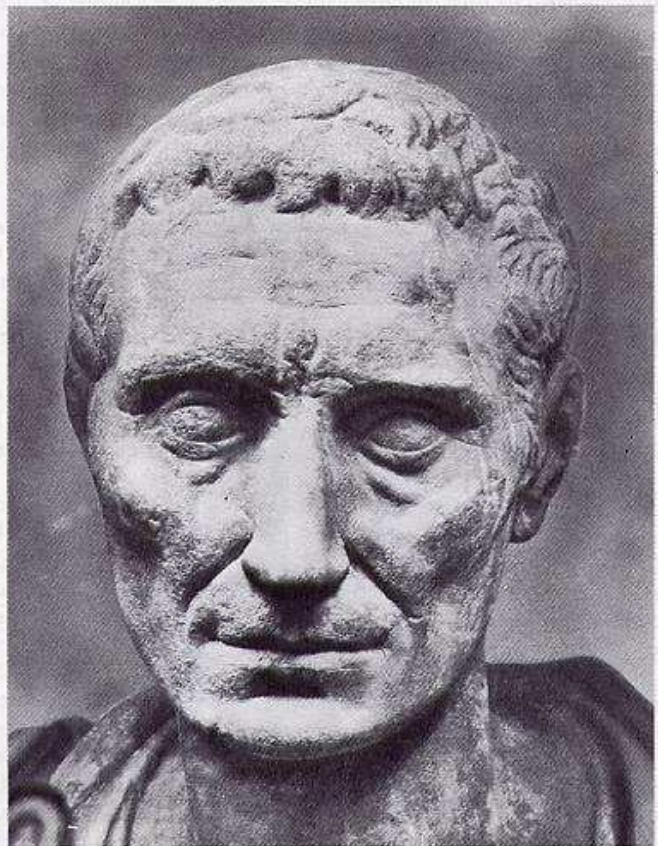
Preneste, la actual Palestrina, era la sede de un santuario de Fortuna, cuyos sacerdotes pronunciaron sus oráculos entre los siglos II y I a. de C. Esta ciudad, antiguo miembro de la federación latina, pasó a aliarse con Roma para independizarse en el año 381 a. de C. y ser sometida de nuevo hacia el año 338. En ella, se hablaba —a diferencia de Cumas— el latín desde el siglo vi a. de C. Pero el oráculo fue poco popular entre los romanos, y a él acudían principalmente esclavos y personas de condición humilde. Cicerón observó que las profecías que se emitían allí eran despreciadas incluso por la gente más pobre, pues Preneste era un oráculo de suertes: se extraían al azar unos billetes que servían para elaborar los oráculos. «¿Qué magistrado ni qué varón ilustre recurre a ellos?», pregunta Cicerón, para afirmar seguidamente que «en los demás parajes las suertes han perdido toda la fama» (II, 41).

«¿Qué es, pues, la suerte? —se burla Cicerón—. Algo como el juego de la morra, los tejos o los dados, en los que todo se hace por la casualidad y nada por razón y consejo. Su invención se debe enteramente a la codicia, la impostura, la superstición y el error» (II, 41). Según Cicerón, este oráculo de suertes fue fundado por un hombre respetado, de nombre Numerio Sufucio, que después de haber tenido un sueño partió una piedra, en la que encontró billetes de madera de roble en los que podía distinguir los caracteres de una lengua antigua. «Aquel paraje, rodeado hoy por barrera sagrada, está cercano al templo de Júpiter Niño, sentado con Juno sobre las rodillas de la Fortuna, amamantado por ella y con tanta piedad reverenciado por las madres de familia. Al mismo tiempo, y en el mismo sitio, donde se encuentra el templo de la fortuna, brotó miel, según dicen, de un olivo: consultados los arúspices, contestaron que algún día llegarían a ser célebres aquellas suertes, y por su mandato se hizo de aquel olivo un arca en la que encerraron las suertes que todavía hoy se sacan cuando lo aconseja la Fortuna» (II, 42).

Fortuna era la diosa del destino y de la ventura, pero también del azar. Claro que los resultados del oráculo de billetes de Preneste, en el que no era un sacerdote, sino un niño el encargado de sacarlos, eran totalmente fortuitos. Esta circunstancia hizo dudar a los romanos, de carácter tan realista, acerca del valor del procedimiento. Finalmente, Preneste se fue transformando en meta de peregrinaje de mujeres estériles y en balneario para aristócratas acaudalados.

Un dictador con adivino particular:
Cayo Julio César.

No lejos de Preneste, en la ciudad portuaria de Ancio, Fortuna tenía otro santuario en el que también se pronunciaban oráculos. Pero este oráculo tampoco llegó a adquirir relevancia internacional. Resulta interesante únicamente el procedimiento que se seguía para



Un dictador con adivino particular: Cayo Julio César.

elaborar las profecías: al igual que los antiguos egipcios, los sacerdotes llevaban la imagen divina a través de la multitud que se reunía durante las procesiones, para interpretar el futuro a partir de los gestos de la imagen.

Ancio y Preneste jamás fueron aceptados del todo por los romanos. Aún en el siglo III a. de C., el senado de Roma había prohibido consultar al oráculo de Preneste, pero más tarde se toleró que acudieran a él personas de condición humilde. Actualmente, las ruinas del santuario de Fortuna y sus terrazas, escaleras y salas constituyen uno de los testimonios más bellos de los inicios de la arquitectura romana.

La influencia de los libros de las Sibilas

Cuando había que tomar una decisión importante, ni Preneste ni Ancio ni Cumas tenían peso suficiente como para influir en el estado de ánimo o la opinión del pueblo. De ello se habían de ocupar los libros de las Sibilas, que, relacionados por sus custodios con la voluntad divina, influyeron en las costumbres, la forma y la helenización de la religión romana, convirtiéndose, de este modo, en una institución moral similar a Delfos. En los principios de la era romana, una comisión de dos personas se encargaba de preservar el contenido de estos libros, pero en el año 369 a. de C., el número de integrantes de esta comisión se elevó a diez: cinco por parte de los patricios y otros cinco por parte de la plebe, el pueblo llano. Desde el siglo 1 a. de C., el gremio constaba de quince miembros.

Es dudoso que con ello aumentara o disminuyera la posibilidad de añadir nuevos vaticinios a los antiguos. Pero después del incendio del Capitolio, la situación debió de hacerse crítica, pues los libros quedaron destruidos. Según narra Tácito, en Samos, Troya, Eritrea, Libia, Sicilia y África, los romanos se agenciaron copias de los libros sibilinos, que, después de haber sido estudiados por la comisión de los quince, en el año 12 a. de C., fueron depositados en el templo de Apolo Palatino. Tácito se queja de que en aquella ocasión nadie se diera cuenta que se había introducido otro libro de profecías en el nuevo archivo: «Quintiliano, tribuno del pueblo, dio después cuenta al Senado de un libro de la Sibila, que Caninio Galo, uno de los quince varones, pedía se admitiese entre los demás de aquella profetisa, y que sobre éste se interpusiese decreto del Senado. Y habiéndose decidido tras el correspondiente debate, escribió César reprendiendo algún tanto al tribunal que, como mozo, supiese poco de las costumbres antiguas, dando en rostro a Galo con que, envejecido en la ciencia y en las ceremonias, antes de tener el voto del colegio, sin leer, como se acostumbra, los versos, no examinados aún por el magistrado y de incierto autor, hubiese tratado de ella en el Senado, y éste no en pleno» (*Anales*, VI, 12).

A pesar de la renovación del culto a las Sibilas, impulsado por el emperador Augusto, esta forma de interpretar el futuro iba perdiendo cada vez más importancia. El principal motivo de que ello ocurriera era una nueva forma de anunciar el futuro, que actualmente nos parece terrible pero que había arraigado en la civilización romana para convertirse en el rículo característico del Imperio.

XV

De haber hecho caso César a su intérprete oracular...

Pues el rey de Babel se encuentra en el cruce de caminos, el punto de partida de ambas direcciones, para consultar el oráculo...

Ezequiel, 21, 26

¿Puede explicar un arúspice por qué una incisión en el pulmón, hasta cuando las entrañas son favorables, significa prorroga y aplazamiento? ¿Puede decir un augur por qué volando el cuervo a la derecha y la corneja a la izquierda ratifican lo que se intenta hacer? Y el astrólogo, ¿por qué la conjunción de Júpiter y Venus con la Luna es favorable al niño que nace, y contraria la de Saturno y Marte? ¿Por qué nos advierten siempre los dioses cuando dormimos, y no lo hacen cuando estamos despiertos?

Cicerón, *De la adivinación*, I, 39

El atentado se perpetró el día 15 de marzo. Unos pocos hombres de aspecto siniestro asaltaron el Senado de la capital, reunido en esos instantes. Apartaron violentamente a los ancianos y venerables representantes del pueblo, y rodearon el asiento del dictador. Uno se llevó la mano al cuello y la volvió a bajar: era la señal convenida. Las dagas aparecieron brillantes en las manos de los conspiradores: la primera arremetió contra el cuello de su víctima, después la segunda y también la tercera. Sólo fueron unos segundos, y el dictador, en el intento desesperado de defenderse, cayó al suelo, gravemente herido por veintitrés puñaladas. Pero aún estaba con vida. El jefe de los sublevados dio un paso al frente. «¿Tú también, hijo mío?», balbuceó el moribundo. En seguida, los atacantes hundieron la espada en el vientre de su indefensa víctima, y el dictador expiró.

Su nombre: Cayo Julio César.

Edad: 56 años.

Profesión: dictador vitalicio de Roma.

Año de su muerte: 44 a. de C.

Autores del atentado: 60 conjurados encabezados por los republicanos Bruto y Casio.

Un hombre que no se contaba precisamente entre los amigos de César, y que era bastante escéptico ante las profecías de los oráculos, contaría más tarde que César pudo haber conservado la vida de haber hecho caso a su intérprete oracular. Pues Cayo Julio disponía, como todos los Césares

posteriores, de un arúspice particular que le vaticinaba el futuro.

Las advertencias del intérprete de vísceras

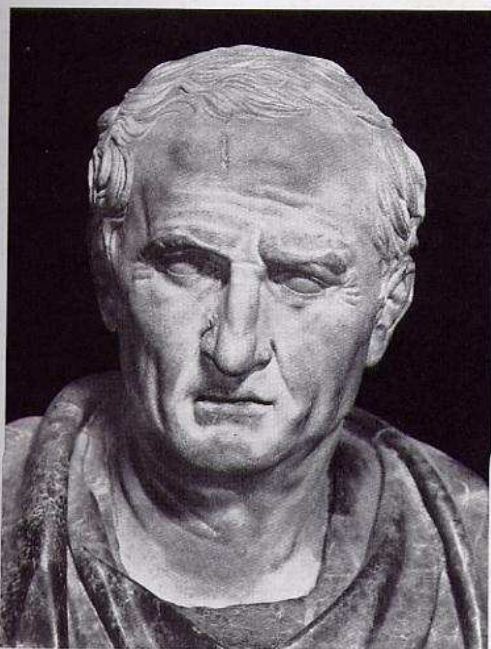
Pocos días antes de estos funestos idus de marzo, César había sacrificado un gran buey. Al seccionarlo, el intérprete de las vísceras no pudo encontrar el corazón del animal. El arúspice Spurinna advirtió a César que aquello no podía significar nada bueno, y que había motivos para temer que él, César, perdiera la fuerza y el juicio, puesto que una y otro proceden del corazón. Cuando se descubrió que el hígado del animal tampoco tenía apéndice piramidal (*processus pyramidalis*), el final parecía inevitable; pero César, seguro de sí mismo y poco cuidadoso de su persona, no se alteró. A pesar del tenso ambiente reinante, acudió a la curia, donde sus asesinos se abalanzaron sobre él.

Cicerón, de carácter tan escéptico, parece haber quedado impresionado por la profecía del arúspice Spurinna, pues de lo contrario no habría tratado los acontecimientos tan extensa y positivamente en su obra *De la adivinación*.

Los auspicios, que practicaban los arúspices, constituían una práctica originariamente desconocida para los latinos, y consistían en el estudio de las vísceras. Esta disciplina oracular la habían aprendido de los etruscos, que, a su vez, la conocieron en Grecia o Babilonia. Hasta la época imperial, eran exclusivamente etruscos quienes ocupaban el cargo de intérprete del futuro. Muchos de ellos desempeñaban el cargo de por vida y tenían derecho a pensión. Desde la segunda guerra púnica (218-201 a. de C.) su prestigio no dejó de aumentar, en detrimento de los oráculos de las Sibilas. Ya en el siglo II a. de C., los romanos preferían consultar los asuntos importantes con los arúspices y no en los libros sibilinos. Y de los augures, a los que Rómulo, el primer rey de Roma, debía su cargo, apenas se hablaba ya, aunque siguieran activos hasta el final de la República.

Estos augures eran los intérpretes de las manifestaciones divinas. Es decir, no vaticinaban el futuro, sino que se servían de los fenómenos naturales, que interpretaban para manifestar si los dioses aprobaban las acciones previstas. El historiador romano Livio, amigo y contemporáneo del emperador Augusto, describió en *Los orígenes de Roma* un augurio relacionado con la coronación del segundo rey legendario de Roma, Numa Pompilio: «Entonces, llevado a la ciudadela por un augur, que después tuvo esta función pública por honor y el ministerio sacerdotal perpetuo, se sentó en una roca mirando al Mediodía. El augur se sentó a su izquierda con la cabeza tapada teniendo en

la mano derecha un bastón curvo sin nudos, llamado *lituus*. Luego, cuando, tras abarcar con la vista el campo y la ciudad, rogando a los dioses trazó una línea divisoria desde Oriente a Poniente, dijo que la zona de la derecha estaba al Mediodía y la zona de la izquierda al Septentrión; enfrente fijó mentalmente un punto de referencia tan lejos como alcanzaban sus ojos; por fin, después de pasar el *lituus* a la mano izquierda, puesta la derecha sobre la cabeza de Numa, suplicó así: “Padre Júpiter, si es voluntad divina que sea rey de Roma Numa Pompilio aquí presente, cuya cabeza sujeto, muéstranos claramente señales precisas en los límites que he señalado”. En ese momento relató enteramente los auspicios que quería obtener» (I, 18).



Cicerón, el crítico del oráculo de billetes.

Cicerón, el crítico del oráculo de billetes.

Por desgracia, nada dice Livio de la señal que dio el padre de los dioses. Sólo afirma que estas señales aparecieron y que Numa fue confirmado como rey de Roma. Es posible que Livio supiera de qué señales se trataba, pero, naturalmente, en una obra popular como *Los orígenes de Roma* no se podían describir. La interpretación de estas señales se basaba en un método sumamente complicado que los augures iban transmitiendo de generación en generación. Desde que en Roma empezó a ser obligatorio consultar a los augures a la hora de tomar una importante decisión de Estado, los intérpretes oraculares crearon un archivo secreto en el que constaban todos los informes y dictámenes y el resultado que habían tenido. Ello se hacía principalmente en previsión de las campañas militares y de las guerras, que sólo se podían iniciar después de estudiar los auspicios.

Los libros de rayos de los arúspices

Los arúspices, que sucedieron a los augures, adaptaron gran parte de la clasificación que éstos habían hecho de los presagios favorables o desfavorables, según los puntos cardinales, pues su actividad no se limitaba al estudio de las vísceras. Para sus pronósticos disponían de los llamados libros de rayos, tratados sobre el estudio, interpretación, conciliación y evocación de los rayos.

Para elaborar el oráculo de rayos, los arúspices dividían el firmamento en 16 partes. Dibujaban un rectángulo en el suelo, y lo dividían cuatro veces en cuatro partes, para después proceder a determinar el lugar del que surgían los rayos. Nueve divinidades se ocupaban cada una de un sector, mientras los restantes eran dominio de Júpiter, que, sin embargo, podía enviar rayos desde donde quería.

La aparición de rayos en el Este presagiaba dicha y felicidad, pero si aparecían en el Oeste, el augurio era desfavorable. Cuanto más se acercaba la procedencia de un rayo al Norte, residencia de los dioses, tanta más importancia tenía. Sólo del Noroeste no había de proceder la llama de fuego, pues ello anunciaba grandes desgracias. Cuando caía un rayo, éste podía ser de una de estas tres clases: la de los rayos rápidos y penetrantes, que destrozaban el interior de una casa sin dañar la parte exterior; la de los rayos destructores, que, acompañados de un ruidoso trueno, lo destruían todo; y la clase de los rayos incendiarios. Cada uno de ellos tenía una interpretación diferente. Pero eso no era todo: un rayo caído en un santuario se interpretaba en función del dios protector del lugar; el que un rayo cayera en el templo de Juno constituía una señal para el sexo femenino, pero si se precipitaba sobre el templo de Júpiter, afectaba al sexo masculino. Si destrozaba un muro, concernía a los enemigos, pues un muro dañado anunciaba la llegada de guerreros hostiles.

En el año 65 a. de C., una fuerte tormenta azotó la capital del Tíber, cuyo centro quedó destruido por efecto de la gran cantidad de rayos caídos. Al ver que la loba de bronce del Capitolio había sido dañada por uno de los rayos, los arúspices profetizaron que la ciudad y todo el Imperio estaban en peligro; y como también se había fundido una de las tablas de las leyes, vaticinaron que la ley y el orden de Roma sucumbirían igualmente. En ambos casos tuvieron razón.

Los arúspices también eran los encargados de eliminar las marcas dejadas por un rayo. Para ello había que purificar el lugar donde éste había caído y enterrar todo cuanto hubiese quedado dañado. Concluidas las operaciones, cercaban el lugar y colocaban un letrero que lo dedicaba a Júpiter.

El hígado, reflejo del cosmos

A diferencia de otras formas de adivinación, el estudio de las entrañas no dependía de las condiciones climáticas, y aunque fuera una forma de vaticinar poco agradable, gozaba de gran popularidad entre los rudos romanos. En su mayoría, los animales que se sacrificaban con este fin eran ovejas y terneras, los sacrificios preferidos. Lo que más interesaba a los arúspices era el hígado del animal. ¿Por qué justamente el hígado?



En 1877, un grupo de arqueólogos encontró en Piacenza este hígado de bronce, un modelo para la enseñanza en una escuela de profetas etrusca.

En Babilonia se consideraba que el alma residía en el hígado. Los etruscos afirmaban que ese órgano reflejaba fielmente el cosmos, es decir, que era un universo en miniatura. En 1877 se descubrió en Piacenza un hígado de bronce que, además de cuarenta nombres de divinidades, indicaba también los grados de

los dieciséis puntos cardinales; al parecer, se trataba de un modelo para la enseñanza en la escuela de profetas etruscos. Otro modelo similar, labrado en alabastro, fue descubierto en Volterra. En el Museo Británico de Londres se guarda un hígado de terracota babilonio. Los etruscos, y más tarde los romanos, creyeron que los dioses se comunicaban con los humanos mediante determinadas marcas dejadas en este órgano.

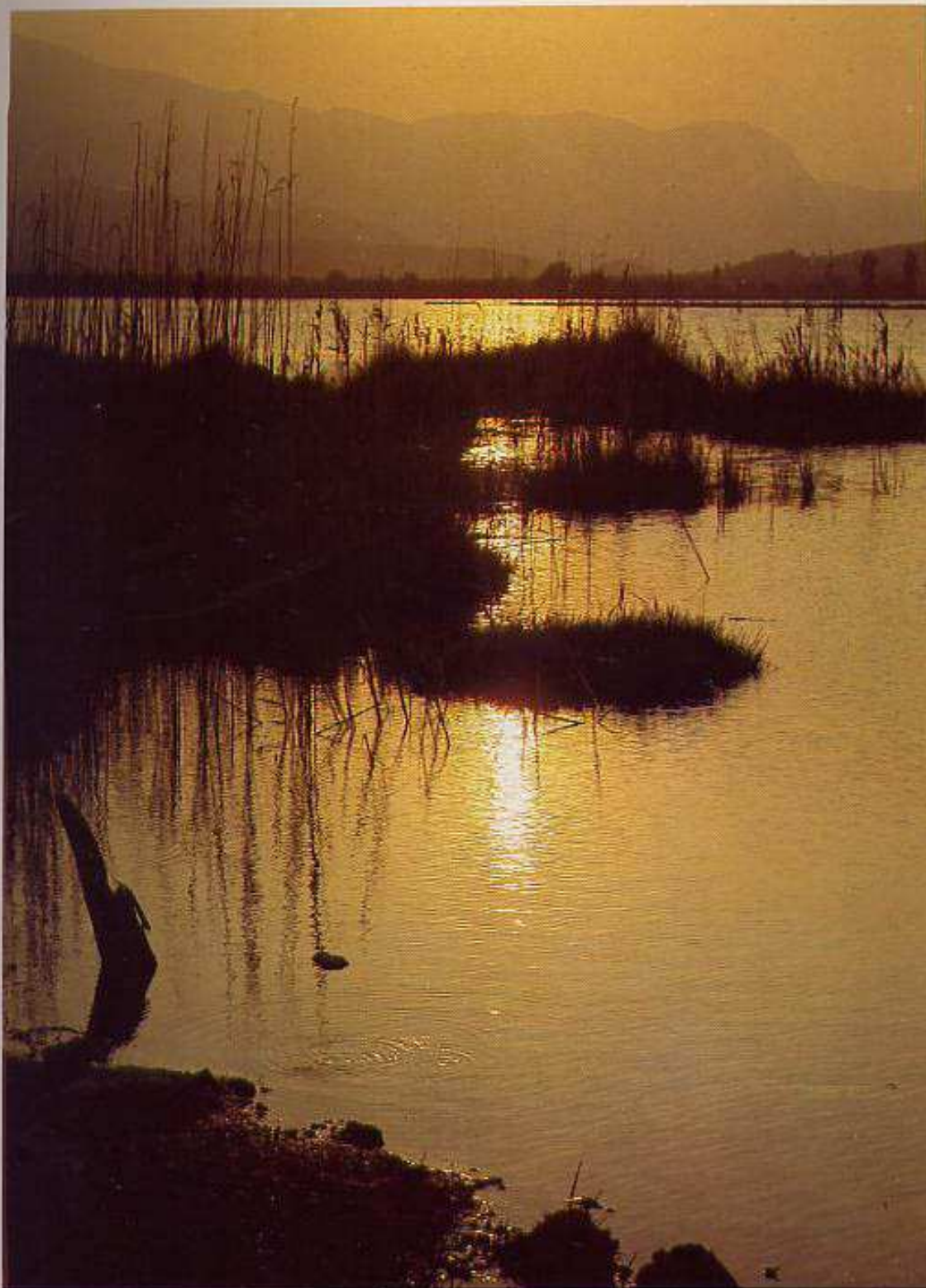
De los libros secretos de quienes estudiaban las entrañas se desprende que un hígado pequeño y atrofiado simbolizaba un mal presagio. Desde el punto de vista anatómico, ello resulta comprensible. Pero el antiguo estudio del hígado lo dividía en tres partes iguales: la *caput iocineris*, que constituía la parte superior del apéndice piramidal; la *pars familiaris*; y la *pars hostilis sive*

La investigación se centraba casi exclusivamente en el apéndice piramidal, pues éste adopta formas muy diversas. Si era extremadamente grande significaba suerte, si presentaba una hendidura indicaba que se iniciarían importantes cambios, y si tenía un aspecto estriado presagiaba victoria. En las partes del hígado que hablaban de la propia familia o de los enemigos se interpretaban indicios favorables o desfavorables. La característica más sobresaliente eran las estrías, frecuentes sobre todo en el hígado de la oveja.

Estas estrías adquirían significado por su número, a partir del cual se elaboraban pronósticos favorables o desfavorables. Al igual que en el caso de los augures, aquí también se seguía la norma de derecha = «favorable» e izquierda = «desfavorable»: aún hoy, esta clasificación tiene muchos adeptos, y un día que nada nos sale bien, solemos decir que nos hemos levantado con el pie izquierdo.

Originariamente, los adivinos sólo estudiaban el hígado, pero posteriormente incluyeron la vesícula biliar, y según Plinio, a partir del año 274 a. de C., el corazón también era objeto de interpretaciones del futuro. Cicerón es el primero en mencionar los pulmones en relación con el estudio de las entrañas.

Al igual que los sacerdotes oraculares de los griegos, los arúspices de los romanos tenían una influencia política nada despreciable. Los aristócratas de Roma eran los que mantenían las mejores relaciones con los intérpretes de las vísceras, cuyas respuestas reflejaban a menudo la aversión que sentían hacia la monarquía y la democracia. En el año 121 a. de C., por ejemplo, intentaron evitar que Cayo Graco fundara una colonia en Cartago; en el año 99 a. de C. se opusieron a la reforma agraria del tribuno del pueblo Tito; y en el año 84 a. de C., a los comicios supervisados por Cinna. En el año 87 a. de C. advirtieron a Octavio contra Mario, apoyaron a Cicerón, que luchaba contra Catilina, pero con igual fervor se opusieron a las dictaduras de Sila, César y Augusto.



El estrecho entre la península junto a Trecene y la isla de Poros.

El estrecho entre la península junto a Trecene y la isla de Poros.



Temístocles sobornó el oráculo.



Asiento de honor en el Anfiarao, el oráculo en Oropo.



La sala en Oropo en la que los consultantes soñaban su futuro.



Olimpia: vista desde el altar de Zeus sobre el lado Sur del templo de Zeus.



El templo de Hera en Olimpia, la construcción más antigua del lugar.



En Ancio, el oráculo menos significativo de Roma, se halló una de las más bellas imágenes divinas de la antigüedad.



Palestrina: santuario de la *Fortuna Primigenia*. Muros de contención y arcadas de columnas en la *Terrazza delle Esedre*, hacia el año 80 a. de C.

Este último mantenía una relación muy particular con los arúspices. Augusto era un hombre muy supersticioso y casi siempre llevaba consigo la piel de un becerro marino para protegerse de la posible caída de un rayo. Solía nombrar personalmente a los arúspices, pero también promulgó la primera ley contra los intérpretes de vísceras, prohibiéndoles contestar a las preguntas sobre la muerte. Por otro lado, no dudó en construir, a instancias de estos mismos adivinos, el templo Palatino, la Meca de la profecía romana, donde se guardaban los tratados de la *Disciplina etrusca* y los libros sibilinos.



Un arúspice al estudiar un hígado. De éste cuelga la vesícula biliar. El mismo tamaño del hígado era un presagio. La palabra etrusca de la medalla, «natis», significa adivino de hígados.

Un arúspice al estudiar un hígado. De éste cuelga la vesícula biliar. El mismo tamaño del hígado era un presagio. La palabra etrusca de la medalla, «natis», significa adivino de hígados.

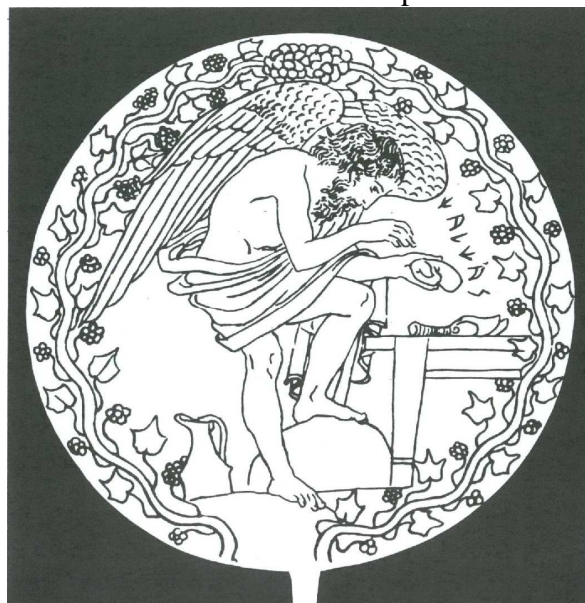
Palestrina: santuario de la *Fortuna Primigenia*. Muros de contención y arcadas de columnas en la *Terrazza delle Esedre*, hacia el año 80 a. de C.

Si bien en principio la formación de los arúspices estaba reservada a la nobleza, que pasaba sus conocimientos de generación en generación, a medida que se hizo popular, este oficio se convirtió en una profesión de moda. Sila y César, que disponían de sus propios arúspices, eran considerados los modelos dignos de imitación de un orgullo de casta que no dudaba en exhibirse públicamente. Las colonias y los municipios mantenían sus propios intérpretes oraculares, al

igual que los generales y gobernadores. Finalmente, los arúspices tuvieron que competir con los intérpretes particulares de presagios, que convirtieron su arte en negocio. Alejandro Severo, conocedor él mismo de esta disciplina, fomentó la tendencia al crear en Roma una cátedra de esas disciplinas, pagada por el Estado, en igualdad de condiciones con las demás ciencias prácticas.

Un adivino mítico con alas y barba estudia un hígado de oveja, habiendo adoptado la postura prescrita para los adivinos etruscos: el hígado en la mano izquierda, el brazo de este lado sobre la rodilla izquierda y el pie apoyado en una roca. Imagen del reverso de un espejo de bronce del siglo V a. de C.

Los intérpretes profesionales acabaron con el prestigio que este oficio tuvo en otro tiempo. En el siglo I d. de C., el emperador Claudio fue el último en romper una lanza por los arúspices, «para que por negligencia no se olvidase el uso de la más antigua disciplina de Italia; pues muchas veces, durante las adversidades de la República, habían sido llamados, por cuyo medio, restaurándose una vez las ceremonias, se habían observado después mejor. Y que los etruscos más principales, con este





El emperador Claudio fue el último en romper una lanza a favor de los arúspices.

ejemplo, de su mera voluntad o persuasión del Senado romano, habían aprendido la ciencia, propagándola después en sus sucesores; cosa que parecía ya tomarse con gran tibieza por el descuido que la República tiene en conservar las buenas ciencias y por el gusto de dejar prevalecer las supersticiones extranjeras. Que a la verdad iban todas las cosas por el presente con prosperidad; mas que era necesario dar gracias por ello a la benignidad de los dioses, y procurar que los ritos sagrados a que se atendía durante los tiempos dudosos, no se pusiesen en olvido en la prosperidad. Dio esto ocasión a que se hiciese un decreto del Senado, en que se ordenó que los pontífices vieses de lo que allí adelante se había de observar en lo tocante a los arúspices» (Tácito, *Anales*, XI, 15).

El emperador Claudio fue el último en romper una lanza a favor de los arúspices.

El último arúspice llegó con la aprobación del Papa

Ni con leyes ni con prohibiciones expresas se consiguió en tiempos de los emperadores eliminar a los arúspices. La última intervención de un intérprete de presagios de la que tenemos noticia se produjo el año 408 d. de C., con la aprobación implícita del Papa Inocencio I, cuando los arúspices etruscos prometieron al pontífice proteger a Roma del sitio de Alarico, mediante la conjura de los rayos.

Pero volvamos a la introducción de nuestro estudio sobre los oráculos romanos: la muerte violenta de César fue acompañada de una serie de fenómenos mágicos. Plutarco cuenta que, después de su muerte, un corneta surcó los cielos durante siete días, y a lo largo de todo un año el sol salió «pálido y sin brillo», no recobrando nunca su calor natural, de forma que la fruta caía de los árboles antes de madurar.

Los dos asesinos de César se suicidaron. De camino a Filipos, donde se produjo la decisiva batalla entre los republicanos Bruto y Casio y Octaviano y Antonio, Bruto tuvo alucinaciones: por la noche, en su tienda, veía la terrorífica imagen de un hombre. La aparición se había postrado, silenciosa junto a su lecho y no decía ni palabra.

«¿Quién eres?», preguntó Bruto, atemorizado.

«Soy tu mal espíritu, Bruto — contestó la aparición, y añadió tras una breve pausa—: En Filipos nos volveremos a ver.»

«Bien, estoy preparado», balbuceó Bruto, y la aparición se desvaneció (Plutarco, *César*, 69).

Bruto y Casio fueron derrotados en Filipos. El primero se arrojó sobre su espada, que le atravesó, y Casio se hundió en su pecho la misma daga que había servido para dar muerte a César.

XVI

El fin de los profetas

Si existen los dioses y no dan a conocer a los hombres las cosas futuras, o no aman a los hombres, o ignoran lo futuro... No puede decirse que no nos aman, porque los dioses son benéficos y amigos del género humano...

Filosofía de los estoicos Crisipo,
Diógenes y Antípatro

Pues ¿acaso existe acto más poco cristiano y más contrario al espíritu de nuestra religión que condenar a una época y a todos los que en ella viven, obligándonos a sentir por ella el más decidido desprecio?

Ernst Curtius,
historiador y arqueólogo

Hemos llegado al final de nuestra expedición, una aventura que sólo hemos podido superar gracias a la ayuda de generaciones de historiadores y arqueólogos. Ya en el siglo XVI de nuestra era, varios científicos describieron más de cien formas diferentes de profecías, y desde entonces las investigaciones han ido desvelando paso a paso los secretos del fenómeno oracular. Una aventura, sí, una aventura que sobrepasa las fronteras de Grecia, del Mediterráneo e incluso de Europa. Pues el intento de predecir el destino no es un fenómeno característico de una época ni constituye el objetivo de un solo pueblo.

Ni siquiera los bárbaros, opina Cicerón, se olvidaron de las predicciones: «Así es que la Galia tiene sus druidas [y en] Persia son los magos augures y adivinos; y de la misma manera que hacíais vosotros en otro tiempo en las nonas, se reúnen en un templo para departir y consultar unos con otros. Nadie puede ser rey de Persia si no estudia la ciencia y doctrina de los magos. Encuéntranse familias y naciones dedicadas enteramente a este estudio» (*De la adivinación*, 1, 41).

Según cuenta Diodoro, el oráculo más cruel se practicaba entre los celtas: «Rocían a un hombre con agua consagrada y le hieren con el cuchillo de los sacrificios cerca del diafragma. Cuando cae al suelo, vaticinan el futuro por la manera en que cae y por el movimiento de sus miembros y la manera en que fluye la sangre».

Los misteriosos rituales de los escitas

Los pasajes que Heródoto dedica a los oráculos de los pueblos bárbaros resultan sumamente interesantes, sobre todo el dedicado a las costumbres proféticas de los escitas. Tenían ciertas similitudes con las profecías de los germanos. Para Heródoto, los escitas son las tribus que vivían

junto al mar Negro, el Don y el Danubio, y que ya mantenían relaciones comerciales con las colonias griegas de las costas del Ponto desde el siglo VII a. de C.

«Entre los escitas —escribe Heródoto— hay numerosos adivinos, que, valiéndose de muchas varas de mimbre, ejercen el arte de la adivinación de la siguiente manera: llevan consigo grandes haces de varas, que depositan en el suelo, y a continuación los desatan. Acto seguido, pronuncian unas fórmulas adivinatorias colocando cada una de las varas al lado de otra; y, al tiempo que pronuncian esas fórmulas, vuelven a amontonar las varas, para ordenarlas nuevamente una por una. Éste es su método de adivinación tradicional. Por su parte, los enareos —los hombres afeminados— pretenden que Afrodita les ha otorgado capacidad adivinatoria. En efecto, ejercen la adivinación mediante una corteza de tilo: dividen la corteza en tres tiras y pronuncian sus vaticinios enrollándolas y desenrollándolas en sus dedos. »

Esta clase de interpretación de los oráculos resultó extraña a Heródoto, y por ello su información es poco instructiva. Al menos hasta ahora, los historiadores no han conseguido descubrir cómo se elaboraba la sentencia oracular al colocar las varas. Lo mismo ocurre con el oráculo de la corteza de tilo partida en tres. A diferencia de lo que es habitual en él, Heródoto no menciona a alguien que pudiese haber confirmado su versión. Es posible que ello ocurriera porque al describir el oráculo de los escitas, Heródoto no se había podido basar ni en sus propias observaciones, ni en información de primera mano, por lo que estaba obligado a hablar sobre lo que había leído u oído en algún sitio. Los historiadores de la antigüedad que han estudiado atentamente los escritos *del* padre de la historiografía, defienden que éste no debió de haber conocido las regiones situadas más allá de la costa oeste del mar Negro, entre Bizancio y Olbia.

Sin embargo, de los informes de Heródoto se desprende que los oráculos eran muy populares entre los escitas y que entre éstos había gran número de adivinos. Heródoto ofrece un ejemplo: si uno de sus tres reyes caía enfermo, se procuraba averiguar si un escita había jurado en falso «por los hogares reales». El «juramento por los hogares reales» era el más solemne que conocían los escitas. El rey hacía llamar a tres adivinos, y éstos solían descubrir a un escita al que podían acusar de jurar en falso y, por ende, de haber causado la enfermedad del rey. Si el delincuente negaba las acusaciones, se llamaba a seis adivinos más. Si éstos llegaban al mismo resultado, se le cortaba la cabeza al escita acusado. Sin embargo, si los seis adivinos nuevos lo absolvían, habían de comparecer doce adivinos más. Si su sentencia también era absolutoria, entonces habían de morir los tres primeros adivinos. Una muerte horrenda, por cierto, si es verdad lo que dice Heródoto:

«Llenan un carro de fajina, uncen unos bueyes a la gamella y, en medio de la fajina, inmovilizan a los adivinos tras haberlos dejado cargados de cadenas, con las manos atadas a la espalda y amordazados. Finalmente prenden fuego a la leña y azuzan los bueyes, espantándolos. Pues bien, muchos bueyes perecen carbonizados a la vez que los adivinos, pero muchos otros logran escapar —aunque chamuscados— cuando la lanza de su carro se ha reducido a cenizas. Y también por otros motivos —cuando son tildados de falsarios— queman a los adivinos del modo que acabo de exponer. Y por cierto que si el rey manda ejecutar a alguien, tampoco deja con vida a sus hijos, sino que hace matar a todos los varones (a sus hijas, sin embargo, rió les causa el menor daño). »

La competencia entre los adivinos escitas debió de resultar extraña a los griegos, pues ellos no conocían situaciones comparables en las que los intérpretes oraculares hubieran de enfrentarse entre sí o votar para que decidiera la mayoría. Y mucho menos aún conocían el castigo por haber hecho afirmaciones falsas. El que no fuera la sentencia de un hombre, sino la de una mayoría, ilustra que los escitas no dominaban a la perfección el arte adivinatorio. Y Heródoto, conocedor de los santuarios oraculares más famosos del mundo, opinaba desdeñosamente que lo único en que los escitas superaban a los otros pueblos era en emprender la retirada y perseguir después al enemigo.

Las cinco funciones de los oráculos

La filóloga clásica Jutta Kirchberg ha dedicado muchas horas de estudio a los oráculos relacionados con la obra de Heródoto, y ello le ha permitido llegar a una conclusión de validez global, es decir,

aplicable también a los oráculos ajenos al mundo griego. Jutta Kirchberg ha analizado cinco funciones:

1. La catártica (purificadora): en caso de enfermedad, tierras, animales y personas estériles, muertes frecuentes, fracasos y otras desventuras, se tiende a creer que hace falta aplacar la ira de alguna divinidad, y por ello se consulta el oráculo, la instancia mediadora. Las respuestas van desde la simple receta del remedio hasta informaciones indirectas sobre la causa aún no descubierta del mal.

2. La función consejera o mediadora del oráculo en situaciones políticas difíciles. Por lo general, se aceptaba el consejo de la divinidad si éste era inequívoco, pues se había consultado el oráculo con la intención de hallar una respuesta al problema.

3. La función de política colonial de los oráculos, un apartado dentro de su acción política. Tanto la confirmación de los planes para emigrar como la incitación a ello y la insistencia en el encargo hecho se repiten varias veces. Heródoto atribuye incluso la publicidad para apoyar la fundación de una colonia a la inspiración divina del oráculo déifico.

4. La función de culto del oráculo, como la auténtica razón de ser de la influencia divina, pues es la propiamente religiosa. A menudo, las descripciones de los oráculos sirven para hablar sobre antiguas costumbres o cultos; en otras ocasiones el oráculo sirve para preservar las costumbres existentes, y en otras, finalmente, se consigue salvar un derecho a punto de perderse. Ocasionalmente, un oráculo de esta clase también podía servir para confirmar otros fenómenos sobrenaturales.

5. La función carismática de algunos oráculos que, sin intentar provocar una reacción inmediata, destacan de manera espontánea a determinados individuos que normalmente habían ido a consultar otra cosa y que, de esta forma, acaban por ver que les está reservado un destino más importante.

Los cristianos pusieron el punto final

El fin de los oráculos llegó con el cristianismo y su pretensión de exclusividad. La religión judía tenía sus propios profetas, anteriores incluso a los profetas de las Sagradas Escrituras, los cuales se limitaron a actuar como intérpretes oraculares. Por aquel entonces nadie pensaba en apuntar los pronósticos. Sin embargo, cuando en el siglo VIII a. de C. los israelitas y judíos fueron utilizados para los intereses de Babilonia, la situación cambió radicalmente.

El doctor Erich Rössler, de Munich, un estudioso del Antiguo Testamento, escribe lo siguiente: «Las sentencias de los profetas de aquella época no sólo se apuntaron y se reunieron posteriormente en “libros” porque en una era de cambio político las profecías sobre acontecimientos futuros llaman la atención más que en otros momentos; su importancia para los contemporáneos y sus descendientes residía principalmente en la interpretación de los acontecimientos políticos. Cuando los profetas interpretaron la derrota militar y la deportación —sobre todo en el año 587 a. de C., después de la segunda conquista de Jerusalén— como castigo de Yavé, erigiendo, con ello, el dios nacional en Señor de todos los pueblos y de la historia, transmitieron la impresión de estar en el centro de los acontecimientos del mundo. Con ello confirieron un sentido al devenir histórico y ayudaron a sus conciudadanos a no dudar de la existencia y del poder de Yavé».

Las sentencias de los tres grandes profetas Isaías, Jeremías y Ezequiel y de los doce «profetas menores» debían ser, a partir de ahora y por voluntad del cristianismo, los únicos oráculos auténticos.

Pero la noción del oráculo estaba profundamente arraigada en amplias capas de la población, como lo demuestran dos pequeños papiros, de tamaño más reducido que la palma de una mano, encontrados en Oxirrinco, a 200 kilómetros al sur de el Cairo. Ambos datan del siglo VI d. de C. y llevan el símbolo de la cruz. Uno de los papiros se dirige a un santo llamado Filoxenos y pregunta si es necesario quedarse en un hospital. El segundo papiro lo podría haber escrito mil años antes cualquier comerciante griego, en Delfos o en Dodona, si no fuera porque se llega a mencionar un nombre.

Literalmente, la respuesta oracular reza así: «Dios, Pantocrátor, Santo, Auténtico, amigo de los hombres y creador del mundo, padre del Señor y salvador Jesucristo: anúnciame la verdad, que tú posees. ¿Viajaré a Chiut? ¿Te encontraré en otro lugar como bienhechor mío? Así sea. Amén».

En la creencia popular romana, el estudio de las entrañas siguió arraigado durante siglos. Escritores cristianos como Tertuliano y San Agustín atacaban vehementemente estos temidos competidores del cristianismo. En el año 319 d. de C., un decreto del emperador Constantino inició la persecución de los arúspices: un intérprete de presagios que pisaba el umbral de la casa de cualquier ciudadano, aunque éste fuera antiguo amigo suyo, había de ser quemado; las personas que le habían invitado, desterradas; y los denunciadores, recompensados. Sin embargo, el atrevido emperador hubo de revisar o, mejor dicho, precisar este edicto: los arúspices podían seguir siendo consultados en los altares y templos públicos.

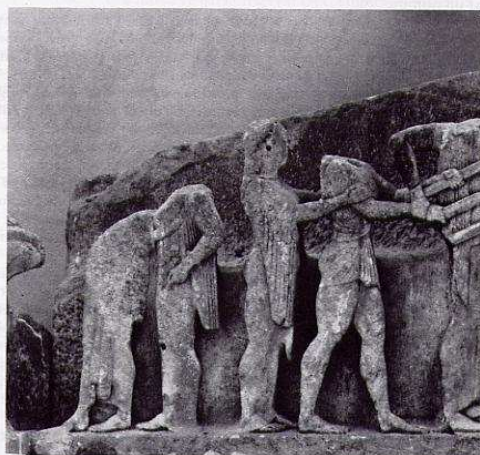
En el año 357, Constantino el Grande prohibió toda actividad oracular o adivinatoria. Quien incumpliera la ley había de ser condenado a muerte. Juliano el Apóstata volvió a levantar la prohibición, pues él mismo tenía arúspices en su corte, pero sus sucesores, partidarios del cristianismo, prohibieron de nuevo cualquier forma de magia extranjera, considerada criminal, incluida la que no implicaba el estudio de las entrañas. Oficialmente, la aplicación del *ordo haruspicum* había quedado prohibida desde tiempos del emperador Teodosio (385 d. de C.), pero aun así no cesó la actividad oracular en Roma. Las últimas prohibiciones datan del siglo VII d. de C.

Pero echemos una última ojeada sobre Grecia: ¿Qué ocurría en Dodona y en Delfos?

Los últimos consultantes de Dodona y Delfos

En una época en que a menos de dos mil kilómetros, en Palestina, nacía un hombre llamado Jesús, el emperador Augusto se encaprichó del tradicional oráculo de Dodona y lo hizo reconstruir. El *buleuterion* recuperó su antiguo esplendor, pero era el teatro que más había salido ganando. En aquella época, bajo Augusto, adquirió esas formas arquitectónicas que actualmente, después del fin de las excavaciones, podemos contemplar en toda su belleza. Pero en lugar de concursos de canto y representaciones teatrales sólo se organizaban cacerías de animales: los toros luchaban contra los jabalíes, y los gladiadores contra los leones. El emperador Adriano también acudió al santuario oracular hacia el año 132 d. de C., y por entonces el negocio de predecir el futuro seguía siendo próspero.

Restos del frontón del tesoro de los de Sifnos: en presencia de Zeus, Apolo y Heracles se disputan el trípode delfico.



Restos del frontón del tesoro de los de Sifnos: en presencia de Zeus, Apolo y Heracles se disputan el trípode delfico.

La ciudad y el recinto sagrado habían sido reconstruidos, y Pausanias afirma que valía la pena ver el oráculo de Zeus y la encina sagrada. Las náyades, los juegos dedicados a Zeus, se celebraron al menos hasta el año 241 d. de C., pues a este acontecimiento se refiere la inscripción de una piedra que los arqueólogos descubrieron hace algunos años en un edificio de la ciudadela de Joannina. Según esta inscripción, en 241 d. de C., un tal Pofio Memios León había sido el organizador de las náyades.

El último consultante conocido que visitó el oráculo de Dodona fue el sobrino de Constantino el Grande, el emperador Juliano, aquel ser cultivado y cristiano (en apariencia) que había redactado el tratado contra *Los perros incultos*. Él mismo, nacido el año 331 d. de C. en Constantinopla, llegó en una de sus campañas militares hasta Colonia y reconquistó la ciudad que estaba en manos de los francos: Era una época de tensiones religiosas y de inseguridad, y por ello no sorprende que Juliano consultara el oráculo antes de tomar una de las decisiones más importantes de su vida. Preguntó si había de marchar contra los persas. Por desgracia, no sabemos exactamente qué respondió el oráculo; pero al parecer, la respuesta fue afirmativa, pues en mayo del año 362 d. de C., Juliano marchó desde Siria hacia el Éufrates, donde fue herido de gravedad. Murió la noche del 26 al 27 de junio de 363, a pesar del vaticinio del oráculo de Dodona.

Aun sin este embarazoso incidente, hacia mediados del siglo iv, el prestigio de Dodona había sufrido una considerable merma. El *buleuterion* estaba medio derruido, y se estaba aprovechando el pórfido de los restos de sus muros; con todo, los consultantes del oráculo parecían no querer darse cuenta de las ruinas que habían de escalar para llegar al santuario. Treinta años después del espectacular y letal oráculo del emperador Juliano, seguían llegando los últimos consultantes. Tras una breve agonía, el santuario de Dodona también sucumbió ante el empuje aniquilador del cristianismo.

Teodosio el Grande, emperador de Bizancio, prohibió los juegos olímpicos, que tachaba de paganos, y es de suponer que el oráculo de Dodona también fue víctima de este decreto del año 393 d. de C. Un ilirio, un hombre del pueblo que tantos emperadores importantes había dado a Roma, taló la centenaria encina de Zeus. El exterminio del símbolo del culto oracular se realizó a conciencia, pues sus destructores extrajeron incluso las gruesas raíces que llegaban hasta el fondo rocoso. Los arqueólogos se quedaron sin habla al descubrirlo.

En la cercana Delfos seguía vaticinando una Pitia, e incluso, como en tiempos antiguos, empleaba el verso. Era como una sublevación contra la irrefrenable decadencia de la religión griega, que los romanos habían despojado de su brillantez y el apóstol, de sus ídolos.

El emperador Juliano, que en toda su vida no consiguió decidirse entre el cristianismo y la tradición pagana, intentó en el año 362 d. de C. reavivar el oráculo de Delfos. El santuario estaba languideciendo, y aparte de una sola Pitia y unos cuantos sacerdotes, estaba abandonado por completo. El enviado de Juliano, el médico y sabio Oribasio, tenía el encargo de preguntar qué se podía hacer por el oráculo. Se dirigió a la Pitia en procura de consejo, y ella vaticinó, por última vez; ella, que había dirigido y determinado la vida de generaciones enteras, emitió en versos bien compuestos su propio epitafio:

«Dile al rey que la casa bellamente construida está derrumbada. Apolo Febo ya no tiene morada, el sagrado laurel está marchito.

Sus fuentes callan para siempre, y ha enmudecido el murmullo del agua.»

El año 398 d. de C., Arcadio, hijo de Teodosio, derribó el templo oracular de Delfos.

Fuentes

Capítulo I: el oráculo de la muerte, junto al Aqueronte

Cita inicial según el profesor Sotiris Dakaris, del artículo «Das Totenorakel am Acheron», en *Tempel und Stätten der Götter Griechenlands*, Colonia, 1970.

Capítulo II: Las voces artificiales de Dodona

La cita de Marie Wiegand es del libro *Halbmond im letzten Vierte!*. Briefe und Reiseberichte aus der alten Türkei von Theodor und Marie Wiegand 1895 bis 1918, editado por Gerhard Wiegand, Munich, 1970. Cita de Scheffer: Thassilo von Scheffer, *Helenische Mysterien und Orakel*, Stuttgart, s.f. Las citas de Herbert W. Parke se encuentran en *Greek Grades*, Londres, s. f, p. 21. En este libro figuran también las citas sobre cuestiones indoeuropeas (p. 22). La cita de Sotiris Dakaris sobre el estudio de Dodona se encuentra en «Das Heiligtum von Dodona», en *Tempel und Stätten der Götter Griechenlands*, Colonia 1970. La cita de Herbert W. Parke sobre el sistema de la consulta oracular se encuentra en *Greek Oracles*, Londres, p. 92. La cita de Sotiris Dakaris sobre la restauración de Dodona en el año 218 a. de C. se encuentra en Sotiris Dakaris, «Das Heiligtum von Dodona», en *Tempel und Stätten der Götter Griechenlands*, Colonia, 1970.

Capítulo III: Los profetas del oasis de Sivah

La descripción de Gerhard Rohlfs según su libro: Gerhard Rohlfs, *Kreuz und quer durch die Sahara*, Leipzig, 1936. Las citas de Steindorff figuran en la publicación de Georg Steindorff «Der Orakeltempel in der Ammonsoase», vol. 69 de la revista *Zeitschrift für Ägyptische Sprache*. La cita de Steindorff sobre el pasadizo secreto al lado de la celda oracular es de la *Zeitschrift für Ägyptische Sprache*, vol. 69. En el mismo número de la revista, «Die Baureste des Burgtempels von Aghurmi», de Herbert Ricke. La cita de Steindorff sobre la decoración de la celda oracular se encuentra en la *Zeitschrift für Religions— und Geistesgeschichte*, Colonia, 1958, «Das Orakel als Mittel der Rechtsfindung im Alten Agypten». el profesor Siegfried Morenz publicó sus estudios sobre el papel del destino en la religión egipcia en «Untersuchungen zur Rolle des Schicksals in der Ägyptischen Religion», en el vol. 52, cuaderno I de *Abhandlungen der Sächsischen Akademie der Wissenschaften zu Leipzig*, Berlín, 1960.

Capítulo IV: el enigma de Dídimo

Las cartas citadas en este capítulo se encuentran en el libro *Halbmond im letzten Viertel*. Briefe und Reiseberichte aus der alten Türkei von Theodor und Marie Wiegand 1895 bis 1918, editado por Gerhard Wiegand, Munich, 1970. Las citas de Tuchelt sobre la riqueza del santuario proceden de la entrevista con el autor en Dídimo, en septiembre de 1975. La traducción del decreto de *Apama* es de Wolfgang Günther, *Das Orakel von Didyma in hellenistischer Zeit*, Tubinga, 1971. El decreto de Antíoco, Günther, véase op. cit., al igual que la cita siguiente.

Capítulo V: Claro: el oráculo de los mil nombres

Las citas de Buresch se encuentran en Karl Buresch, *Klaros, Untersuchungen zum Orakelwesen des Späteren Altertums*, Leipzig, 1889.

Capítulo VI: Delfos: el misterioso ombligo del mundo

La cita de Klees en el preámbulo se encuentra en Hans Klees, *Die Eigenart des griechischen Glaubens an Orakel und Seher*, Stuttgart, 1965. La cita de George Wheeler aparece en su obra publicada en 1682 bajo el título *deJourneys*. La cita de Parke figura en H. W. Parke, O. E. W. Wormell, *The Delphic Oracle*, Oxford, 1956, p. 17. Cita de Parke: *op. cit.*, p. 28. Cita de Parke: *op. cit.*, p. 29.

Capítulo VII: Cuando la Pitia se sentaba sobre el trípode

La cita del preámbulo del profesor Parke aparece en Herbert W. Parke, *The Delphic Oracle*, Oxford, 1956, p. 38. La oración purificadora es del drama *Ion* de Eurípides. La cita de Parke sobre el precio del oráculo se encuentra en Herbert W. Parke, *The Delphic Oracle*, Oxford, 1956, p. 32. Las teorías de Parke sobre el estado de la Pitia figuran en H. W. P., *The Delphic Oracle*, Oxford, 1956, p. 36. La cita de Dodds es de E. R. Dodds, *The Greek and the Irrational*, Berkeley y Los Ángeles, 1966. La cita de Parke sobre el actuar de la Pitia es de H. W. P., *The Delphic Oracle*, véase preámbulo. La opinión de Georges Roux es de G. R., *Delphi*, Munich 1971, p. 144. La cita de Plutarco figura en «¿Por qué no profetiza la Pitia en verso?», 18, 402e, 30, 409d. La cita de Parke se encuentra en Herbert W. Parke, *The Oracles of Zeus*, Oxford, 1967, p. 104.

Capítulo VIII: Dioses, sacerdotes y estafadores

El himno se encuentra en Thassilo von Scheffer, *Homerische Götterhymnen*. An den delischen Apollon, Jena, 127, p. 146 ss.

Capítulo IX: Cresos: el hombre que se compró el futuro

La cita de Dodds del preámbulo figura en E. R. Dodds, *The Greek and the Irrational*, Berkeley y Los Ángeles, 1966. Todas las citas históricas, sentencias oraculares y diálogos con el rey Cresos se encuentran en Heródoto. La cita sobre el templo de Artemis figura en George M. A. Hanfmann, «Excavations at Sardis», *Scientific American*, 1961, p. 124. La cita de los alojamientos lidios es de G. M. A. H., «Sardis und Lydien», *Akademie der Wissenschaften und Literatur*, Mainz, 1960. La cita de la tumba de Aliates se encuentra en John Griffiths Pedley, *Sardis in the Age of Croesus*, University of Oklahoma Press, Norman, 1968.

Capítulo X: Incluso los dioses se dejan sobornar

Inscripción de la piedra de Trecene según Werner Ekschmitt, *Der Aufstieg Athens*, Munich, 1978. La cita de Berve aparece en Helmut Berve, «Zur Themistokles-Inschrift von Troizen», *Bayerische Akademie der Wissenschaften*, Munich, 1961. La cita de Hahn sobre la posible falsificación de la piedra se encuentra en I. Hahn, «Zur Echtheitsfrage der Themistokles-Inschrift», *Acta Antiqua*, Budapest, 1965. La cita de Berve sobre la fijación del decreto de Temístocles se encuentra en H. B., *op. cit.* La cita de Hahn sobre las fuentes de Arístides es de I. Hahn, «Zur Echtheitsfrage der Themistokles-Inschrift», *Acta Antiqua*, Budapest, 1965. La cita de Jameson sobre la inscripción de la piedra de Trecene, Michael H. Jameson, «A Decree of Themistokles from Troizen», *Hesp.* 29, si., 1960, p. 207. La cita de Berve sobre el muro de madera en H. B., *op. cit.* Las citas de Cleómenes se encuentran en Heródoto, V, 39; V, 41 y VI, 63.

Capítulo XI: Los oráculos decidieron batallas

La cita de Dodds del preámbulo está sacada del libro E. R. Dodds, *The Greek and the Irrational*, Berkeley y Los Ángeles, 1966. Las citas de Miltas figuran en Harald Popp, *Die Einwirkung von Vorzeichen, Opfern und Festen auf die Kriegsführung der Griechen im 5. und 4. Jahrhundert v. Chr.* Disertación inaugural, Erlangen, 1957. La cita sobre el falso informe de Plutarco se encuentra en Harald Popp, op. cit.

Capítulo XII: Las fábricas de sueños de Oropo, Epidauro y Lebadea

La cita de Parke del preámbulo se encuentra en el libro de H.W. Parke, *Greek Oracles*, Londres, 1968, p. 94.

*Capítulo XIII: Los oráculos olvidados**Capítulo XIV: Las sentencias de las Sibilas**Capítulo XV: De haber hecho caso César a su intérprete oracular...**Capítulo XVI: el fin de los profetas*

La cita de Heródoto sobre el arte de la adivinación de los escitas se encuentra en Heródoto, Libro IV, 67. La cita de Heródoto sobre el castigo que recibían los falsos profetas se encuentra en Heródoto, Libro IV, 69. La cita de Jutta Kirchberg es de «Die Funktion der Orakel im Werke Herodots», pp. 117/118, en *Hypomnemata, Untersuchungen zur Antike und zu ihrem Nachleben*, Gotinga, s.f. La cita del investigador de la Biblia Dr. Erich Rössler se encuentra en *Kindlers Literatur Lexikon*, «Prophetenbücher des Alten Testaments».

Las citas de los escritores clásicos se encuentran en las siguientes obras*: Cícero, *Von der Weissagung*, übersetzt con Ralph Kühner, Munich, o.J. (Cicerón, *De la adivinación* [De adivinatione], tr. Francisco Navarro y Calvo, Barcelona, Orbis, 1985); Herodot, *Historien*, übertragen von Dr. Eberhard Richtsteig, Munich o.J. (Heródoto, *Historia*, Libros I-II, tr. Carlos Schrader, Madrid, Gredos, 1984; Libros III-V, tr. Carlos Schrader, Madrid, Gredos, 1986; Libros V-VI, tr. Carlos Schrader, Madrid, Gredos, 1987; Libro VII, tr. Carlos Schrader, Madrid, Gredos, 1988; Libros VIII-IX, tr. Carlos Schrader, Madrid, Gredos, 1989); Homero, *Odysee*, übertragen von Johann Heinrich Voss, Munich o.J. (Homero, *Odisea*, tr. Luís Segalá y Estalella, Madrid, Espasa Calpe, 15/1984); Livius, *Römische Frühgeschichte*, übertragen von Josef Feix, Munich, o.J. (Livio, *Los orígenes de Roma*, tr. Maurilio Pérez González, Madrid, Akal, 1989); Pausanias, *Beschreibung Griechenlands*, übersetzt und herausgegeben von Ernst Meyer, Munich 1972 (Pausanias, *Descripción de Grecia*, vols. I y III, tr. Antonio Tovar, Barcelona, Orbis, 1986); Tacitus, *Annalen*, übertragen von Carl Hoffmann, Munich, 1978 (Tácito, *Anales*, tr. Carlos Coloma, Barcelona, Planeta, 1986); Thukydides, *Geschichte des Peloponnesischen Krieges*, herausgegeben und übertragen von Georg Peter Landmann, Munich, 1977 (Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, tr. Francisco Romero Cruz, Madrid, Cátedra, 1988); Vergil, *Aeneis* übertragen von Thassilo von Scheffer, Munich o.J. (Virgilio, *La Eneida*, tr. Gregorio Hernández de Velasco, Barcelona, Planeta, 1982).

* Entre paréntesis figuran las traducciones al castellano que han sido realizadas directamente del griego; conservo las notas bibliográficas originales por haber observado diversas diferencias interpretativas entre los traductores al alemán y al castellano, de modo que el lector interesado podrá acudir directamente a las ediciones utilizadas por el autor. (*N. del T.*)

Fuentes de las ilustraciones

Archaeological Museum, Delfos, 2º pliego color pág. 2; Bavaria Verlag, Gauting, W.K. Müller, pág. 242; Maria Berger, Köln/Alinari, pág. 69, 3er pliego color pág. 7, pág. 275; Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín, págs. 83, 89, 2º pliego color pág. 4, pág. 148, 2º pliego color pág. 7, págs. 244, 273; Praktoreion, Charisiades, Atenas, págs. 209, 225; Deutsches Archäologisches Institut, Roma, págs. 107, 109, 127, 264; DuMont Buchverlag, Köln, pág. 50; los dibujos en págs. 19, 30, 38, 257 reproducidas con permiso de la editorial del libro Evi Melas, Tempel und Stätten der G5tter Grichenlands; École Française d'Athènes, Atenas pág. 117; Bildarchiv Foto Marburg, Marburgo, pág. 264; Gabinetto Fotografico Nazionale, Roma, 3er pliego color pág. 2; Dr. Hamdorf, München, pág. 199; Konrad Helbig, Wiesbaden, pág. 147, 2º pliego color pág. 1, 3^{er} pliego color pág. 4, págs. 236, 255, 3' pliego color pág. 5, pág. 256; Hirmer Fotoarchiv, Munich, págs. 71, 282/283; Historia-Photo, Hamburgo, págs. 120, 121, 2º pliego color pág. 3 arriba, pág. 143; Gerhard Klammet, Ohlstadt, 2º pliego color pág. 8; Eugen Kusch, Schwarzenbruck, 1^{er} pliego color pág. 6, pág. 59; laenderpress, Düsseldorf, Erich Lessing/Magnum, 1^{er} pliego color pág. 1, 2º pliego color pág. 5, 2º pliego color pág. 6, 3^{er} pliego color pág. 1, pág. 239; Hermine Maier, Munich, pág. 262; Museo Civico, Piacenza, pág. 271; National Galerie, Oslo, pág. 228; Paul Popper Ltd., Londres, pág. 180; Süddeutscher Verlag, Bilderdienst, Munich, págs. 80 izquierda, 252; Dietrich H. Teuffen, Bielefeld, 1^{er} pliego color pág. 5; Ullstein GmbH, Bilderdienst, Berlín, 3^{er} pliego color pág. 6; Philipp Vandenberg, Baiernrain, pág. 16, 1er pliego color pág. 2, págs. 17, 20, 25, 26, 28, 1^{er} pliego color pág. 3, págs. 36, 39, 1^{er} pliego color pág. 7, 1^{er} pliego color pág. 8 (2), pág. 80 derecha, págs. 95, 103, 136, 2º pliego color pág. 3 abajo; Verlagsgruppe Bertelsmann GmbH, Munich, pág. 274; ZEFA, Düsseldorf, 1^{er} pliego color págs. 4 (Helbig), 174 (Goebel), 3^{er} pliego color pág. 8 (Helbig).

Índice de nombres

Las páginas seguidas de un asterisco hacen referencia a las ilustraciones incluidas en el texto.

- Abas, oráculo de, 185, 259
 Abaton de Epidauro, 242s
 Academia de Atenas, 126
 Acoris, faraón, 66
 Acrópolis, Atenas, 222
 Aditon de Delfos, 134-137, 145, 150* 150, 155, 160*
 Adriano, emperador, 110, 153, 258, 282
 Afrodita de Cnido (Praxíteles), 126, 127*
 Afrodita, diosa, 49, 94, 242, 278
 Agamedes, 171, 245
 Ageladas de Argos, 115
 Agelao de Tégara, 181
 Aghurmi, 60, 63
 Agiadas estirpe (Esparta), 215
 Agias, adivino, 119
 Agripina, véase Julia Agripina
 Agustín, San, 281
 Akkoy, 78, 81
 Alarico, rey godo, 283 Alcibíades, 230s
 Alejandría, 57, 59, 61
 Alejandro, hijo de
 Amintas, 207, 224s Alejandro Magno, 33, 49, 54-60, 64, 66, 78, 93s, 103s, 126, 184, 192, 255
 Alejo, 195
 Alfeo, riachuelo, 251, 253
 Aliates, rey de los lidios, 104, 129, 184, 195
 Alucinaciones, 240
 Ambracia junto al golfo de Arta, 130
 American Schools of Oriental Research, 193
 Amintas de Macedonia, 207, 224
 Anión, culto, 42, 55, 57, 59*, 66, 71, 124
 Amón, oráculo en Sivah, 53, 64*, 70, 71*, 75, 93, 185, 218
 Amón, templo dedicado al dios en Karnak, 71s
 Amonio de Queronea, 153
 Amunemzia, 73
 Anacarsis, 166
 Anales (Tácito), 101, 108, 266, 276
 Anaxándridas de Esparta, 216
 Anaxandro, rey de Esparta, 246
 Ancio, lugar de culto, 265, 280/281*
 Andróbulo de Delfos, 204
 Andrómaca (Eurípides), 136
 Andros, 214, 223

- Anfiarao de Argos, 22, 185
Anfiarao de Oropo, 236*, 238-242
Anfiarao, dios, 238s, 239*
Anfiction, 178
Anfictiones, 153, 179s
Animales de sacrificio, 20, 23, 142, 185, 222, 238s, 272
Antela, 178
Anticlea, 20
Antífanos de Argos, 120
Antígono, general, 104
Antiguo Testamento, 91, 280
Antíoco de Siracusa, 123
Antíoco el Yámidas, 222
Antíoco, hijo de Seleuco, 95-97
Antíoco, padre de Seleuco, 94
Antípatro, 277
Antonio, Marco, 105, 276
Anubis, culto, 61
Apamea, esposa de Seleuco, 94s
Apéndice piramidal, 268, 272
Apio, Claudio, 155
Apolo, 67, 81, 93, 98, 109, 119s, 123-125, 127s, 132s, 143*, 148*, 149, 171-176, 238, 241, 245, 248, 253, 260
Apolo, oráculo de Delfos, 33, 45, 54, 111, 143*, 144*, 145*, 148*, 196, 202-208, 284
Apolo, templo de Claro, 102-104, 106-109, 107*, 109*, 172
Apolo, templo de Dídimos, 78, 80, 83*, 84, 88, 89*, 90, 94, 95*, 99, 171s
Apolo Ismenio, 251
Apolo Pítico, 173
Apolo Ptoios, 256s
Apolo Sitalcas, 128
Apolodoto de Mileto, 96
Apolonio, 244
Apries, faraón, 91
Aqueos, 130
Aqueronte, río de la muerte, 13s, 16, 20, 30, 30*
Aquerusia (lago), 30, 30*
Aquiles, 133
Arashia, lago, 61
Arcadio, emperador, 284
Ares, dios de la guerra, 67, 203
Argos, 22, 115, 120, 214
Aristarco, 157
Arístides, Elio, 206, 212
Arístides de Mileto, 96
Aristilo, 157
Aristino, 176
Aristocleides, 134
Aristócrito, 119
Aristódico de Cime, 85
Aristófanes, 54, 195
Aristogitón, 122
Aristomedes de Mesenia, 234, 244, 246s

- Aristón, rey de Esparta, 216-218
Aristónice, Pitia, 203s
Aristóteles, 55, 237, 240
Arquídamo III, 127
Arsinoe, faraón, 237
Artabazo, 226
Artafernes, general persa, 221
Artajerjes, rey de Persia, 175, 214
Arte profético egipcio, 42
Artemidoro de Éfeso, 240
Artemis, diosa, 67, 81, 119s, 123s, 132, 172s, 242
Artemis, templo en Dídimos, 95
Artemis, templo en Éfeso, 84, 89
Artemis, templo en Sardes, 193s
Artemis Soteira, 197s
Artemisa, Sibila de Frigia, 261
Artemision de Eubea, 208
Artemon de Mileto, 240
Arturo, salida de, 233
Arúspices, 268, 270, 276, 281
Asclepio, 241-244, 244*
Asclepio, sacerdotes de, 243
Asclepio de Epidauro, 22, 241-243
Asirios, 30, 91
Astiages, 187, 191
Atenas, 159, 177, 200-210, 212s, 222, 226, 233
Atenea, diosa, 67, 121, 124, 159, 201, 242
Atenea, templo en Aseso, 129
Atenea Calcioco, 170
Ateneo, 116, 126
Atenodoro de Cléitor, 120
Atenogenes de Argos, 50, 214s
Atica-Delos, confederación marítima, 174
Atis, hijo de Creso, 184
Atis, rey de Lidia, 196
At-Maidan (Estambul), 222
Atón, templo en Tebas (Egipto), 213
Augías, rey de Élide, 252
Augures, 222, 268-270
Augusto, emperador (Octaviano), 105, 179, 184, 266, 269, 273, 276, 282
Auriga de Delfos, 116-118, 117*
Auspicios, 270
Autosugestión, 150, 155s, 242
- Babilonia, 187s, 192, 268, 272, 280
Bahía de Itea, 112, 173
Báquidas, 161s
Baquis, rey de Corinto, 161
Bastet (= Artemis), diosa, 67
Batintines de Dodona, 46s
Beocia, 173, 222, 237, 247, 256
Beocia, confederación, 245

- Berve, Helmut, 211s, 215
Bías de Priene, 132
Biblioteca Histórica (Diodoro), 67
Biceps Parnassus, 113
Bieberstein, Mariscal von, 81, 83
Bir, (pozos), 60
Bitón de Argos, 116
Boer, W. den, 211
Boghaskoi, 106
Böhringer, Erich, 79
Branco, pastor mitológico, 90, 98
Bránquidas (Dídimo), 90, 93s
Bránquidas, oráculo, 879
Browne, W. G., 61
Bruto, Marco Juno, 268, 276
Bubastis, oráculo de, 67
Buey de Platea, 128
Buleuterion, 49s, 124, 282-284
Burckhardt, Jacob, 35
Buresch, Karl, 101-103, 105
Butler, Howard Crosby, 192s
Buto, oráculo de, 67s, 90
Byron, George Gordon Lord, 114
- Caesarca, 102
Cálamis de Atenas, 132
Calder, Alexander, 120
Calígula, emperador, 105
Cambises, rey persa, 150
Candaules, rey de Lidia, 166s
Capadocia, 187
Caristios de Eubea, 129
Cartago, 273
Cartera de clientes de Delfos, 165
Casandra, 260
Casio, Cayo, 268, 276
Catilina, Lucio Sergio, 273
Celedones, 170
Celibato, 146
Celtas, 278
Cerámica, hallazgos, 43, 193,
Cerámico, barrio de Atenas, 2 3.
César (Cayo Julio César), 155, 264*, 265, 267-270, 273s, 276
Chnum, dios egipcio, 74
Chufu (= Keops), 68
Ciaxares, rey, 187
Cicerón, Marco Tulio, 150, 184, 235, 237, 259, 263, 267s, 269*, 272s, 277s
Cime, oráculo de, 261-263, 262*
Cimerios, 30s
Cimón de Atenas, 53s, 128
Cinna, 273
Cipseles de Corinto, 124, 163

- Circe, maga, 14, 19s
Cirene en Libia, 66s, 124
Ciro, rey persa, 135, 167, 186-192
Claro, oráculo de, 56, 99, 103*, 101-110, 107*, 109*, 172
Claudio, emperador, 105s, 275*, 275
Clearco de Metidrio, 165, 178
Cleobis de Argos, 116
Cleóbulo de Lindo, 132
Cleómbroto de Esparta, 216, 230
Cleómenes de Esparta, 216-218
Clístenes de Sición, 181
Cnido, 113, 122s, 126s
Cobón de Delfos, 217
Cocito, río, 16, 27
Colegio de médicos de Cnido, 122
Colina de Likabeto, 213
Colofón, santuario oracular de, 102-110
Columna de Acanto, 119
Columna de la serpiente de Pausanias, 227s
Comerciante de Magnesia, 165, 177
Confederación etolia, 50, 245
Constantino, emperador, 281
Constantino el Grande, 221, 229, 281, 283
Copáis, lago, 243, 255-257
Corcirenses, 48, 119
Coretas, pastor, 144, 146
Corinto, 31, 124, 161-163,
Cornelio Nepote, 218
Cornell, Universidad, 193
Cratea de Corinto, 163
Cratipo de Atenas, 171
Creso, rey de los Lidios, 13, 33, 66, 78, 91s, 104, 118, 125, 129, 134s, 141, 164-166, 177, 183-196, 238, 244, 247, 255, 258
Creso, palacio de, 192-195
Criseos, 179
Crisipo, 277
Crisotemis, 180
Cristianismo, 280s
Cronos, dios primitivo, 149, 246, 248, 252
Cueva de Corcira, 154
Cueva de la Pitia en Delfos, 113
Culpa, 211
Culpa colectiva, 176
Culpa individual, 176
Curcio Rufo, Quinto, 66
Curtius, Ernst, 114s, 169, 251, 252*, 252-254, 277
- Dafne de Mileto, 85
Dafnis, ninfa, 169s
Dakarís, Sotiris, 13-34, 16*, 40, 43s, 46, 49s
Dalí, Salvador, 120
Dameas de Cléitor, 120

- Dante, 23
Darío, rey de Persia, 57, 92, 175, 217, 221, 238
Daskalakis, Ap, 211
Datis, general persa, 124, 175, 221
Decreto de Temístocles, 200, 210, 215
De la Adivinación (Cicerón), 235, 259, 263, 267s, 278
De Mysteriis Aegyptiorum (Jamblico), 108
Delfos, 33, 40, 45, 49, 53s, 55s, 66s, 75, 90, 92, 98s, 111-196, 120*, 121*, 180*, 185s, 202-208, 212s, 215, 217s, 222, 234, 238, 245-249, 258, 261, 281-284
Delos, 172-175, 174*
Demarato de Esparta, 216-218
Deméter, diosa, 178, 246, 248
Deméter, santuario de Antela, 178
Demetrio de Falero, 240
Demócrates de Rodas, 57
Demodamas de Mileto, 96
Demóstenes, 213, 230s
Desfiladero de la fuente de Castalia, 139s
Desfiladero de Papadia, 112
Deucalión, 178
Didimeas (juego de competición), 97
Dídimo, 39, 56, 77-99, 83*, 89*, 95*, 102, 104, 172, 185, 258
Dinastía de los Caldeos (Babilonia), 192 Diodoro, 22, 36, 60, 65-67, 131, 137, 144, 226, 231, 278
Diógenes, 277
Dion de Siracusa, 232s
Dione, diosa, 43, 49, 50*
Dione, templo en Dodona, 37
Dionisíacas, de Mileto, juegos de competición, 96s
Dioniso, dios, 55, 131s, 149, 242
Dioniso I de Siracusa, 232
Dioscuros, 119
Disciplina etrusca, 274
Dixon, Jeane, 260
Dodds, Eric Robertson, 154, 183, 221
Dodona, 21, 32, 35-51, 54, 73, 185, 218, 252, 281-284
Dorieo de Esparta, 216
Dórfeld, Wilhelm, 254
Drerup, profesor H., 79
Druidas, 277
Druso, Nerón Claudio, 105
- Eaco, rey de Egina, 45s
Eclipses de luna, 230, 232-234
Ecnatón, faraón, 213
Eécrates de Petra, 162
Eétion de Petra, 162s
Éfeso, 110
Efira, 13-34, 20*, 45, 51, 249
Éforos, 216s
Egipto, 188, 215
Eleusis, 159

Élida, 252
Eliro, en Creta, 129
Enareos (mujeres-hombres), 278
Encina sagrada, 41-46, 50
Endoxo, 157
Eneida (Virgilio), 259
Epaminondas, 204, 244, 247
Epidauro, 22, 50, 128, 214, 235, 241-243, 242*
Epilepsia, 150
Epiménides, 177
Epipolai, montañas de, 230s
Epiro, 32, 37, 43, 49, 50*, 185
Equémbroto, el arcadio, 179s
Erídano, riachuelo, 213
Eritrea, 110, 221, 261
Eros, dios, 151
Erxiclides de Atenas, 171
Escíatos, 142
Escitas, 30, 278s
Esfinge de Gizeh, 68
Eski Hissar (Dídimo), 78
Esmirna, 103s, 110, 195
Esopo, 142
Esparta, 177-179, 187s, 207, 212, 219, 223, 226, 229s, 230-234, 246
Espiritismo, 156
Esquilo, 33, 136, 173, 183, 221
Esquines, 211
Estadio de Delfos, 179s, 180*
Estado de trance, 144, 150, 156, 239, 249
Estrabón, 14, 90, 92s, 137, 152, 256, 258
Estratónice, mujer de Seleuco, 94
Estudio de la vesícula biliar, 272
Estudio de las vísceras, 268s, 271-274
Estudio de los pulmones, 272
Estudio del hígado, 271*, 271-274, 273*, 274*
Etiopía, 66
Etolios, 49s, 129
Etruscos, 129s, 196, 268, 272, 273*, 274*
Eucadmo de Atenas, 132
Euménides (Esquilo), 136
Eurimedón, batalla de, 128
Eurípides, 33, 136
Europóntidas, estirpe (Esparta), 215s
Eusebio de, Cesarea, 189
Evadne, hija de Poseidón, 253
Evangelides, Demetrios, 40, 46
Execéstidas de Focea, 181
Éxtasis de la Pitia, 150, 155s
Exvotos, véase Ofrendas Ezequiel, profeta, 267, 281

Falos, culto, 149s
Fana, en Etolia, 130

Faraones, 57, 66s, 71s, 215
Farsalia (Lucano), 53
Faselitas, 142
Fayum, oasis, 170
Febe, diosa, 173
Fenicios, 42s
Feonio, Arquitecto, 84s
Feras en Tesalia, 128
Fetichismo, 149
Fidias, 122, 253s
Fiesta de las lámparas de Sais, 70
Filamón, 180
Filipo 11 de Macedonia, 55, 58, 127, 179, 215, 244
Filipo V de Macedonia, 50
Filipos, batalla de, 276
Filoxenos, 281
Flaubert, Gustave, 171
Fliunte, 125
Focenses, 125, 128, 137, 146, 149, 179, 185, 229, 258
Fogg Art, Museo (Harvard), 192
Fontenrose, Joseph, 154
Foro Trajano, Roma, 170
Fortuna, santuario en Preneste, 263-265
Foucart, Paul, 114
Franco, Capitán, 114
Freareos, 198, 202
Frigia, 56
Friné, 125-128, 127*, 131
Fuente de Castalia, 140
Fuente de Pirene, 161
Fundación Volkswagen, 79

Gálatas, 97
Galia, 277
Galo, 265
Gea, diosa de la tierra, 43s, 137, 154, 169, 173, 252
Gelón de Siracusa, 118
Geminio de Tiro, 240
Germánico, 105s
Giges, rey de Lidia, 125, 166s
Gilipo de Esparta, 230
Gimnasio de Delfos, 113
Glauco de Crotona, 180
Gluskina, L.M., 211
Gobrias, 128
Gordias, rey de Frigia, 56
Gordio (Frigia), 56-58
Gorgias de Leontinos, 131
Graco, Cayo, 273
Grandes Asclepiadas, 243
Grünau, Curt von, 63
Gruta oracular de Claro, 109s

- Guarducci, M., 211
Guerra del Peloponeso, La, 227
Guerras del Peloponeso, 115, 173
Guerras mesenias, 246
Guerras Persas, 207-210
Guerras Sagradas, 161, 179, 229
Günther, Wolfgang, 99
- Habicht, Chr., 211
Hachís, 22
Hades, dios de los muertos, 21, 23, 26, 32
Hades, mundo del, 14-16, 20, 25, 30, 32
Hahn, J., 211s
Halis, río, 186-188, 190
Hamilton, James, 62
Hanfmann, George M. A., 193s, 196
Harsaphis, oráculo, 67
Harvard, Universidad, 193
Hatsepsut, faraona, 71s
Haussoullier, Bernard, 81
Hecateo, 92
Hécuba de Troya, 260
Hefesto, 170s
Hegesítrato, 222-224
Heládico III, 41
Heládico medio, 43
Heládico temprano, 43
Helénicas (Jenofonte), 204
Hera, diosa, 32, 172, 246, 248, 252, 254
Hera, templo en Olimpia, 252, 254
Heraclea, 128
Heracles, 49, 67, 125, 131, 179, 204, 252
Heracles Mysogines, 146
Heracles, oráculo de, 67, 146
Hercina, río, 243, 245-248
Hereo, 32
Hermipo de Berito, 240
Hermódico de Lámpsaco, 243
Hermón de Esparta, 119s, 234
Herodes de Atenas, 131
Heródoto, 14, 22, 29-33, 36, 42s, 45, 51, 66-70, 69*, 75, 77, 85, 90-93, 113, 116, 123, 134s, 158, 161, 163, 165-167, 175, 178, 185, 187-190, 192, 195s, 202, 205, 207s, 210-213, 215-217, 224-226, 230, 238, 241, 247, 251, 256-258, 278-280
Herófile, Sibila de Eritrea, 124, 261
Hesíodo, 40, 44, 157, 180
Hestia, altar de, 140s, 142
Hestia, fuego, 137, 145
Higiea, diosa, 238
Himno a Apolo Delio, 172s
Hiparco, 157, 224
Hipatodoro, 122
Hiperbóreos, 171

- Hipereides, 126, 214s
Hipermetra, 238
Hipnosis, 150
Hipócrates, 239
Hipócrates el leucadio, 222s
Hiréades de Persia, 189
Historia (Heródoto), 77, 185, 190, 230, 251
Historias soñadas, 164, 239
Hitchcock, Alfred, 235
Homero, 14, 16, 18, 28, 30, 35, 37, 44, 133, 171, 180, 237, 245
Homolle, Théophile, 82, 115s
Hori, escribano egipcio, 73
Hornemann, Friedrich Konrad, 61s
Horus, oráculo en Edfu, 67
Hosioi, 140
Humann, Karl, 81
- Iamos el adivino, 253
Ilíada (Homero), 16, 41, 171
Iotas, 177, 227, 229
Incubación (sueño), 22s, 239, 241
Inocencio I, Papa, 276
Inscripción de Claro, 102s, 103*
Instituto Arqueológico Alemán, 40, 79, 99
Isaías, Profeta, 281
Isis, culto a, 22, 61, 241
Islas liparenses, 123, 129s
Iso, batalla de, 57
- Jaharaku, 66
Jamblico de Calcis, 108
Jameson, Michael H., 197-200, 211, 214s
Janina, 35s
Jenófanes de Siracusa, 223
Jenofonte, 204, 237
Jeremías, Profeta, 281
Jerjes, rey de Persia, 92, 124, 175, 207-210, 213, 217, 222, 258
Jerónimo, 223, 261
Jesús de Nazaret, 281
Jorge, rey de Grecia, 112
Josías, rey de Judá, 91
Juegos olímpicos, 115, 180, 223, 252, 284
Juegos píticos, 113, 179-181
Julia Agripina, 106
Juliano, Emperador (Juliano el Apóstata), 281, 283s
Julio, Lucio, 263
Juno, 263
Júpiter Capitolino, templo de, 259, 262s
Júpiter niño, 263
- Kaisareia, 102
Kaiser, Otto, 74

Karapanos, Konstantin, 38s
Kardos, Ursula, 183s
Karnak, 71s
Kastri (= Delfos), 112s
Kennedy, John F., 260
Keops, véase Chufu Keramopulos, A.D., 244
Kirchberg, Jutta, 279
Kjolafis, Georgios, 86
Klees, Hans, 111
Knackfuss, Hubert, 84s, 88s
Konnertz, Winfried, 30 Kunze, Emil, 254

Labda de Corinto, 161s
Lámaco de Atenas, 230
Laónice, mujer de Lebado, 245
Látigo corcireo, 47*, 48
Lavados rituales, 22
Leake, William Martin, 37
Lebadea, 22, 137, 185, 235, 243, 245-250
Lebado de Atenas, 245
León, Pofio Nemio, 283
Leónidas, campesino de Dídimos, 83
Leónidas, rey de Esparta, 207, 216, 222, 230
Leotíquidas de Esparta, 216-218
Leto, diosa, 81, 123, 132, 172s
Leto, oráculo en Buto dedicado, 67
Leuctra, batalla de, 124, 204, 234, 247
Libón de Elis, 253
Libro de los Reyes (AT), 91
Libros sibilinos, 241, 259s, 265s, 268, 274
Libros sobre sueños, 240
Lico de Mileto, 95
Licormas de Larisa, 181
Licurgo, 135, 214
Lidios, 141, 166, 184-196
Lisandro de Esparta, 119s, 218, 245
Lisímaco, general, 104
Livia Augusta, 105
Livio, Tito, 269s
Llanura de los meandros, 78, 82
Locura, 150s
– erótica, 150
– iniciática, 150
– poética, 150
– profética, 150
– ritual, 150
Lolia Paulina, 106 Lolio, Marco, 106
London African Association, 61 Lucano, 53
Luciano, 27s, 155 Luxor, 67, 71

Macridi-Bey, Theodore, 106s
Mantina en Arcadia, 125

Manto, hija de Tiresias, 104
Maratón, batalla de, 121, 124, 132, 212, 221
Marco Aurelio, emperador, 261
Mardonio de Persia, 128, 222, 224, 226s, 238, 256
Mario, Cayo, 273
Marsa Matruh, 59
Martin, Roland, 107-109
Mat (Orden del mundo), 74
Médium, 150s
Megacles, arconte, 177
Megalópolis, 54
Mégaron de Delfos, 134s
Megido, batalla de, 91
Megistias de Esparta, 207
Melampo, 238
Melisa de Corinto, 31s
Menfis, 57, 93
Menipo (Luciano), 27s
Meritt, Benjamin D., 200
Mesalina, 105
Mesapios, 122
Mesenia, 122, 234, 246
Mesopotamon, 15-18
Metamorfosis (Ovidio), 45
Metela, mujer de Sila, 237
Meyer, Eduard, 211
Micala, batalla de, 92s
Micenios, 41, 43
Micerino (= Sencaure), 68-70
Midas, rey frigio, 56, 125
Milcíades, 53, 121
Mileto 75, 78, 81-85, 87, 89, 91-93, 95-98, 104, 129
Miltas de Siracusa, 232
Minas de plata de Laurion, 202
Minio de Mileto, 96
Mirmidones, 46
Misón de Oeta, 166, 177
Mitridates, 51, 245
Mnesias de Argos, 214
Moiras (diosas del destino), 133
Molosos, 130
Monroe, Marilyn, 260
Montañas de Pago, 103
Moore, Henry, 120
Mopso, sacerdote de Apolo, 104
Morenz, Siegfried, 74
Müller, Karl Otfried, 114
Muro de Temístocles, 205, 213
Musas, 132, 151
Museo Británico (Londres), 73, 78, 272
Museo de Delfos, 116, 119, 123s, 149, 186
Museos Prusianos, Berlín, 88

Musulmanes, 61s

Mut, diosa, 65

Nabonido, rey de Babilonia, 192

Napata, junto al Nilo, 66

Napoleón I, 61s

Napoleón III, 111

Nauman, profesor R., 79

Naxos, 124, 174s

Náyades (Juegos en honor a Zeus), 50, 283

Nebunef, sumo sacerdote egipcio, 72, 74

Neco, faraón, 90s

Nefer Renpet, Visir, 74

Neit (= Atenea), diosa, 67

Némesis, diosa, 103s

Neocles, 200, 202

Neoptólemo, 133

Nepote, Cornelio Véase Cornelio Nepote

Nicágoras de Atenas, 214s

Nicandra, 42

Nicandro, sumo sacerdote, 104, 156

Nicias de Atenas, 230-234

Nilsson, Martin P., 197

Nisea, batalla de, 128

Nudo gordiano, 56s

Numa, 269s

Numerio Sufucio, 263

Octaviano véase Augusto

Octavio, 273

Odisea, 14, 32, 35, 171

Odiseo, 14, 18-20, 24, 26s, 35, 237

Ofrendas, 58, 67, 93, 116-132, 227-229, 234

Oicles, 238

Olimpia, 43, 114s, 119, 227, 252-254

Olimpia de Macedonia, 55, 58

Ónfalo de Delfos, 66, 129, 146-150, 147*

Onomácrito, 224

Onomarco, 161

Opio, 240

Oráculo de la barca, 72

Oráculo de la muerte de Efira, 13-34, 26*, 30*, 45, 58, 249

Oráculo del rayo, 270s

Oráculo del sueño, 22, 235-250, 263

Oráculo de los pájaros, 85

Oráculo de suertes, 144-146, 239s, 263-266

Orestes, 148*

Oribasio, 284

Orígenes de Roma, Los (Livio), 270

Orneas en Argólida, 131

Oropo, oráculo de, 235-241

Osiris, culto de, 70

- Ostracismo, 202
Otón 1, el Bávaro, de Grecia, 114
Ovidio Nasón, Publio, 45, 261
- Pactolo, río, 192, 194, 196
Palestrina véase Preneste
Pándaro de Tesalia, 243
Panormo, ciudad portuaria, 77, 90
Panousis, Demetrios, 15
Papiro 10335, 73
Papiro Turín 1887, 74
Papiros mágicos, 239
Papiros de Oxirrinco, 171, 281
Papo de Alejandría, 240
Parapsicología, 151
Parke, Herbert W., 41-44, 134-136, 139, 142, 154, 156s, 160, 235
Parnaso, montañas, 112s, 149, 173
Partenón, Atenas, 90, 132, 177
Paulo, Lucio Emilio, 32, 244
Pausanias, 14, 36s, 90, 97, 103, 112s, 118-137, 149, 153, 169-171, 178-180, 213s, 241, 245-250, 253s, 256, 258, 261, 283
Pausanias, general espartano, 222, 226-229, 228*
Pazawemdi-Amón, 73
Pedley, John Griffith, 195
Pelanos (sacrificio de tarta de miel), 142, 248
Pelasgos, 43
Peloponeso, 32, 173, 177, 187, 195, 246
Pentatlo de Cnido, 123
Peña Hiámpica, 142
Peonios, 124
Perdikovrysis, fuente, 257
Pérgamo, 79, 81, 87
Pérgamo, museo (Berlín Oriental), 87
Perialo, Pitia, 217
Periandro de Corinto, 31s, 133, 163
Perides, 230
Perséfone, diosa de la muerte, 20, 23, 26, 29
Perseo, rey de Epiro, 32, 245
Picard, Pierre-Charles, 106
Piedra de Trecene, 197-201, 199*, 203, 207, 210, 212, 215
Píndaro, 33, 42, 54, 133, 170s, 253
Pireo, puerto, 202
Pirro, rey del Epiro, 32, 49
Pisístrato, 175, 224
Pisón, 105
Pisón de Calaura, 120
Pítaco de Mitilene, 132
Pithoi (Vasijas de sacrificio), 21
Pitia, 56, 113, 123, 129s, 134-167, 171, 176s, 185, 187, 189, 191, 213, 215-218, 222s, 245s, 247, 249, 284
Pitia, cella de la, 134-137, 136*
Pitón, dragón, 173

- Platea, 128
Platea, batalla de, 221s, 222, 225*
Platón, 126, 150, 195, 214
Plauto, 263
Plinio, Cayo, 239, 272
Plutarco, 53-55, 58, 92, 113, 118, 127s, 139, 144-146, 150-158, 165, 176, 200, 211s, 215, 219, 226, 232-234, 256, 258, 276
Pneuma, 154
Polibio, 49
Policleto, 241
Polignoto, 132
Polímedes de Argos, 115
Polínice, 122
Polizalos de Siracusa, 118
Pompeyo, 155
Pontremoli, E., 81
Popp, Harald, 232s
Poros, isla, 197
Poseidón, dios, 119s, 134, 253
Pótamos, batalla naval, 119, 218
Praxias de Atenas, 132
Praxíteles, 126, 127*, 128, 246
Precognición, 150s, 164
Preneste, oráculo de, 263-265
Príamo de Troya, 260
Priene, 81
Pritchett, W. M., 211
Procesiones de sacrificio, 131
Profetas bíblicos, 280s
Promantia, 141s
Promenia, 42
Proxenia, 132
Proxenos, 142
Pritaneo, 49s, 96
Prueba del cabrito, 140s, 153, 156, 234
Psamético I, faraón, 90
Psamético II, faraón, 163
Psamético de Corinto, 163
Psephisma (Decreto popular) de Temístocles, 100s, 211s
Psicoanálisis, 237, 240s Psicoterapia, 242s
Pteras de Delfos, 170
Pteria, batalla de, 188
Ptoion, montaña, 255-257
Ptoion, oráculo, 255-257, 255*, 256*
Ptolomeo I, 59
Ptolomeo IV, faraón, 237
Ptolomeo de Macedonia, 181
Ptolomeos, dinastía, 98
Puerta del mercado de Mileto, 87

Queremón, sacerdote egipcio, 155
Querón el macedonio, 55

Queronea, batalla de, 214
 Quilón de Atenas, 176s
 Quilón de Esparta, 133, 166
Quindecimviri (sacerdotes oraculares romanos), 260, 265

Racio de Creta, 104
 Ramsés II, faraón, 72, 74, 91
 Ramsés V, faraón, 74
 Rea, diosa, 149
 Recinto sagrado de Claro, 107
 Recinto sagrado de Delfos, 118, 122, 131, 139, 170, 186
 Recinto sagrado de Dídimos, 94
 Rehm, A., 99
 Religión cretense y micénica, 43
 Renea, isla, 175
 Ricke, Herbert, 65
 Ritos de purificación, 20, 27, 140, 176, 203, 247
 Robert, Louis, 107-109, 211
 Roca sibilina, 124, 261
 Rohlf, Gerhard, 62-65
 Ross, Ludwig, 114
 Rössler, Erich, 280
 Roux, Georges, 157
 Rufo, Curcio véase Curcio Rufo Rutilio, Publio, 263

Sacadas de Argos, 180
 Sacerdotes oraculares, 21-23, 27-29, 44-47, 58, 70-74, 85, 102, 104, 146, 215-219, 233s, 241, 260
 Sacerdotisas oraculares, 42s, 45s
 Sacrificio de tartas de miel, 142, 248
 Sacrificios expiatorios, 19
 Sais, oráculo de, 67, 70
 Sala de los de Cnido en Delfos, 113, 132
 Salamina, batalla de, 198, 200s, 205s, 209*, 210, 212, 214, 230
 Samos, 110, 123, 224
 Sándanis de Lidia, 188
 Santorín, isla de las Cícladas, 66
 Saón de Aerefnio, 245
 Sardes, capital de Lidia, 166s, 185-189, 192-196, 193*, 206
 Sart-Mustafá, 192
 Schachermeyer, F, 211
 Scheffer, Thassilo von, 40
 Schiff, Alfred, 49
 Schliemann, Heinrich, 38
 Seketham (= Sivah), 60
 Seléucidas, 94-98
 Seleuco I, 94-97
 Seleuco II, 97
 Selos, 41s
 Sencaure, faraón, 68
 Senecio, Sosio, 153
 Sepulcros de faraones, 22

- Serapis, culto a, 22, 73, 241
Set (= Ares), dios, 67
Setón, faraón, 241
Sibilas, 44, 124, 259-266
Sibila de Cime, 261s
Sibila de Claro, 261
Sibila de Éritras, 261
Sibila de Marpeso, 261
Sibila de Rodas, 261
Sicino de Atenas, 208, 210
Sicionio, 122, 131
Siete contra Tebas, 122, 238
Sifnos, isla de las Cícladas, 123
Sila, 213, 237, 273s Siracusa, 230-234
Sivah, oasis de, 53-75, 185, 218
Snefru, faraón, 68
Sociedad Griega de Arqueología, 40
Sócrates, 204, 237 Sófocles, 13, 33, 169, 197, 237
Sokia, 78, 86
Solón, 132, 190 Sotades, 118s
Spiegelthal, Cónsul, 195
Spon, Jacques, 112 Spurinna, 268
Steindorff, Georg, 53, 63, 65s
Sublevación jonia, 91s, 221
Sudas, 261
Sueño curativo, 237s
Sueño incubador véase incubación Sueño oratorio (incubación), 22s, 239, 241
Superstición, 233s
Superstición, sobre La (Plutarco), 233
Susa en Bactria, 92-94
- Tablillas oraculares, 35-37, 36*, 44s, 73, 159
Tácito, Publio Cornelio, 101, 104-106, 108s, 250, 265, 283
Tales de Mileto, 132, 157
Támiris, 180
Tanis, oráculo de, 67
Tarento, 32, 122, 125
Tarquinio Prisco, 262
Teágenes de Meágara, 176
Teatro de Delfos, 113, 119
Teatro de Dodona, 39*
Teatro de Epidauro, 241s, 242*
Tebas (Egipto), 42, 67, 70, 72s, 213
Tebas (Grecia), 42, 126, 204, 238, 247, 256
Tegea en Arcadia, 223, 226
Telepatía, 151, 164
Telfusa, ninfa, 173
Telíadas de Élida, 223
Temis, diosa, 49s, 173, 242
Temístocles, 33, 184, 198-215, 218, 222, 255
Teoclo de Mesenia, 246s
Teocosmo de Megara, 120

Teodosio I el Grande, 281, 284
Teopompo, 177
Teópropo de Egina, 119
Termópilas, batalla de las, 207-210, 222, 230
Tertuliano, 281
Tesoro de los atenienses, 149, 170
Tesoro de los de Corinto, 124, 163, 166
Tesoro de los de Sifnos, 123s
Tesoro de los siciones, 122
Tesoro de los tebanos, 123s
Tespia en Beocia, 118
Tespotos, 43
Theopropoi (consultantes oraculares), 203
Threpsiadis, J., 244
Tiberio, emperador, 105
Timárete, 42
Timéneto de Fliunte, 181
Timócaris, 157
Timón de Delfos, 204
Tiresias, 14, 20s, 24, 26, 104
Tirorenos (etruscos), 196
Tirteo de Atenas, 246
Tisámemo, 222s
Tito, 273
Tomaros, montañas, 37, 40
Toro de Corcira, 119
Trajano, emperador, 78, 153
Trasímedes de Paros, 242
Trecene, 197-201, 197*, 214s
Treu, M., 211
Tríopas de Cnido, 122
Trípode de la Pitia, 113, 139-144, 143*, 152
Trípode de Platea, 125
Trípodes de Ptoion, 255*, 257*
Trofonio de Lebadea, 22, 243-250
Trofonio, héroe, 171, 243-245, 247
Tschakidji, Mohamed, 86s
Tuchelt, Klaus, 77-77, 80*, 81, 92, 99
Tucídides, 14, 29s, 36, 175, 177, 227, 231
Tutmosis I, faraón, 71
Tutmosis II, faraón, 71
Tutmosis III, faraón, 71*, 71s

Valerio (Publio Valerio), 32
Valle del Tempe, 170, 203, 207, 244, 249
Varas de mimbre, oráculo de las, 278
Vasijas de sacrificio ('pithoi'), 21
Venganza de sangre, 176
Vía sagrada de Delfos, 121s, 124s
Vía sagrada de Dídimos, 77s, 81, 91, 93, 99
Vía sagrada de Eleusis, 213
Virgilio, 195, 259, 262

Wheeler, Georg, 112s
Wiegand, Marie (nacida Siemens), 39, 86
Wiegand, Theodor, 39s, 80*, 81-89
Willemsen, profesor, 213
Winckler, Hugo, 106
Winnefeld, Hermann, 88
Wordsworth, Christopher, 37

Xenócrates, 126
Xylokastron (= Efira), 32

Yeni Hissar, 80
Yolaídas de Tebas, 181

Zasamones, 22
Zeus, 37, 41-43, 45, 50*, 57, 67, 81, 119s, 125, 149, 151, 172, 176, 246, 248, 252s
Zeus Helios, 73
Zeus, oráculo dedicado a este dios en Dodona, 21, 32, 38-51, 38*, 54, 218, 282s
Zeus, templo de este dios en Olimpia, 227, 254